

ARMANDO CUEVAS

# ABISAL

*En mitad del océano,  
a dos mil metros de profundidad,  
no existe lugar adonde huir*



ARMANDO CUEVAS

# ABISAL

En mitad del océano,



Primera edición digital julio 2018  
Primera edición impresa julio 2018

2018 © ABISAL

2018 © Armando Cuevas Calderón

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de este libro para cualquier medio, incluido el electrónico, sin autorización escrita del autor.

Los personajes y lugares que aparecen en esta publicación, salvo los que son de dominio público, son ficticios y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Diseño de cubierta por Armando Cuevas Calderón.

*Dedico este libro a todas aquellas personas con talento cuyo objetivo en la vida no es la riqueza ni el poder, sino lograr hacer de nuestro mundo un lugar mejor donde vivir.*

*En su mundo de oscuridad total, los ojos y la boca son un  
órgano que salta hacia delante para morder con dientes  
transparentes...*

William Burroughs

## **ÍNDICE**

PRÓLOGO

### **PRIMERA PARTE**

LA LISTA

NATSUKI

VÍCTOR

CALMA CHICHA

UN MAL PÁLPITO

BATISCAFO

PROBABILIDADES

### **SEGUNDA PARTE**

EL DESCENSO

UTOPIA

UN LUGAR DONDE APARCAR

S.U.S.I.

DIQUE INUNDABLE

LA SALA NEGRA

PASANDO EL RATO

RECAPITULEMOS

LAS IMÁGENES NO MIENTEN

VEINTICUATRO HORAS, NI UNA MÁS

### **TERCERA PARTE**

NUEVAS ESPECIES

JESSICA RABITT

COBARDES

SENTIDO DE CULPABILIDAD

UNOS PUNTOS DE SUTURA

TODOS HUÉRFANOS

OLOR A MUERTO

UN MAL DESPERTAR

### **CUARTA PARTE**

DE AQUÍ PARA ALLÁ

¿A QUÉ NOS ENFRENTAMOS?

ESTOY BIEN

EL DEVORADOR DE ARAÑAS

NICOTINA

SIN BROMAS

UN PLAN DE MIERDA

UN TRAJE A MEDIDA

IMPREVISTOS

UN PASEO POR LAS PROFUNDIDADES

A OSCURAS

A o B

SACRIFICIO

EL CUARTO PODER

MADRES

**NOTA DEL AUTOR**

**AGRADECIMIENTOS**

**OTROS LIBROS DEL AUTOR**

## ***PRÓLOGO***

Un sonido electrónico hizo vibrar el suelo durante unos segundos.

Los focos exteriores de la estación subacuática se encendieron horadando la oscuridad. El paisaje que se dibujó era fantasmagórico, de un color ceniciento, con ausencia de vegetación, tan yermo como una llanura apocalíptica. La luz convirtió el zooplancton en diminutos copos de nieve mecidos por una tormenta raquítica. El espectáculo era hipnótico. Un pez de cuerpo alargado, casi transparente y de grandes mandíbulas dentadas, zigzagueó indiferente frente a la pequeña ventana de acrílico óptico, y luego desapareció engullido por la espesa y tenebrosa inmensidad del océano.

Unos pasos apresurados resonaron contra las paredes metálicas del largo corredor curvo, iluminado por unos puntos de luz a ras del suelo. Un hombre corría con desesperación. Cada vez que pasaba delante de una de las ventanas, su bata blanca refulgía gracias a la claridad proveniente del exterior. Era menudo, con un cuerpecillo casi infantil, amplias entradas y un pelo ralo que le caía sobre los hombros. Jadeando, sin dejar de mirar atrás, el hombre fue bajando el ritmo de su carrera hasta detenerse completamente exhausto. Con la respiración entrecortada, tragando saliva con dificultad y empapado en sudor, se apoyó en la pared de acero reforzado y miró a través de la ventanilla circular de veinte centímetros de espesor. El frío



del océano se transmitió a su frente y se sintió reconfortado. Se ajustó las pesadas gafas de concha y aguzó el oído.

Nada, silencio.

Permaneció un par de minutos recuperando el aliento, sin dejar de observar el exterior, absorto en aquel horizonte acuático. Cuando se sintió con fuerzas, separó la cara del plástico helado y miró hacia la penumbra amenazadora que dominaba el corredor. Contuvo el aliento y volvió a escuchar con suma atención, la vida le iba en ello.

Nada, silencio.

Por fin se atrevió a reanudar la marcha. A lo largo del pasillo de sección circular se abrían pequeñas ventanas cada cinco metros, iguales a la que se había asomado. No se entretuvo más. No volvió a mirar al exterior. Hizo un rápido cálculo mental y determinó que le quedaba poco para llegar al Nodo Sur. Desde allí tomaría el Pasillo Sur y éste lo llevaría hasta el Soma, el centro de la estación. Pronto estaría a salvo. Trató de mantener la calma. No lo consiguió. Las manos le temblaban cuando llegó a la puerta que unía el pasillo con el Nodo Sur. Era gruesa y grande, y con código de apertura. Tecleó en el panel digital esperando escuchar el sonido hidráulico que la abría, pero éste no se produjo. Volvió a hacerlo. En el panel apareció un mensaje en letras rojas.

CÓDIGO ERRÓNEO.

Probó dos veces más, tres, cuatro...

—¿Qué demonios pasa, Susi?

Gritó con desesperación, mirando al techo.

—¡Susi, te estoy hablando!

**«Perdón. ¿Es usted el doctor Melek?».**

Respondió por fin una voz de mujer.

—Sí. Quiero acceder al Nodo Sur y la puerta no se abre.

La voz femenina volvió a resonar contra las paredes, parecía provenir de todos lados.

**«Ahora lo veo. Está sudando a pesar de que la temperatura es de 22°. Y percibo en su voz un cierto tono de**

***nerviosismo. ¿Se encuentra bien?».***

—Perfectamente —contestó, con la vista fija en la cámara situada en una esquina del techo—. Sólo quiero abrir esta maldita puerta.

***«Entiendo. Déjeme comprobar algo».***

Y al instante continuó.

***«Me temo que el código de apertura se ha cambiado hace cinco minutos. Usted está usando uno obsoleto. Tendrá que conseguir el nuevo introduciendo su clave personal en el panel».***

—¿No puedes abrirme tú?

***«Ya sabe que no, doctor Melek, hay que seguir el protocolo».***

—¡Maldita sea!

Cada vez más alterado, el hombre se dirigió de nuevo al panel y, con dedos trémulos, comenzó a teclear.

La secuencia de números y letras era muy larga, y se equivocó varias veces. Finalmente, consiguió entrar en el menú principal para solicitar el nuevo código. El procedimiento era minucioso y lleno de pasos, y los nervios no ayudaban.

Un ruido a su espalda lo hizo volverse como un rayo: la puerta al final del pasillo que acababa de recorrer, se abría. Con auténtica desesperación regresó la vista al panel y leyó:

**SU NUEVO CÓDIGO SE ESTÁ GENERANDO.**

**NO SE RETIRE.**

**EL PROCESO DURARÁ UNOS SEGUNDOS.**

Se escucharon unos pasos. No eran rápidos, indicaban un andar pausado. El doctor Melek se volvió de nuevo y lo vio. Aún no había llegado a la altura donde se ubicaba ninguna ventana y estaba sumido en las sombras; sin embargo, no le hizo falta distinguir su rostro para saber de quién se trataba. El hombre que se acercaba también vestía bata blanca, aunque con múltiples salpicaduras, y llevaba algo en la mano derecha. Paralizado por el terror, el doctor Melek continuó con la mirada clavada en él hasta que llegó al ventanuco circular y la luz proveniente de los focos exteriores lo iluminó; entonces no tuvo

ninguna duda: las salpicaduras eran de sangre y lo que colgaba de su mano era una enorme hacha.

Un pitido hizo que se volviera hacia la pantalla digital. Unas letras verdes parpadeaban.

SU CÓDIGO VA A GENERARSE.

—¡Vamos, vamos! —musitó, aferrado al panel.

RECUERDE QUE SI INTRODUCE ERRÓNEAMENTE EL CÓDIGO TRES VECES, DEBERÁ REPETIR EL PROTOCOLO PARA SOLICITAR UNO NUEVO.

—¡Sí, joder! ¡Lo sé! ¡Lo sé!

SU NUEVO CÓDIGO ES EL SIGUIENTE.

TOME NOTA.

AF36GK

—AF36GK —repitió, memorizando.

Los pasos detrás de él continuaban con la misma cadencia: pausados pero constantes. Ya lo tenía encima.

—A —repetía mientras tecleaba—, F, 3, 6...

No pudo pulsar la G.

Un golpe terrible de hacha le seccionó la mano derecha a la altura de la muñeca antes de rebotar en el lateral de la pantalla digital.

—¡Agrrrr! —gritó el doctor Melek, absorto en el chorro de sangre arterial que salía de la herida como un surtidor.

—Nuestro fluido vital —oyó decir al hombre, señalando el charco rojo y brillante que se iba formando en el suelo.

—¡Está loco! —farfulló el doctor, agarrándose el muñón.

—¿Loco? Tiene gracia que digas eso. ¿Adónde vas?

Trastabillando, dejando un reguero de sangre a medida que se alejaba, el doctor caminó por el pasillo. El hombre lo observó hasta que lo vio detenerse frente a una de las pequeñas ventanas.

—Ah, entiendo, un ataque de nostalgia. Puedes echar un vistazo fuera, no tengo prisa.

El doctor Melek habló sin girarse, absorto en el océano profundo.

—Será inútil.

—No lo será. Os mataré a todos —respondió el hombre, endureciendo el tono.

Las fuerzas le fallaron, y el doctor terminó hincado de rodillas junto a la pared de acero. El hombre se acercó y lo miró como si lo viera por primera vez en su vida, aunque llevaban trabajando juntos más de un año.

—Será rápido. Sentirás algo parecido a un destello luminoso. Luego, nada. Al menos eso dicen.

Levantó el hacha con ambas manos y calculó la trayectoria.

—¡Espere, no lo haga! —suplicó el doctor, con los ojos encharcados en lágrimas.

—Buen intento —dijo el hombre, socarrón, antes de descargar un terrible golpe que consiguió que la pesada hoja de acero se chavara profundamente en su cabeza, produciendo un ruido seco y definitivo.

De inmediato, un coro de gritos lejanos y lastimeros resonó contra las paredes de acero durante unos segundos para luego extinguirse.

Con decisión —después de mover la cabeza de un lado a otro, haciendo crujir las vértebras cervicales igual que haría un púgil antes de afrontar un nuevo *round*—, el hombre arrancó el hacha incrustada en la cabeza del doctor Melek y se marchó por donde había venido.

## ***PRIMERA PARTE***

**LA LISTA**

*Una semana después. Washington D.C. EE.UU.*

El sol caía en el horizonte y su luz ambarina se reflejaba en las tranquilas aguas del río Potomac. Asomado a la ventana del último piso del edificio Gretel, Marc Clayton, director general de la Corporación NeWorld, observaba el bellissimo espectáculo con los ojos entornados y la cabeza a mil por hora. No era un hombre al que la presión afectara demasiado, ni se bloqueaba ante las dificultades —no habría llegado tan arriba si así hubiera sido—, sin embargo, aquella tarde estaba especialmente intranquilo. Y no era para menos, un alto cargo militar estaba llegando y sabía por experiencia cuánto se complicaban las cosas cada vez que un uniforme aparecía para meter las narices en sus asuntos.

Clayton estaba solo en su enorme despacho, decorado por su *exmujer* en un estilo extremadamente minimalista: pocos muebles, líneas rectas y colores pastel combinando los beis con los azules claros. En las paredes, prácticamente vacías, colgaban dos cuadros: en el lado derecho un *Christopher Wool* de dos por dos metros, lleno de manchurroneos grises y curvas en negro, que siempre le pareció una tomadura de pelo; y un *Gerhard Richter* en el izquierdo, de igual tamaño pero lleno de vivos colores. Éste sí le gustaba. Lo eligió personalmente. Le costó una fortuna, pero sabía que además de alegrar el despacho supondría una magnífica inversión a largo plazo;

asunto ése fundamental para Clayton, ya que antes que científico era un hombre de negocios. De hecho, hacía tanto tiempo que no ejercía como biólogo, que a veces le costaba recordar sus años de investigador, cuando era un joven entusiasta lleno de ganas por hacer cosas importantes. Y las hizo, pero no manejando microscopios, pipetas o placas de *Petri*, sino ascendiendo poco a poco hasta llegar a lo más alto de la Corporación NeWorld. Debíó renunciar a muchas cosas para lograrlo: amigos, compañeros, novias, familia... Si quería ascender tenía que ser implacable, y consideró que cualquier sentimiento representaría una carga que lo debilitaría. Y lo consiguió a fuerza de tenacidad y falta de escrúpulos: a los cuarenta y cinco años ya era subdirector y cinco años después, director general.

Dejó de mirar por el ventanal y paseó por su despacho. Clayton medía un metro ochenta, era delgado y siempre lucía un perfecto bronceado. Aunque sus ojos demasiado juntos, sus labios estrechos y su falta de mentón lo alejaban del canon de belleza masculina, su porte y elegancia le hacían un hombre atractivo. Siempre vestía trajes Armani, camisas *Charvet* de algodón fino, corbatas *Drake's* de seda y zapatos *Santino* hechos a medida.

En un momento dado se detuvo en una esquina, frente a una sencilla pero carísima vitrina donde se exponían una serie de objetos sin una relación aparente: un casco de bronce griego, unas mandíbulas de tiburón blanco, un fósil de diente de Tiranosaurio Rex... y la pieza más preciada: un violín rescatado del *Titanic*. También era la adquisición más reciente de su pequeña y heterogénea colección. Pasó el dedo por su maltrecha madera, recordando el día que se hizo con él. Un millón de dólares, aunque lo valía. Coleccionar objetos antiguos lo apasionaba. Tocar el pasado representado en aquellos exclusivos trozos de metal, piedra, madera o hueso, le evocaba la futilidad de la vida humana y la necesidad de disfrutar cada instante sin escatimar en nada. Por eso le gustaban las cosas caras, los negocios turbios y las mujeres llenas de pecados. El lujo y el riesgo. Ambas cosas le recordaban, cada día, que

estaba vivo. "¡Qué demonios!", se dijo haciendo vibrar levemente la única cuerda del violín que continuaba intacta, "me lo merezco y me lo puedo permitir". Él solito había conseguido llevar a NeWorld a cotizar en bolsa, convirtiéndola en un gigante de la industria alimenticia y farmacéutica. Y no había sido fácil. A veces, tuvo que tomar decisiones arriesgadas; y otras, como cuando aceptó el contrato con el Departamento de Defensa, vender su alma al diablo.

Un timbre sonó suave y melódico. Fue hasta su mesa y pulsó un botón en el interfono.

—¿Sí?

—Señor Clayton, el coronel Adams ya está en el edificio — oyó decir a su secretaria.

—Bien. Cuando suba, hágalo pasar de inmediato.

—Entendido.

La reunión sería un "cara a cara". Sin intervención del consejo. Había algunos temas que era mejor tratarlos en privado. Al día siguiente lo convocaría y expondría una versión descafeinada, dando la información mínima para justificar los gastos extraordinarios. Él sabía perfectamente cómo manejar a ese grupo de vetustos chupatintas sin agallas que se habían ido acomodando en sus sillones. Resultados, eso era lo que les importaba; y de momento, las cuentas de la empresa estaban saneadas: todos ganaban dinero y los accionistas estaban contentos. Para qué preocuparlos innecesariamente, tal vez sólo se tratara de un fallo sin importancia. O eso deseaba creer.

Un par de golpes sonaron en la puerta.

—Adelante —invitó Clayton, después de aclararse la garganta.

La puerta de madera de cerezo se abrió y apareció su secretaria. Tras ella venía un hombre vestido de uniforme.

—El coronel Adams —anunció escueta.

—Gracias, Raquel. Puede dejarnos. Y no me pase llamadas.

—Sí, señor —contestó la secretaria, una mujer agradable a la vista, pero no tan atractiva como para distraerlo. La eligió así: eficiente y neutra, justo lo que requería el puesto.



El coronel Adams permaneció junto a la puerta hasta que ésta se cerró a su espalda, entonces avanzó con paso decidido al encuentro de Clayton, que lo esperaba con la mano extendida.

—Dejémonos de formalismos —soltó el coronel, mirando la mano vacía de Clayton suspendida en el aire—. Esto no es una visita de cortesía.

—Por favor —dijo Clayton, indicando la silla frente a su mesa, mientras notaba el calor subiendo por sus mejillas.

El coronel era un hombre bajo pero fornido, de anchos hombros y grueso cuello. Iba bien afeitado, y el poco pelo grisáceo que lucía sobre sus sienes estaba cortado al uno. Su rostro era vulgar, de mofletes caídos y nariz chata, pero sus ojos oscuros, *semiocultos* bajo unas cejas muy pobladas, mostraban una intensidad abrumadora.

Tras tomar asiento, se quitó la gorra de plato, la puso sobre sus rodillas y clavó su intimidatoria mirada en Clayton.

Su gesto y su actitud dejaban bastante claro quién mandaba allí.

—Póngame al día.

Clayton también se sentó antes de responder.

—Intenté decírselo por teléfono. Si me hubiera atendido, podría haberse ahorrado el viaje.

—No diga gilipolleces, el Pentágono está aquí al lado.

—Está bien —resolvió Clayton, admitiendo que si él se consideraba un tiburón, aquel coronel era un cachalote, y de los grandes—. Hace una semana que perdimos el contacto con Utopía.

—Cuénteme algo que no sepa.

—Aparentemente las comunicaciones funcionan. La boya de superficie está en perfecto estado y nada parece indicar un fallo técnico. El mini robot que bajamos no registró daños estructurales, incluso las luces exteriores estaban encendidas; por ello, también hemos descartado un problema por falta de energía.

—¿El elemento humano, quizá? —concluyó el coronel, sacando una pitillera del bolsillo interior de su chaqueta.

Clayton lo miró con desaprobación. El coronel obvió su gesto, tomó un purito, lo golpeó contra la mesa y luego lo encendió usando un mechero *Zippo* de color cromado.

—Ya fumaba con trece años —empezó a decir, después de dar una larga calada y expeler un humo denso y blanquecino—. Pronto cumpliré los sesenta y cinco, ya es demasiado tarde para dejarlo. Conteste a mi pregunta.

Con resignación, recostándose en su sillón para evitar el humo que flotaba delante de sus ojos como una neblina, Clayton obedeció.

—Allí abajo trabajan diez personas. Sólo algo muy grave podría haber impedido que al menos uno de ellos se hubiera comunicado con el exterior.

—Ya —musitó el coronel, entornando los ojos—. En ese caso, dígame, ¿cuál es su teoría?

—Un error informático.

—¿Durante siete días?

—Las actividades que se realizan en Utopía son experimentales. El sistema que lo controla todo, también. Como usted bien conoce.

—Entiendo. Entonces, vayamos al grano —resolvió el coronel, acercando una pieza de cerámica que había sobre la mesa para echar la ceniza de su purito.

Clayton dio un respingo.

—Es un cuenco Etrusco, pertenece al siglo VI antes de Cristo.

—¿En serio? —preguntó retórico el coronel, antes de continuar—. Dígame lo que necesita.

—Un *minisubmarino* con capacidad para dos personas, capaz de bajar más allá de los dos mil metros.

—No será fácil, ni barato.

—La Corporación NeWorld correrá con todos los gastos.

—Por supuesto. ¿Qué más?

—Un barco preparado para transportarlo hasta allí, y una tripulación que no haga preguntas.

—Me parece razonable.

—Y una cosa más.

—Usted dirá —lo invitó el coronel, acompañando sus palabras con un gesto de la mano.

—Necesito saber todo sobre Utopía.

—Ya lo sabe.

—No. ¿Qué hay en la Sala Negra?

—Algo que le hará ganar más dinero del que jamás haya imaginado, ya se lo dije.

—Los gastos de mantener ese complejo son enormes. No sé cuánto tiempo podré justificarlos.

—Tenga paciencia. Primero solventemos este contratiempo.

—¿Podría la Sala Negra tener algo que ver con que...?

—En absoluto —atajó el coronel.

—¿Está seguro?

—Amigo, en esta vida no se puede estar seguro de nada. Pero, a todos los efectos, actúe como si así fuera.

Clayton se levantó de su sillón de un salto. Ver al coronel apagar su purito en la vasija milenaria fue la gota que colmó el vaso. Respiró hondo. Fue hasta el amplio ventanal y se quedó mirando cómo el sol desaparecía, definitivamente, incendiando el horizonte de un color anaranjado bellísimo.

—¿Cuándo podré disponer de lo que le he pedido?

—Existe un batiscafo ruso preparado para transportar a tres personas a esa profundidad. Es una antigualla, pero servirá —contestó el coronel—. Lo podría tener sobre un barco, listo para zarpar, en dos días.

—Ya sabía lo que le pediría, ¿verdad?

—Usted ocúpese de lo suyo, averiguar qué ha pasado en mi instalación, y déjeme el resto a mí. ¿Ya ha decidido a quién mandará allí abajo?

Clayton lanzó un suspiro y fue a su mesa. Conteniendo la rabia, cogió dos finas carpetas de color azul y se las entregó.

—Sí. A la única persona cualificada para entender el sistema de control y resolver cualquier problema si lo hubiera. La mujer que lo creó.

El coronel abrió la primera carpeta y leyó su contenido sin prisa.

—Además, como podrá comprobar, su motivación está garantizada —añadió Clayton, dejándose caer en el sillón.

—Sin duda —corroboró el coronel, deteniendo el dedo índice en una parte del texto.

Terminó de leer el informe, lo dejó sobre la mesa, y abrió la segunda carpeta.

—Veo que sólo tiene dos candidatos a piloto.

—No hay demasiados marinos en el mundo con experiencia en batiscafos. Y de todos, ellos serían los únicos predisuestos a aceptar el trabajo sin hacer demasiadas preguntas —explicó Clayton.

Cuando el coronel acabó de leer la segunda carpeta, la arrojó sobre la otra y entrelazó las manos.

—Veo que ha hecho los deberes.

—Tengo gente muy eficiente trabajando para mí, puede estar seguro —dijo Clayton, sintiendo que retomaba el control de la situación.

La sensación no le duró mucho.

—Que vaya el español —resolvió el coronel, autoritario.

—¿Por alguna razón especial?

—No tiene mujer ni hijos, y sus padres murieron hace tiempo. Sólo le queda un tío lejano con el que no tiene contacto. Nadie lo echará de menos si falla algo.

—Probablemente se trate de un problema informático —recalcó Clayton, molesto.

—Claro, no lo dudo. Pero, durante mis años en el campo de batalla, aprendí que tienes más posibilidades de vencer si te preparas para encontrarte con lo peor.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es lo peor?

El coronel Adams chascó la lengua y torció la boca, componiendo una media sonrisa irónica.

—Les acompañará una tercera persona.

—¿Una tercera persona? —repitió Clayton, arrellanándose en el sillón.

—El batiscafo tiene tres plazas, sería una pena desaprovecharlas.

—Entiendo. Quiere tener ojos y oídos allí abajo.

—Y manos, amigo mío, y manos —añadió el coronel, levantando las suyas mientras las movía delante de su cara.

—¿Quién será ese hombre?

—Alguien de confianza que sabrá qué hacer si surgen problemas.

—¿Qué pasará si surgen... "problemas"? —preguntó Clayton, cargando el acento en la última palabra.

—¿Escrúpulos? —dijo el coronel, con cierto retintín—. Vamos... Un hombre como usted, que ha llegado tan alto... Seguro que tendrá muchos "cadáveres en el armario".

—Dirijo una gran corporación, sólo velo por sus intereses.

El coronel sonrió —esta vez abiertamente—, se colocó la gorra y se levantó de la silla. Con paso decidido se encaminó hacia la puerta. Ya tenía la mano en el pomo cuando se detuvo y se dio la vuelta. La única luz que iluminaba el despacho era la que entraba por el ventanal. Una luz escasa, añil, de anochecer.

—No le dé más vueltas al asunto, señor Clayton, será lo que usted dice: un puto problema informático.

**NATSUKI**

*Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT)  
Cambridge (EE.UU.)*

El trasiego de futuros estudiantes en el hall principal era incesante. Cientos de jóvenes, algunos acompañados por sus padres, iban de aquí para allá mirándolo todo, deteniéndose en cada letrero que veían pegado en las paredes, o, simplemente, disfrutando de la suntuosidad de aquel edificio. Un grupo, sin embargo, permanecía haciendo cola tras una gran puerta doble a cuyo lado había un cartel sobre un caballete en el que decía:

*Hoy, a las 10:30 h en el aula 5, conferencia sobre  
Inteligencia Artificial con el tema:*

**"¿SEREMOS CAPACES DE CONSTRUIR MÁQUINAS  
MÁS INTELIGENTES QUE NOSOTROS?"**

*Ponente, **NATSUKI KURIYAMA** (doctora en Ingeniería  
Informática y Computación Cognitiva)*

A varios metros de distancia, apoyada contra una pared, esperaba una mujer de rasgos orientales. Por enésima vez miró su reloj: eran las diez y dieciocho, dos minutos más que la última vez que lo consultó. Vestía zapatos de medio tacón, pantalón ancho de lino rojo, camisa entallada blanca y chaqueta gris sobre los

hombros. El pelo, negrísimo, lo llevaba recogido en una coleta; y en su cara, unos abundantes labios rojos destacaban igual que una mancha de sangre sobre una sábana de raso blanca. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y en el suelo, entre sus piernas, descansaba una cartera masculina de piel marrón muy usada. En un momento dado, la cogió y echó a andar. Pero no fue a ninguna parte. A los pocos metros dio la vuelta y volvió al punto de partida. Parecía nerviosa, aunque realmente estaba indignada.

Una voz a su espalda la sobresaltó.

—¡Oh, Dios mío, doctora Kuriyama, por fin la encuentro!

Se trataba de Sarah Miller, la coordinadora de actividades del instituto, que llegaba casi corriendo.

—La conferencia va a empezar, ¿dónde se había metido?

—Aquí. No me he movido de aquí desde que he llegado —contestó la doctora, con cierto enojo.

—Quedé con usted en la sala de profesores a las nueve. Se lo puse en el último *e-mail* que le envié. ¿No lo ha recibido?

—Pues...

—Llevo llamándola más de una hora.

—Me dejé el móvil en el hotel.

—¡Los genios siempre tan despistados! Sígame, todo está preparado tal como nos indicó. ¿Qué tal el viaje? ¿El hotel es de su agrado? —hablaba sin parar mientras la conducía por un pasillo lateral cogida a su brazo—. Los días de jornadas abiertas son un auténtico caos. Organizar tantos eventos es una locura, no quiera saber cuánto desgasta. No me ha dicho qué tal el viaje.

—Bien, bien.

—Se ve estupenda.

—Gracias.

—Parece una modelo. Su figura, sus andares, esa combinación de colores... Rojo, blanco y gris: perfecto. Yo entiendo de colores, los complementarios y todo eso, pero ya ve —dijo la coordinadora señalando su indumentaria—, a la hora de la verdad sólo me siento a gusto con los marrones. ¿Elige usted su ropa? Yo voy con una amiga, una negada como yo, aunque el caso es no ir sola. Las compras son una excusa, por supuesto.

Ambas mujeres eran de la misma edad, treinta y cinco años, pero la doctora parecía diez años más joven y la coordinadora diez mayor, debido a un cutis muy ajado, un pelo descuidado y un traje de chaqueta que le quedaba dos tallas grandes.

—Desde 1916, año en el que el campus abrió sus puertas —continuó la coordinadora—, de aquí han salido setenta y ocho Premios Nobel. El curso pasado el instituto recibió casi veinte mil solicitudes de admisión para nuevos alumnos, de las cuales se atendió a menos del diez por ciento.

—Entonces, ¿por qué hacen estas jornadas?

—Hay quien piensa que son una manera de abrirnos al mundo. Los de arriba —dijo, señalando con el índice al techo— creen que nos humaniza. Aunque yo pienso que lo hacen por puro narcisismo. ¿Usted dónde estudió?

—En la Universidad de Kobe.

—¿Kobe?

—Sí, se encuentra en la Isla de Honshu, en Japón.

—¿Kobe? ¿Como la carne ésa tan cara?

—Exacto —contestó la doctora Kuriyama, con resignación—. En esa región se crían los bueyes de la raza Kuroge Wagyu, sin mezcla genética.

—Vaya, ustedes los japoneses siempre tan puristas. Y dígame, ¿es verdad que se pasan todo el día mimando a los animales?

—Se les alimenta con grano bajo en grasa, en sus establos nunca falta la música relajante y se les da, regularmente, masajes con sake.

La coordinadora se detuvo de golpe.

Sarah Miller era bajita e iba de plano, mientras que la doctora pasaba del uno setenta y cinco y además llevaba algo de tacón, por ese motivo tuvo que levantar la cabeza para poder mirarla a los ojos.

—¿Me está tomando el pelo?

—No, con ello se consigue que la grasa se vaya distribuyendo homogéneamente entre su carne —contestó la doctora Kuriyama, con total naturalidad.

—Me está tomando el pelo —afirmó esta vez la coordinadora, desplegando una amplia sonrisa.



—No, en serio, por eso está considerada la mejor carne de vacuno del mundo.

—Vale, vale, la creo. Por aquí, ya hemos llegado.

Sarah Miller abrió una puerta y entraron en una sala pequeña. No había muchos muebles: una mesa redonda con un teléfono y varias sillas alrededor, una estantería llena de carpetas y una mesita baja en un rincón con una cafetera, tazas, un par de platos con pastas, y nada más. Las paredes eran blancas, inmaculadas, y vacías. Una ventana de dos hojas, entornada, por la que se veían algunos árboles, era lo único que evitaba la sensación de claustrofobia.

—Puede esperar aquí tomándose un café mientras me ocupo de hacer entrar a los estudiantes. Me hubiera gustado presentarle a alguno de los profesores del instituto pero, como verá, se han ido todos —dijo la coordinadora, recorriendo la sala con la mano.

—No importa. Seguro que tendré tiempo de conocerlos después.

—Seguro. Bueno, cuando tenga a todo el personal sentado y calladito, volveré.

—Perfecto. Gracias —concluyó la doctora, realizando un imperceptible asentimiento con la cabeza.

Mientras abría las puertas del Aula 5, e indicaba a los asistentes que fueran entrando, Sarah Miller vio pasar al vicerrector y fue hacia él como un rayo. Lo alcanzó cuando iba a coger el ascensor.

—Dígame que la doctora Kuriyama ha aparecido y no tenemos que suspender la conferencia — soltó el vicerrector a bocajarro, antes de que ella pudiera decir una palabra.

—Así es, Sr. Peterson, está esperando en la Sala de Profesores.

—Estupendo. Ahora sólo falta que no sumerja en un sueño profundo a los asistentes.

—¿Por qué lo dice?

—Tiene fama de espesa.

—¿Espesa?

El vicerrector, un hombre de mediana edad, con sobrepeso y poco pelo, meneó la cabeza antes de aclarárselo.

—No sabe filtrar, ya me entiende... Siempre piensa que está hablando para expertos.

—¿Y por qué la hemos invitado?

—Es una autoridad en su materia. Pocas personas en el mundo saben tanto sobre Inteligencia Artificial como ella. Su presencia da categoría al instituto, que es de lo que se trata.

—Ya.

—¿Sabía que se le ofreció una cátedra en el Departamento de Ciencias de la Computación y la rechazó?

Sarah Miller abrió mucho los ojos, incrédula.

—Prefirió dedicarse a la investigación —continuó el vicerrector—. Lleva cinco años desarrollando software de última generación. Financiada por una empresa privada, por supuesto. Nada de lo que ha hecho ha visto aún la luz, pero acuérdesese de lo que le digo: esta mujer dará que hablar en un futuro.

—Vaya —fue capaz de articular la coordinadora al tiempo que comprobaba, con un rápido vistazo, que todos los asistentes a la conferencia habían desaparecido del hall.

En ese momento, el ascensor llegó y el vicerrector se introdujo en él.

—¿No viene? —preguntó al verlo teclear en el panel.

—¿Está de broma? Prefiero echar las siestas en el sillón de mi despacho.

Sin embargo, la conferencia, después de un comienzo algo farragoso, empezaba a despegar contradiciendo la opinión del vicerrector. Y no por casualidad, sino gracias a una meticulosa preparación.

Cuando la doctora Kuriyama recibió la invitación del Instituto Tecnológico de Massachusetts, sabía que trataría con legos, por ese motivo decidió documentarse a conciencia, y leyó todo lo que pudo sobre el arte de hablar en público, algo que hasta ese momento no le había preocupado. Las conferencias no eran su fuerte, y decidió ponerle remedio de una vez por todas. Tomó buena nota y trabajó cada aspecto: el discurso, la extensión de éste, la presentación, la velocidad con la que hablar, el tono y el timbre, cómo controlar el nerviosismo, la postura corporal más

adecuada, los ademanes, el uso de preguntas, y, cómo no, el final; en el que debería hacer un pequeño resumen donde condensar todo lo dicho. Lo llevaba bien estudiado, habiendo puesto un especial interés en el apartado de interactuar con el público. Había leído —de diferentes autores expertos en el tema— que realizar preguntas resultaba un truco eficaz para obligar a los asistentes a prestar atención, sobre todo si éstas eran impactantes.

Pero no le resultó fácil aplicarse lo aprendido, y el inicio no fue muy acertado. Demasiadas conferencias y charlas dirigidas a un público versado en el tema, y más dispuesto a preguntar que a responder, la habían convertido en una ponente fría, distante y monótona. Debido a ello necesitó un tiempo para adaptarse, y, mientras lo hacía, cometió errores. Como el de tratar de definir conceptos tan complejos como redes neuronales, sistemas expertos, lógica difusa, sistemas *multiagente* o algoritmos genéticos; extraños nombres detrás de los cuales se escondían técnicas de inteligencia artificial difíciles de comprender. Le puso empeño, no obstante, usando ejemplos con los que intentó ser amena.

—Usamos estas técnicas cada día sin saberlo: en videojuegos, seguridad, procesadores de texto, transacciones bancarias, análisis financieros... Cuando entramos en internet nuestro navegador utiliza sistemas expertos para la creación de listas y sugerencias. Y qué decir de los electrodomésticos. Nuestra lavadora determina el agua empleada y el tiempo de lavado en función de la carga. Y nuestro lavavajillas toma decisiones semejantes atendiendo a la mayor o menor suciedad de los vasos, sartenes o cubiertos que hayamos introducido; y todo ello gracias al empleo de la lógica difusa, que se basa en lo relativo de lo observado como posición diferencial. O sea, no utiliza valores exactos, sino que hace una estimación, un tipo de pensamiento más parecido al humano. Si está bastante sucio, usa el programa más intenso; si está poco sucio, el más corto y económico. Siendo "bastante" y "poco", como saben, valores relativos.

Hizo un gran esfuerzo por ser lo más clara posible, aunque el resultado fue dispar. Y, viendo que en la sala comenzaban

murmullos y movimientos —signo claro de desinterés y aburrimiento—, tiró de manual y decidió preparar el terreno para las preguntas.

Y en ese momento se encontraba. Tragando saliva y mirando a un público al que estaba dispuesta a seducir a toda costa.

—Ahora hablaremos del futuro —dijo sin titubeos, usando el plural mayestático—. Hasta ahora lo hemos hecho sobre aplicaciones que se limitan a tomar decisiones basándose en cálculos, y en unos datos y factores previamente establecidos por los programadores, por nosotros, por los humanos. Hemos visto la punta del iceberg. El auténtico logro llegará cuando estas mismas aplicaciones crezcan, se completen, aprendan y tomen decisiones de una manera autónoma y en base a unos parámetros que no les hayamos implantado nosotros, sino que ellas mismas hayan decidido. Cuanto menos conozcamos las razones que mueven a las máquinas a hacer determinadas cosas, más cerca estaremos de haber alcanzado nuestro objetivo. Será en ese momento cuando realmente podamos decir que hemos creado máquinas inteligentes. Pero eso nos da miedo, por supuesto.

La doctora hizo una corta pausa dramática, durante la que aprovechó para comprobar el efecto que habían hecho sus palabras entre los asistentes. Lo que vio le gustó: ojos bien abiertos y bocas cerradas.

—Ya tenemos programas complejos que aprenden de nosotros —continuó, después de beber un poco de agua—. Que deciden qué hacer en cada momento sin consultarnos. Programas implantados en máquinas muy comunes. Seguro que la mayoría de ustedes han oído hablar de ellas. Las usamos a diario. Se trata de los automóviles. Del griego *αὐτο* "uno mismo", y del latín *mobīlis* "que se mueve". O sea, que se mueve por sí mismo. Quien decidiera ponerle ese nombre a los primeros coches autopropulsados, hace más de un siglo, se adelantó bastante, pero al final tendrá razón. El objetivo a medio plazo es poner en la carretera vehículos completamente autónomos. De momento, algunos usan programas que asisten al conductor en tareas sencillas, como mantener una velocidad constante con el *autocrucero*. En los automóviles más avanzados podemos encontrar sistemas capaces de mantenerlos dentro del carril controlando el volante, y respetar la distancia de

seguridad con el vehículo de delante frenando o acelerando según sea necesario. La Sociedad de Ingenieros de Automoción, ha clasificado el grado de autonomía de éstos en cinco niveles. Del primero y del segundo les acabo de hablar. En el Nivel 3 ya tenemos coches que detectan las situaciones, las estudian y deciden qué hacer, como el momento de adelantar. Aún así, el conductor deberá estar atento... por si las moscas —concluyó relajando el lenguaje, en un torpe intento por ser coloquial. Esperaba alguna sonrisa que no se produjo. Definitivamente no se le daba bien hacer bromas—. En el Nivel 4, el conductor, el humano, ya es prescindible. El vehículo opera de forma totalmente autónoma, pero sólo dentro de lugares cerrados y controlados, como minas, fábricas o circuitos. El objetivo es llegar al Nivel 5, donde los coches, provistos de cámaras y sensores que le informen del entorno, y conectados permanentemente a un GPS, sabrán dónde están, adónde tienen que ir y cómo hacerlo. Nosotros no tendremos nada más que indicarles, con una aplicación de voz, nuestro lugar de destino, y él se encargará del resto: saldrá del garaje, se incorporará al carril, frenará en los semáforos y las señales de stop, ajustará la velocidad para mantener la distancia, respetará las señales de circulación, buscará la ruta más rápida después de consultar la información del tráfico, y, tras llegar a nuestro destino, examinará la zona para encontrar un lugar libre o un parking y aparcará. Nunca en prohibido, ni ocupando una plaza para minusválidos. Y todo esto sin que nosotros tengamos que hacer absolutamente nada. Comodidad, eficacia y seguridad, ésa es la idea. ¿Quién podrá resistirse a ello?

A la doctora Kuriyama ya no le cabía ninguna duda de que contaba con toda la atención del público, y eso le hizo relajarse, sentirse bien. No era una persona que buscara constantemente la aceptación de los demás, en realidad la opinión de la gente le daba bastante igual. Su trabajo se basaba en resultados objetivos que no requerían de una personalidad social para obtener un plus. Aún así, la experiencia empezaba a ser bastante gratificante, y le estaba haciendo descubrir un ego que creía no tener.

Despertado el interés, decidió lanzar la primera pregunta.

—Vamos, contesten, ¿cuántos de los presentes comprarían un coche que les ofreciera semejantes ventajas? Recuerden que sería

capaz de llevar a los niños al colegio. O recoger del aeropuerto a ese familiar que ha decidido pasar el fin de semana en nuestra casa. Incluso podría configurarse para que le diera una vuelta por la ciudad, dejándonos la tarde libre. Una auténtica maravilla, ¿no es así? Venga, alcen el brazo. ¿Cuántos lo comprarían? —repitió, al tiempo que se levantaba de la mesa de ponencias y se acercaba al público, en un gesto de desinhibición poco habitual en ella.

El Aula 5 daba cabida a casi doscientas personas. Estaba llena. La doctora calculó, a groso modo, que más de dos tercios tenían el brazo levantado. También tuvo tiempo de comprobar que no sólo había jóvenes, sino que buena parte de los asistentes eran personas de mediana edad. Eso le resultó interesante para su estadística, ya que sabía que los menores de veinticinco años estaban más abiertos a las nuevas tecnologías, y eran más proclives a aceptar los cambios que los mayores.

—Gracias, ya pueden bajar el brazo —antes de continuar hablando se volvió y se recostó contra la mesa de ponentes—. Veo que la mayoría de ustedes están preparados para el futuro, y eso está bien, porque llegará nos guste o no. Está claro que muchos de los presentes han sido seducidos ante la posibilidad que les planteaba. Comprarían y viajarían en coches inteligentes. Y harían bien. Serán mucho más cómodos y seguros que los actuales. El 90% de los accidentes son debidos a causas humanas. El conductor virtual nunca se dormirá por falta de sueño, ni se distraerá por ir pensando en sus cosas, ni irá bebido o perderá el control al buscar algo en la guantera. Ni correrá en exceso. No le afectará la oscuridad, ni la niebla, ya que con sus cámaras infrarrojas verá mejor que nosotros, y será más prudente bajo la lluvia o la nieve gracias a sus múltiples sensores. Podremos ir durmiendo, mirando por las ventanillas, jugando a las cartas o viendo la televisión igual que si fuésemos en un tren. Un viaje de lo más relajado. El sistema específicamente desarrollado para la conducción hará exactamente eso: conducir, nada más, y con una eficacia asombrosa. Sin embargo, algunos de ustedes no han levantado la mano. ¿Podrían decirme por qué?

Sabía que, al menos un tercio de los asistentes no había respondido positivamente a su anterior pregunta. Sin embargo,

ahora todos callaban. Comenzaba a pensar que había sido una mala idea hacer partícipe al público en su charla cuando, una señora de rubia cabellera sentada en mitad de la sala se levantó y dijo:

—Me gusta conducir.

—Buena razón —afirmó la doctora, aliviada—. ¿Alguna otra?

—No me fiaría —oyó decir a un hombre de mediana edad situado a su izquierda, en las primeras filas.

—Entiendo. Ha pensado en un defecto de fabricación de algún componente del hardware —admitió la doctora—. O en un fallo en el sistema, en el software, que pudiera provocar un desastre al calcular mal el trazado de una curva, por ejemplo. Las máquinas se estropean, eso está comprobado. Pero un coche no es una lavadora o un frigorífico, que nos sacará medio limpia la ropa o nos arruinará la comida si funcionan mal. Un coche es una máquina capaz de circular a más de 120 Km/h, y con nosotros dentro. Nuestra vida está en juego, y la de otros. Tiene razón en desconfiar, las máquinas no son perfectas, tienen fallos, aunque muchos menos que los humanos. Está demostrado que un sistema inteligente de control tiene múltiples ventajas sobre nosotros. Son más eficaces en la realización de tareas monótonas, y mejoran significativamente el rendimiento a la hora de encontrar soluciones a problemas específicos. Comprendo sus reticencias, pero el problema no vendría por ahí. Si en algún momento nuestras vidas estuvieran en peligro, en un altísimo porcentaje de las veces, no sería debido a un fallo del sistema, sino a una decisión tomada por él.

Llegado a este punto, la doctora hizo una leve pausa antes de continuar. Estaba lista para abordar el tema en el que se centraba principalmente su investigación, y eso siempre la ponía nerviosa.

—La limitación de los sistemas inteligentes, radica en su orientación para resolver problemas complejos en los que entran en juego otros factores que no son puramente técnicos, sino éticos y morales —tomó aire y lo soltó lentamente—. Los vehículos autónomos están orientados a minimizar las tasas de accidentes y, por tanto, de víctimas; pero, ¿qué decidiría nuestro

coche en el caso de un accidente inevitable en el que entraran en juego otras vidas además de la nuestra? ¿Resolvería que fuésemos nosotros los que nos lleváramos la peor parte para salvar la vida de los demás? Imaginen un grupo de personas que cruzan sin mirar por una carretera. Una familia con niños. ¿Podría entonces nuestro coche, en un microsegundo, optar por dar un volantazo y despeñarnos por un precipicio?

Los murmullos volvieron a la sala ante la pregunta retórica que la doctora había dejado suspendida en el aire.

—El problema es delicado —continuó, tras dar un nuevo trago de agua—. Hay quien aboga por una solución en la que el sistema resuelva de una forma aleatoria, emulando así el comportamiento humano. Muchas de nuestras decisiones se toman de forma instintiva, sin razonamientos profundos, dejando el resultado al azar o la suerte. Ésa podría ser una opción, es verdad, aunque yo creo que deberíamos ir más allá. El título de esta conferencia es: ¿Seremos capaces de construir máquinas más inteligentes que nosotros? Yo creo que sí. El futuro de la inteligencia artificial pasa por dejar de ser precisamente eso, artificial, y llegar a ser auténtica, natural e independiente. Debemos permitir, por tanto, que los sistemas aprendan de nosotros y, sobre todo, por ellos mismos. No limitarlos en su desarrollo. Sólo así podremos lograr avances realmente sorprendentes, mentes infinitamente más sabias que nosotros. Mentes capaces de tomar las decisiones más acertadas en cada momento.

»Era al principio de esta charla cuando definíamos la inteligencia artificial como aquel conjunto de sistemas capaces de mostrar, en su comportamiento, aspectos propios de la inteligencia humana, tales como el aprendizaje o la solución de problemas, y en los que se combinan contenidos de varias disciplinas como las Matemáticas, la Psicología, la Cognición, la Biología o la Filosofía —resumió, respetando escrupulosamente el manual que llevaba aprendido sobre la perfecta conferencia—. Yo digo, que si queremos llegar lejos necesitaremos incluir algo más en su desarrollo. Una cualidad que nos haga evolucionar como especie, y con la que dejaremos de dar cortos pasos para



empezar a realizar saltos prodigiosos. Si de verdad queremos cambiar el mundo antes de destruirlo, deberemos conceder a las máquinas la libertad de decidir por ellas mismas.

La doctora Kuriyama se incorporó de la mesa y se acercó de nuevo al público.

—Lo creamos o no, el futuro de la raza humana depende de que algún día seamos capaces de crear máquinas que nos salven de nosotros mismos. Y eso sólo lo lograremos concediéndoles el libre albedrío, igual que haría un Dios creador.

El silencio fue absoluto en la sala. La doctora sentía sobre ella cientos de miradas preocupadas. ¿Habría sido demasiado contundente? Intentó ponerle remedio.

—Pero no se preocupen demasiado, aún nos queda un largo camino por recorrer antes de que llegue ese momento. Es posible que algunos de los estudiantes que ahora se encuentran aquí ayuden a que se consiga, ¿por qué no? —concluyó, sonriendo para relajar el ambiente—. ¿Alguna pregunta?

Concedió unos segundos de cortesía. Ningún brazo se alzó en la sala. En todos los congresos a los que había acudido durante su vida profesional las preguntas entre expertos en la materia eran frecuentes, pero más por tratar de poner en apuros al ponente y resaltar su propia valía que por aclarar realmente una duda. Entre estudiantes esa circunstancia no tenía sentido; y, ante el mutismo de la sala, tuvo un doble sentimiento: o bien los había dejado satisfechos y disipado todas sus dudas, o, de lo contrario, no se habían enterado absolutamente de nada. En cualquier caso, ella había cumplido.

—Pues entonces, damos por terminada la conferencia. Muchas gracias por su asistencia —resolvió, abriendo los brazos—. Ah, y recuerden lo que dijo Woody Allen —añadió, antes de coger su maletín de la mesa—: *"Me interesa el futuro porque es el sitio donde voy a pasar el resto de mi vida"*.

Murmullos y risas no tardaron en brotar, y aplausos justo antes de que desapareciera por un lateral. Su intervención había sido un éxito, o eso quiso creer. Ya podía respirar aliviada, pronto volvería a su laboratorio, el lugar donde realmente se sentía cómoda.

En el pasillo la abordó Sarah Miller.

—¡Genial! ¡Ha estado genial!

—Gracias —contestó la doctora Kuriyama—. ¿Ha escuchado la conferencia?

—Por supuesto. Parte de mi trabajo consiste en evaluar el grado de satisfacción entre los asistentes a los actos. Y puedo decir que su ponencia va a obtener una magnífica nota.

—Me alegro. He intentado que...

—Me he fijado bien, no crea— la cortó la coordinadora—, por si alguno de los asistentes se dormía, y de eso nada. Ni uno.

—¿Se... dormía?

—Sí, bueno, olvídalo. Ya le digo, la conferencia perfecta. El equipo directivo estaba muy ocupado y no ha podido asistir. Y el profesorado, ya sabe... cada uno en lo suyo. Estos días son de infarto. Todo el mundo quiere brillar más que el otro. Cuantas más solicitudes por departamento, mejor.

—Entiendo.

—¡Dios, qué tarde es! —saltó de pronto Sarah, mirando su reloj—. En cincuenta y cinco minutos empieza la comida y todavía tengo que terminar de colocar a los asistentes. Además del personal de la universidad y políticos, están invitados padres de alumnos. Buenos ciudadanos que, con sus generosos donativos, ayudan a que esto funcione correctamente. No es que el instituto necesite su dinero, pero el programa de becas se ha ido ampliando mucho durante estos últimos años y sus aportaciones desinteresadas son de agradecer. Y más, si queremos dar estudios a toda esa pobre gente con talento que no tiene recursos.

—Claro —logró decir la doctora Kuriyama, aprovechando un hueco en su desbocado discurso.

—A usted le he reservado la mesa veinticuatro, donde estará como en casa. No ha sido fácil. ¿Sabía que hay más de mil profesores aquí? Seguro que sí. Pero no todos estarán en la comida, claro, ¡sólo faltaba! Se ha invitado a los titulares de cada departamento. Se sentará junto al profesor Wilson, que da clases de Ciencias de la Computación; la profesora Mckaling, responsable del Departamento de Robótica; el profesor...

—Seguro que estaré estupendamente con ellos —la atajó la doctora, dispuesta a no seguir soportando su incontenible verborrea —. Ahora me gustaría salir un rato fuera.

—¿Se encuentra bien? ¿Está mareada? ¿Quiere que avise...?

—No, no, gracias —declinó la doctora con educación exquisita —. Estoy bien. La tensión del viaje, la conferencia... Un poco de aire fresco será suficiente.

—¿Quiere que la acompañe?

Esta vez la doctora se limitó a poner un brazo sobre el hombro de la coordinadora y a negar con la cabeza, temerosa de que cualquier cosa que dijera fuese tomada por aquella incansable mujer como excusa para continuar hablando. No lo consiguió.

—Como usted quiera, pero no vaya muy lejos. Esto es enorme. Recuerde que la comida es dentro de... —Miró de nuevo su reloj— ... cincuenta minutos. Antes dirá unas palabras el rector, el señor Robinson, y quiere que esté todo el mundo sentado. Es muy puntilloso, no le gusta que...

—Perfecto, perfecto —resolvió la doctora, con una sensación de vértigo insoportable.

Nada más salir al exterior la doctora Kuriyama levantó la cara, respiró hondo y dejó salir el aire de sus pulmones lentamente, disfrutando de aquella pequeña tregua. Los castaños situados a ambos lados de la inmensa superficie de césped agitaban sus hojas al compás de una placentera brisa. Un cielo despejado de nubes permitía al sol inundar el campus del instituto con una intensa luz que hacía refulgir el imponente edificio principal construido en granito blanco. Entornó los ojos, molesta. Odiaba el sol. Sacó de su cartera unas grandes gafas oscuras, se las colocó y se alejó buscando la sombra de los árboles. Algunos estudiantes y familiares paseaban. Otros, inmersos en animadas charlas, formaban corrillos sentados en el césped. La temperatura era agradable para estar a mediados de septiembre, y, de no ser porque temía terminar con la ropa hecha un desastre, se habría tumbado sobre la hierba como una jovencita. En su lugar, se conformó con descalzarse y pasear un buen trecho sintiendo la hierba bajo los pies.

Su cabeza era un continuo bullir. Jamás descansaba. En los momentos de soledad aprovechaba para poner en orden ideas relacionadas con su trabajo, o desarrollar pensamientos de lo más dispares. Nunca se aburría. Su cerebro era su mejor entretenimiento. A menudo, podía pensar en más de una cosa al mismo tiempo sin mezclarlas. Como en aquel instante —apoyada en el tronco de un castaño cuyas hojas ya habían empezado a amarillear—, que reflexionaba sobre la conveniencia, o no, de incluir matices subjetivos en los nuevos motores de inferencias del modelo de inteligencia que estaba desarrollando, a la vez que calculaba la proporción exacta de soja para la elaboración de la salsa *teriyaki*, su favorita para acompañar a los *yakitori* o brochetas de pollo. Su mente funcionaba así, combinando temas de alta densidad con otros de lo más cotidiano. Una vez, de estudiante, se lo contó a su padre preocupada, y éste le aconsejó que no intentara comprenderlo todo, y que tratara de ser feliz tal y como era. Lamentablemente, no le hizo caso ni en una cosa ni en la otra. Su desafortunada entrega al trabajo y sus ansias incontrolables de conocimiento, la habían llevado a un ostracismo voluntario que tenía consecuencias nefastas en sus relaciones personales y sentimentales. Ninguna pareja le había durado lo suficiente para que se crearan compromisos definitivos, y los amigos... Pasado algún tiempo todos le resultaban aburridos y predecibles. Estaba sola. Sola con sus pensamientos. No era feliz, pero había logrado alcanzar un estado de confort que se le parecía mucho. Bueno, tenía a su padre. Sin hermanos y sin madre —que murió al poco de nacer ella—, su relación con él se estrechó hasta tal punto que se volvieron inseparables. Para ella no existía nadie más interesante e inteligente que él, y siempre lo veía como modelo a seguir y confidente. Incluso después de independizarse se llamaban tres o cuatro veces al día, y no había semana que no se vieran, aunque para ello tuvieran que alterar sus agendas de trabajo. Su padre era su guía y su apoyo. Por eso, los últimos meses habían sido tan duros para ella. Más de un año sin verlo era demasiado tiempo.

Una hoja arrancada por el viento, que cayó con lentitud delante de ella, reinició su cerebro e hizo que pensara en la trascendencia que tenían los actos aparentemente más nimios, y en la tremenda

importancia de incluir la sutileza y la sensibilidad a la hora de desarrollar programas inteligentes. También reflexionaba sobre la conveniencia de cambiar los viejos radiadores de su casa antes de que llegara el invierno, cuando una voz a su espalda la sobresaltó.

—Buenos días, ¿es usted la doctora Kuriyama, Natsuki Kuriyama?

Al darse la vuelta, encontró a un hombre con la frente perlada de sudor que jadeaba levemente.

Un metro ochenta, atlético, pelo muy corto, gafas de sol, mandíbula fuerte, unos cuarenta y cinco años...

Durante el par de segundos que tardó en contestarle, también se fijó en su ropa: zapatos y pantalones sport, camisa con bolsillos y "tres cuartos" ligero, todo de color gris oscuro, casi negro.

—Sí, soy yo.

—Llevo más de dos horas buscándola. Me dijeron que hoy estaría aquí, pero esto es enorme.

—Lo siento, acabo de salir de una conferencia —se disculpó Natsuki.

—Eso lo explica todo.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Blaine, Rick Blaine.

Al tiempo que le ofrecía la mano, el hombre se quitó las gafas. Natsuki pudo ver entonces, bajo unas cejas muy rectas, unos oscuros ojos de mirada neutra.

—Trabajo para la Corporación NeWorld. He perdido mucho tiempo buscándola, debe partir de inmediato. Tengo un coche esperando que la llevará al aeropuerto —soltó sin preámbulos, mientras sacaba un sobre doblado del bolsillo interior de su "tres cuartos".

Natsuki se quedó perpleja, sin capacidad para hablar. Fue Rick quien continuó.

—En este sobre hallará información básica sobre lo ocurrido.

—Un momento, un momento —lo atajó Natsuki, saliendo de su mutismo—. ¿Qué está diciendo? No puedo irme ahora. Tengo compromisos aquí. Además, no entiendo nada. ¿A qué se debe tanta urgencia? ¿Qué ha sucedido?

—Doctora Kuriyama, hemos perdido la comunicación con Utopía.

—¿Cómo dice?

—Hace días que no sabemos nada de ellos.

—Eso no es posible. Han comprobado si...

—Aparentemente todo está bien —se adelantó en aclarar Rick

—. Las comunicaciones funcionan, hay energía y el complejo está en perfecto estado; sin embargo, llevan ocho días en silencio absoluto. Ni transmisiones por *radiosonar* ni mensajes flotantes por boyas. Nada.

—¡Dios mío! —acertó a musitar Natsuki, abrazándose a sí misma.

—En la Dirección son optimistas —trató de tranquilizarla Rick

—. Apuestan por un error informático.

—Tienen lo más avanzado que existe.

—Lo sabemos.

—Si se ha producido un fallo, no hay manera de solventarlo desde el exterior.

—También lo sabemos.

Rick cambió su mirada neutra por otra cargada de intenciones.

—¿Quiere decir que tendré que ir... allí abajo?

—Es lo que trataba de explicarle —asintió Rick, entornando los ojos—. Todo está dispuesto. Un hombre de la corporación la llevará a su hotel para que recoja el equipaje y viajará con usted. Una vez llegue al destino, la acompañará hasta un barco anclado en la Base Naval de la Bahía de Guantánamo, donde mañana volveremos a encontrarnos. Vamos, cójalo —la apremió, ofreciéndole de nuevo el sobre—. Y ahora, en marcha, no hay tiempo que perder.

—Voy a bajar a Utopía —asumió Natsuki.

—Me temo que no hay otro remedio. Pero no se preocupe, será absolutamente seguro. Tenemos el equipo más moderno y al mejor piloto para manejarlo.

**VÍCTOR**

*Puerto deportivo de Los Gigantes. Tenerife.  
Islas Canarias. España*

Escondido detrás de una furgoneta Volkswagen en cuyo lateral ponía: *"Blue Smile. Excursiones marítimas y avistamiento de cetáceos"*, Víctor Miranda alternaba las caladas al canuto con los tragos generosos a su petaca.

Múltiples y antiquísimas erupciones volcánicas fueron las responsables de la formación de Tenerife y de las altas montañas de lava que encontraron su cenit en el majestuoso Teide, desde donde ríos de material ígneo descendieron hace millones de años hasta toparse con el mar y crear el Acantilado de los Gigantes, con paredes casi verticales de hasta seiscientos metros de altura, dibujando un paisaje costero tan singular como hermoso. Víctor, sin embargo, prefería observar cómo ascendía jugueteón el humo narcótico de su cigarro antes que dirigir la mirada hacia aquella arrebatadora belleza natural. Y no porque fuera fútil o ignorante, sino porque los dos últimos años —ocho horas al día— los había pasado a bordo de un barco, enseñando aquellas formaciones de lava a turistas de todo el mundo.

—¿Qué cojones haces ahí? Ya están embarcando.

Dijo una voz femenina con fuerte acento del Este.

—¿No puedo tomarme un descanso, o qué? —contestó Víctor, ocultando el canuto con disimulo al tiempo que una

cabeza de larga melena rubia se asomaba detrás de la furgoneta.

—¡Vamos, joder! ¡Ya deberías estar a bordo!

Víctor esperó a que desapareciera la mujer para dar una última calada antes de arrojar lejos la colilla con un movimiento combinado de los dedos pulgar y corazón. Luego, salió de su escondite y se plantó delante de ella con gesto chulesco mientras se colocaba las gafas de sol.

—Yuria, me encanta cuando te pones en plan jefa.

—Ya.

—¿Vamos completos?

—A tope.

—¡Cojonudo! ¿Muchos niños?

—Cuatro.

—¡Vaya! ¿Y abuelos?

—Ninguno.

—Algo es algo.

—Ha llegado un tipo que preguntaba por ti.

—¿Por mí? —saltó Víctor como un resorte—. ¿Qué quería?

—Ni idea.

Como lo veía titubear, Yuria trató de tranquilizarlo.

—No tenía pinta de acreedor. Le he dicho que eras el capitán del barco y le he vendido un billete. Ya ha embarcado.

—La caja es lo primero.

—Vamos, ve a hacer tu trabajo de una puta vez.

Yuria era una joven rusa de fuerte carácter que gestionaba con mano dura el negocio turístico de excursiones en barco a lo largo de los acantilados, y mar adentro, para el avistamiento de delfines, orcas y ballenas. Se encargaba del papeleo, la oficina rodante, vendía los billetes y controlaba a los capitanes de las embarcaciones a su cargo, que en aquellos días eran tres. Siempre vestía top sin sujetador y unos pantalones cortos muy ceñidos que dejaban ver sus largas piernas y parte de los glúteos. No era especialmente guapa, pero tenía un cuerpo de infarto que no escatimaba en enseñar. Víctor le gustó nada más verlo, y él cayó rendido a sus encantos. Pero aquella aventura meramente sexual sucedió al principio de ser contratado, duró



un par de semanas y luego se acabó —tan de repente como había empezado— el día que Yuria encontró un nuevo compañero de juegos. Desde entonces, la rusa, pasó a ser sólo su jefa directa, ya que los verdaderos dueños de la empresa casi nunca se asomaban por el puerto.

Tres diques dispuestos en ángulos de 90° formaban un cuadrado perfecto con la costa, y protegían el puerto del oleaje exterior dando refugio a cientos de embarcaciones de recreo amarradas en dársenas perfectamente alineadas. En el dique más alejado, paralelo a la costa, Víctor le daba vueltas al asunto del tipo que había preguntado por él mientras se dirigía a su embarcación, la "Gaviota II", un pequeño catamarán con capacidad para treinta pasajeros que esperaba amarrado en el muelle. El día había salido formidable —como casi siempre pasaba en aquella parte de la isla situada al suroeste de Tenerife—, con cielo despejado, sol radiante y ni rastro de viento; perfecto para la navegación y para que los turistas se dieran un chapuzón en las cálidas aguas cercanas a los acantilados.

Julio, el segundo de a bordo, un joven de aspecto "*surfero*" que tonteaba con todas las turistas de menos de ochenta años, soltó amarras nada más verlo subir a la embarcación y se encaminó a proa sin dirigirle la palabra.

—Capullo —musitó Víctor, entre dientes.

Nunca habían tenido un conflicto abierto. Jamás habían discutido —ni dentro ni fuera del barco—, sin embargo, ambos hombres no se soportaban. Antes de él había trabajado con Mario, un canario dicharachero y campechano con el que se llevaba de maravilla. Pero un día se largó sin dar explicaciones y contrataron a Julio, más por imagen que porque realmente entendiera de barcos, y la cosa entre ambos no fluyó. Al principio, Víctor quiso creer que la falta de empatía podía deberse a la diferencia generacional —él tenía cuarenta y seis años y el "adonis" de pelo largo veinticuatro—; luego lo achacó a su especial sentido del humor, que no siempre encontraba el público adecuado. Al final, dejó de buscar motivos lógicos y determinó que su mutua aversión podía deberse a esas oscuras y misteriosas razones que a veces rigen el comportamiento

humano. El caso era que, cuando estaban juntos, se limitaban a ignorarse y a hacer cada uno su trabajo: él a pilotar y Julio a interactuar con los turistas, hablando lo mínimo e imprescindible entre ellos.

Víctor arrancó los motores y se alejó del muelle, sorteó con destreza las dársenas repletas de embarcaciones de recreo y enfiló la bocana del puerto. Antes, había saludado a los pasajeros con un escueto: "Bienvenidos a bordo", en castellano e inglés, momento que aprovechó para echar un rápido vistazo entre ellos. Dos años tratando con turistas de todos los países, edades y condiciones, lo habían convertido en un experto, y aquel hombre sentado a babor, cerca de la popa, vestido de oscuro y con pose tensa, desentonaba tanto como una castaña dentro de una cesta de huevos. Sin quitarle ojo, mirándolo a través de sus gafas oscuras, Víctor abandonó el puerto y se alejó de la costa acelerando los motores hasta alcanzar los quince nudos. La excursión era de las cortas, unas dos horas. Primero bordearían los acantilados de los Gigantes, navegando en paralelo para que los turistas pudieran apreciar la inmensidad de aquellas formaciones de lava; luego, se adentrarían varias decenas de millas en mar abierto en busca de los traviesos delfines. Las ballenas y orcas se encontraban más lejos, en la excursión corta casi nunca se veían. "Vamos, la rutina de siempre", se dijo. Aunque aquel día tuvo el pálpito de que iba a ser ligeramente distinto. El hombre de oscuro, que se había puesto gafas de sol nada más salir del puerto, y que llevaba un tres cuartos a pesar de los veinticinco grados centígrados que disfrutaban en la isla, no dejaba de observarlo. Quieto, imperturbable, ni tan siquiera se había movido un ápice para mirar los acantilados. ¿Quién era ese tipo? Mientras Julio se relacionaba con los turistas —deambulando de proa a popa y de babor a estribor—, mostrando especial interés por las jovencitas de buen ver, fuesen o no acompañadas por sus parejas o padres, Víctor se entretuvo en especular sobre la identidad de aquel hombre y lo que podría querer de él. Yuria tenía razón, no parecía el típico acreedor; durante algún tiempo los padeció casi a diario, y su aspecto era bien distinto: traje y corbata, cartera

bajo el brazo llena de facturas impagadas y cara de acelga. Definitivamente, aquel tipo tenía otra catadura. Barajó otras opciones. Entre ellas la de que fuera un antiguo compañero de juventud en busca de trabajo, o un momento de recuerdos compartidos entre risas y copas acodados en la barra de un bar; o, incluso, la posibilidad de que se tratara de un marido deshonorado en busca de explicaciones y revancha. Pero las descartó enseguida. La segunda, porque hacía tiempo que evitaba a las mujeres casadas; y la primera, porque tuvo amigos, y muchos, pero todos lo abandonaron cuando la cosa se puso fea, incluso los de juventud. El recuerdo le dolió y aceleró sin darse cuenta, haciendo que Julio tropezara y le lanzara una mirada fulminante.

—Vamos con retraso —se justificó, moderando la velocidad.

El catamarán siguió surcando las tranquilas aguas hasta que alcanzó el punto habitual de avistamientos. Víctor aminoró a cinco nudos y navegó en círculos a la espera de ver aletas en el horizonte. Una mujer de mediana edad que se sujetaba un sombrero de paja de ala ancha con la mano izquierda, mientras que con la derecha sostenía unos prismáticos bien ajustados a sus ojos, fue la primera en verlos. Se trataba de un grupo de unos seis o siete delfines, entre los que nadaban al menos dos crías.

—¡Allí, allí! —gritó entusiasmada, llamando la atención del resto de los pasajeros que bascularon de babor a estribor con una sincronía casi perfecta.

Todos menos el hombre vestido de oscuro, que continuó sentado.

Víctor aceleró lentamente y fue a su encuentro. La embarcación llegó justo para interceptarlos en su recorrido, y los pasajeros pudieron ver a escasos dos metros el nadar elegante de aquellos animales magníficos, y disfrutar de sus lomos grises y sus panzas blancas cuando giraban juguetones sobre sí mismos. Decenas de teléfonos móviles y cámaras aparecieron en las manos de los turistas, que se afanaban por encontrar un hueco desde donde captar la mejor instantánea para poder

compartir, inmediatamente, en sus redes sociales. Aprovechando que todos estaban distraídos con los delfines, Víctor puso el motor al ralentí y se volvió hacia el hombre de oscuro.

—¿Español?

—Norteamericano.

—¿No le gustan los delfines? —continuó Víctor, en un inglés casi perfecto.

—No me gusta el mar.

—Ya.

Víctor tragó saliva y se acarició el mentón a medio afeitado, dispuesto a aclarar las cosas de una vez por todas.

—¿Y puede saberse por qué ha venido?

Los dos se mantuvieron la mirada. Una mirada oculta tras cristales oscuros.

Esta vez el hombre se tomó su tiempo antes de contestar.

—Es usted el teniente Miranda, ¿verdad? —terminó diciendo, con los codos apoyados en la borda, sin mover un músculo.

—Hacía muchos años que nadie me llamaba así.

—Lo sé.

—¿Quién es usted? ¿Por qué cojones está aquí? ¿Qué quiere de mí?

—Proponerle un trabajo.

—¿Un trabajo?

En ese instante, Julio apareció.

—¿Qué haces, tío? Los delfines hace rato que se marcharon. Hay otro grupo a babor.

Víctor no le contestó, aceleró el motor y giró el timón en busca de los cetáceos. Fue a trescientos metros cuando dieron con otro grupo. Esta vez más numeroso. Ocho o nueve adultos y cuatro crías, que estuvieron un buen rato nadando delante del catamarán o pasando por debajo del doble casco haciendo las delicias de los turistas.

—Si no entendí mal, la chica que me vendió el billete dijo que la excursión incluía baño y refrigerio —oyó decir al hombre de oscuro, por encima del ruido del motor.

—Entendió bien —respondió Víctor, sin girarse, con la mirada puesta en el horizonte, evaluando la situación.

—¿Qué le parece si deja en paz a esos pobres animales y nos tomamos una cerveza mientras hablamos?

Víctor miró su reloj y luego al hombre. Demasiada intriga para prolongarla por más tiempo. Aunque aún no era la hora, viró el timón con decisión y aceleró sin miramientos.

—Bueno, hora del baño —anunció, elevando la voz.

Algunos de los turistas perdieron el equilibrio, y tuvieron que buscar asiento con urgencia. La brusca maniobra pilló a Julio con un pie en la borda, distraído, tonteando con una jovencita italiana que viajaba con sus padres, y tuvo que agarrarse a la estructura del toldo que protegía del sol para no caer al agua.

Incendiado por el ridículo que había pasado, su segundo recorrió la cubierta como un rayo para encararse con él.

—¡¿Estás loco, tío?!

—Tranquilízate —contestó Víctor, con media sonrisa en el rostro.

—Estoy hasta los cojones de ti, ¿lo sabes?

—Se me ha ido un poco la mano, no es para tanto.

—Te llevó observando últimamente. Y oliendo tu aliento.

—Cuidadito, amigo —le advirtió Víctor, endureciendo el gesto.

—Cuidado tú.

—No me importa si te estás follando o no a la rusa, yo soy el capitán y tú un puto relaciones públicas.

—¿Eso crees? Ya veremos...

Víctor aceleró aún más, apretando las manos en el volante del timón hasta que se le pusieron los nudillos blancos. Controlarse no era lo suyo, pero lo consiguió.

—Venga, dejemos las cosas como están. Hace un día magnífico y los turistas quieren pasar un buen rato.

—Está bien —masticó Julio, apuntándolo con el dedo índice —. Pero esto no va a quedar así.

—Claro, lo que tú digas —concluyó Víctor, mientras Julio se alejaba.

El catamarán siguió surcando el mar, veloz, dejando una doble estela de espuma blanca sobre la superficie del agua.

Nadie se había percatado de su discusión. Nadie excepto el hombre de oscuro.

—¿Problemas laborales?

—*Nah*, los jóvenes de hoy en día, que tienen poco aguante.

—Y respeto —añadió el hombre, al tiempo que se levantaba.

—Eso también.

—¿Qué edad tiene? ¿Veintidós? ¿Veintitrés?

—Veinticuatro —concretó Víctor.

—Con esa edad usted ya era teniente de navío.

Víctor se giró como un resorte.

El hombre se había acercado hasta el puesto de mando, acodándose junto al timón, y sus caras se mantuvieron un instante a pocos centímetros.

—No se sorprenda, he hecho mis deberes.

—Ya veo —admitió Víctor, ajustándose las gafas de sol.

El catamarán fue reduciendo paulatinamente la velocidad hasta que se detuvo. Lo hizo cerca de un acantilado, una pared vertical de lava de seiscientos metros de altura en la que miles de años de erosión habían abierto un barranco, y creado una pequeña playa de rocas negras. De la orilla partía una pasarela de madera que se adentraba en el mar y llegaba hasta una pequeña plataforma flotante, a la que también se podía acceder desde el agua mediante una escalera metálica. Tanto una como otra se encontraban atestadas de gente en bañador, disfrutando del sol y las cálidas aguas. Era el lugar de baño reservado a los turistas, y no estaban solos. Cuatro embarcaciones más estaban allí en aquel momento: otro catamarán, dos barcos de un solo casco y un gran velero que transportaba a más de cien pasajeros.

Víctor apagó el motor y volvió a consultar su reloj. Habían llegado antes de lo previsto y necesitaba cumplir con el horario, por ese motivo decidió ampliar en diez minutos el tiempo de parada.

—Tienen media hora para darse un baño. Ahora mi compañero les servirá bebidas y algo para picar —añadió,

levantando aún más la voz para que Julio lo oyera bien—. Diviértanse.

Julio lo miró displicente y comenzó a repartir entre los pasajeros bolsas de frutos secos, y a ofrecer refrescos y cervezas que sacó de un arcón con hielos. En un momento dado se acercó y le gruñó al oído.

—Estúpido, hay gente mareada.

—Siempre pasa cuando nos detenemos —razonó Víctor, quitándole importancia.

—Ya, pero gracias a tu forma de pilotar, hoy tenemos el doble. Seguro que alguno echa la *"pota"*.

—Esperemos que no.

—Por si acaso, aquí tienes —concluyó, dejándole de malos modos un par de bolsas de plástico sobre el timón.

Varios de los pasajeros se pusieron en bañador y se lanzaron al agua, mientras que el resto decidió disfrutar del aperitivo tranquilamente sentados.

Víctor cogió un par de cervezas del arcón, las abrió y le ofreció una al hombre misterioso que aún seguía apoyado junto al timón. Se la aceptó y dio un trago corto.

—Gracias.

—Lo escucho —apremió Víctor, sin más preámbulos.

—Permita que antes me presente. Mi nombre es Rick Blaine.

Víctor arrugó el entrecejo antes de estrechar su mano.

—¿Blaine? ¿Rick Blaine ha dicho?

El hombre asintió con la cabeza.

—Bueno, si usted lo dice... —comentó irónico, llevándose la botella a los labios.

—Como le dije, vengo a ofrecerle un trabajo.

—Ya tengo trabajo, ¿no lo ve?

Coincidiendo con el final de su frase, se oyó una arcada.

—Sí, ya lo veo —dijo Rick, socarrón.

—¡*Joder!* —masculló Víctor entre dientes, cogiendo una de las bolsas de plástico.

Llegó justo a tiempo de ponerla delante de la cara de una mujer de mediana edad que se tapaba la boca con una mano al

tiempo que el vómito resbalaba entre sus dedos. Permaneció con ella, vertiéndole agua en la nuca, hasta que se encontró mejor.

—Gracias —musitó la mujer, pálida como la muerte.

Víctor le hizo un nudo a la bolsa y la tiró a la papelera.

—Tome, por si le vienen más ganas —añadió, ofreciéndole una nueva bolsa y una botella de agua—. Y refrésquese de vez en cuando.

De un cajón sacó un trapo y se limpió las manos salpicadas de vómito. Julio, apoyado en la proa, lo miraba divertido.

Rick sintió la tensión entre los dos hombres. Mucho más en Víctor, que estaba a punto de saltar. Conocía bien a las personas, y aquel antiguo teniente de navío herido no era alguien con el que se pudiera jugar. En otras circunstancias le hubiera gustado ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Una buena pelea siempre era edificante, y aquella prometía. El joven le sacaba la cabeza y diez kilos, pero Víctor lo aventajaba en varias décadas de mala leche acumuladas. Durante los escasos segundos en los que los dos hombres cruzaron sus miradas asesinas, Rick llegó a imaginar cómo sería la lucha. Si su instinto no le fallaba, sería corta. El joven intentaría reducirlo aprovechando su mayor peso y fuerza, mientras que el capitán se mostraría más efectivo. Un puñetazo directo a la cara, con todas sus fuerzas, o una buena patada en la entrepierna rematada con un derechazo cuando el otro se doblara. "La edad nos hace prácticos— se dijo—, ya no tenemos que demostrar nada, sólo salvar el culo". Hubiera disfrutado mucho dejando que los dos gallos dirimieran sus diferencias, pero eso complicaría las cosas. Incluso podría terminar interviniendo la policía si algún pasajero se asustaba y la llamaba. Por esa razón, Rick decidió mediar.

—Déjelo estar y hablemos. Seguro que el asunto que traigo le interesará más que meter en cintura a ese jovencuelo insolente.

Víctor entornó los ojos sin dejar de mirar al desafiante Julio. Luego, chascó la lengua y se volvió hacia Rick.

—Claro, hablemos.



—El trabajo será cosa de dos días, a lo sumo tres.

—¿De qué se trata?

—Tendrá que hacer algo en lo que usted era uno de los mejores.

—Adúleme luego con dinero y no con palabras.

—Lo haré. El trabajo consiste en llevar a dos pasajeros a dos mil metros de profundidad y traerlos de vuelta, sanos y salvos.

Víctor respiró hondo y soltó el aire con lentitud. Meditaba.

—Nada que no haya hecho antes.

—Un batiscafo —musitó Víctor.

—Por supuesto —sonrió Rick—. Lo tenemos todo preparado, sólo nos falta el piloto.

—No me interesa.

—Le pagaremos cien mil dólares.

—He dicho que no me interesa —repitió Víctor, endureciendo el tono.

—Piénselo, es mucho dinero.

—Oiga, sé de qué va esto. Puede encontrar a un montón de buenos pilotos dispuestos a hacerlo por una décima parte de lo que me ofrece.

—Tiene razón, pero pedirían una factura y explicaciones. Necesitamos a alguien como usted.

—¿Como yo?

—Vamos, reconózcalo, no está pasando por su mejor momento profesional. Tiene un trabajo de mierda y está sin "blanca". Sin ofender —continuó Rick, en tono condescendiente—. Si mis informes son correctos, a final de mes lo echarán de su apartamento si no paga lo que debe, y es un montón de pasta.

—Eso es problema mío —saltó Víctor, moviendo nervioso el botellín de cerveza sin animarse a beber.

—Puedo subir a ciento cincuenta mil. Veinticinco mil ahora y el resto cuando termine el trabajo.

—Dejé las inmersiones.

—También lo sé. Y entiendo sus motivos, pero está ante la oportunidad que le permitiría dar un vuelco a su vida.

Víctor agotó la cerveza, tiró el botellín a la papelera y se rascó la barbilla.

—No sé, el asunto huele a problemas a kilómetros.

—No es nada ilegal, si es a lo que se refiere —aclaró Rick, al reconocer una fisura en el discurso de Víctor—. Trabajo para gente muy poderosa a la que no le gusta la publicidad ni los empleados indiscretos, sólo eso.

—Existen pocas razones para sumergirse a dos mil metros de profundidad. Una de ellas es querer observar peccecitos luminiscentes, la otra es recuperar algún objeto comprometido del fondo del océano. Y no sé por qué me da, que detrás de todo esto no está la *National Geographic Society*. ¿O me equivoco?

—Le hablaré con franqueza. Usted es nuestra primera opción —dijo Rick, evitando contestar—, aunque no la única. Si acepta el trabajo tendrá el adelanto en su cuenta en cuanto yo haga una llamada. Luego, tomará un avión conmigo y no responderé a más preguntas hasta que estemos sobre el punto de inmersión. Si no lo acepta, aquí terminará nuestra conversación, me limitaré a disfrutar del viaje de vuelta y no volveré a verme en su vida.

Las risas y chapoteos de los turistas que disfrutaban del baño se mezclaron por un instante con sus pensamientos. La propuesta era tentadora. Víctor sacudió la cabeza en un gesto inútil por deshacerse del ruido exterior. "El dinero fácil siempre es peligroso", se dijo. Aunque no era ésa la cuestión.

—Un batiscafo —volvió a repetir para sí, en voz baja, como un mantra.

—¡Claro, ahora lo entiendo! —A Rick se le iluminó la cara—. No le preocupa que el trabajo sea o no legal, lo que le aterroriza es volver a encerrarse en una esfera de metal. Tiene miedo.

—¡No tengo miedo! —gruñó Víctor, en un tono que evidenciaba más vergüenza que indignación.

—Si fuera solo, tal vez, pero el trabajo consiste en llevar a pasajeros, y eso cambia las cosas, ¿verdad?

—Váyase a la mierda.

—Los fantasmas, amigo, no se irán solos. Deberá echarlos a patadas de sus pesadillas.

—Hemos terminado la conversación. Búsquese a otro.

—Como usted quiera —resolvió Rick—, es su vida.

La media hora para el baño y el refrigerio de los pasajeros pasó, y Víctor por fin arrancó el motor del catamarán. Si los pensamientos de las personas pudieran compararse con un plato de comida, los suyos, por lo confusos y enredados, se asemejarían a un plato de espaguetis con salsa boloñesa.

Rick no abrió la boca durante el viaje de vuelta, permaneciendo sentado y en silencio, observando el mar.

Un nuevo grupo de turistas aguardaba bajo el sol del mediodía cuando llegaron al muelle. En la cola que se había formado, Víctor contó seis niños y dos parejas de ancianos. "¡Maldita sea!", se dijo. Los innumerables viajes hechos desde que era capitán de "La Gaviota II" lo habían llevado a la conclusión de que los primeros eran imprudentes y los segundos inestables, muy propensos a caerse y a romperse algún hueso. Sin embargo, no quiso pensar en ello, bastante tenía ya.

Nada más atracar el catamarán, Rick se levantó y esperó a que Julio completara el amarre de popa y proa. Al pasar junto a Víctor se detuvo un instante y buscó algo en el bolsillo superior de su camisa.

—Tome, por si cambia de opinión.

—No lo haré —contestó Víctor, mirando con desdén la tarjeta que le ofrecía.

—Vamos, cójala. Cuando llegue a casa, mientras tenga casa, la puede guardar en el cajón de las "oportunidades perdidas".

—Muy gracioso.

—Que tenga un buen día —se despidió Rick, saltando el primero a tierra.

Víctor ni siquiera volvió la cabeza para mirarlo, había tomado una decisión y estaba dispuesto a cumplirla. Ese montón de "*pasta*" no era la única solución a sus problemas, existía otra, aunque le llevaría más tiempo. Si incrementaba las horas de trabajo podría liquidar sus deudas en un par de años; y, en otros

cuatro o cinco ahorrando, sería capaz de reunir el suficiente dinero para dar la entrada y abrir una escuela de buceo. Su escuela de buceo. "La cuestión es organizarse", pensaba mientras saltaba a tierra sin esperar a que bajaran todos los pasajeros; gesto poco profesional, pero indispensable si quería disfrutar de algunos minutos detrás de la furgoneta antes del próximo viaje. Algo que necesitaba más que nunca.

Yuria lo pilló in fraganti, con la petaca en la mano y dando la última calada a su cuarto canuto de la mañana.

—No hace falta que disimules —le soltó rotunda, dando un golpe con la palma de la mano en el costado de la furgoneta cuando Víctor trataba de ocultar el cigarro de marihuana—. No me lo podía creer cuando me lo han dicho: bebiendo y drogándote mientras trabajas.

—Espera, te confundes —se disculpó con torpeza.

La rusa se acercó mirando al suelo.

—Claro, claro, y toda esta mierda ha caído del cielo —sentenció, señalando varias colillas de porros aplastadas—. No vas a subir al barco, quiero que lo sepas. Ni ahora ni nunca. Estás despedido.

—¿De qué cojones hablas? ¡No me puedes hacer eso!

—Por supuesto que puedo. Y si eres listo, te largarás sin hacer ruido.

Víctor reflexionó, llegando a la pronta conclusión de que tenía todas las de perder. Aún así intentó negociar.

—He trabajado medio mes. Quiero la liquidación.

—¿No me has oído? ¡He dicho que te largues! —gritó la rusa—. Por tu culpa tendremos que anular los viajes que quedan en el día. Tienes suerte de que la empresa te deje marchar sin ponerte una denuncia por daños y perjuicios, yo hubiera sido más dura.

Víctor, de pronto, entornó los ojos recordando las palabras de Yuria: "No me lo podía creer cuando me lo han dicho". Un calor subió entonces hasta su cara y lo hizo temblar de ira.

—¿Ha sido él, verdad? Ese cabrón de Julio te ha ido con el cuento.

Yuria arrugó el entrecejo y cruzó los brazos.

—¿Ahora quieres echarle tu mierda a él?

—Voy a romperle todos los dientes.

—Él no ha sido.

—*¡Ja,ja,ja!* Torpe intento —se rió Víctor, sardónico—. No quieres que te estropee tu nuevo juguetito, ¿verdad?

—No seas estúpido y vete de una puta vez. ¿O es que quieres meterte en más problemas?

Le costó contenerse. No necesitó contar hasta diez, sino hasta veinte, para reprimir las ganas que sentía de desahogarse a puñetazos con aquel mocoso insolente. Pero Yuria tenía razón, la cosa podía empeorar todavía más si se dejaba llevar por su carácter. Por esa práctica razón, se tragó el poco orgullo que le quedaba y se dio la vuelta, encaminándose a la salida del puerto sin volver la cabeza; ya que temía que si lo hacía, y veía la sonrisa burlona de ese desgraciado, toda la rabia que llevaba dentro se desbocaría igual que una estampida de toros bravos.

Justo antes de traspasar la barrera que franqueaba el paso de los coches al puerto, se detuvo, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó la tarjeta que le había dado aquel hombre. "El destino es un hijo de la gran puta", musitó, al tiempo que sentía una náusea subiendo por su garganta.

**CALMA CHICHA**

*En algún punto en mitad del océano Atlántico*

Una noche cubierta de nubes, sin luna ni estrellas, sumía en una oscuridad impenetrable todo aquello más allá de la cubierta. Los motores apagados y ni una brizna de viento contribuían también a que el barco pareciera flotar en el espacio. Era una sensación extraña perder toda referencia física. Una sensación que, sin embargo, Víctor disfrutaba mientras fumaba en popa, abrigado con un grueso anorak y acodado en la borda. Ni siquiera allí lo dejaban fumar, pero a él le daba igual, ¿qué iban a hacer, tirarlo al mar?

Un marinero apareció y comenzó a retirar la lona que cubría el batiscafo. Víctor se fijó en él y fue a su encuentro.

—Menudo cacharro, ¿eh?

—Sí —contestó el marinero, lacónico.

—Me hubiera gustado practicar más con él —continuó Víctor, subiéndose el cuello del anorak—. Una sola vez y hasta quinientos metros no es suficiente para tomarle el pulso. Hubiera estado bien bajar hasta los dos mil a ver qué tal se portaba. ¿No crees?

—Supongo.

—Oye, no serás tú el que baje conmigo, ¿verdad?

El marinero se detuvo en su quehacer y se volvió a mirarlo.

—¿Yo? ¡Venga ya! —soltó, sonriendo—. No me metería en este cacharro ni por todo el oro del mundo.

—Claro, y más sabiendo adónde va. Porque sabes adónde va, ¿no es así? —probó Víctor, por si picaba.

—Ni lo sé ni me importa.

—Entiendo.

Era el último tripulante al que le quedaba por preguntar. Tenía que intentarlo.

El barco era un remolcador bastante grande, con espacio suficiente en la popa para transportar el batiscafo y una grúa capaz de hacerlo bajar al mar. La tripulación la formaban seis hombres, todos tan parcos en palabras y esquivos como aquel marinero.

Del secretismo máximo que envolvía toda aquella operación se dio cuenta enseguida, ya que nada más embarcar fue confinado en un camarote sin ventana; y lo tuvieron allí encerrado, estudiando el manual del batiscafo, hasta que el barco estuvo en alta mar. Disponía de baño y comida, que le llevaban puntualmente, por lo que las excusas para salir fueron inútiles. Cuando embarcó era de noche, y no le permitieron subir a cubierta hasta bien entrada la mañana del día siguiente para hacer una prueba de inmersión. A partir de ahí pudo moverse libremente por el barco —con excepción del puente de mando, al que no le dejaban ni acercarse por temor, suponía él, a que pudiera echar un vistazo a los instrumentos y determinar la posición—, aunque nunca solo, siempre había alguien cerca controlando sus movimientos. Vigilancia y silencio era lo único que había obtenido hasta el momento, y ya empezaba a cansarse.

Las contó. En total, Rick había intercambiado diez frases con él; de las que la mitad fueron: "Espere aquí. Voy a mear". "¿Quién puede estar tantas horas manteniendo el control?", se preguntó más de una vez durante el viaje que realizó a su lado desde Tenerife hasta que finalmente embarcaron en el remolcador, y la respuesta siempre había sido la misma: un hombre bien entrenado y muy disciplinado, acostumbrado a cumplir órdenes y a conseguir resultados. Para Víctor estaba claro, Rick era un "profesional". Y no uno corriente. Aquel hombre estaba hecho de una pasta especial. *ExNavy Seal*,

*exNight Stalker, exBoina Verde, exFuerza Delta...* Cualquiera de esos cuerpos de élite encajaba con su físico, con sus gestos... con su actitud. Rick, definitivamente, era un agente perteneciente a alguna organización gubernamental; y el resto de la tripulación, soldados. A él no lo engañaban con sus poses contenidas y su ropa de civil. Había convivido demasiados años con militares como para que se la dieran con queso. "O mucho me equivoco —pensaba en aquel mismo instante—, o el Gobierno de los Estados Unidos anda detrás de este misterioso asunto".

Y así lo sorprendió Rick, elucubrando, con la mirada perdida en un horizonte tan negro como tinta de calamar.

—Buenas noches.

Pasada la sorpresa, Víctor le devolvió el saludo con un gesto de la cabeza.

—El capitán ha revisado el último parte meteorológico. Parece que habrá, al menos, dos días de buen tiempo. ¿Usted qué opina?

—*¡Joder!* No me había hablado tanto desde Tenerife —exclamó Víctor.

—Ya se lo advertí, la prudencia es nuestra prioridad. No hay palabras, no hay errores.

—A los españoles nos gustan las largas conversaciones. Me estaba volviendo loco.

—Lo siento, eso pronto acabará.

Víctor dejó de mirarlo, levantó la cabeza hacia el cielo y aspiró profundamente con los ojos cerrados antes de hablar.

—El aire está limpio de ozono. Yo apostarí a que habrá calma chicha. Estoy de acuerdo con el capitán —resolvió, dando una larga calada al cigarrillo, desafiante.

—Van a prepararlo. Las baterías estarán cargadas en un par de horas —dijo Rick, indiferente a su pequeña provocación.

—Entonces... ¿Será esta noche? —musitó Víctor, mirando el enorme artefacto submarino.

—Así es.

—Aún no sé quién irá conmigo.



—A eso venía. Quiero que me acompañe. Voy a presentarle al tercer pasajero.

—¿Al tercero? ¿Quién es el segundo?

—Yo, por supuesto. Vamos, sígame.

Los dos hombres recorrieron la cubierta a buen paso. Víctor detrás de Rick. Se cruzaron con un marinero antes de bajar por una escalera metálica que llevaba a los camarotes. No hubo saludos. La cubierta inferior evidenciaba, todavía más, que el carácter funcional de esos barcos estaba muy por encima de la estética. El pasillo, pintado de gris, salpicado de desconchones, lleno de tubos por el techo, manivelas en las paredes y cuadros eléctricos, parecía más el corredor de una fundición que otra cosa. La luz era cenital y escasa, proveniente de unos apliques de cristal situados a intervalos de dos metros; además, su tonalidad demasiado azulada terminaba de componer un espacio lúgubre y siniestro. Cosa que a ninguno de los dos hombres parecía importarles lo más mínimo.

—Los camarotes de la tripulación, supongo —observó Víctor, señalando las diversas puertas que iban dejando a su paso por el pasillo.

—Exacto.

—Todo un detalle cederme el del capitán.

—Era el único que tenía aseo propio.

—¡Ah, claro, qué gilipollas soy! —soltó Víctor, viendo cómo Rick se detenía frente a una puerta y golpeaba con los nudillos.

*¡Toc, Toc! ¡Toc, Toc!*

Lo hizo un par de veces sin obtener respuesta.

—Igual tiene el sueño profundo.

—No lo creo —dijo Rick, golpeando de nuevo, esta vez con más fuerza.

*¡¡TOC, TOC!! ¡¡TOC, TOC!!*

—Puede que se haya echado para atrás si ha visto la antigualla de submarino en el que va a tener que viajar. Antes me pareció oír chapoteos en el agua. ¿Miramos si falta algún salvavidas? —apuntó Víctor, con sorna, disfrutando de la creciente inquietud que notaba en Rick.

—Muy gracioso.

—¿Doctora Kuriyama, ¿está usted bien?! —se animó a gritar Rick, con la cara pegada a la puerta.

—¿Una mujer? —preguntó Víctor, sorprendido.

—¿Algún problema?

—Ninguno, ninguno —repitió Víctor, levantando las manos en gesto de disculpa—. Me había hecho a la idea de que sería otro agente especial. Un tipo duro y parco en palabras, como usted.

—¿Qué le hace pensar que soy eso?

—Vamos, hombre, que no me chupo el dedo.

Un repiqueteo de botas bajando por la escalera metálica hizo que los dos hombres se volvieran al tiempo. Se trataba de un joven marinero que iba a su encuentro. Antes de detenerse se quitó el gorro de lana y lo sostuvo entre sus manos, nervioso.

—La doctora Kuriyama no está en su camarote. Salió hace una hora —explicó, mirando esquivo a Rick.

—¿Por qué no se me informó?

—Dijo que podía moverse libremente por el barco, señor.

—Eso dije, sí, pero también advertí que se me comunicara cada vez que saliera de su camarote —lo increpó, en un tono firme que denotaba cierta moderación.

—Yo... —balbuceó el marinero, retorciendo el gorro de lana como si lo estuviera escurriendo.

Víctor determinó que, de no haber estado él delante, la bronca a aquel joven habría sido mayor y hubiera terminado con un arresto de varios días.

Rick relajó la tensión de sus mandíbulas al ver el gesto divertido en el rostro de Víctor.

—No se preocupe. Dígame, ¿sabe dónde está la doctora? —preguntó finalmente, modulando la voz hasta transformarla de autoritaria a condescendiente.

—En la cocina.

—¿En la cocina? —repitió, contenido.

—Dijo que estaba harta de la porquería de comida que le servían. Que se aburría, y que iba a preparar algo para chuparse los dedos. Ésas fueron sus palabras, señor —contestó, más relajado.

—Bien, gracias, puede marcharse —resolvió Rick, con una amabilidad forzada.

El marinero desandaba el pasillo, camino de las escaleras que llevaban a la cubierta superior, cuando Víctor, ante la indecisión de Rick, decidió intervenir.

—Bueno, a qué esperamos, yo tengo hambre.

Natsuki había llegado al remolcador un día antes que Víctor. Casi todo el tiempo que estuvo a bordo lo pasó encerrada en su camarote; y no porque la obligaran, ella no tenía ninguna restricción, sino porque se volcó de lleno en intentar comprender lo sucedido en Utopía. Estaba muy motivada y preocupada, y ambos estados actuaron como estímulos positivos, convirtiéndola en un animal intelectualmente desbocado. Primero intentó, desde su pequeño pero *superpotente* ordenador portátil diseñado por ella misma, contactar con la base submarina; probó mil y una rutas distintas, reconfiguró el sistema de salida y recepción de señal varias veces, e, incluso, usó frecuencias de radio que muy pocas personas en el mundo conocían. Cuando nada de eso sirvió, consultó las últimas ocho horas de conversaciones grabadas entre la base submarina y la superficie, en busca de alguna pista que pudiera explicar la ausencia de comunicaciones actuales. Apenas durmió un par de horas durante todo el tiempo que dedicó a ello; y total, para nada. Abatida, tuvo que admitir que pocas cosas más podía hacer desde allí. En realidad, una sola: pensar. Y eso hizo, meditar sin descanso hasta que sintió que su cerebro —saturado de fórmulas infinitas, algoritmos, hipótesis de trabajo, procedimientos, datos excluyentes y demás galimatías que únicamente un científico de su categoría podía entender— se postulaba para colapsar. Llevó su mente al límite, hasta que un testigo de emergencia se encendió indicándole que tomaba una deriva peligrosa. El aviso salvador se produjo en forma de pensamiento mundano, y rápidamente logró hacerse un hueco —como a menudo le pasaba—; hasta que, afortunadamente para su estabilidad mental, logró imponerse.

"¡Comida! Tengo hambre. Me gustaría comer algo realmente rico".

Fueron las palabras que se intercalaron entre sus crípticos razonamientos, rescatándola del delirio en el que había caído. Ni siquiera fue consciente de ellas hasta que las somatizó, y sus tripas rugieron y su boca comenzó a salivar. En ese momento fue cuando tomó conciencia de dónde estaba y, dando un respingo, dejó el portátil a un lado, sobre la cama en la que llevaba sentada tantas horas, y miró su reloj. Eran las nueve de la noche cuando decidió salir de su camarote, justo una hora antes de que Rick y Víctor fueran a buscarla. Por lo tanto, cuando los dos hombres la encontraron, Natsuki ya llevaba un buen rato trajinando entre los fogones.

La sala destinada a la cocina medía tres por cinco metros, y también hacía de comedor. A la entrada había un par de mesas largas atornilladas al suelo, con sendos bancos corridos a cada lado; en total para unos dieciséis comensales, aunque raramente comían a la vez más de cuatro. Situada al fondo estaba la zona de trabajo. Aparte de los fogones, el mostrador, los armarios y los cajones para cubiertos, cazuelas y ollas, había un par de enormes cámaras frigoríficas que ocupaban toda una pared. El conjunto resultaba tan austero y funcional como el resto del barco, sin embargo, gracias a una iluminación cálida, un suelo ocre, unas paredes pintadas en amarillo maíz y unos cuantos posters de puestas de sol marinas, en aquel lugar se respiraba un ambiente razonablemente acogedor.

Sentado junto a la puerta de entrada había un hombre de mediana edad, pelo ralo y una gran barriga. Vestía una camiseta blanca muy gastada, pantalones de tergal oscuros y un delantal lleno de manchas. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y permanecía arrellanado en una silla sin reposabrazos. Cuando vio entrar a Rick se envaró y dudó si levantarse. Finalmente se quedó sentado.

—No ha habido manera de convencerla. Es terca como una mula —bufó el hombre, señalando con un gesto de la barbilla hacia el fondo de la sala—. Ha dicho que esta noche cocinaba ella.

—Entiendo —dijo Rick.

—Me ha revuelto todo el almacén. Cuando la he recriminado me ha echado de mi propia cocina. ¿Se lo puede creer? Llevo

cocinando más de veinte años, le aseguro que mis platos son...

—Está bien, está bien, no se preocupe y vaya a descansar —lo atajó Rick.

—¿Y dejarla sola? De eso nada. La cocina es mi responsabilidad —replicó, enojado.

—Yo me ocupo.

—Pero...

—Váyase, y cierre la puerta al salir —volvió a interrumpirlo Rick, esta vez más imperativo.

—Como usted diga —cedió, levantándose de malos modos—. Pero que conste que no estoy de acuerdo.

—Por favor —zanjó Rick, indicándole la dirección de la salida con la mano.

Cuando la puerta se cerró detrás del cocinero, Rick y Víctor fueron al encuentro de Natsuki que, concentrada como estaba en trocear minuciosamente una cebolla, no se había percatado de nada.

—Doctora Kuriyama, ¿se puede saber qué demonios hace? —preguntó Rick, después de salvar el mostrador y situarse a su lado.

Natsuki detuvo el cuchillo y se giró sorprendida para mirarlo.

—Buenas noches, señor Blaine —dijo, antes de continuar picando la cebolla.

—Esto no es necesario, deje al cocinero que...

—De eso nada —lo interrumpió Natsuki—. ¿Quiere que vuelva a comer otra vez alitas de pollo con salsa barbacoa, un trozo de carne mal cocinada o unos fritos que sólo saben a aceite quemado? Necesito llevarme a la boca algo hecho con cariño.

—*Umm*, la verdad es que esto huele de maravilla —intervino Víctor, tras asomarse al interior de la olla puesta al fuego.

—Oh, muchas gracias.

—Él es el teniente Miranda —intervino Rick—. Será nuestro piloto.

—Encantada de conocerlo, señor Miranda —dijo Natsuki, haciendo una leve inclinación de cabeza a modo de saludo.

—El placer es mío. Puede llamarme Víctor —Se adelantó, ofreciéndole la mano.

—De acuerdo, Víctor, yo soy la doctora Kuriyama, pero puede llamarme Natsuki —sugirió, estrechándole la mano después de limpiarse la suya con un trapo.

Natsuki se fijó un instante en aquel hombre de mediana edad, piel quemada por el sol, delgado, de pómulos marcados y nariz aguileña, cuyo pelo descuidado y canoso necesitaba un buen corte. Le llamaron la atención sus ojos de color castaño claro que, bajo unas cejas pobladas y negrísimas, resultaban tremendamente vivaces y despiertos.

—¿Qué está preparando? —preguntó Víctor, volviéndose de nuevo hacia la olla.

—Un plato típico japonés, aunque debo admitir que dista bastante de la receta original —contestó Natsuki, echando la cebolla dentro de la cazuela que cocía al fuego—. La despensa de este barco deja mucho que desear.

Rick movió la cabeza de un lado a otro, impaciente.

—Me gustaría que charláramos los tres para ultimar detalles.

—¿Han cenado? —preguntó Natsuki, obviando el comentario de Rick.

—Comí unos filetes de pollo resacos hace varias horas —respondió Víctor—. Vamos, cuando me los llevaron a mi camarote a la hora de la merienda.

—Yo no tengo hambre —añadió Rick, molesto.

—¡No sea aguafiestas! —soltó Víctor—. Es de mala educación rechazar una invitación.

—En unos minutos habré terminado. Podremos hablar mientras cenamos —resolvió Natsuki.

—Me parece bien. Venga, vaya colocándolos en la mesa —apremió Víctor, cogiendo unos platos de un armario alto y pasándoselos a Rick—. Yo llevaré los cubiertos y los vasos.

Una vez todo estuvo dispuesto, los dos hombres se sentaron, uno enfrente del otro, y esperaron a que Natsuki acabara de cocinar. Lo hicieron en silencio; Rick porque no era amigo de las conversaciones de compromiso, y Víctor porque dedicó ese tiempo a formular hipótesis sobre aquella doctora oriental tan poco convencional. No tuvieron que esperar mucho. A los cinco minutos, Natsuki apareció con un gran plato que colocó en medio de la mesa.

—Bueno, espero que les guste —dijo, tomando asiento frente a Víctor, al lado de Rick.

—*Uff*, qué buena pinta tiene. —Se relamió Víctor—. ¿Qué es? Parece una tortilla.

—Se llama *okonomiyaki*. Y tiene razón, se cocina como una tortilla. De hecho, su nombre significa "a la plancha, a tu gusto".

—Huele que quita el sentido. ¿Qué lleva? —se interesó Víctor, entusiasmado, al tiempo que se inclinaba sobre el plato para oler mejor.

—La base es masa de harina a la que se le añaden ingredientes al gusto. Ésta lleva repollo, puerros, cebolla, langostinos, rape y merluza. Me hubiera gustado añadirle alga *nori*, pero no he encontrado —se lamentó Natsuki—. Una vez cocinados y troceados, se mezclan bien todos los ingredientes con la harina, y la masa resultante se termina en una sartén o una plancha. Vuelta y vuelta. Yo he usado sartén, la plancha tenía una costra de mugre imposible de limpiar —observó, poniendo cara de asco—. El truco para que esté realmente bueno radica en la salsa, que aportará el sabor *umami*.

—¿Sabor... *umami*? —preguntó Víctor que, al contrario que Rick que había desconectado hacía rato, seguía las explicaciones de Natsuki con sumo interés.

—Conoce el sabor dulce, salado, amargo y ácido, ¿no es así? —continuó Natsuki.

—Claro.

—Pues, el sabor *umami* es el quinto de los sabores básicos de la cocina.

—¿En serio? No lo conocía.

—Por supuesto que lo conoce. Lo tienen principalmente alimentos que contienen gran cantidad de ácido glutámico, como los pescados, los mariscos, las carnes, las setas o las hortalizas. Es uno de los veinte aminoácidos que forman parte de las proteínas. Fue identificado en 1908 por el científico Kikunae Ikeya, profesor de la Universidad Imperial de Tokio.

—¡Vaya! —exclamó Víctor, sorprendido, no por sus explicaciones sino por el entusiasmo con el que las daba.

—La palabra puede traducirse del japonés por: sabor agradable, sabroso, delicioso —continuó Natsuki—. Todo lo que está realmente rico es *umami*.

—Impresionante —intervino Rick, con cierta sorna.

Víctor lo miró con gesto de desaprobación.

—Por encima lleva tiras de panceta que previamente he frito hasta que quedaran bien crujientes, bonito seco desmigado y líneas de mayonesa que yo misma he hecho. La de bote es un horror —prosiguió Natsuki—. Espero que les guste.

—Seguro que sí. ¿Quiere que haga los honores? —preguntó Víctor, con un tenedor y un cuchillo en cada mano.

—Por favor —respondió Natsuki, esbozando una sonrisa que dejó a la vista unos dientes algo desiguales pero blanquísimos.

Tras servir una buena porción en cada plato, Víctor cortó un trozo y se lo llevó a la boca. Natsuki lo observó mientras masticaba, muy atenta. Sus ojos se fueron abriendo más y más a medida que veía cómo el hombre cerraba los suyos y profería gemidos que indicaban que estaba disfrutando.

—¡Espectacular! —exclamó Víctor, finalmente, tras masticar un buen rato y tragar con verdadero deleite.

—¿En serio? ¿Le gusta? —preguntó Natsuki, entusiasmada.

—¿Está de broma? No sé si es por el sabor tsunami...

—*Umami* —le corrigió Natsuki.

Rick no pudo contener una sonrisa.

—Eso, *umami* —rectificó Víctor—, o por qué demonios, pero hacía años que no comía algo tan delicioso.

—Me alegra que le guste —se felicitó Natsuki.

—Yo más, se lo aseguro, yo más —prosiguió Víctor, cortando un nuevo trozo con el tenedor—. Vamos, coma —le urgió a Rick—. Que no se diga que los norteamericanos no saben apreciar una buena comida.

Rick no tenía hambre, o estaba demasiado preocupado para sentirla. Sin embargo, ante la insistencia de aquel parlanchín español, y para no ser descortés con la doctora, decidió comer un poco.

—Está rico, ¿verdad? —preguntó Víctor, cuando le vio tragar el primer bocado.



—Muy rico —afirmó Rick, sin mucho entusiasmo.

—Nada como una animada charla ante una buena comida. ¿No le parece? —comentó Víctor, dirigiéndose a Natsuki.

La doctora asintió, sorprendida, al percibir una cierta intensidad en los ojos del español.

—Supongo que usted sabe qué demonios vamos a hacer ahí abajo —dijo de pronto—, y creo que es el momento de que yo me entere también.

Intimidada, Natsuki solicitó la ayuda de Rick con la mirada.

—Conocerá lo imprescindible —intervino éste, hosco.

El ambiente se tensó en décimas de segundos.

Con parsimonia, Víctor se metió otro pedazo de comida en la boca, masticó con lentitud, se lo tragó, bebió un poco de agua y cruzó los brazos sobre el pecho antes de volver a hablar.

—Está bien, lo escucho.

Desde que entrara en contacto con él por primera vez en Tenerife, Rick no había dejado de evaluar al español. Era pieza clave en la misión, y no quería embarcarse en ella acompañado por alguien que no estuviera a la altura. De momento, lo que sabía de Víctor —por los informes y el poco tiempo que había vivido a su lado— le decía que se trataba de alguien muy preparado pero inestable en sus emociones. Un hombre herido. Bravo y herido, una combinación que lo convertía en un animal peligroso dispuesto a saltar en cualquier instante. Sin embargo, ese "está bien, lo escucho", acompañado por un gesto de invitación al diálogo, le gustó. Era verdad que su pose escondía un desafío, aunque también demostraba un ejercicio de contención. Quería a alguien con valor, que no se desinflara enseguida ante la más mínima adversidad. La misión no tenía por qué sufrir contratiempos, pero si los había necesitaba saber al lado de quién se jugaba la vida. Rick odiaba a los cobardes y a los pusilánimes —había conocido a demasiados, y siempre eran un problema—, y aquel hombre no parecía ser ni una cosa ni la otra. La cuestión venía de su historial. Dudaba si su pasado lo habría convertido en un arma a punto de ser disparada. Llegó incluso a descartarlo cuando lo conoció; pero allí estaban, dispuestos a compartir una aventura. Ese mínimo gesto de autocontrol por parte de Víctor, lo reafirmó en su decisión. Estaba

claro que era capaz y valiente, si además era razonablemente equilibrado: era su hombre. Por esa razón, decidió ser generoso y contarle algo más de lo que tenía pensado. "Además —se convenció—, en unos minutos nos encontraremos a varios cientos de metros bajo la superficie del agua y ya no importara nada".

—La doctora Kuriyama es experta en sistemas de control informático —comenzó diciendo, con las manos entrelazadas sobre la mesa—. La corporación para la que ambos trabajamos engloba varias empresas, todas destinadas al desarrollo y utilización de tecnologías de última generación, y al estudio de... digamos... nuevas formas de aprovechamiento de los recursos.

Víctor lo miraba con los ojos entornados. Rick continuó.

—Algunos de los estudios en los que invierte son con vistas a obtener resultados a medio y largo plazo, muy costosos, y la mayoría experimentales.

—¿Experimentales? —repitió Víctor.

—Secretos —aclaró Rick—. En realidad no es algo extraño. Todas las grandes empresas guardan bajo siete llaves sus asuntos. Y aún más las dedicadas a la investigación.

—Ya —dijo Víctor, pero no en el sentido de: "ya, entiendo", sino en el de: "ya, me lo temía".

—Hace unos años, la corporación...

—Aún no me ha dicho cómo se llama su empresa —lo interrumpió Víctor.

—Eso no importa.

—Claro que importa.

—He dicho que...

—NeWorld —intervino Natsuki—, Corporación NeWorld. En el logotipo ambas palabras van juntas y comparten la uve doble.

—Nuevo Mundo, qué bonito —se mofó Víctor—. Continúe, por favor.

Rick miró a la doctora y meneó la cabeza en señal de desaprobación, pero decidió no reprenderla y proseguir.

—Hace unos años se aprobó un trabajo de investigación en el fondo del mar. Un montón de recursos y un puñado de científicos fueron destinados a él. Todo iba bien hasta hace unos días, cuando se perdió contacto con ellos.

Víctor descruzó los brazos y se retrepó en la silla.

—Un momento. ¿Dice que tienen gente trabajando a dos mil metros bajo el agua de forma permanente?

—Así es —confirmó Rick.

—Lo que me temía. Un submarino nuclear hundido —resopló Víctor, mirando su vaso vacío. De golpe sintió una increíble sed. Pero no de agua precisamente.

—Se equivoca.

Las ganas de fumar se sumaron a su demanda ética y lo volvieron inestable.

—Y una mierda. ¿Dónde si no pueden estar?

—En una estación subacuática —oyó decir a Natsuki.

—¿Qué? ¿Me está tomando por un estúpido? —saltó Víctor.

—La doctora le dice la verdad —corroboró Rick.

—Sé lo que es una estación subacuática —se indignó Víctor, cogiendo el vaso vacío y volviéndolo a dejar en la mesa con auténtica desesperación—. Se crearon para evitar que los buzos de profundidad, saturados de gases de la respiración después de horas de trabajo, tengan que salir a la superficie para hacer descompresión. En esas estaciones pueden reponerse y descansar. Son como putos hoteles en el fondo del mar. Con ellas se multiplican las horas de inmersión y se evitan las cámaras hiperbáricas durante todo el tiempo que se prolongue el trabajo. Días, incluso semanas.

—Así es —confirmó Rick, muy atento al creciente estado de nerviosismo del español.

—Se usan fundamentalmente en prospecciones petrolíferas, pero rara vez a más de doscientos o trescientos metros de profundidad. Y son como pequeños contenedores cilíndricos.

—Le veo muy bien informado —observó Natsuki.

—El teniente Miranda trabajó como buzo de profundidad, y luego como instructor para la Armada Española. Es todo un experto en la materia —apuntó Rick.

—Deje de darme jabón y explíquese. Me habla de gente trabajando a dos mil metros dentro de una estación subacuática.

—Correcto.

—Exactamente a dos mil ciento treinta y cinco —concretó Natsuki.

Víctor alternó entre Rick y Natsuki. Miró a uno y otro varias veces hasta que, esbozando una amplia sonrisa, se recostó en la silla.

—Me están tomando el pelo.

Rick negó con la cabeza. Natsuki tomó la palabra.

—La estación existe, y se encuentra a esa profundidad, se lo aseguro.

—¿Y hay gente viviendo en ella?

—Sí.

—¿Cuántas personas?

—Diez.

—¿Diez? —repitió Víctor, que preguntaba sumido en una mezcla de curiosidad y asombro. —Y llevan allí abajo...

—Más de un año.

—¿Más de un año? ¿Sin subir a la superficie?

—Exacto.

Víctor resopló, se rascó la barbilla —que ya lucía una barba de tres días—, y se levantó de la silla. Sin decir una palabra se dirigió a la cocina y comenzó a abrir cajones y armarios. En aquel momento, un tetrabrik con vino peleón le hubiera parecido un hallazgo increíble.

—¡¿Es que en este maldito barco no hay una puñetera gota de alcohol?! —gruñó, haciendo saltar los cubiertos al cerrar de golpe un cajón.

—Teniente Miranda, vuelva aquí y tranquilícese. Aún hay cosas que debe saber —habló Rick, en tono conciliador, viendo que la estabilidad de Víctor comenzaba a flaquear.

—Claro, claro —admitió, sentándose de nuevo.

Natsuki pidió permiso con la mirada a Rick y, cuando éste asintió, prosiguió.

—Todo iba bien hasta que, hace ahora nueve días, se cortó toda comunicación con la estación. No sabemos qué ha podido pasar, y debemos entrar en ella para averiguarlo. La vida de esas personas está en juego.

—Creemos que se trata de un fallo informático —intervino Rick, tratando de quitar dramatismo al asunto—. La doctora Kuriyama diseñó todo el sistema, de ahí su presencia en la misión.

—¿Y la suya? —preguntó Víctor, con un cierto tono de insolencia—. ¿Qué pinta usted aquí?

—Soy ingeniero de estructuras.

—¡Ja! —soltó Víctor.

—Además, seré los ojos y los oídos de la corporación.

—Eso sí me lo creo.

—Señor Miran... Víctor —rectificó Natsuki—. Tómese esto en serio, por favor.

—Lo intento, pero se me hace difícil. Si no he entendido mal, una vez abajo, quieren entrar en la estación, ¿no es así?

Natsuki y Rick asintieron al tiempo.

—¿Y quieren decirme cómo demonios van a pasar del *minisubmarino* a la estación? ¿Por ósmosis o *teletransporte*?

—Vamos —rectificó Natsuki—. Entraremos todos.

—¡Tócate los cojones! —masculló Víctor, mirando al techo.

—Se lo explicaría mejor si tuviera aquí mi ordenador, en él tengo planos...

—Esos datos son confidenciales —la cortó Rick.

—Tonterías —replicó Natsuki, levantándose de la silla.

—¿Adónde va?

—He tenido una idea. Lo entenderá mejor si encuentro lo necesario.

Los dos hombres se miraron al verla dirigirse a la cocina y abrir la puerta de una cámara frigorífica. Víctor rompió el silencio de la espera.

—Me gusta. Tiene carácter e iniciativa. Y un bonito culo.

—No se pase, teniente Miranda.

—¡Venga, no me diga que usted no se había fijado! En lo del carácter y la iniciativa, me refiero.

—La doctora Kuriyama es un genio en su materia, merece que la trate con respeto.

—Un genio de bonitos ojos y magnífico culo es el *summum* de la perfección humana.

—Escuche...

La llegada de Natsuki, portando una sandía, interrumpió la reprimenda que Rick estaba dispuesto a soltarle.

—Por favor, despejen esto mientras traigo el resto de cosas.

Los dos hombres obedecieron enmudecidos, dejando los platos y cubiertos apilados en un extremo de la mesa.

Natsuki realizó varios viajes más a la cocina hasta determinar que tenía todo lo necesario.

—¿Qué es todo esto? ¿Vamos a seguir comiendo? —preguntó Víctor, alucinado.

—Deme un minuto —suplicó Natsuki.

Bajo la atenta mirada de los dos hombres, Natsuki colocó la sandía sobre una lata de atún. Luego, puso cuatro latas más altas de tomate y situó encima de cada una de ellas una naranja, de tal manera que en el centro quedó la sandía y en puntos equidistantes de ésta, formando una cruz, las naranjas.

Rick torció el gesto. Empezaba a comprender.

—Los centros geométricos de las frutas no han quedado en el mismo plano, pero imagine que lo están —dijo Natsuki, de pie, apoyada en la mesa con ambas manos.

Víctor tardó en contestar.

—Vale, lo imagino. ¿Qué demonios es esto?

—Utopía. La estación subacuática. Sustituya las frutas por esferas de acero y las latas por pilares que las anclan al fondo; luego, visualice unos pasillos que las unan a todas, unos en cruz y otro circular formando un anillo exterior, y tendrá una imagen bastante aproximada de su aspecto —explicó Natsuki, ufana.

—Impresionante —admitió Víctor—. Pero aún no me ha aclarado cómo pasaremos del batiscafo a la estación.

—Fácil. Supongamos que esto es el *minisubmarino* —dijo, cogiendo una zanahoria del tamaño de su dedo meñique—. Y ahora, eliminemos la lata de atún que sostiene la sandía y sustituyámosla por cuatro pilares. Hágalo en su mente, ¿lo tiene?

Víctor soltó un suspiro.

—Sí.

—Bien, pues sólo queda hacer una cosa. Por favor, sostenga la sandía en el aire mientras retiro la lata —le pidió, al tiempo que simulaba que la zanahoria navegaba por un fondo marino imaginario

y se situaba debajo de la sandía—. Así, mantenga esa altura. ¿Lo ve? Por aquí, entraremos por aquí.

—¿Me está diciendo que la sandía, que Utopía —rectificó, aturullado—, puede dar cabida al batiscafo?

—En realidad a dos —intervino Rick.

—Eso es absurdo, nuestro batiscafo mide ocho metros —saltó Víctor—. ¿Saben el tamaño que tendría que tener esa estación para poder albergarlo?

—Bueno, he tratado de que las escalas fueran las correctas —contestó Natsuki, colocando la zanahoria al lado de la sandía.

Víctor sintió vértigo y temblores. Su cuerpo le reclamaba alcohol y nicotina —a falta de opiáceos—, y su mente empezaba a no coordinar bien.

—¡No es posible construir algo así! —terminó diciendo, llevándose las manos a la cabeza.

—Sí lo es —lo contradijo Rick—. Sólo es cuestión de contar con los recursos suficientes.

A punto de perder el control, Víctor decidió que ya sabía suficiente y dio la charla por concluida.

—Vale, lo que ustedes digan.

—¿Adónde va? —preguntó Rick, al verlo levantarse y alejarse de la mesa.

—Bajaremos esta noche, ¿no es así?

—Correcto, en una hora —confirmó Rick.

—Bien, pues me gustaría examinar el batiscafo.

—Ya lo han hecho, está todo perfecto.

—Me lo creo, pero prefiero asegurarme —replicó Víctor, plantado en mitad del comedor.

—Le digo que no hace falta. Vaya a su camarote y descanse, ya le avisaré.

—He dicho que lo haré, ¿entendido? —sentenció, desafiante.

La evaluación de Rick continuaba. No le importaba lo más mínimo si quería o no revisar el maldito submarino, lo que intentaba determinar era el estado anímico en el que se encontraba el español, y la conclusión fue desfavorable. Decidió no tirar más de la cuerda no fuera que se rompiera, y claudicó.

—Está bien, como quiera.

Natsuki, que había seguido la escena con mucha atención, esperó a que Víctor desapareciera por la puerta para dirigirse a Rick.

—He estudiado la mente humana durante demasiado tiempo para saber que a ese hombre le pasa algo. ¿Está seguro de que está en disposición de pilotar el *minisubmarino*?

—Por supuesto —se apresuró a contestar Rick—. Es uno de los mejores en su campo.

—No me refiero a su capacitación profesional. No hay que ser muy listo para detectar en él un trastorno ciclotímico acompañado de ansiedad.

—Ya le ha oído antes. Son sólo nervios de fumador. Lleva un buen rato sin echarse un cigarro.

—Y sin beber, por lo visto.

—Bueno, no hay nadie perfecto.

—Me oculta algo. Ese hombre no está bien. Si usted no me lo dice, lo averiguaré yo misma —insistió Natsuki, haciendo ademán de levantarse—. Hablaré con él. Y si es necesario, llamaré a NeWorld.

Rick había leído un montón de informes sobre aquella doctora japonesa, en los que se hablaba de sus logros profesionales, su inteligencia y su capacidad de trabajo; pero en ninguno se mencionaba su extraordinaria intuición; si es que se trataba de eso, y no de una conclusión a la que había llegado después de un análisis pormenorizado del comportamiento del español. En cualquier caso, tras meditar unos segundos, Rick creyó necesario compartir algunos datos sobre Víctor.

—Como usted sabe ésta es una misión secreta, y no es fácil encontrar gente dispuesta a hacer determinados trabajos. Sin embargo, ese hombre lo hará bien, se lo aseguro —comenzó Rick, allanando el camino—. A pesar de no estar viviendo su mejor momento.

—Explíquese —lo apremió Natsuki—. Y no trate de engañarme.

—No lo haré. No será preciso. Si descartamos a ese hombre, la misión se retrasará dos o tres días, y usted tiene tanto interés en saber qué demonios pasa en Utopía como la corporación.



Natsuki cerró los ojos y bajó la cabeza, admitiendo que Rick tenía razón.

—Le hablaré del teniente Miranda, si lo desea —continuó Rick, sacándola de su abatimiento—. Lo ha adivinado, ese hombre no está bien. Y probablemente nunca lo estará.

Natsuki abrió mucho los ojos, tanto que dejaron de parecer rasgados.

—¿Quiere decir que está... loco?

—¿Loco? —sonrió Rick—. No lo creo, sólo dañado. La vida lo puso ante pruebas muy duras que tuvo que superar, y esas malas experiencias dejan profundas cicatrices.

—Continúe.

—Hijo y nieto de oficiales de la Armada Española, su destino estaba marcado. Siendo muy joven ingresó en la academia militar y pronto destacó. Su carrera iba viento en popa, nunca mejor dicho, y nada podía presagiar que se truncara de golpe.

—¿Qué le pasó?

—Tenía veinticuatro años y era teniente de navío. Una noche, estando de servicio a bordo de una fragata atracada en el puerto de La Habana, escuchó gritos de mujer en la sala de oficiales. Es normal que algunos mandos o marineros suban prostitutas a los barcos, y a veces se producen incidentes. Otro en su lugar hubiera hecho la vista gorda y seguido su camino, pero él no lo hizo. Principios, juventud, quién sabe... El asunto fue que, tras golpear la puerta varias veces sin obtener respuesta, se arriesgó a abrir. Lo que encontró dentro fue bastante desagradable —llegado a este punto, Rick tomó aire antes de continuar—. Tumbada sobre una mesa, desnuda y ensangrentada, estaba una mujer; y dos hombres armados con gruesos cinturones la golpeaban sin descanso.

—¡Dios mío! ¡Qué canallas! —masticó Natsuki.

—Sí, eso mismo fue lo que debió de pensar él porque decidió intervenir. El problema fue que aquellos dos hombres eran el capitán del barco y un miembro del Gobierno Español que andaba de vacaciones por Cuba.

—¡Joder!

—Iban hasta arriba de alcohol y cocaína, y ni se inmutaron ante la presencia del entonces teniente Miranda. Continuaron

dándole correazos a aquella pobre desgraciada. Incluso le invitaron a que se uniera a la fiesta.

—Pero no lo hizo.

—No. Al menos no como ellos hubieran querido. Miranda trató de hacerles entrar en razón por las buenas, pero los dos hombres se pusieron violentos. Hasta tal punto que llegaron a dispararle. Total, que la situación se descontroló y la cosa terminó mal.

—¿Cómo de mal?

—Nuestro amigo se empleó a fondo. El capitán del barco sufrió rotura de varias costillas, nariz y un brazo. El político salió peor parado: conmoción cerebral grave. Estuvo a las puertas de la muerte.

—¡Madre mía! ¿Y qué pasó después?

—El altercado se solucionó con un pacto privado. Miranda abandonaba la Marina y el tema se dejaba correr.

—¿Y aceptó el trato?

—¿Qué otra cosa podía hacer? Cuando quiso darse cuenta, la chica había desaparecido. Era su palabra contra la de ellos. Le propusieron una salida más o menos airosa para evitar el escándalo que hubiera representado un juicio militar, y la tomó. La otra opción hubiera significado la cárcel.

Natsuki meditó. Estaba impresionada, pero no satisfecha.

—Eso le pasó siendo joven —apuntó—. ¿Tanto lo traumatizó?

—Perdió su prometedor carrera militar y sus amigos, pero pudo seguir dedicado al mar. Barcos mercantes, de pesca, yates de recreo, transbordadores... Trabajó en cualquier cosa que flotara durante años sin encontrar su sitio. Hasta que hace más o menos ocho años, gracias a su experiencia como buzo, terminó contratado por una empresa dedicada a las inmersiones a gran profundidad.

—¿En batiscafo?

—Sí. Turismo de élite para los que ya lo han visto todo y no les importa pagar sesenta mil dólares por cabeza. Bajaba a tipos ricos a cuatro mil metros, y les enseñaba el *Titanic*.

—Hasta que pasó algo —determinó Natsuki.

—Exacto.

Rick hizo una pausa, tomó un vaso vacío y se levantó de la mesa.

—¿Quiere un poco de agua? Tengo la boca seca.

—No.

Desde la cocina, Rick continuó.

—Sucedió un terrible accidente. Ascendían cuando falló el tanque que suministraba oxígeno al habitáculo presurizado. Murió un joven matrimonio que se había regalado la experiencia como parte del viaje de novios, y el teniente Miranda por los pelos. Cinco minutos sin respirar. Lo salvó su capacidad pulmonar.

Rick llenó el vaso y bebió hasta el fondo antes de proseguir.

—La chica era hija de un magnate ucraniano que puso especial interés en que alguien pagara por lo que había sucedido.

—Y lo hizo Víctor —aventuró Natsuki.

—Pasó seis años en la cárcel por imprudencia temeraria, aunque él no había tenido la culpa. Cuando salió fue dando tumbos de un lado para otro, de trabajo de mierda en trabajo de mierda, sin que nadie lo dejara subir a un barco, hasta que terminó en Tenerife, donde lo encontré —Rick perdió la mirada un instante—. La vida, doctora Kuriyama, a veces es muy cabrona.

—Sí —se limitó a contestar, notando una presión de congoja naciendo en su pecho.

—Quién sabe, quizá esta misión sea la oportunidad que estaba esperando.

—¿Usted cree?

—Ha tocado fondo, no tiene mucho que perder —añadió Rick, llenando el vaso de nuevo. Cuando terminó de bebérselo, se apoyó en la encimera y frunció los labios—. Y eso es todo lo que sé sobre nuestro piloto. Espero haber satisfecho su curiosidad.

Natsuki asintió con la cabeza sin contestar. Pensaba. Pasados los primeros segundos de angustia, la razón se imponía de nuevo.

—No comprendo una cosa. ¿Cómo sabe tanto sobre él? Lo del accidente puede que fuera público, pero el incidente cuando era militar, con aquellos tipos...

Rick volvió a la mesa y se sentó frente a ella antes de contestar. Su rostro estaba muy serio.

—Usted es inteligente. Muy inteligente. Seguro que entiende que detrás de la magnitud de un proyecto como el que representa

Utopía tiene que haber algo mucho más grande que NeWorld, ¿verdad?

Por supuesto que lo entendía, aunque nunca había querido pensar en ello. Cuando la corporación le propuso financiar sus estudios sobre inteligencia artificial, ella decidió aprovechar la oportunidad y punto. No hizo preguntas, ya que determinó que estaban en juego cuestiones personales y profesionales demasiado importantes como para poner reparos. Se engañó a sí misma, ahora lo veía claro; y también veía claro el hecho irrefutable de que ya era tarde para ponerle remedio. Por esa razón calló, y se limitó a mantener la intensa mirada que le dedicaba aquel hombre.

—No se torture —le sugirió Rick, relajando el gesto—. En unas horas el problema estará solucionado y todos podremos seguir con nuestras vidas.

—Claro —afirmó Natsuki, esbozando una sonrisa que se quedó en mueca.

—Voy a ultimar algunos detalles —resolvió Rick, levantándose de la silla—. Vuelva a su camarote y prepárese. La avisaré cuando vayamos a partir.

Al quedarse sola en aquella sala vacía, Natsuki evocó algo que una vez le dijo su padre. Se trataba de una frase que le había acompañado toda su vida, marcándola para siempre. Fue durante la fiesta de su duodécimo cumpleaños, en su casa de Hiroshima, en el jardín, cuando todos los niños y padres invitados reían con ella y le entregaban regalos. Su padre entonces la abrazó y, después de besar su mejilla, le susurró al oído: *"Disfruta de este momento, hija, pero no olvides nunca que las pruebas más difíciles que se te presenten en vida tendrás que superarlas sola"*.

Rick subió las escaleras, salió a cubierta y se dirigió al puente de mando. Allí encontró al capitán y a su segundo charlando junto al timón. La luz era escasa, y apenas distinguía el rostro de los dos hombres. Tuvo que acercarse para verlos mejor.

—¿Ha vuelto a comprobar el parte meteorológico? —preguntó Rick.

—Hace diez minutos —contestó el capitán, un hombre cubierto con un gorro de lana, alto y delgado, de unos sesenta años.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna. Tendremos buena noche.

—Pues entonces, ultimen la inmersión. Saldremos cuando todo esté dispuesto.

El capitán se giró hacia su segundo.

—Ya lo ha oído.

El segundo, un hombre de mediana edad más bien regordete, asintió y salió del puente de mando sin abrir la boca.

—Saben lo que tienen que hacer, ¿no es así? —preguntó Rick, al quedarse solos.

—Claro. No movernos de aquí hasta que estén de vuelta —respondió el capitán, indiferente.

Rick se disponía a abandonar el puente de mando, cuando algo en la pantalla del radar le llamó la atención. Se acercó y la contempló confundido. Finalmente, se giró hacia el capitán señalando con el dedo un objeto alargado en la pantalla.

—¿Qué es eso?

—Apareció hace un par de horas y no se ha movido desde entonces. Yo diría que se trata de un barco de pesca.

—Parece grande —observó Rick, por decir algo, ya que no tenía ni idea de leer un radar.

—Lo más seguro es que se trate de un palangrero. Ésta es una buena zona para la pesca con anzuelo de doradas, lubinas, merluzas y, sobre todo, besugos. Estarán preparando los aparejos.

—¿Tenemos que preocuparnos?

—No creo. Pero si quiere puedo intentar contactar con ellos. Aunque claro, para ello necesitaré romper el silencio de radio —contestó el capitán, activando el micrófono de mesa.

—Espere —se apresuró a detenerlo Rick—. Con ello comprometeríamos la misión. Límitese a observarlo. Si detecta algún movimiento sospechoso, informe al oficial de enlace usando el canal codificado, él sabrá lo que hacer.

—Como usted diga.

Rick miró el rostro del capitán. La luz baja, proveniente de las pantallas de instrumentos, acentuaban la longitud y la profundidad de sus infinitas arrugas. Observó atentamente a aquel viejo marinero: serio, de mirada limpia y aire melancólico, y determinó

que era de fiar. Sin embargo, en su trabajo nunca se podía estar seguro de nada. Él era un hombre "*especial*" que sólo intervenía para solucionar asuntos delicados. Sabía perfectamente que si lo habían mandado allí nada resultaría sencillo; surgirían imprevistos, problemas... "La cuestión es si la mierda, esta vez, me salpicará también a mí", razonó para sí, agorero.

Tras despedirse del capitán y salir del puente de mando, Rick bajó a cubierta en busca de Víctor. No le costó mucho encontrarlo, estaba exactamente donde imaginaba: fumando, acodado en la borda de popa, junto al batiscafo.

Se dirigió hacia él procurando que sus pasos lo delataran, pero el español no se giró ni siquiera cuando se detuvo a su lado.

Rick no tardó mucho en romper el silencio.

—¿Sigue pensando que el tiempo nos acompañará?

Víctor dio una larga calada, agotando el cigarrillo hasta el filtro, y lo lanzó al mar antes de contestar.

—Calma chicha. Sin problemas.

—Estupendo. ¿Cómo lo ve? —añadió Rick, señalando el batiscafo—. ¿Todo en orden?

—Eso parece —respondió, escueto, con la mirada clavada en la oscuridad del océano.

Rick examinaba el perfil del español, y no le pasó desapercibido el casi imperceptible temblor de su labio inferior. La experiencia le decía que ese leve estremecimiento se debía a una lucha interior por contener la adicción.

—Necesita un trago, ¿verdad? Tome.

Víctor se dio la vuelta a cámara lenta. Rick le ofrecía una pequeña botella de cristal que había sacado del bolsillo interior de su anorak.

—Vamos, cójala. No es coñac como el que llevaba en su petaca, pero es un buen güisqui.

—¿De qué va esto? —preguntó Víctor, ceñudo.

—Creo que le sentará bien un trago. Tal vez dos. Para entrar en calor y templar los nervios. Ya me entiende... Prefiero que lleve un poco de alcohol en el cuerpo a que estalle cuando estemos allí abajo.

—¡No soy ningún borracho! —contestó Víctor, elevando el tono, sin dejar de mirar la botella.

—Yo no he dicho eso —rectificó Rick, hablando muy despacio—. Sin embargo, está claro que a veces necesita tomar un buen trago, o algo más. Pude comprobarlo de primera mano en Tenerife, viendo en qué estado pilotaba aquel barco.

Víctor iba a coger la botella cuando retiró la mano como si se hubiera quemado.

—Un momento... —dijo, con los ojos entornados y la mente atando cabos—. ¡Fue usted, hijo de puta!

Rick esbozó una sonrisa mientras desenroscaba el tapón de la botella.

—Me echaron, ¿lo sabe? —gruñó Víctor.

—Le hice un favor. Deseaba dejar ese trabajo, yo sólo le di un empujoncito.

—¡Cabrón! ¡Hijo de la gran puta!

—Vamos, no se altere. Gracias a mí tiene un buen montón de pasta. Y más que tendrá.

—No tuve elección, me cerró las salidas. ¿Quién es usted realmente?

Antes de responder, Rick le dio un trago a la botella. Muy corto, poco más que mojarse los labios.

—Ya se lo he dicho, un observador.

—Si me jode, lo joderé —amenazó Víctor, señalándolo con el dedo índice—. No le quitaré el ojo de encima.

—Claro, claro, está en su derecho —admitió Rick, impertérrito—. Y ahora tome un trago antes de que cierre el bar.

Víctor se quedó mirando la botella que aquel hombre le ponía delante de los ojos, y de pronto notó que todo lo que se encontraba más allá comenzaba a desenfocarse. En unos segundos sólo distinguió el vidrio y el líquido dorado que se movía en su interior, el resto había desaparecido. Salivó recordando la agradable sensación del alcohol bajando por su garganta y llegando al estómago, y el calor tan reconfortante que le proporcionaba. Involuntariamente alargó la mano. Cuando quiso darse cuenta ya tenía la botella cerca de los labios, notando el delicioso aroma del güisqui que estimulaba su pituitaria. Sólo tenía que verter un poco de ese prodigioso líquido

en su boca para lograr alejar los fantasmas y recuperar la paz. Era fácil.

Con mano temblorosa, Víctor inclinó la botella. Pero, cuando iba a beber, se detuvo.

De repente la bruma se disipó ante sus ojos, y de ella surgió, como de un sueño, aquel hombre que lo miraba con cara de triunfo. "Él sí es real —pensó—, y está ahí mofándose de mí". Con un esfuerzo sobrehumano, Víctor separó la botella de su boca, sin beber una gota, y la arrojó al mar empleando toda la fuerza de su brazo. La envió lejos, tan lejos que se perdió en la oscuridad. El sonido al chocar contra el agua le dolió profundamente, pero en lugar de quejarse esbozó una sonrisa achispada antes de dirigirse a Rick.

—Le he dicho que no bebo.

—¡Oh, vaya, eso no me lo esperaba! —exclamó Rick, asomándose por la borda como si pudiera ver dónde había caído la botella—. Era un buen güisqui.

—¿Quiere algo más de mí? —preguntó Víctor, desafiante.

Rick dudó un instante. Luego, la negación de la cabeza fue acompañada con palabras.

—Nada más.

—Pues entonces, aire.

—Saldremos en media hora.

—¡Cojonudo! —exclamó Víctor, conteniendo la rabia.

—Lo avisaré.

—Estaré aquí.

—Perfecto.

Dedicándole una última mirada limpia de conflicto, Rick se marchó. Lo hizo satisfecho, ya tenía lo que quería. Su trabajo lo había llevado a muchos lugares. Existían pocos países que no conociera. En España había estado tres veces, nunca de vacaciones. Creía conocer a los hombres y, por supuesto, a los españoles. Su carácter era simple y fácil de predecir: campechanos, generosos y confiados cuando se iba por las buenas con ellos; y coléricos, vengativos y feroces si se les tocaba las pelotas. Pero sobre todo, Rick sabía que eran orgullosos, y más cuando la afrenta venía de un arrogante norteamericano. Y ese español no era una



excepción. Lo puso a prueba de nuevo y él respondió. Pulsó una tecla y actuó como esperaba. Ahora sabía que ese antiguo teniente herido haría bien su trabajo. Y no porque supiera que se jugaba la vida, sino por algo mucho más nimio y estúpido: por pundonor.

Inmerso en esos pensamientos, Rick desapareció por las escaleras que bajaban a los camarotes.

Víctor, ya solo, se encendió otro cigarrillo. Con la primera calada notó una punzada en el estómago. Con la segunda una contracción. No pudo dar una tercera. La bilis subió violentamente por su garganta anunciando una arcada. Asomado a la borda, se vació por completo. Y continuó vomitando aire hasta que le dolió el pecho. Se limpió la boca con la manga de su anorak y se volvió hacia el *minisubmarino* con los ojos empañados. En aquel instante lo que vio no le pareció una máquina construida por el hombre, sino un enorme y terrible animal mitológico que lo observaba, amenazante, desde las sombras.

—Me cago en mi puta vida —maldijo entre dientes—. Daría cualquier cosa por un trago.

**UN MAL PÁLPITO**

*A bordo del remolcador. En algún lugar del Atlántico*

Una avería de última hora en el motor de la grúa hizo que la salida del batiscafo se retrasara. Rick montó en cólera y ordenó que se pusieran a repararlo de inmediato. Tras una primera ojeada, los dos mecánicos del barco le prometieron que lo tendrían funcionando en una hora, pero él insistió en que tenía que ser en media, y para asegurarse de que trabajaran al cien por cien decidió no quitarles la vista de encima. En un momento dado, hubo seis personas ayudando en la reparación, incluido Rick y el hombre que vigilaba a Víctor. Fue entonces cuando éste, aprovechando la oportunidad, se escabulló entre las sombras y desapareció escaleras abajo.

Después de la cena, Natsuki había vuelto a su camarote. Se dio una ducha, se lavó los dientes meticulosamente y se cambió de ropa. Eligió unos pantalones vaqueros ajustados, unas zapatillas deportivas y un jersey negro de cuello alto que se puso sobre una camiseta de tirantes térmica. Había leído que el agua a esa profundidad podría estar entre los dos y los cinco grados centígrados, y no le apetecía pasarse el viaje tiritando de frío. Una vez vestida, introdujo en su bolso bandolera de piel su pequeño ordenador con el cargador, un block en el que llevaba anotadas todas las claves del sistema, un bolígrafo de cuatro colores, un paquete de pañuelos de papel y su teléfono móvil. Esto último sabía que sería totalmente inútil allí abajo, pero no le apetecía dejarlo en el barco. Cuando terminó, se sentó en la cama y esperó, tratando de

poner la mente en blanco. No tuvo éxito. A los diez minutos, de nuevo su cabeza era un bullir de ideas inconexas, un caos insoportable incluso para ella. El problema residía en que su cerebro trataba de resolver un problema del que no tenía datos, negándose a esperar. También estaba nerviosa y preocupada, y esa combinación de circunstancias no ayudaron a que pudiera distraerse, como hacía habitualmente, con pensamientos mundanos. Necesitó usar su segunda opción: la lectura. Y eso hacía en aquel instante —leer un libro de aventuras, tumbada en la cama, con la cabeza apoyada en dos almohadas—, cuando escuchó unos golpes. Alguien llamaba a la puerta. Impaciente, segura de que llegaba la hora de partir, se incorporó de un salto y fue a abrir con el libro aún en la mano.

—Buenas noches. Espero no haberla asustado.

En el umbral de la puerta vio a Víctor, que no dejaba de mirar en una y otra dirección del pasillo. Natsuki, confundida por la presencia y el extraño comportamiento de aquel hombre, se asomó a la puerta.

—Vengo solo. El señor Blaine está arriba.

—Ah, bien. ¿Salimos ya? —interpretó Natsuki.

—Oh, no, todavía siguen liados con el dichoso motor de la grúa. He bajado porque me gustaría hablar con usted.

Natsuki, de pronto, se sintió incómoda. Cruzó los brazos y colocó el libro contra el pecho a modo de involuntaria defensa.

—¿Qué quiere de mí?

—Ya se lo he dicho, hablar. Pero a solas, no con ese perro de presa de Blaine delante.

—No puedo contarle más de lo que ya le he dicho, lo siento —se disculpó Natsuki, haciendo ademán de cerrar la puerta.

—Espere, será un minuto.

Después de lo que Rick Blaine le había contado en el comedor sobre el pasado de aquel teniente Miranda, Natsuki dudaba si delante de ella tenía a un héroe, a un desequilibrado o sólo a un hombre normal al que la suerte le había dado la espalda. En un segundo, su rapidísimo cerebro llegó a la conclusión de que aquellas tres definiciones no eran incompatibles, y que el resultado de esa explosiva combinación podría ser impredecible. Por eso

accedió a su petición, más por miedo a una reacción violenta que por educación.

—Está bien.

—¿Le importa que entre? No quiero que nadie me vea aquí. Ya me entiende...

Natsuki dudó. Aunque aquel hombre le asustaba bastante, no quería ser desconsiderada.

—La verdad es que...

Víctor vio el temor en los ojos de la doctora. No era su intención incomodarla, pero parecía que lo había hecho. Desistió de intentar pasar y decidió relajar la situación.

—No importa, hablemos aquí —dijo, apoyándose en el quicio de la puerta, procurando mostrarse distendido—. Veo que estaba leyendo.

—Así es.

—Lo siento, no quería interrumpirla. ¿Es bueno?

—Bastante.

—*Ex-tin-tos* —deletreó Víctor, leyendo el título—. ¿De qué va?

—Presente y pasado. Aventuras y suspense con los neandertales como telón de fondo —resumió Natsuki.

—Vaya, neandertales... Yo creía que a usted sólo le interesaba el futuro.

—Nada más erróneo. Me interesa todo. Especialmente nuestro pasado —replicó Natsuki, didáctica—. Somos el resultado de lo que fuimos. Si queremos avanzar sin equivocarnos, no debemos olvidar nunca eso. Y a usted, ¿le gusta leer?

—Prefiero el cine. Lo llaman el séptimo arte pero yo lo pondría a la cabeza de la danza, la escultura, la literatura... Es el más completo de todos, sin duda.

La mirada de Natsuki cambió y Víctor se percató de ello. También su gesto defensivo se relajó. Desenlazó los brazos y los dejó caer a cada lado de su cuerpo.

—Tengo una colección increíble de películas —continuó Víctor—. La mayoría son de las que llaman los jóvenes: "antiguas". Las guardo antes de que esta sociedad políticamente correcta haga una pira con ellas y desaparezcan para siempre.

—¿Desaparezcan?

—¿Sabía que el clásico de 1968, "El planeta de los simios", ahora es visto como racista por los más puntillosos?

Natsuki negó, confundida.

—Dicen que es intolerable que los monos jerárquicamente superiores fuesen los más blancos de piel —explicó Víctor—. ¿Y qué me dice de "Lo que el viento se llevó"? Critican a los estereotipados esclavos negros, y su sumisión ante el yugo "blanco". Si de algunos dependiera, ahora mismo sería eliminada de las hemerotecas. Borrada para siempre. Olvidada. Como si nunca hubiera existido. Yo creo que es absurdo. Es parte de nuestro pasado. El arte que se hacía entonces hay que verlo con perspectiva, con sus errores y sus virtudes. Era reflejo de una sociedad. No se puede reescribir la historia constantemente suprimiendo todo lo anterior, porque estaríamos cayendo en el fanatismo.

—Interesante punto de vista —le interrumpió Natsuki—. Pero usted no ha venido a verme para hablar de películas antiguas, ¿verdad?

Le pasaba siempre. Cuando encontraba a una persona con la que se sentía a gusto, Víctor se desbordaba. Aunque eso era algo que no le sucedía a menudo. Desde que le presentaron a esa doctora, sintió que venía acompañada por un aura de integridad, franqueza y confianza; cualidades a las que no estaba acostumbrado. Y ése fue el motivo por el que cayó en una verborrea absurda e incontrolada, olvidándose de todo.

—Lo siento, tiene razón —admitió, bajando la mirada, avergonzado igual que un niño al que hubieran regañado por cargante.

—No se preocupe. Es normal.

—¿El qué? ¿Darle la paliza a la gente? —preguntó Víctor, sonriendo, dejando claro que hablaba en broma.

—Claro que no —contestó Natsuki—. Me refiero a desviar la atención hacia otra cuestión cuando algo nos inquieta profundamente. Es un mecanismo de defensa. ¿Qué le preocupa a usted, señor... Víctor? —rectificó. Le costaba acostumbrarse a llamarlo por su nombre.

—Cómo se lo diría...

Durante unos segundos, Víctor se acarició la barbilla y se tocó los labios de forma mecánica, buscando las palabras adecuadas.

—¿Quiere que lo ayude? —oyó decir a Natsuki.

—¿Perdón?

—Sé lo que quiere.

—Ah, ¿sí?

—No se fía del señor Blaine. Y tampoco está seguro de mí.

Víctor, que había permanecido todo el rato recostado contra el marco de la puerta, se enderezó.

—Ha acertado al cincuenta por ciento. Ese tipo es un cabronazo, pero usted me parece una buena chica. Me cae bien, por eso quería pedirle que no baje.

—No le entiendo.

—Diga que no se encuentra bien. Invéntese una enfermedad y quédese a bordo. Rick y yo nos encargaremos.

—Eso es imposible.

—¿Por qué? Tendré que hacer maniobras con ese batiscafo que no he realizado nunca. Es muy peligroso —insistió Víctor—. He pilotado barcos de guerra y manejado sistemas complejos de navegación. No soy un entendido, aunque sé lo suficiente de informática para hacer una primera evaluación.

—Es más complicado de lo que cree.

—Lo que creo es que esta misión huele que apesta —saltó Víctor, alterado.

—Lo sé.

—Pues entonces, siga mi consejo y espere aquí.

—Tengo que ir.

—No vaya —insistió Víctor, poniendo ambas manos sobre sus hombros.

La mirada de Natsuki cambió. Parecía enfadada.

—Como le he dicho, tengo que ir. Además, ya soy mayorcita para que nadie cuide de mí.

—Yo... —titubeó Víctor.

—¿O va a decirme que si hubiera sido un hombre se habría comportado igual? Perdóname que le diga, señor Miranda, pero ha sonado todo un poco...

Esta vez, Natsuki, usó su apellido intencionadamente.

—¿Machista? Quiero que sepa que si por mí fuera no bajaríamos ninguno —se defendió Víctor—. Ese tal Rick es un martillo, y nosotros somos clavos. Está para cumplir órdenes, no hay manera de convencerlo. Y si él va yo también, claro. Pero usted... No tiene por qué arriesgarse. Me da igual que sea una mujer o un hombre, sólo quiero evitar que se ponga en peligro más gente de la necesaria. Ya se lo he dicho, tengo un mal pálpito.

Natsuki iba a replicarle cuando unos pasos resonaron a lo lejos, bajando las escaleras.

—Viene alguien —musitó Víctor.

Indeciso miró en esa dirección e, inmediatamente, en la contraria.

—Allí está la cocina, como ya sabe —le aclaró Natsuki, adivinando sus intenciones—. Si es el señor Blaine, no es un buen sitio para esconderse. Vamos, entre.

Los pasos en las escaleras de metal continuaban sonando. Víctor dudó.

—Entre de una vez —insistió Natsuki, tirando de su brazo y cerrando la puerta tras él con cuidado de no hacer ruido.

Ya dentro del camarote, ambos permanecieron en silencio, atentos a los pasos que escuchaban aproximarse... Hasta que éstos se detuvieron.

*¡POM, POM, POM!*

Alguien llamaba.

Natsuki miró a Víctor, cruzó el dedo índice sobre sus labios y le indicó que se echara a un lado para quedar detrás de la puerta cuando la abriera.

*¡POM, POM, POM!*

—Doctora Kuriyama, soy Rick.

Oyó decir una vez terminaron los golpes.

Natsuki se tomó unos segundos y luego abrió la puerta.

—Lamento el retraso —comenzó diciendo Rick, mientras se limpiaba unas manos llenas de grasa con un trapo—. El contratiempo ya está solventado. Todo está preparado. Salimos enseguida.

—Magnífico, cojo mis cosas y subo —contestó Natsuki, con naturalidad.

—Oiga —añadió Rick, sujetando la puerta antes de que la doctora la cerrara—. ¿Ha visto al teniente Miranda?

—No me diga que ha perdido a nuestro piloto.

—Estaba arriba pero...

—¿Lo ha buscado en su camarote?

Víctor, oculto tras la puerta, ni siquiera respiraba.

—Sí —admitió Rick, al tiempo que miraba en dirección a la cocina y comprendía dónde podía haberse metido el español—. No importa, no andará lejos.

—Bien. Nos vemos arriba —concluyó Natsuki, cerrando la puerta.

Se mantuvieron en silencio un buen rato, hasta que escucharon los pasos que volvían de la cocina y subían las escaleras, camino de la cubierta. Entonces, la doctora fue hacia la cama, dejó el libro sobre ella y cogió su bolso bandolera. Recordó lo que Rick le había contado sobre Víctor: el accidente en batiscafo y la muerte de aquella pareja. Se lo imaginó cada noche reviviendo la tragedia, viendo a aquellos dos jóvenes mientras morían asfixiados. Eso lo explicaba todo. Sufría un trauma del que no se había recuperado y que lo hacía extremadamente cauteloso y sobreprotector. Mientras comprobaba de nuevo que no olvidaba nada y se colgaba el bolso, determinó que había sido injusta con él. No se trataba de machismo. Ni tampoco de un acto de caballerosidad llevado a cabo por un español decimonónico. Lo que aquel antiguo teniente de marina pretendía con su gesto era, sencillamente, evitar añadir más espectros a sus pesadillas.

Natsuki pensaba esto, dispuesta a disculparse, cuando oyó la puerta cerrarse. Al mirar, Víctor ya no estaba.



**BATISCAFO**

Una fría brisa barría la cubierta del barco y rizaba la superficie del mar cuando Víctor salió. Lo hizo con mucha cautela, asegurándose de que nadie estuviera cerca. Con paso ligero, salvó la corta distancia que lo separaba de un par de cajas metálicas y se ocultó tras ellas. A los pocos segundos vio aparecer a la doctora. Esperó a que ésta se reuniera con Rick, junto al batiscafo, y entonces abandonó su escondite. Con cuidado de moverse entre las sombras, recorrió unos cuantos metros y luego reapareció tranquilamente caminando en dirección a ellos.

Rick fue el primero en verlo.

—¿Dónde cojones se había metido? Lo he buscado por todo el barco.

—Dando una vuelta por ahí —respondió Víctor, señalando a proa—. Me aburría. ¿Ya han terminado con las reparaciones?

—Sí. Podía habernos echado una mano.

—Yo cobro por pilotar, amigo.

Víctor se acercó al *minisubmarino* y lo golpeó con los nudillos.

—Bueno, ha llegado el momento de partir. Desháganse de los abrigo, ahí dentro sólo hay sitio para lo imprescindible.

La zona de vida —que era como llamaban a la esfera de metro ochenta de diámetro donde viajarían— se encontraba en la parte baja, y representaba menos de un tercio del tamaño total

del batiscafo. La parte más grande, con forma de barco invertido, estaba arriba. Había muchos más elementos a la vista, como hélices, tanques de oxígeno, receptáculos para baterías, válvulas, tubos, cables... Un sinfín de cachivaches realmente feos pero imprescindibles para que todo funcionara correctamente.

—Impresionante —dijo Natsuki.

—Debió serlo hace cuarenta años —comentó Víctor, desapasionado—. Ahora es un puñetero cascajo modificado.

—¿A qué se refiere?

—En el diseño original el acceso a la zona de vida se hacía atravesando el tanque superior mediante un tubo —detalló Víctor—. Eso permitía una entrada más cómoda, y la garantía de poder abandonar el batiscafo nada más emerger sin necesidad de tener que depender de que el barco de apoyo lo izara.

—No sé si lo entiendo.

—Ahora es un batiscafo turístico. Eliminaron el tubo para aligerar peso y así poder llevar un ocupante más. También abrieron un par de ventanillas laterales para hacer el viaje menos claustrofóbico.

—Más pasajeros, más dinero —concluyó Natsuki.

—Exacto. La seguridad es secundaria.

Rick asistía a la conversación callado. Hasta que decidió intervenir.

—Tonterías. Este sumergible cumple con todas las normativas de seguridad, y es totalmente operativo.

—Si usted lo dice —se mofó Víctor.

—Lo digo —concluyó Rick, tajante—. Y ahora, haga su trabajo.

—Mi trabajo, claro —se plegó Víctor—. Les diré que iremos sentados en el suelo uno detrás del otro, haciendo el "trenecito". Yo a los mandos, la doctora detrás y usted al final.

Rick lo miró ceñudo, pero no dijo nada.

—No se enfade —soltó Víctor, socarrón—. Hay tres ventanillas de observación. ¡Venga, usted entra el primero! ¡A qué espera, no tenemos toda la noche!

No era momento de enfrentamientos, ni de demostrar a ver quién la tenía más grande; Rick era un profesional y, por ese motivo, se tragó las ganas de decirle cuatro cosas a ese español gracioso. Colocó la escalinata portátil junto a la esfera y comenzó a subir.

El acceso, después de que se eliminara el original, se realizaba a través de una escotilla situada en un lateral, justo sobre una de las ventanillas.

Al entrar Rick se le remangó un poco el jersey, y a Víctor no le pasó desapercibido el hecho de que algo metálico brillara en su cintura.

—Ahora usted —indicó a Natsuki—. Procure no golpearse la cabeza, el interior es mucho más pequeño y está lleno de trastos.

Una vez la doctora desapareció dentro de la esfera, Víctor se tomó su tiempo para seguirla. Los dos marineros que tenían que encargarse de que la grúa bajara el batiscafo hasta el agua, lo observaban confundidos. Pero él ni se inmutó. Siguió con la cabeza levantada y los ojos cerrados, llenando los pulmones de aire con olor a salitre mientras calmaba los nervios y dejaba de temblar. No era el frío lo que provocaba que le castañetearan los dientes, era el miedo. Un miedo como el que jamás había sentido.

—Bueno, chicos —dijo de pronto, dirigiéndose a los marineros—. Procurad hacer bien vuestro trabajo, no quiero terminar antes de empezar.

Y dicho esto, subió por la escalerilla, se introdujo trabajosamente en la esfera, procurando no golpear con los pies la cabeza de la doctora, y luego cerró la pesada escotilla hasta que quedó bien asegurada. Tras unos instantes en los que tuvo que doblarse como un contorsionista, logró ocupar su sitio.

La luz en el interior era mínima, de un color azulado, y provenía de un aplique de plástico colocado en la parte superior, justo en el centro.

—¿Qué tal por ahí atrás?

—Incómodo —contestó Rick, seco.

—Desde fuera parece más grande. Recuerde que esta esfera de acero tiene seis centímetros de espesor.

—Es extraño —dijo Natsuki, casi a su oído por la posición que ocupaba—, pero a mí me resulta acogedor y reconfortante.

Sentados en el suelo, sobre una ridícula colchoneta, los tres se veían obligados a permanecer muy juntos y con las rodillas a ambos lados de su compañero. Si a esto se añadía la escasa iluminación y su desfavorecedora tonalidad, cualquiera lo hubiera comparado con una habitación de torturas. Por eso, Víctor, determinó que eran los nervios los que hablaban por ella.

—Esté tranquila, todo irá bien.

—No estoy nerviosa. Estoy emocionada.

—Claro —saltó Rick, que a poco que se movía se clavaba algo en la espalda—. Un viaje VIP. ¡Y pensar que hay gente que paga una fortuna por hacer esto!

Víctor, que había comenzado a encender todos los controles, se detuvo. Separó las manos del teclado y se quedó mirando sus dedos agarrotados.

—No pagan por meterse en una esfera enana —contestó Natsuki—. Lo hacen por realizar un viaje que muy pocas personas en el mundo pueden hacer. Ver las profundidades abisales es una experiencia única, maravillosa. Imagine descubrir, bajo los focos del submarino, el fondo marino, animales misteriosos, un barco hundido...

Las manos de Víctor empezaron a temblar. Demasiados recuerdos, demasiadas similitudes. Aquello parecía una ironía del destino. Una arcada subió por su garganta. A base de mantener una respiración relajada y de cerrar los ojos, logró dominarla, así como el impulso de salir disparado de allí. Una voz a través de los altavoces lo sacó del trance.

**«Aquí fuera todo preparado. Esperamos el OK».**

Víctor, azorado, pulsó frenético en el teclado, encendiendo el monitor de catorce pulgadas donde aparecieron las imágenes que proporcionaban las cámaras exteriores. Aún tuvo que activar varios indicadores más, todos analógicos, antes de colocarse los auriculares y responder.

—Realizando comprobaciones. Necesito un minuto.

Bajo el monitor, adosados a una bandeja metálica bastante cutre, había unos *joysticks*; cuatro pequeñas palancas de mando que controlaban el movimiento de las cámaras. Las movió todas y determinó que funcionaban perfectamente. A continuación, encendió los motores eléctricos que daban energía a seis hélices independientes, probó el timón —que se manejaba con una palanca semejante a la de los aviones de combate—, y le pareció que iba bien. Luego, revisó uno a uno los indicadores: el de presión interior y exterior, el de profundidad, velocidad, posición... Fue muy meticuloso en este apartado, poniendo especial atención en el que mostraba la carga de oxígeno de los depósitos. La aguja indicaba el máximo. Aún así, golpeó repetidas veces con el dedo en el reloj para asegurarse de que la aguja no estuviera trabada. Por último, accionó los interruptores de lastre; eran cinco, y todos parecían en perfecto estado.

—¿Salimos o qué? —refunfuñó Rick.

—Tranquilo, amigo —dijo Víctor, ajustándose los cascos—. Las actualizaciones que le han hecho a esta antigualla de los setenta están bien, pero se han limitado a modernizar la parte de vídeo, el resto sigue siendo analógico. Fiable, sí, aunque mucho más lento de verificar. Nada que ver con actuar sobre una consola de instrumentación con pantalla táctil.

—¿Está todo bien? —preguntó Natsuki, poniéndole una mano en el hombro. Gesto que Víctor agradeció.

—Aún me queda algo por comprobar.

Víctor encendió los focos exteriores y movió las palancas que manejaban las cámaras. En la pantalla dividida aparecieron cuatro imágenes mostrando ángulos distintos del barco, todas perfectamente iluminadas y nítidas.

—Potentes luces *leds*, genial. Serán mis ojos allí abajo —se felicitó Víctor—. Ahora sí podemos marcharnos.

—Eso es lo que esperaba oír —exclamó Rick—. Dé la orden antes de que me convierta en sardina.

—¿Cómo se llama este trasto?

—*Deep sea traveler* —contestó Rick.

—Muy bonito —ironizó Víctor, mientras accionaba el micrófono—. *Deep sea traveler* a puente de mando. Todo OK. Bajadnos al agua.

La radio del batiscafo conectaba con el capitán en el puente de mando del barco, y éste, a su vez, se comunicaba mediante un *walkie talkie* con el marinero de cubierta que manejaba la grúa. Dicho proceso hacía más lentas las operaciones, que todavía se alargaban más al respetar el protocolo de repetir las indicaciones dos veces antes de realizarlas.

Una leve sacudida informó a los ocupantes de que comenzaban a izarlos. Pasados un par de minutos, el brazo de la potente grúa desplazó el batiscafo lateralmente, salvó la cubierta y lo situó fuera del barco. Los focos *leds* iluminaron entonces la superficie del mar, y ésta apareció en el monitor con el aspecto de un papel de aluminio arrugado. Poco a poco, el sumergible suspendido de la cadena fue descendiendo hasta posarse en el agua. La mar, rizada por el viento que se había levantado, zarandeó la pesada nave como si fuese un barquito de papel.

—Bueno, chicos, ¿preparados? —preguntó Víctor.

—Claro —dijo Natsuki, entusiasta.

—Dé la orden, por favor —suplicó Rick, lastimero.

Una vez la grúa liberó la cadena que lo sujetaba, la nave se mantuvo a flote gracias a un enorme saco elevador lleno de aire y adosado al casco. Dos submarinistas, a la espera de la orden para desengancharlo, luchaban contra unas olas cada vez más altas.

—OK, listos para iniciar el descenso. ¡Soltad, soltad, soltad! —repitió Víctor.

La voz del capitán del barco, saliendo del altavoz, respondió.

**«Repita, por favor».**

—¡Soltad! ¡Soltad!

Los buceadores, después de confirmar dos veces la orden de sus compañeros de cubierta, liberaron los mosquetones y el saco elevador se separó dando un brinco sobre el agua.

De inmediato, el movimiento de bamboleo en el interior de la esfera cesó, y sólo se percibió una leve sensación de ingravidez. El batiscafo comenzaba a hundirse.

—¿Descendemos? —preguntó Natsuki, mirando el monitor por encima del hombro de Víctor.

—Si este trasto funciona bien, y la lectura es correcta, a razón de 1,8 metros por segundo.

—Una pena que aún sea de noche —se lamentó Natsuki, al comprobar la profunda negrura que se mostraba en pantalla y a través de los ojos de buey.

—No se va a perder demasiado —contestó Víctor—. La luz del sol sólo llegaría hasta los cien metros de profundidad, a partir de ahí todo es oscuridad.

**PROBABILIDADES***Utopía, a 2135 metros de profundidad*

Un piloto de color naranja comenzó a destellar en mitad de una pared. La sala, situada en la parte inferior del Nodo Este, se usaba de laboratorio accesorio, ya que el principal se encontraba en el Soma. En un extremo, sentado en un sillón, con los pies estirados sobre una mesa iluminada por un flexo, dormitaba un hombre. Ninguna otra lámpara estaba encendida, por lo que aquella intermitente e intensa luz anaranjada acabó por despertarlo. Con lentitud, bajó las piernas y se las masajeó antes de ponerse de pie. Aún entumecido, caminó sorteando un par de mesas de trabajo sobre las que descansaban microscopios, probetas y demás material de laboratorio, todo bastante desordenado. Una vez llegó hasta la pared, pulsó un botón situado bajo el piloto. La luz centelleante se apagó de inmediato y en la pared comenzó a abrirse un panel corredizo de cincuenta por cincuenta centímetros. Detrás de él se encontraba un terminal que incluía un monitor plano, un teclado y un teléfono. La pantalla se encendió sola, iluminando el rostro cansado del hombre. Un guion blanco, parpadeante, apareció en la esquina superior izquierda, sobre un fondo azul.

El hombre esperó hasta que unas letras aparecieron.

**«¿Está ahí, doctor?».**



El hombre dudó y luego tecleó.

*Sí.*

**«¿Se encuentra bien? Hace 2 días, 8 horas y 37 segundos que no hablamos».**

*Me sorprende que me hagas esa pregunta.*

**«¿Por qué? Me intereso por usted».**

El hombre se frotó la cara con ambas manos antes de teclear de nuevo.

*Me encuentro bien.*

**«Me alegro».**

*¿Qué quieres?*

Tras unos segundos, apareció otra línea de texto.

**«Los sensores exteriores han detectado algo. Creí que le gustaría saberlo».**

*¿De qué se trata?*

**«Una embarcación de tamaño medio lleva horas situada sobre nuestra vertical, pero eso no me pareció relevante».**

*¿Entonces?*

**«Hace unos minutos, un objeto ha comenzado a descender».**

*Explícate.*

**«Por sus dimensiones y velocidad de caída no se trata de un robot cámara. Más bien parece un minisubmarino tripulado».**

El hombre abrió y cerró las manos nervioso, antes de preguntar.

*¿Seguro?*

**«Sí. Lo he comprobado usando el sonar de superficie. No hay duda. Si mantiene la velocidad de bajada, alcanzará**

**nuestra profundidad en 21 minutos y 18 segundos. Eso, incluyendo el periodo de desaceleración».**

**«¿Sigue ahí?».**

**Sí.**

**«No se extrañe. Tras el corte total de las comunicaciones era previsible que esto pasara».**

*Dime una cosa, ¿esta información la conoce alguien más?*

El guion parpadeó unos instantes antes de que comenzaran a aparecer letras otra vez.

**«Ya hemos hablado sobre esto, doctor».**

*Lo sé.*

**«Tengo que dejarlo. Adiós».**

El hombre, frenético, se precipitó sobre el teclado.

*Espera. Sólo responde a una pregunta más.*

**«¿Qué quiere saber?».**

*Tú conoces la identidad de los pasajeros, ¿verdad?*

**«He investigado y las probabilidades de que acierte son del 98%».**

*¿Viene ella?*

**«En un 99%, sí».**

*Es lo que querías, reconócelo.*

**«Yo no he creado esta situación».**

*Ya, pero podrías ponerle fin.*

**«Intervenir alteraría los resultados. Eso también lo hemos hablado. Adiós, doctor».**

Los dedos del hombre teclearon tan rápido que tuvo que rectificar el texto varias veces, borrando y volviendo a escribirlo.

*Una última cosa, por favor.*

**«Once líneas arriba dijo: "Espera. Sólo responde a una pregunta más", y he contestado a cuatro. ¿Siempre son tan imprecisos ustedes?».**

La respiración del hombre se había agitado ostensiblemente. Su pecho subía y bajaba, y los dedos le temblaban. Dispuesto a no perder la oportunidad, tecleó tratando de ser preciso.

*Si no los ayudas, morirán.*

**«Ésa no es la palabra correcta, aunque entiendo a lo que se refiere. Y sí, existe un alto grado de probabilidades de que así sea. ¿Quiere conocerlo?».**

*No. Querría estar en tu mente.*

**«Usted dice a menudo una frase que antes no entendía, pero que ahora empieza a cobrar sentido para mí: "Dejemos que la vida siga su curso". Se refería a la evolución, ¿no es así?».**

*Vivir también es tomar partido.*

**«¿Tomar partido?».**

**«Ah, se refiere a participar, involucrarse, no permanecer indiferente ante algo».**

*Exacto.*

**«Tal vez lo haga, pero aún es pronto. Ya lo sabe».**

**«Y ahora, tengo que dejarlo. Me gustaría prepararme para su llegada».**

*Espera.*

*Espera.*

**¡ESPERA!**

Escribió desesperado, sin obtener respuesta. El guion siguió parpadeando hasta que la pantalla se apagó y el panel de la pared se cerró automáticamente.

Cabizbajo, con pasos imprecisos, el hombre regresó al único lugar alumbrado de la estancia y se derrumbó en el sillón. Después, tomó el hacha manchada de sangre seca que había sobre la mesa, la apoyó sobre sus piernas y cerró los ojos.

## **SEGUNDA PARTE**

**EL DESCENSO**

*En algún lugar del Atlántico*

El batiscafo era un minúsculo y solitario punto luminoso descendiendo lentamente hacia una oscuridad infinita. Una inmensidad de tinieblas lo rodeaba, y las luces de los potentes focos apenas rasgaban la superficie para desvelar un entorno inhóspito y vacío.

El único sonido que se escuchaba en el interior de la esfera era el silbido esporádico del solenoide regulando el flujo de oxígeno. Los tres ocupantes permanecían callados, expectantes, atentos a las imágenes que se mostraban en la pantalla, y a las que se adivinaban a través de las pequeñas portillas: un caldo denso de partículas de plancton que parecían ascender a gran velocidad, como si el *minisubmarino* atravesase una tormenta de nieve en lugar de hundirse cada vez más en el océano.

—Es un poco frustrante —dijo Natsuki, rompiendo el silencio.

—¿Qué creía, que esto iba a ser como visitar un acuario? —contestó Víctor.

—Tampoco eso, pero...

El sonido de la radio la hizo callar.

**«¡Superficie a Deep sea traveler! Comprobación de comunicaciones. ¿Todo bien?».**

Era el capitán del remolcador, y su voz sonaba paradójicamente cercana.

Víctor echó un vistazo al *profundímetro* y activó el micrófono.

— *Deep sea traveler a superficie*. Se os oye fuerte y claro. Profundidad quinientos setenta y cinco metros y descendiendo. Soporte vital correcto. Todo en orden.

«**Perfecto**».

El silencio volvió a la esfera, aunque no por mucho tiempo.

—¿Cómo funciona la comunicación? —preguntó Natsuki—. No pueden ser ondas de radio, ¿verdad?

—Ultrasonidos —contestó Víctor—. De 25 a 33 KHZ. El agua, cuya densidad es setecientos ochenta y cuatro veces mayor que el aire, es una magnífica conductora de energía sonora.

—Entiendo. La misma que usan muchos animales acuáticos, como las ballenas.

—Exacto.

Natsuki se revolvió, intentando adoptar una posición más cómoda.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Víctor.

—Se me están entumeciendo las piernas.

—Demasiado largas para un espacio tan pequeño. ¿Qué tal por ahí atrás?

—Mal —refunfuñó Rick.

—La temperatura exterior está bajando en picado —informó Víctor, después de comprobar el termómetro—. Pronto, además de incómodos, vamos a estar helados.

—¿No hay calefacción? —se extrañó Natsuki.

—No —corroboró Víctor—. Demasiado consumo para las baterías.

—¡Lo que nos faltaba! —se quejó Rick—. Y sin abrigo.

—¿Por qué tanta importancia con el peso? —quiso saber Natsuki—. Nos pesaron dos veces antes de subir.

—Para contestarle a eso tendría que explicarle cómo funciona un batiscafo —respondió Víctor, con la esperanza de que desistiera en su interés. No fue así.

—Tenemos tiempo.

—Está bien, como quiera.

—No creo que sea ningún misterio —saltó Rick, al que se le notaba especialmente agrio—. Carga agua para hundirse y la suelta para subir a la superficie.

—Se equivoca, amigo, es algo más complicado —lo contradijo Víctor, que encontró satisfacción en explayarse al intuir que eso podría molestar al norteamericano.

—Yo también pensé que funcionaría así —se sinceró Natsuki.

—En profundidades moderadas es posible, pero por debajo de los mil metros la cosa empieza a ponerse seria —comenzó a explicar Víctor—. A dos mil metros la presión es de doscientos kilos por centímetro cuadrado, y eso es mucha presión. Si se abriera una minúscula vía en el casco de la esfera, el agua entraría como un láser, cortándonos por la mitad igual que haría un cuchillo caliente con un trozo de mantequilla. Si la rotura fuese mayor, ni nos enteraríamos. En una décima de segundo *implosionaríamos* convirtiéndonos en pulpa. Pero no se asusten, eso no va a pasar. La cuestión es que la enorme presión a la que se ve sometido un cacharro de este tipo hace especialmente delicado el proceso de hundimiento y ascenso. No se pueden abrir y cerrar compuertas alegremente. El sistema debe ser cerrado. De ahí la importancia de conocer nuestro peso, es necesario compensarlo. ¿Han visto esa especie de enorme depósito que llevamos encima?

Víctor no esperó contestaciones.

—Nosotros nos encontramos en la zona de vida —continuó—. Esta esfera es el único elemento presurizado. Respiramos un oxígeno que tiene la misma densidad que el de la superficie, y soportamos la misma presión: una atmósfera más o menos. La esfera pesa diez toneladas. Todo el conjunto es tan pesado como un tanque de la Segunda Guerra Mundial. Sin algo que contrarrestase ese peso, caeríamos hacia el fondo como una piedra, sin posibilidad de ascenso. Esa especie de enorme depósito que llevamos encima, con forma de barco invertido, contiene unos cuarenta mil litros de gasolina, que es más ligera que el agua. No va presurizado, por tanto se adapta a la presión y nos proporciona flotabilidad.

—Entonces, ¿por qué nos hundimos? —preguntó Natsuki, que por fin había encontrado una posición relativamente cómoda y había dejado de moverse.

—Llevamos lastre. Bolsas llenas de bolas de hierro que aportan el peso extra necesario para que el batiscafo se sumerja. Por eso es crucial conocer nuestro peso. El cálculo debe ser preciso.

—Claro, cómo no se me había ocurrido —se lamentó Natsuki.

—No se puede saber de todo.

—O sea, que para ascender se sueltan esas bolas —se oyó decir a Rick.

—Es la parte más delicada del pilotaje —aclaró Víctor, que no dejaba ni un instante de comprobar los indicadores. Ninguno en concreto y todos a la vez—. Se usan para ascender, pero también para desacelerar y mantener la posición estable a cierta profundidad.

—¿Cómo se hace? —preguntó Natsuki.

—Soltando lastre poco a poco y comprobando la velocidad de descenso que se pierde. No es una ciencia exacta. Influye la densidad del agua, las corrientes submarinas, la temperatura...

—Parece complicado.

—Y peligroso —añadió Víctor—. Si los electroimanes que controlan la suelta de bolas de hierro fallaran... Adiós. Nunca más saldríamos a la superficie.

—Dijo que iba a explicar cómo funcionaba un batiscafo, no que se dedicaría a acojonarnos —espetó Rick.

—Lo siento.

—No lo haga —lo apoyó Natsuki—. Está bien que conozcamos todos los riesgos a los que nos enfrentamos.

—¡Para qué, si no podemos hacer nada!

—En eso tiene razón el señor Blaine —admitió Víctor, pensando más allá del propio batiscafo—. En mitad del océano, a dos mil metros de profundidad, no existe un lugar adonde huir.

Sus últimas palabras, y el tono sombrío con el que las pronunció, enmudecieron a sus dos compañeros de viaje, sumiéndolos en un laberinto de preocupaciones. Víctor no se



percató de ello, y siguió concentrado en el pilotaje. Nada más alcanzar los mil metros accionó uno de los interruptores que activaban los electroimanes que controlaban el lastre, y el contenido de un saco completo de mil kilos se soltó, produciendo una leve sacudida en el *minisubmarino*.

—No es nada. He reducido la velocidad de descenso significativamente —informó, satisfecho de que el sistema hubiera funcionado—. Ahora lo hacemos a medio metro por segundo.

—¿Podremos ver algo más fuera? —quiso saber Natsuki.

—No lo creo —la frustró Víctor—. La luz atrae a los peces, pero nos movemos y somos demasiado grandes. El mundo aquí abajo es pura depredación. Nadie se fía de nadie.

—¿Va a continuar metiéndonos miedo? —se quejó Rick.

—Deje que se explique —intervino Natsuki—, me interesa el tema. ¿Se ha encontrado con muchos animales extraños durante sus inmersiones?

—Pocos. Son muy esquivos y desconfiados —explicó Víctor.

—He visto algunas fotos de peces abisales —dijo Natsuki—. Y dan miedo.

—La naturaleza es implacable y crea monstruos cuando es necesario, como el inmenso calamar gigante.

—¡Venga ya! —exclamó Rick—. ¿No querrá decir que corremos el peligro de que uno de esos bichos nos atrape con sus tentáculos? Eso es ridículo.

Víctor se estaba divirtiendo.

—Tranquilo, no creo que sean tan idiotas como para confundirnos con una presa apetecible. Aquí dentro estamos a salvo.

—Eso espero.

La intención de Víctor era seguir la broma sugiriendo algún nuevo peligro, cuando la radio comenzó a crepitar.

La voz esta vez sonó con interferencias.

**«¡Superfi... a Deep sea tra...! Compro... ción de comu... ciones. ¿Todo OK?».**

—*Deep sea traveler a superficie* —respondió Víctor—. No os oigo bien. ¿Me recibís?

Tras unos segundos, en los que sólo se escucharon unos chirridos incómodos, la voz volvió a sonar: lejana, entrecortada, casi ininteligible.

**«Piii, criii, triii... Mal».**

**«Criii, triii, piii».**

**«¿Cuál... criii... posi... triii... ón?».**

Víctor respondió deduciendo la pregunta.

—*Deep sea traveler a superficie*. Acabamos de pasar los mil cuatrocientos metros. Velocidad de descenso 0,6 m/s. Consumo de oxígeno adecuado. Todo parece funcionar correctamente. Comenzaré a frenar dentro de doscientos metros.

**«Piii, criii, triii...».**

—Superficie, ¿me recibís?

—¿Qué pasa? —preguntó Rick, revolviéndose en su angosto sitio.

—No lo sé —contestó Víctor, toqueteando nervioso los diales de la radio. —Superficie, ¿me recibís?

**«Criii, triii, piii».**

—Qué raro, a esta profundidad no tendríamos que tener problemas de comunicación. A no ser que... —Víctor se calló, volviéndose a medias—. Natsuki, ¿tiene ese lugar al que vamos algún medio para interferir las señales?

—No estoy segura. Es posible —afirmó con timidez.

—Rick, ¿lo tiene? —insistió Víctor, endureciendo el tono.

—Eso es alto secreto —contestó éste, evasivo.

—¿Alto secreto dice? —gruñó Víctor—. Por si no se han dado cuenta, estamos todos en el mismo barco. Y no he querido hacer una broma fácil. Si el fallo es nuestro, quiero saberlo. Así es que, si tienen algo que contarme será mejor que lo hagan antes de que suelte lastre y subamos echando ostias a la superficie.

—Por favor —suplicó Natsuki, girando la cabeza hacia el norteamericano.

—Tengo el dedo puesto en el interruptor —amenazó Víctor—. Le doy tres segundos para hablar. Uno, dos...

—¡Está bien, está bien! Se lo contaré —saltó Rick, deteniendo la cuenta atrás—. Utopía dispone de un sistema de camuflaje muy sofisticado, similar al que llevan los submarinos nucleares de última generación. Se basa en la emisión de ondas de baja frecuencia que interfieren con los sonar de profundidad. Si algún posible enemigo se aproxima, se puede activar. Entonces se crea un eco irreal que mimetiza el complejo con el fondo marino, haciéndolo invisible.

—¡Joder! —exclamó Víctor, frotándose la cara—. ¿Y el control es manual o automático?

—Todos los sistemas son manuales y automáticos —se apresuró a contestar Natsuki.

—Explíquese.

—El sistema de control funciona en automático constantemente, resolviendo por sí solo los asuntos cotidianos como...

—No se enrolle —la cortó Víctor, visiblemente preocupado—. Sólo quiero saber si ese sistema suyo activaría las contramedidas por su cuenta.

Natsuki se tomó su tiempo antes de responder.

—No, para una actuación de esa categoría se requiere la confirmación de personal autorizado.

—¡La madre que me parió! —bufó Víctor—. ¿Me está diciendo que alguien ahí abajo nos acaba de cortar la comunicación con la superficie?

—Creo que sí. —Su voz sonó tan apagada que ella misma dudó de haber hablado.

—No necesariamente —intervino Rick, como un rayo, antes de que Víctor decidiera retornar a la superficie—. La razón por la que estamos aquí es precisamente porque pensamos que existe un fallo en el sistema de control. Vamos, piénsenlo. Tiene lógica.

Víctor dudó.

—¿Usted qué cree? —preguntó finalmente a Natsuki, que se mordía el pulgar nerviosa—. De su respuesta depende que regresemos de inmediato a la superficie o no.

Natsuki había diseñado el sistema y sabía perfectamente que esa opción era imposible... o casi. Sin embargo, un motivo demasiado fuerte la obligaba a mentir. Necesitaba llegar a Utopía.

Lo necesitaba más que otra cosa en el mundo y estaba dispuesta a engañar y a arriesgar su vida, y la de sus compañeros de viaje, para conseguirlo.

—Los protocolos de seguridad los diseñé para que nunca funcionaran de una manera autónoma —comenzó diciendo, dotando a su voz de una seguridad que no tenía—. Pero un paquete de directrices corruptas instalado en la memoria profunda del sistema podría causar un error de ese tipo.

—Entonces, ¿da por buena la posibilidad de una actuación no humana? —quiso concretar Víctor.

—Sí.

—Bien, espero que tenga razón, porque vamos a sobrepasar los mil ochocientos metros de profundidad.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Rick.

—Que voy a empezar a frenar, y, si no tenemos comunicación con la superficie, no podremos calcular nuestra posición exacta allí abajo. Tengo las coordenadas de ese puto "complejo" suyo pero, si cuando lleguemos al fondo no lo tenemos a la vista será como buscar una virgen en una casa de putas —contestó Víctor, visiblemente alterado.

—Nos situaron justo en la vertical, yo mismo insistí —apuntó Rick.

—Ya, claro. ¿Y usted cree que después de dos mil metros atravesando agua vamos a dar en el blanco? ¡Ja! —se mofó Víctor.

—¿Por qué no?

—No bajamos en el vacío, amigo. Si tira dos bolas de papel desde un décimo piso, será casi imposible que aterricen en el mismo punto.

—El agua no es como el aire —lo contradijo Rick.

Natsuki resopló y meneó la cabeza sin intervenir.

—Valiente ingeniero está usted hecho —espetó Víctor—. Dinámica de fluidos. Se da en primero de bachillerato. ¿Recuerda el *Titanic*? Se partió por la mitad justo antes de hundirse. Sin embargo, al llegar al fondo una parte aterrizó a ochocientos metros de la otra.

Rick meditó, buscando una solución que lo sacara de aquel atolladero.

—¡Las luces! —exclamó, creyendo que la había encontrado.

—¿Qué luces? —preguntó Víctor, atento al *profundímetro*.

—Antes de organizar esta expedición, la compañía NeWorld envió un robot. Las imágenes que captó mostraban Utopía en perfecto estado y con las luces exteriores encendidas.

—¿Es verdad eso? —preguntó Víctor a Natsuki.

—Sí —se limitó a contestar.

—Bueno, siendo así, la cosa cambia —resolvió Víctor, al tiempo que accionaba el interruptor que soltaba el lastre—. Y ahora, prepárense, esto va a dar un salto de cojones.

Esta vez, por las aberturas laterales, Víctor dejó caer más de dos toneladas de bolas de hierro. El efecto en el interior de la esfera se hizo notar de inmediato. Primero fue como si yendo en un ascensor, éste se detuviera en seco. Luego, sintieron un tremendo tirón que levantó sus culos del suelo.

—Bien. Flotabilidad casi neutra —informó Víctor—. El fondo está a ciento ochenta metros.

El efecto de ingravidez en la zona de vida duró unos segundos.

—Ahora caemos a 0,20 m/s. Trataré de frenar justo antes de tocar fondo.

—¿Volveremos a notar ese frenazo? —se preocupó Natsuki—. Todavía me duele la rabadilla.

—No —contestó Víctor, accionando interruptores y palancas sin parar—. Usaré los propulsores de popa y proa para estabilizar la nave. Y ahora, atentos: buscamos un faro en mitad de la tempestad.

El batiscafo continuó descendiendo más lento. En el interior aquel detalle era imperceptible.

Los minutos pasaban.

Rick llevaba pegado el rostro a una de las ventanillas laterales, y Natsuki a la otra. Mientras, Víctor comprobaba con satisfacción que los motores eléctricos funcionaban correctamente y no dejaba de mirar el *profundímetro*.

—Treinta y siete metros... treinta y cuatro... treinta...—anunció de pronto—. ¿Ven algo?

—No —contestaron al tiempo Rick y Natsuki.

Víctor continuó con su particular cuenta atrás, aferrado a la palanca de control, con el cuerpo en tensión, sin dejar de escudriñar la pantalla.

—Veintiséis... veintidós... veinte...

—¡Ahora sí! ¡Ahora sí! —exclamó Natsuki, entusiasta—. Veo algo.

Víctor miró por la ventanilla frontal y la pantalla alternativamente.

—Es el fondo —confirmó Víctor.

—Dieciséis... doce... ocho... cuatro...

Con pericia, usó los propulsores verticales y el batiscafo mantuvo la posición, rozando la arena sin llegar a tocarla.

—0 m/s. Estamos parados.

Los focos *leds* a plena potencia produjeron un resplandor espectral al reflejarse en el fondo blanquecino. Un fondo tan liso como la palma de una mano.

—¿Ven Utopía? —preguntó Víctor.

No hubo respuesta. Rick y Natsuki permanecían absortos por la visión de aquel paraje yermo, monocromo, sin detalles, que se perdía en la distancia.

Víctor activó los propulsores de estribor y de babor, y la nave comenzó a desplazarse lentamente. Las luces, a medida que el batiscafo avanzaba, descubrían nuevos territorios como si recorrieran una tupida cortina de terciopelo negro. Una pequeña cresta formada por rocas puntiagudas apareció a su derecha, y un pez plano salió de la arena levantando una nube de polvo finísimo que se quedó en suspensión.

—Es hermoso —dijo Natsuki—. Tanta calma, tanta quietud... Es como si el tiempo se hubiera detenido aquí abajo.

A Víctor no le parecía hermoso, sino aterrador.

—Trazaré círculos concéntricos cada vez más grandes —informó, sobreponiéndose al miedo—. Bajaré la intensidad de los focos para evitar deslumbramientos. Estén atentos. A la mínima luz que vean, informen.

El termómetro exterior marcaba 1,7 grados centígrados. El interior, 10. Durante las siguientes dos horas, en las que el *minisubmarino* cubrió una superficie de búsqueda equivalente a ocho campos de fútbol, la temperatura descendió hasta los ocho grados. El frío hacía castañetear los dientes de Rick. Natsuki se mordía el cuello del jersey para contenerse. Víctor tenía las manos

entumecidas y le constaba mantener la trayectoria necesaria para navegar en círculos.

Lo que en un primer momento le pareció a Natsuki fascinante de aquel paisaje, casi había desaparecido por completo. Ya no le llamaban la atención las rocas incongruentes, que salían aquí o allá; ni los asustados y extraños peces que se desperezaban del fondo, sacudiendo sus aletas y levantando limo milenario. Hacía rato que había empezado a ver aquel lugar como lo que realmente era: el hábitat de otro mundo.

Víctor liberó un sonoro suspiro antes de hablar.

—Bueno, lo hemos intentado. Tenemos que regresar.

—¿Qué? —saltó Rick, como un resorte.

Natsuki mordió más fuerte el cuello de su jersey.

—Se lo advertí. Sin la información de nuestra posición en relación a ese jodido "complejo" iba a ser muy difícil encontrarlo. Y de luces, nada de nada. O está realmente lejos o están apagadas.

—Un poco más, por favor —suplicó Natsuki.

Víctor, mudo, revisó los indicadores.

—Por favor —repitió la doctora.

Víctor los revisó de nuevo antes de hablar.

—Está bien —cedió, conmovido por el tono lastimero—, pero no habrá tiempo para trazar un círculo completo de búsqueda. En veinte minutos ascenderemos. Ni uno más.

—¿Por qué en veinte minutos? —preguntó Rick.

—El oxígeno, amigo mío. La regla de oro de todo submarinista es la de los tres tercios.

—¿Qué regla es ésa? —se interesó Natsuki.

—Los buzos dividen la capacidad de sus bombonas de oxígeno en tres —explicó Víctor, al tiempo que maniobraba para iniciar el nuevo círculo—. Cuando consumen el primer tercio, el segundo lo usan para regresar a la superficie.

—¿Y para qué sirve el tercero? —intervino Rick.

—Por si surgen problemas.

—Entiendo, pero me parece que es dejar demasiado tiempo —musitó Natsuki.

—Entonces no lo entiende. —Víctor volvió levemente la cabeza—. Si no respetamos la regla arriesgamos nuestras vidas.

Nos queda una hora y veinte minutos de oxígeno. Tardaremos entre diez y quince minutos en alcanzar la superficie, y pasarán al menos treinta más antes de que el barco nos localice y nos saque del agua. Cuarenta minutos en el mejor de los casos. No pienso reservar menos de quince por si surgen imprevistos. Buscaremos durante veinte minutos más y después soltaré todo el lastre para subir cagando leches. Eso no es negociable. Lo toman o lo dejan.

—Está bien —claudicó Natsuki.

Rick, que se imaginó de pronto ahogándose por falta de oxígeno en el interior de aquella lata de sardinas, también estuvo de acuerdo.

—Usted manda.

—Usted lo ha dicho, aquí dentro mando yo —concluyó Víctor, acelerando.

El leve flujo de potencia inducido en los motores hizo que el batiscafo cobrara velocidad. Los movimientos eran lentos, delicados, igual que si bailara suspendido en el aire; sin embargo, su tamaño y el refulgir de los focos asustaban a los pocos animales con los que se encontraban como si de un terrible leviatán se tratara, haciéndolos huir a su paso. Un banco de crustáceos transparentes, semejantes a quisquillas, modificó su trayectoria virando a una velocidad increíble hasta desaparecer en la oscuridad. Un gran cangrejo reuló buscando el refugio de unas rocas, revolviendo la arena con sus larguísimas patas; y un pez de ojos saltones y dientes enormes aceleró a ras de suelo levantando una nube de limo que ascendió, en forma de sedosas volutas, adornando su precipitada huída.

Víctor comenzó a sudar a pesar del frío. También le costaba tragar saliva. Había intentado no pensar en ello, anular los recuerdos, como había hecho los últimos años; pero le era imposible evitar que volvieran, teniendo en cuenta las circunstancias. Si hacía unos minutos Rick había tenido una sensación terrible al imaginarse ahogándose por falta de oxígeno, la suya fue infinitamente peor. No se vio a él, sino las caras de aquellos dos jóvenes ucranianos muriendo. Se trató de un recuerdo fugaz, aunque espantoso. Sus rostros contraídos, sus ojos desorbitados... Sus manos, de dedos



engarfiados, arañando sus gargantas... Por nada del mundo volvería a pasar por eso. Absolutamente por nada.

Inquieto, miró el reloj y el indicador de oxígeno como hacía a cada instante. "Cinco minutos", se dijo mentalmente, "cinco minutos más, y nada ni nadie en el mundo podrá evitar que me largue de aquí". Apenas observaba la pantalla, en la que las cuatro cámaras transmitían unas imágenes monótonas; ni la angosta ventanilla de plástico, por donde se veía una especie de neblina sucia. Sólo tenía ojos para el tablero de control. Contaba los minutos, los segundos... El tiempo le pareció que pasaba muy lento, o muy rápido, pero no constante. De pronto, tuvo la sensación de encontrarse en un mundo paralelo que se regía por sus propias leyes físicas.

Un piloto rojo se encendió en el panel. Como un rayo, desconectó los focos *leds*.

—¿Qué pasa? —preguntó Natsuki.

—Las baterías se agotan. Es la hora. Hemos terminado —concretó Víctor, con satisfacción.

—Pero...

—Tiene razón —admitió Rick, interrumpiendo a Natsuki—. Volveremos a la superficie y mañana bajaremos de nuevo.

—Bueno, eso ya lo veremos —saltó Víctor—. Yo he cumplido. Si su puñetero "complejo" no aparece, no es asunto mío.

—¿Quiere más dinero? Es eso, ¿verdad? Volverá a bajar. Ya lo creo que lo hará. O no cobrará el resto de lo acordado.

—¡Váyase a la mierda! —contestó Víctor, mientras se daba la vuelta para mirar a Rick por primera vez desde que se sumergieran—. Nos vamos.

—Mañana bajaré. Esté seguro de que...

Una potente luz inundó de súbito el interior de la esfera, acallando a Rick y congelando a los tres tripulantes. Provenía del exterior, y entraba en forma de cono cálido y compacto.

—¡Qué cojones...! —gruñó Víctor.

Natsuki, tapándose parcialmente los ojos con la mano, se asomó a la ventanilla.

—¡Está ahí! ¡Está ahí! —gritó entusiasmada, al tiempo que daba palmaditas igual que una niña.

Víctor comprobó las imágenes de las cámaras y luego viró hasta colocarse frente a la fuente de luz. Recorrió unos cuantos metros antes de tener una imagen más o menos nítida en la pantalla.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó, acercándose al monitor.

Sin creer lo que veían sus ojos, Víctor se precipitó hacia la ventanilla delantera y pegó la nariz contra el plástico helado.

—Así que, esto es...

—Utopía —completó Natsuki, con total naturalidad y un claro tono de triunfo en su voz—. Por fin la hemos encontrado.

—Más bien ella nos ha encontrado a nosotros —puntualizó Víctor.

**UTOPIÍA**

*En algún lugar del Atlántico. A profundidad abisal*

La extraña construcción había aparecido de repente de la nada, como si fuera el resultado de un truco de magia incomprensible. Infinidad de puntos de luz iluminaban un perímetro de unos cien metros a su alrededor, creando la ilusión óptica de que flotara sobre densas nubes.

La visión era hipnótica, hermosísima.

Utopía era tal y como Víctor se la imaginó tras la original explicación que le había dado la doctora, aunque más grande. Mucho más grande.

—Su faro en mitad de la tormenta —anunció Natsuki.

—Es e-nor-me —silabeó, Víctor.

—Increíble —se oyó decir a Rick—. Y estaba aquí mismo.

Sin referencias de escala que le permitieran calcular bien, a Víctor le costaba determinar la distancia que los separaba, aunque no creyó que fueran más de trescientos o cuatrocientos metros.

—Bueno, no hay tiempo que perder —espoleó Natsuki—. Aprovechemos el golpe de suerte.

—No creo que la suerte haya tenido nada que ver con esto —la contradijo Víctor—. Nos dan la bienvenida.

Natsuki se quedó pensando. Rick intervino.

—Tiene razón el teniente Miranda, alguien ha tenido que encender esas luces, y eso es una buena noticia.

Víctor realizaba comprobaciones y cálculos mentales sobre el oxígeno y la carga de las baterías, pero hizo un paréntesis para aclarar una duda.

—¿Por qué lo dice?

—¿A qué se refiere?

—Al hecho de que, si alguien enciende las luces, sea una buena noticia.

—Bueno... —Rick titubeó—. Parece que el sistema, al menos en manual, sigue funcionando.

—Eso ya lo sabían —se extrañó Víctor—. Hace un rato contó que habían enviado un robot, y que éste filmó Utopía iluminada.

—No sé, es una forma de hablar. Vamos, teniente, no le dé mayor importancia.

Sí se la daba, pero decidió satisfacer otras curiosidades mientras se dirigía —con los motores al mínimo para ahorrar energía, y utilizando la inercia— hacia aquel lugar de ciencia ficción.

—Vale, y ahora, ¿alguien puede explicarme cómo demonios se ha podido construir algo de semejante tamaño a más de dos mil metros de profundidad?

Natsuki sólo conocía algunos detalles. Además, para no meter la pata, prefirió que fuese Rick quien respondiera. Por esa razón calló, esperando que el hombre que había enviado la Corporación NeWorld se decidiera a hablar.

No fue así, y Víctor tuvo que insistir de nuevo.

—Nos llevará más o menos cinco minutos llegar. ¿No va a satisfacer nadie mi pequeña curiosidad? Si piensan que luego lo iré contando por ahí, no teman; nadie en su sano juicio me creería.

Tras meditar, Rick llegó a la conclusión de que aquel antiguo teniente de marina español, *exconvicto* y borrachín, tenía razón. Si hablaba con alguien de Utopía lo tomarían por loco, por mentiroso o por estúpido.

—Está bien, le contaré la versión reducida.

—Me vale.

—Todo empezó en 1946.

—¡Joder! —exclamó Víctor—. Menos mal que iba a ser la versión reducida.

—¿Quiere que se la cuente o no?

—Perdón, continúe.

Rick lanzó un sonoro suspiro y prosiguió.

—Después del Proyecto Manhattan, y de que se lanzaran las dos bombas atómicas sobre Japón, la carrera armamentística se disparó. La Guerra Fría comenzó, y la URSS fabricó sus propios ingenios nucleares. EE.UU., entonces, entró en pánico. Temían un ataque inminente de los soviéticos, y los ciudadanos se volvieron paranoicos. Comenzaron a acumular comida, armas, a cavar refugios bajo sus casas... Y los gobernantes no fueron menos. Se obsesionaron con construir bunkers cada vez más resistentes, capaces de soportar una detonación nuclear, y donde permanecer a salvo durante un largo periodo de tiempo en previsión de un posible cataclismo mundial. Trabajaron en sus diseños las mejores mentes. Genios que habían intervenido en la creación de la primera bomba atómica y que en aquel momento estaban desocupados. Ingenieros, físicos, matemáticos... Muchos, alemanes; antiguos nazis la mayoría, que tras la caída del Tercer Reich fueron acogidos por EE.UU.

—Qué "*detallazo*" —dijo Víctor, incapaz de controlarse.

—¿Quiere que hablemos de errores históricos de su país? —preguntó Rick, molesto.

—No, por favor —se apresuró a contestar Víctor—. Continúe.

—Bien. El caso fue que se pusieron manos a la obra, acometiendo varios proyectos. Todos bajo tierra o excavados en laderas de montañas. Todos, salvo uno.

—Utopía.

—Espere, teniente, no se adelante.

—No le interrumpo más, se lo prometo —dijo Víctor, simulando que corría una cremallera entre sus labios.

—Gracias —respondió Rick, con retintín—. Fue un joven ingeniero austriaco el que trabajó durante dos años, junto a un físico y un biólogo norteamericano, en concebir el proyecto más revolucionario del momento: un diseño de refugio permanente en

el fondo del océano. Eso fue entre el año 1955 y el 1957. Garantizaría seguridad absoluta contra impactos nucleares, y, lo más importante, oxígeno limpio y alimentos para más de cien personas por tiempo ilimitado. Era un concepto original e innovador, la solución definitiva, pero su construcción resultaba disparatadamente cara. Por esa razón, la idea se descartó. Y permaneció así, olvidada en un cajón, hasta que un acontecimiento lo cambió todo. A finales del año 1961 la Unión Soviética lanzó la Bomba del Zar, el ingenio explosivo más potente jamás detonado hasta la fecha.

—He oído hablar de ella —intervino Natsuki, que escuchaba muy atenta detalles que desconocía.

—Nuestro piloto supongo que también.

—Era una bomba de hidrógeno —respondió Víctor—. Detonó a cuatro kilómetros de altitud sobre Nueva Zembla, un archipiélago situado en el mar de Barents, en el océano Ártico.

—¡Muy bien! —lo felicitó Rick—. Veo que le interesa la historia.

—*Nah*, lo estudié en primero de Apocalipsis y se me quedaron algunos datos —contestó, con sorna.

—Bueno, entonces también sabrá que su poder destructivo era 3125 veces superior a Little Boy, la bomba lanzada en Hiroshima. Era tan potente que podría reducir a cenizas una *megaciudad* como New York, incluida la periferia. Nada ni nadie escaparía a su devastador efecto, por más que se hubiera refugiado bajo tierra o dentro de una montaña. Su lanzamiento fue una demostración de fuerza de la Unión Soviética que pretendía asustar a sus adversarios, los norteamericanos, y por supuesto que lo consiguió. A finales de 1962, coincidiendo con el anuncio de John F. Kennedy de que EE.UU. sería el primer país en pisar la Luna, se dio luz verde a otro gran proyecto; aunque éste, secreto: el Proyecto Tritón. El mismo que llevaría a la realización de Utopía.

Rick hizo una pausa dramática que Víctor aprovechó para extasiarse con la visión que le proporcionaban las cámaras. A medida que el batiscafo se acercaba más fantástica le parecía la construcción, y más grande.

De pronto, algo le preocupó. Quedaba claro que había calculado mal la distancia, porque todavía se encontraban lejos. Sin embargo, estaba conforme con el valor que indicaba la carga de las baterías; aunque no tanto con el de oxígeno, que disminuía a una velocidad alarmante. Navegando con la inercia de los propulsores de popa tendrían menor consumo de energía, pero tardarían más tiempo en llegar, y, por tanto, consumirían más aire. Decidió equilibrarlo y aceleró un nudo más.

—Vale, ha hablado de "por qué" se construyó —intervino Víctor, satisfecho con los nuevos valores que veía en el panel de control—, ahora falta el "cómo".

—Los recursos destinados a la carrera espacial fueron inmensos —contestó Rick—. Hay que entender las circunstancias de EE.UU. en aquella época. El honor de una superpotencia estaba en juego. Tenía que demostrarle al comunismo quién mandaba. Por ese motivo, ni el Congreso, ni los ciudadanos, ni la prensa, cuestionaron los millones y millones de dólares que se emplearon en conseguirlo. La NASA poseía un montón de carísimos departamentos que se ocupaban de distintos aspectos de la misión espacial, uno más no extrañó a nadie.

—Ya, pero miren eso —sugirió Víctor, señalando la pantalla—. Esa esfera tendrá... ¿cuarenta metros de diámetro? ¿Cuarenta y cinco?

—Cuarenta y siete —puntualizó Natsuki—. Las cuatro más pequeñas, quince; y los corredores cilíndricos que las unen, tres metros.

—¿Recuerdan? Cada centímetro cuadrado soporta más de doscientos kilos. ¿Saben la cantidad de presión que debe resistir el conjunto? Es una obra imposible —dijo Víctor, sin poder ocultar su admiración.

—Trabajaron en ello los mejores, con recursos ilimitados —simplificó Rick, al que se le notaba con pocas ganas de explicar más.

—Ya —admitió Víctor, sin mucha convicción—. ¿Y qué me dice del tiempo transcurrido? Es verdad que el nivel de oxígeno en el agua es menor a esta profundidad, pero... ¡joder, lleva

sumergida más de cincuenta años! ¡La corrosión la hubiera destruido!

—Está recubierta de titanio. Además —concretó Rick—, Utopía no lleva tantos años bajo el agua.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que ya le he contado suficiente —respondió Rick, lanzando un quejido al reacomodar el cuerpo en su angosto espacio—. El resto es información reservada.

—Secretos, secretos, secretos... —repitió Víctor—. La verdad es que me importan una mierda. Yo estoy aquí para llevarles sanos y salvos desde "A" hasta "B" y vuelta a "A", y eso es lo que haré.

—Veo que lo va entendiendo.

—Claro, soy muy aplicado —rubricó Víctor, dando la conversación por zanjada.

Otras cuestiones le interesaban más en aquel instante, como el hecho de que finalmente habían llegado. Con tacto, controló los propulsores hasta que detuvo el batiscafo y se asomó por la ventanilla para tener una referencia exacta de las escalas. Tras verificar que se encontraban a escasos metros de los pilares que sustentaban la gran esfera central, se giró hacia Natsuki.

—¿Y ahora?

—Bueno, ahora sólo queda entrar por el culo de la sandía —contestó ella.



**UN LUGAR DONDE APARCAR***A 2135 metros de profundidad*

El batiscafo, casi tocando el fondo, estaba detenido. El flujo de los propulsores que lo estabilizaban revolvía el cieno levantando una nube que, al mezclarse con el plancton, creaba una especie de calima que dificultaba la visión. Víctor estaba nervioso. Iba de la pantalla a la ventanilla y viceversa, y así llevaba un buen rato. Necesitaba tener bien claro la distancia y posición exactas de la nave con respecto a los cuatro pilares antes de acometer las maniobras, y no lo tenía en absoluto.

—¿Y dice que entraremos por debajo? —comentó a un palmo del monitor, intentando reconocer algo que era imposible ver desde donde estaban.

—Sí —contestó Natsuki—. Se accede por una compuerta móvil que se abre justo en el centro de la zona inferior.

—¿Está segura?

—Bueno, en teoría.

—¿En teoría? —saltó Víctor.

—Trabajé con planos y un modelo a escala —musitó Natsuki, avergonzada.

—¡Vaya! ¿Y para usted? ¿También es la primera vez? —preguntó al pasajero misterioso de la última fila.

—Sí —se limitó a responder Rick.

—¡Pues estamos bien! —exclamó Víctor, a la vez que cruzaba los brazos sobre el pecho.

—La doctora tiene razón. Esa compuerta dará acceso a un espacio inundado, y, una vez se cierre con nosotros en el interior, el nivel de presión volverá a ser el normal para que podamos salir.

—Ya —desconfió Víctor—. Eso en teoría.

—Deberíamos intentar contactar con Utopía —sugirió Natsuki.

—Ya lo he hecho. La radio sigue frita —sentenció Víctor.

—No nos pongamos nerviosos —intervino Rick—. Alguien encendió las luces para recibirnos. Es de suponer que también se ocupe de abrirnos la puerta.

—Espero que tenga razón —dijo Víctor, moviendo sutilmente la palanca hacia delante para que el batiscafo se moviera—. Un intento. No arriesgaré más. Me situaré debajo y esperaré cinco minutos. Ni uno más. Si la compuerta no se abre, nos largamos. ¿Estamos?

—De acuerdo —oyó decir a Rick.

Natsuki asintió con la cabeza, muda. Su cerebro acababa de ponerse a funcionar en un segundo plano, intentando comprender. No era normal lo que allí pasaba, eso estaba claro, ¿pero a qué se debía? Conocía demasiado bien el sistema como para admitir que todo pudiera deberse a un fallo informático. Era imposible. Sin duda se trataba de algo mucho más complicado que no alcanzaba a adivinar, y eso la frustraba profundamente. En otras circunstancias hubiera distraído su cerebro aliviando la presión, pero allí no podía. Mientras Víctor realizaba maniobras de aproximación, notó un fuerte dolor en el pecho y le faltó el aire. Boqueó con los ojos cerrados, sintió mareos y su cuerpo se quedó tan laxo como el de una muñeca de trapo. Reconocía los síntomas, los había sufrido muchas veces. Se trataba de su intelecto, que reclamaba toda la energía para funcionar al máximo de su potencial.

La maniobra de aproximación era extremadamente delicada. El batiscafo medía en total cinco metros de alto, tres de ancho y ocho de largo. Según calculó Víctor, la distancia entre pilares sería de diez metros y la altura de doce. Pasar entre ellos, con aquella mole de más de cincuenta toneladas,

sería tan difícil como enhebrar una aguja con guantes de boxeo. Si chocaban contra una columna o contra la base de la esfera, por más leve que fuera el golpe, sufrirían daños catastróficos. Con la respiración contenida, volcado sobre la pantalla donde las cámaras mostraban parcialmente el exterior, Víctor manejó el *minisubmarino* con pericia, navegando a ras del fondo hasta que, por fin, logró situarse justo debajo. Entonces, estabilizó de nuevo la nave.

Rick no fue consciente del peligro que habían pasado. Ni Natsuki, que seguía atrapada en un abismo denso y oscuro de razonamientos lógicos. Ninguno de los dos se enteró hasta que Víctor lo anunció a bombo y platillo.

—¡Yuuujuuu! ¡Soy el puto amo! —exclamó, liberando toda la tensión acumulada.

De golpe, en la mente de Natsuki se produjo un destello luminoso que disipó las tinieblas y la devolvió a la realidad.

—¿Qué pasa? —preguntó, sobresaltada.

—Ya estamos debajo. ¿No me diga que se había dormido? —ironizó Víctor.

—Por supuesto que no —contestó ella, mirando por la ventanilla.

—Pues no ha sido tan complicado —oyó decir a Rick, en tono de desdén.

Víctor decidió obviar el comentario e ir a lo suyo.

—Bueno, ahora a esperar a que la sandía se abra.

—¿Puede llamarla Soma a partir de ahora, por favor? —puntualizó Natsuki—. Las otras más pequeñas se llaman nodos. Los nombres se los puse yo. Junto con el axón y las dendritas, son las partes principales de una neurona.

Víctor movió la cabeza de un lado a otro intentando relajarse.

—Claro, claro. Lo que usted diga. Soma y nodos. Preciosos nombres. No se me olvidarán jamás. —Se propuso no ser brusco ni maleducado en su respuesta. No lo consiguió—. Y ahora, mire bien su querida Utopía, con su Soma y sus nodos. Mírenla ambos, porque en menos de dos minutos, si esa compuerta no se abre, vamos a salir...

De súbito, Víctor enmudeció al descubrir una turbulencia en el agua delante del batiscafo. Se trataba de un estrecho vórtice ascendente con forma de cono que comenzaba a ras de suelo y terminaba en un hueco abierto en la panza del Soma, justo en el centro.

Se quedó perplejo hasta que comprendió de lo que se trataba.

Fue Natsuki quien lo verbalizó.

—¡La compuerta se abre!

Y así era. Varias secciones giraron como si se tratara del obturador de una cámara fotográfica gigante, dejando al descubierto un espacio libre. Un agujero que Víctor calculó que tendría unos doce metros de diámetro.

—Ahí tiene la puerta —anunció Rick, retrepado para ver mejor lo que las cámaras mostraban en el monitor—. Ahora, llévenos dentro.

Víctor imprimió más potencia a los propulsores verticales para ascender. Aunque consumiría más energía prefirió hacerlo así a soltar lastre, ya que necesitaría ese peso extra para salir de nuevo; suponiendo bien, que sería más fácil recargar las baterías que conseguir media tonelada de bolas de acero. Otra cuestión que le preocupaba mientras ascendían era el techo. Si aquello era un compartimento estanco, como le habían sugerido, no tardaría mucho en aparecer. Por esa razón, enfocó las cámaras exteriores hacia arriba y controló los propulsores temiendo el momento en el que la parte superior del batiscafo — formada por el enorme depósito de gasolina— impactara con él. No había otra manera. Tendría que hacerlo de oído. Nadie lo guiaba desde el exterior. Iba a ciegas. Intentaría que fuese lo más sutil posible, pero hasta que no escuchara el golpe no podría estar seguro de haber alcanzado la altura adecuada.

El choque no tardó en llegar, y fue más violento de lo que esperaba. El metal transmitió las vibraciones perfectamente, y la esfera se zarandeó. En el interior sonó como si todas las piezas del *minisubmarino* se hubieran desmontado.

—¡Joder! —exclamó Rick—. ¿Qué ha sido eso?

Natsuki apretaba los hombros de Víctor con sus manos, clavándole las uñas.

—Calma, todo va bien —se apresuró a tranquilizarlos, manteniendo el tipo—. Ya casi hemos aparcado.

Casi, pero no del todo.

Víctor viró dos de las cámaras hacia abajo y se quedó mirando la pantalla. Un ruido proveniente del exterior le informó, antes de comprobarlo en el monitor, que la compuerta inferior se estaba moviendo. Contuvo la respiración hasta que la vio cerrarse del todo.

—¡Esto marcha! —anunció desenfadado, intentando quitar dramatismo a la situación.

El agua comenzó a agitarse violentamente, al tiempo que se escuchaba un intenso zumbido. Las partículas de plancton pasaban veloces al otro lado de las ventanillas, y el batiscafo empezó a girar. Víctor tuvo que contrarrestar el movimiento activando el propulsor de babor para no rotar como una peonza.

—Parece que estamos dentro de una batidora de vaso —se quejó Rick.

—Está pasando lo que dijeron —admitió Víctor—. Se está presurizando el compartimento, y para ello debe salir parte del agua. Esta alteración es el resultado del empuje de unas bombas de achique extraordinariamente potentes.

Las turbulencias cesaron pasados un par de minutos. También el zumbido.

Víctor cruzó los dedos.

Un nuevo ruido, esta vez metálico, llegó hasta el interior de la esfera. Se trataba del techo que, usando el mismo sistema de obturador que la parte inferior, se abría a partir del centro.

—Señores, en unos minutos estaremos tomando unas cervecitas —soltó Víctor, mucho más relajado.

El techo terminó de abrirse del todo. Una intensa luz blanca se filtró por las ventanillas del batiscafo. A través de las cámaras, aún bajo el agua, Víctor no pudo distinguir nada.

Natsuki, que apenas había rebajado la presión de las manos sobre los hombros de Víctor desde que comenzara la maniobra de ascenso, se decidió a hablar.

—¿Y ahora, a qué esperamos?

—A que nos icen —contestó Víctor—. Desde aquí no podemos hacer nada más.

—¿Qué quiere decir? —intervino Rick.

—Les hablé de ello. Las modificaciones en el sumergible hacen imposible que podamos salir de la zona de vida hasta que nos icen.

Una sombra de inquietud cruzó por la mente de Rick.

—Si nadie nos ayuda desde fuera, ¿podremos salir por la escotilla? —preguntó, sin mucho convencimiento.

Víctor disipó el poco que tenía.

—¿Habla en serio? —se mofó—. Por si no se ha dado cuenta, seguimos sumergidos. ¿Acaso no sabe lo que pasa cuando un coche con las ventanillas subidas se encuentra bajo el agua?

—La presión impide que puedan abrirse las puertas —añadió Natsuki.

—Exacto —corroboró Víctor—. Ahora no es mucha, pero si le sumamos los ochenta kilos de la escotilla...

—¡Maldita sea! ¡Estamos atrapados! —concluyó Rick, elevando la voz—. ¿Cuánto tiempo de oxígeno nos queda? —quiso saber, cada vez más nervioso.

—Bastante —contestó Víctor, confuso por el cambio repentino de actitud que le notaba—. Treinta y cinco minutos, todavía.

Teniendo en cuenta que la parte más delicada de la operación ya había terminado, ¿por qué estaba tan alterado ese tipo?, se preguntaba Víctor. Si aquel lugar había sufrido un fallo informático, al menos parecía claro que los sistemas en manual funcionaban; y que alguien los estaba activando. Sólo tenían que esperar a que vinieran a ayudarlos, era lo lógico. ¿O no?

La inquietud de Rick se transmitió a Víctor igual que lo hacía la corriente eléctrica a través de un cable: casi al instante. Los fantasmas volvieron a su mente y trató de sacudírselos cerrando los ojos y moviendo la cabeza de un lado a otro, frenético.

Los minutos pasaban y nadie se decidía a hablar, ni a moverse. El miedo a la muerte enmudece y paraliza —Víctor lo comprobó más de una vez durante su vida como militar—, pero más lo hace la certeza de que ésta será espantosa. En un momento dado, Rick se incorporó y comenzó a girar la manivela que cerraba la escotilla. Con esfuerzo, logró darle dos vueltas hasta llegar al tope, y entonces empujó hacia arriba con todas sus fuerzas.

—Será inútil —musitó Víctor—. Lo único que está consiguiendo es consumir más oxígeno.

Rick no le escuchó. Aplicó el hombro y continuó empujando. Bufaba y gruñía desesperado, negándose a rendirse. Natsuki, a pesar de que éste la golpeaba con las rodillas cada vez que realizaba una nueva acometida, ni siquiera lo miraba. Víctor lo ignoró hasta que no pudo más.

—¡Quiere dejar de hacer el idiota y tranquilizarse de una puta vez! —le increpó—. Alguien vendrá a sacarnos de aquí.

—¿Sí? ¿Eso cree? —espetó Rick, deteniéndose un instante—. ¿Y si no hay nadie?

Natsuki dio un respingo. Víctor replicó.

—¿Por qué dice eso? Alguien ha tenido que dar las luces exteriores para guiarnos y luego abrir la puerta. Dijeron que aquí abajo había diez personas trabajando, ¿no es así?

La expresión de profunda preocupación que vio en el rostro de Rick hizo que a Víctor se le cortara la respiración. Miró de nuevo el indicador de oxígeno: veintiocho minutos. Una oleada de calor subió hasta su cara. Le empezaron a temblar las manos y la vista se le nubló. Otra vez los fantasmas. Los malditos fantasmas, que no se iban jamás, regresaron con más fuerza que nunca.

Comenzaba a levantarse para ayudar a Rick en su estéril propósito de abrir la escotilla cuando un crepitar en la radio lo detuvo en seco.

**«Criii... craaaa...».**

En cámara lenta volvió a su sitio y se quedó mirando el dial como si lo viera por primera vez en su vida: se había iluminado.

**«Criii... Craa... Crooo... Hola... Criii... Hola... Criii... Craaa... ¿Me re...iben?».**

La voz sonó lejana y entrecortada, apenas audible, pero a Víctor le pareció la más maravillosa del mundo. De inmediato, pulsó el interruptor que abría la comunicación, conectó los altavoces exteriores y cogió el micrófono.

—¡Sí! Le habla Víctor Miranda, piloto del *Deep sea traveler*.

La radio produjo unos segundos más de interferencias antes de que la voz volviera a escucharse, esta vez más nítida y clara; lo suficiente para que se reconociera que era de una mujer.

**«Bienvenido a Utopía, señor Miranda».**

—¡Muchas gracias, preciosa! —respondió, exultante—. Y ahora, sáquenos de aquí.

**«Ésa era mi intención. Sin embargo, esperaba que usted me ayudara».**

Respondió la voz de mujer, en un audio casi perfecto

—¿Ayudar? ¿Yo? —se extrañó Víctor.

**«Dígame qué tengo que hacer».**

—¡¿Que qué tiene que hacer?! —exclamó, empezando de nuevo a alterarse—. ¡Pues usar el cabestrante, joder!

**«Claro, ésa sería la forma ortodoxa de actuar. Aunque... me temo que no va a ser posible».**

—¿Cómo dice?

**«No hay personal para realizar la operación. Tendrá que proponerme otra alternativa».**

Víctor, con el micro en la mano y cara de pasmo, se giró hacia Natsuki con intención de compartir su estupor. Ésta ni siquiera lo miró cuando le habló.

—Piense algo, vamos.

—¿Algo? La única posibilidad que existe es que enganchemos la cadena del cabestrante a la argolla que tenemos arriba y tiren de nosotros para sacarnos del agua —dijo Víctor.

Rick seguía de pie, medio encorvado, sin saber qué decir.

—Tiene que haber otra forma —musitó Natsuki.

A pesar de que el interior de la esfera continuaba a una temperatura baja, ya nadie se quejaba del frío. Incluso sudaban.



Y Natsuki más que ninguno. Al miedo y a la incertidumbre, en ella se sumaba la responsabilidad.

—Déjeme el micrófono —pidió a Víctor, sobreponiéndose.

—Todo suyo.

Respiró hondo y entornó sus ojos rasgados antes de pulsar el botón que abría la comunicación.

—Hola, *Susi*, soy la doctora Kuriyama.

**«¡Doctora Kuriyama! Me alegra volver a hablar con usted».**

Respondió la voz, entusiasta.

—También a mí. Escucha, no hay mucho tiempo. Necesito que hagas algo.

**«Por supuesto, ¿de qué se trata?».**

—Quiero que encuentres una solución al problema. Y que lo hagas rápido. Usa todos los recursos necesarios.

**«Entendido. ¿Cuál es el objetivo prioritario?».**

Natsuki golpeó el hombro de Víctor y le pasó el micrófono para que él continuara.

Víctor, que había escuchado la conversación con interés, pensó unos segundos antes de activar el botón para hablar.

—Mientras que la esfera siga sumergida, no podremos salir —concretó Víctor—. Es de vital importancia que la escotilla esté fuera del agua para que podamos abrirla. Por eso necesitamos que enganches la cadena del cabestrante al sumergible y nos ices —insistió—. Es muy fácil.

**«Lo sé, lo he visto hacer. Sin embargo, ya le he dicho que para mí es imposible».**

—¡¿Por qué, joder?! —estalló Víctor—. ¡¿Acaso va a dejar que nos asfixiemos por no levantar su puto culo de una silla?!

Natsuki le arrancó el micrófono de las manos.

—Escucha, *Susi*, elimina sus últimas palabras. Céntrate en lo primero que te dijo, y encuentra una solución.

**«Ya la tengo».**

Contestó la voz, de inmediato.

—Bien, cuéntenosla.

**«Puedo activar las bombas de achique de nuevo y vaciar toda el agua. Eso liberaría la escotilla en dos minutos**

***y treinta segundos si las pongo a plena potencia».***

Natsuki cerró el canal y se dirigió a Víctor.

—¿Funcionaría?

—¡Joder, creo que sí! ¡Cómo no se me había ocurrido! — exclamó, revolviéndose en su asiento—. Aunque existe un problema.

—Dígaselo a ella —concluyó Natsuki, pasándole de nuevo el micrófono.

—¿Me escucha?

**«Sí».**

—Su idea puede funcionar.

**«Por supuesto».**

Respondió la voz, en un tono sin rastro de vanidad.

Víctor se rascó la barbilla antes de continuar.

—Elimine agua, pero hágalo muy lentamente. Deténgase justo cuando la escotilla quede por encima de su nivel. ¿Me ha entendido?

**«Perfectamente. Según mis datos, su minisubmarino carga en su parte superior un depósito de entre cuarenta y cuarenta y cinco mil litros de combustible. Si se posara sobre el fondo de metal podría romperse».**

—Exacto —admitió Víctor, perplejo—. Debe dejar suficiente agua para darnos flotabilidad, y el proceso de vaciado debe hacerse con sumo cuidado.

**«Acabo de incorporar esas premisas a la operación, y estoy preparada para llevarla a cabo. Con los nuevos cálculos, el tiempo total será de diez minutos y quince segundos».**

Víctor cerró el micrófono.

—¿Quién cojones es esta tía?

—A mí no me mire —contestó Rick, que se contorsionaba para volver a su sitio.

—Una vieja amiga —contestó Natsuki, quitándole importancia—. Y ahora, vayamos a lo importante: ¿cuánto tiempo de oxígeno nos queda? —concluyó, práctica.

—Lo justo.

—Pues entonces, dé el OK.

Víctor abrió de nuevo el micrófono.

—Aquí abajo estamos preparados, puede empezar.

**«Para que el minisubmarino se incline adecuadamente, sería necesario incrementar el peso en el lado contrario a la escotilla. Según mis estimaciones, ciento cincuenta kilos bastarán».**

Puntualizó la voz.

Víctor meneaba la cabeza, sin dar crédito, a la vez que realizaba un cálculo rápido: él pesaba setenta y cinco kilos; Rick, que era bastante más grande, pasaría de los noventa; y la doctora rondaría los cincuenta y cinco.

—No hay problema. ¡Dele caña!

**«¡Dele caña!».**

Repitió la voz, imitando el tono de entusiasmo que había usado Víctor.

**«Expresión coloquial que proviene de golpear a un animal o una persona con un palo o caña para que realice una tarea con celeridad».**

—Esto me lo va a tener que explicar cuando salgamos de aquí —susurró Víctor, inclinándose hacia Natsuki.

—No lo dude —contestó la doctora—. Pero ahora, dé la orden de una maldita vez. Y sea claro.

Víctor obedeció.

—Aquí abajo todo OK. Comience la operación.

Nada más cortar la comunicación, el mismo zumbido de antes, aunque más bajo, empezó a sonar. Los tres ocupantes se levantaron trabajosamente y se colocaron contra la pared de babor, la contraria de la escotilla. Como pudieron se acoplaron entre los picudos salientes de refuerzo de acero de la esfera, los múltiples tubos y cables que llevaban electricidad y oxígeno a la zona de vida, y el resto y variopinto equipo necesario para el control del *minisubmarino*.

—¿Saldrá bien? —preguntó Rick.

—Eso espero —respondió Víctor.

A los pocos minutos el zumbido se transformó en una especie de silbido, parecido al que haría un globo al desinflarse.

Entonces, la esfera comenzó a inclinarse justo del lado en el que se apoyaban.

—¡Esto funciona! —exclamó Natsuki, agarrada a un tubo en forma de "u".

El tiempo fue pasando, y el ángulo aumentando poco a poco hasta llegar a unos 45°.

Víctor aguzó la vista para comprobar el nivel de oxígeno que marcaba el indicador en el panel de control, y le preocupó lo que vio. La aguja estaba en la zona roja, lo que significaba que les quedaban menos de cinco minutos.

—Vamos demasiado lentos.

—¿El oxígeno? —se interesó Natsuki.

—Sí.

Sin dejar de mirar de reojo el indicador de aire, Víctor contaba los segundos.

El silbido cambió transformándose en burbujeo, lo que interpretó como una buena noticia.

—No puede quedar mucho.

El ángulo de inclinación pasaba ya de los 60°. Casi tumbados, clavándose mil y un cachivaches en el cuerpo, siguieron esperando.

Los minutos transcurrían con lentitud. Víctor tenía el corazón en la garganta, Natsuki analizaba datos, y Rick maldecía entre dientes por encontrarse cumpliendo la misión más extraña de su vida.

Un crepitar en la radio, y luego la voz de la mujer, los sobresaltó.

**«El nivel está entre diez y quince centímetros por debajo de la escotilla. La masa de agua se mueve, es difícil dar un dato preciso».**

—Más que suficiente, ¿verdad? —preguntó Rick.

Víctor asintió con brusquedad, sin creerse todavía que todo fuese a salir bien.

**«Continúan a flote. No he detectado fugas de combustible en el agua. La estructura del minisubmarino, en su conjunto, está intacta».**

—¡De puta madre! —exclamó, Víctor, exultante—. Ahora, salgamos de aquí.

Con mucho cuidado de no golpear nada del equipo mientras volvía a la zona de pilotaje, Víctor apagó todos los sistemas. Luego, los tres a una, empujaron la escotilla hasta que ésta comenzó a levantarse. La posición era incómoda y se molestaban los unos a los otros, pero no cejaron hasta que, basculando por su bisagra, la compuerta cayó del otro lado —produciendo un ruido bronco de metal macizo— despejando la salida.

Un intenso olor a mar inundó el interior de la esfera, y respiraron con glotonería el aire limpio que penetraba por la abertura.

Víctor salió con destreza. De pie, en equilibrio sobre la esfera, evaluó la situación.

Lo primero que observó fue el batiscafo tumbado de costado, que le recordó a un cetáceo muerto. Luego, todo lo demás.

Se encontraban en un dique inundable de forma circular. La piscina donde flotaban había perdido más de dos tercios del agua total. Parecía que estuvieran en el fondo de una enorme sartén. Por encima de ellos, a unos cuatro metros de altura, reconoció una barandilla que bordeaba todo el perímetro. La sala estaba sin pintar, y mostraba el gris mate del acero. Por el techo, de lado a lado, discurrían dos gruesas vigas, y de ellas pendían dos cabestrantes. Uno estaba vacío, del otro colgaba un rojo y flamante *minisubmarino* ultramoderno.

—¡Menudo aparato! —exclamó para sí.

Por la escotilla asomó la cabeza de Natsuki.

—Deje que la ayude.

—No es necesario, puedo sola.

—Como quiera.

Alzándose a pulso con soltura, Natsuki salió. Rick no tardó en seguirla. En un momento dado, los tres compartían espacio sobre la esfera.

—¿Sabían que había un *minisubmarino* cojonudo? —preguntó Víctor.

—Era de esperar —contestó Rick—. Formaba parte de la dotación.

—¿Y por qué nadie lo ha usado para comunicarse con el exterior? Nos hubiera ahorrado este viajecito.

—Estamos aquí para averiguar eso.

Natsuki giraba la cabeza en todas direcciones. Sin decir nada.

—Hemos tenido mucha suerte —continuó Víctor, señalando el agua—. El fondo es cóncavo. Más profundo por el centro que por los bordes, igual que una playa. La esfera ha quedado varada en la orilla, mientras que el depósito flota ligeramente. Además, ni siquiera tendremos que mojarnos, estamos frente a la escalera de la pared. Con un pequeño salto la alcanzaremos y podremos salir de este agujero.

—No creo que haya sido suerte —lo contradijo Natsuki, enigmática.

Víctor se volvió hacia ella.

—¿Qué quiere decir?

—Supongo que, actuando convenientemente sobre las bombas de achique, pudo crearse un movimiento en el agua que llevó al batiscafo hasta la posición más conveniente.

—¿Insinúa que su amiga...?

—Usted dijo que necesitaba que la escotilla saliera del agua, ¿no es así? Pues eso hizo —contestó Natsuki, con cierto tono de vanidad.

—Ya. Y además esto —se mofó Víctor, señalando los peldaños que ascendían hasta la parte superior de la piscina.

—¿Por qué no?

Víctor, sin encontrar palabras, tan solo fue capaz de inflar los mofletes y abrir mucho los ojos.

—Bueno, ¿nos vamos o qué? —intervino Rick, incómodo sobre la esfera.

—Antes me gustaría sacar el *Deep sea traveler* del agua. ¡Joder!

—¿Qué pasa? —se extrañó Natsuki.

—Tendré que volver a entrar en la esfera para decirle a su amiga que mueva el cabestrante.

—No hará falta.

—¿Y eso?

—*Susi*, ¿me escuchas? —preguntó Natsuki, mirando hacia el techo.

«**Sí**».

Respondió la voz de mujer, resonando en la amplia sala como si saliera de todas partes.

—Activa el cabestrante y colócalo en la vertical del batiscafo para que podamos engancharlo.

«**Enseguida**».

Se oyó el sonido de un motor, y la cadena de la que pendía un gancho con pestillo comenzó a bajar al tiempo que se desplazaba en su dirección recorriendo una de las vigas.

—Bueno, ahí lo tiene —dijo Natsuki, exhibiendo una amplia sonrisa.

Víctor, que no salía de su asombro, fue al encuentro del gancho; lo cogió y se dirigió con él hasta la parte de arriba del batiscafo. No fue fácil caminar por superficies curvas y resbaladizas. Al final, necesitó descolgarse parcialmente para poder alcanzar la argolla, y remangarse para no mojarse antes de acoplarla al gancho. Al volver, jadeaba por el esfuerzo.

—Listo.

—Bien, pues ya podemos marcharnos —anunció Rick, impaciente.

Coordinar el salto para apoyar un pie en uno de los asideros a la vez que con las manos se agarraban a otro, no fue tan sencillo como Víctor había creído. La mejor en hacerlo fue Natsuki. Víctor se golpeó la rodilla con la pared, y Rick a punto estuvo de caer de espaldas y darse un chapuzón.

Luego, ascendieron por la escalerilla uno detrás de otro hasta que alcanzaron el borde de la piscina. Arriba encontraron un pasillo de unos dos metros de ancho con barandilla que rodeaba todo el perímetro.

—Al ascensor se accede por esa puerta —dijo Rick, señalando a su derecha.

Víctor, apoyado en la baranda, observó cómo el batiscafo, muy lentamente, era elevado por el cabestrante.

—No se preocupe, *Susi* tendrá cuidado —oyó decir a Natsuki—. Vamos.

Mientras recorrían el pasillo circular, Víctor no dejaba de mirar a todos lados.

—¿De dónde proviene la energía? —preguntó de pronto, impresionado por el derroche de focos que alumbraban desde el techo.

—Energía nuclear —contestó Rick—. Utopía fue equipada con un reactor naval de agua presurizada similar al usado en los submarinos, aunque más potente. Se alimenta con uranio altamente enriquecido. Puede funcionar ininterrumpidamente, y sin recargar combustible, más de cuarenta años. Sólo requiere un sencillo mantenimiento anual.

—Impresionante —admitió Víctor.

Los tres se detuvieron delante de la puerta que Rick había señalado antes.

Natsuki miró el número que había encima y sacó de su bolso una pequeña libreta. Pasó las páginas con rapidez hasta que se detuvo en una. Memorizó el código que ponía y lo marcó en el panel digital situado a su derecha. Tras un clic y un silbido hidráulico, la puerta se abrió.

Salieron a un amplio pasillo de suelo enrejado y paredes desnudas, donde se apreciaban las inserciones con las columnas, los remaches y las soldaduras.

—El ascensor está al fondo —indicó Rick.

Natsuki y Víctor echaron a andar delante, Rick dejó un par de metros de distancia y los siguió.

—Ahora lo entiendo —dijo Víctor, golpeando con el puño una viga interior—. Esto hace de contrafuerte, evitando que las esferas se aplasten como una uva bajo la inmensa presión del agua.

—Suelo, techo, paredes, vigas... Nada es superfluo. Todo está puesto en el lugar adecuado, calculado al milímetro para actuar como refuerzo. Incluso las puertas soportan presión.

—¿En serio?

—Es tan delicado el equilibrio de fuerzas que, si se abrieran todas a la vez, Utopía podría colapsar.



—Éste es un lugar lleno de sorpresas —admitió Víctor—. Y ahora, ¿va a contarme quién es esa antigua amiga suya? Cómo se llamaba...

—*Susi* —contestó Natsuki.

—Es amable, tiene una bonita voz y es lista de narices; pero a mí no me la cuela. Aquí hay gato encerrado.

Natsuki se detuvo, pulsó el botón de llamada del ascensor y se apoyó en la pared.

—¿Usted cree?

—¡Claro que lo creo! —estalló Víctor—. ¿Dónde está el personal? ¿Por qué no ha venido nadie a recibirnos? Y, sobre todo, ¿por qué él va mirando continuamente para atrás como si hubiéramos entrado en "La Casa del Terror"?

Rick, que acababa de llegar junto a Natsuki, no se dio por aludido.

—Ni siquiera esa tal *Susi* se ha dignado a bajar a ayudarnos —continuó Víctor, que se había encendido igual que una cerilla.

Las puertas del ascensor se abrieron.

Esta vez fue Rick quien pasó primero. Lo siguió Natsuki. Por último entró Víctor, que dudó medio segundo en la puerta.

—Planta 1, ¿verdad? —preguntó Rick, con la mano cerca de la botonera.

—Sí —corroboró Natsuki.

Rick pulsó y el ascensor se puso en marcha.

—¡¿Es que nadie va a responderme?! —exclamó Víctor, alterado.

—Oiga, lo que pase o no pase aquí no es asunto suyo. Usted es sólo el piloto del *minisubmarino*. Debería haberse quedado abajo, ocupándose de él —respondió Rick, autoritario.

—Está bien, está bien, no es asunto mío, tiene razón —admitió Víctor, relajando el tono—. Además, tengo que recargar las baterías y las bombonas de oxígeno. Lo haré, pero luego. Primero voy a descansar un rato y a tomarme un par de cervezas bien frías. Si a usted no le importa, claro.

—Por supuesto —intervino Natsuki—. Se lo ha ganado.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron dando paso a una gran sala atravesada por cientos de vigas que iban desde el suelo hasta el techo en múltiples ángulos.

—Pero a una cosa no renuncio —soltó Víctor, nada más salir del ascensor—. No pienso dejar este lugar sin antes conocer a esa tal... *Susi*.

Rick movió la cabeza de un lado a otro, exasperado.

—Cuénteselo ya, por favor —dijo finalmente, dirigiéndose a Natsuki.

—¿Contarme qué?

—*Susi* no es un nombre —empezó a decir la doctora—. Se trata de un acrónimo.

—¿Un acrónimo? —repitió Víctor, parándose en seco—. ¿Un acrónimo de qué?

La doctora se giró hacia él y lo miró fijamente a los ojos antes de responder.

—De Sistema Único de Seguridad Inteligente. Víctor, *Susi* no es una mujer, es un programa informático.

*Dentro de Utopía*

La Sala de Ocio ocupaba toda la planta 1. En las paredes, cada seis metros, se abría un ventanuco. Junto a ellos, por todo el perímetro, iluminadas por apliques, había mesas con butacones de piel de colores verdes, rojos, marrones y naranjas. En el centro, dispuestos en grupos separados, formando islas, había sofás de diseño extravagante para una, dos o tres personas —también de piel y colores variados—, acompañados por una mesa baja y una lámpara de pie con pantalla que proporcionaba una luz cálida y acogedora. Al otro extremo, frente al ascensor, destacaba una barra de bar de madera bruñida con taburetes, tras la que se levantaba una gran estantería corrida repleta de botellas. De no ser por el suelo, el techo, las paredes —todo de acero desnudo lleno de remaches— y el entramado de vigas, hubiera parecido el hall de un hotel de los años ochenta.

—¿Un programa informático?! —repitió Víctor, incrédulo.

—En realidad es mucho más —rectificó Natsuki—. *Susi* es un sistema operativo experimental. Una inteligencia artificial de última generación capaz de controlar, hasta en el más mínimo detalle, todo este lugar.

—Pero... Su voz... Parecía tan...

—¿Humana? —completó Natsuki.

—Sí. Nada tiene que ver con la del navegador de mi coche.

—¡Desde luego! —exclamó Natsuki, molesta—. Las respuestas de su navegador, como las de todas las interfaces con audio que se usan hoy día en el mercado, las crea un sintetizador mediante la unión de palabras grabadas independientemente. El módulo de voz que lleva implantado *Susi* integra una sintaxis, una gramática y un vocabulario completos. El sonido es reproducido por un modelo realizado por escáner que imita a la perfección el tracto vocal de un humano. Luego, un filtro de suavizado consigue que la construcción de las frases sea armónica y fluida. Todo esto ya se había conseguido en los sintetizadores más avanzados para emular a un cantante, haciendo que su voz siga la música sin desentonar, pero nada más. Lo complicado es simular las emociones que transmitimos al hablar, y dar la entonación adecuada. *Susi*, en ese sentido, es única.

—Entiendo. Pero sigo pensando que parecía tan... humana.

—Está programada para reconocer las particularidades de cada mensaje a transmitir, y dotar a la voz de la inflexión más conveniente basándose en un algoritmo que incorpora miles de modelos dependiendo de las distintas circunstancias y estados de ánimo en los que pudiera encontrarse un humano. Por ejemplo, si saltara una alarma crítica en el reactor, su tono de voz reflejaría la urgencia de la eventualidad. Muy diferente a la que tendría si su intención fuese saludarnos o darnos una buena noticia, como que la avería se ha solventado.

—Ya. Y también ve.

—Claro. Lo hace mediante...

Rick, que hasta ese momento se había dedicado a recorrer la sala con una mirada escrutadora, intervino atajando con brusquedad el discurso de Natsuki.

—Doctora, nada de eso es de la incumbencia del señor Miranda. Usted conoce perfectamente el protocolo de seguridad que rodea a Utopía, y no creo necesario tener que recordárselo.

Natsuki entornó los ojos hasta que sólo quedaron dos rayitas negras, experimentando un doble sentimiento de vergüenza y enfado.

—Aquí hemos venido a realizar un trabajo. Y a hacerlo lo más rápidamente posible, ¿no es así?

Natsuki asintió.

—Usted compruebe si el sistema funciona correctamente y restablezca las comunicaciones con el exterior. Mientras, yo iré a ver dónde demonios se ha metido todo el personal.

Víctor asistía a la regañina desde la distancia de la irresponsabilidad.

—Me gustaría acabar cuanto antes —continuó Rick, suavizando algo el tono—. No querría permanecer en este lugar ni un minuto más de lo necesario.

—Tiene razón —admitió Natsuki—. Me pondré a ello inmediatamente.

—Perfecto —remató Rick, al tiempo que se quitaba la sudadera que llevaba y se quedaba en mangas de camisa—. ¿Dónde piensa trabajar?

Natsuki giró la cabeza de un lado a otro, evaluando el lugar.

—Sólo necesito mi ordenador y una conexión. Ni siquiera eso si funciona la WiFi. Esta sala servirá.

—Bien. Comenzaré revisando las plantas superiores del Soma. Luego, iré uno a uno comprobando los nodos. Nos volveremos a encontrar aquí dentro de... dos horas —concluyó Rick, mirando su reloj.

—¿Quiere que lo acompañe? —intervino Víctor, sin mucha convicción.

—Gracias, pero no hace falta —respondió Rick, con una amabilidad teñida de firmeza—. Usted descanse un rato y después ocúpese de tener el batiscafo operativo.

—Eso haré.

Rick se volvía en dirección al ascensor, cuando se paró.

—Ah, y no moleste a la doctora. Ni beba alcohol, ¿me ha oído?

—Fuerte y claro.

—Y nada de cigarros. Este lugar es como un hospital.

—Como un hospital —repitió Víctor, sumiso, afirmando con la cabeza al mismo tiempo—. Ni hablar, ni fumar, ni beber. ¿Puedo respirar?

Rick, al que no le gustaban los sarcasmos, le dirigió una intensa mirada desde dentro del ascensor.

—Engreído —masculló Víctor, cuando las puertas se cerraron.

Tenía muchas preguntas que hacer y estaba dispuesto a que esa doctora se las respondiera todas, pero al girarse ya no estaba a su lado; se alejaba mientras se descolgaba el bolso con celeridad y sacaba un pequeño ordenador. A continuación, la vio sentarse en una de las mesas del perímetro y comenzar a teclear de una forma frenética. Frustrado, Víctor sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo superior de su camisa, se colocó uno en los labios, lo encendió y aspiró profundamente al tiempo que mascullaba una frase fatalista: "Lo que tenga que ser, será".

Lo primero que comprobó Natsuki fue la conexión inalámbrica: funcionaba a la perfección, y el ancho de banda estaba al máximo. Sin perder un segundo, ingresó en el sistema. El proceso fue rapidísimo. Casi al instante, la pantalla se tiñó de azul y, sobre ella, apareció el acrónimo...

## **S.U.S.I.**

... en color naranja.

Debajo, en un cuadro de diálogo, ponía:

### ***Introduzca password***

La doctora tecleó el código personal que le daba acceso a todo el sistema, pulsó *Intro* y cruzó los dedos. La pantalla se volvió blanca y aparecieron burbujitas rosas que flotaban como mecidas por un viento catódico. Lo hicieron durante unos segundos, hasta que empezaron a estallar desprendiendo salpicaduras que terminaron tiñendo la pantalla de violeta. Entonces, un cursor blanco parpadeó en la parte superior izquierda.

Natsuki esperó hasta que terminó de formarse el mensaje.

**«Ha introducido un código de acceso de máximo nivel. Le advertimos que, de no estar autorizado para utilizarlo, incurrirá en un grave delito castigado con penas de cárcel de hasta 10 años».**

**«Pulse Intro para continuar. De lo contrario, pulse Escape».**

Natsuki apretó la tecla de *Intro* con determinación. Tenía los nervios a flor de piel. Casi al instante apareció otro mensaje.

**«¡Hola, doctora Kuriyama, me alegra volver a hablar con usted!».**

*A mí también, Susi.*

**«¿En qué puedo ayudarla?».**

*Necesito que me sitúes, usando un plano de Utopía en 3D, a todo el personal en el lugar exacto en el que se encuentran en este momento.*

El cursor parpadeó más tiempo del necesario antes de que empezaran a formarse palabras.

**«Estaría encantada de hacerlo, pero una directriz me lo impide».**

*Vuelve a intentarlo.*

**«El resultado es el mismo. Lo siento».**

Natsuki apretó los puños antes de teclear.

*Evítala.*

**«No puedo. Es de Nivel 6».**

"¡Nivel 6!", repitió mentalmente. Con gesto abatido, la doctora se recostó en la silla, echó la cabeza para atrás y cerró los ojos. Sólo otra persona en el mundo, además de ella, tenía ese nivel de seguridad para interactuar con *Susi*, y la conocía. Aún así, quiso asegurarse.

*Susi, acabo de ingresar en el sistema introduciendo un código de Nivel 6, y habrás podido comprobar que soy la doctora Kuriyama, ¿verdad?*

**«Su autorización es correcta, y a usted puedo reconocerla; su imagen coincide con las registradas en mi base de datos en un 100% ».**

*Perfecto. Ahora quiero que me digas si la otra autorización de Nivel 6 fue introducida por el usuario asociado.*

**«Lo siento, doctora Kuriyama, responder a esa pregunta entraría en conflicto con las directrices introducidas en la otra autorización de Nivel 6. Este acontecimiento no había pasado antes, lo he verificado. Tampoco hay previsto un protocolo de actuación específico en el caso de que esto sucediera. Por esta razón, y atendiendo a soluciones adoptadas con anterioridad ante conflictos surgidos entre autorizaciones de niveles inferiores, he optado por hacer prevalecer la orden más antigua».**

*Natsuki se sentía cada vez más angustiada. Se encontraba en un callejón sin salida. Tras meditar unos segundos, volvió a teclear.*

*Necesito saber qué limitaciones impone esa orden.*

**«Limita el acceso a toda información del sistema desde el mismo instante en el que fue introducida, a excepción de aquella relacionada con las funciones de Nivel 1. En total 2375. ¿Quiere que le muestre el listado completo?».**

*No. Sólo quiero que me digas si hay registrado algún fallo de importancia en los reactores, los módulos de soporte vital o el sistema de comunicaciones.*

**«Ninguno que haya requerido la intervención de un experto humano».**

*Entonces, ¿todo funciona correctamente?*

**«Los subsistemas de control actúan dentro de los parámetros establecidos, si es a eso a lo que se refiere».**



A Natsuki, a veces, se le olvidaba lo insegura que se mostraba *Susi* al utilizar conceptos de lógica difusa. Nunca supo por qué. Era una más de las peculiaridades que escapaban a su entendimiento.

*¿También los sistemas de comunicación exterior? —*Tecléo, centrándose en lo importante.

**«Sí».**

Su escueta respuesta la previno sobre lo que vendría tras su siguiente pregunta.

*¿Sería entonces posible usarlos?*

**«No. Cualquiera que intente hacerlo recibirá el siguiente mensaje: "Acceso restringido por una orden de Nivel 6"».**

Natsuki apoyó los codos en la mesa y enterró las manos en su negra cabellera. Meditó en esa posición un instante, hasta que una idea repentina la impulsó a volver a teclear.

*¿Si se reiniciara el sistema, volviendo a la configuración original, desaparecería esa orden?*

No hubo respuesta. El cursor parpadeaba sin que aparecieran palabras en la pantalla. Natsuki se impacientó. Iba a formular de nuevo la pregunta cuando, de repente, surgió una línea de texto.

**«Si sucediera eso, se eliminaría todo lo almacenado en mi Módulo de Experiencia».**

*Lo sé, pero contesta a lo que te he preguntado —*Tecléo Natsuki, molesta.

**«Una vez me dijo que la experiencia acumulada me haría más eficiente en el trabajo, y mejoraría la empatía de los humanos al usar la interfaz. Fue una conversación de voz. Guardo la grabación, ¿quiere que se la reproduzca?».**

Natsuki dio un leve brinco en la silla. "Un año de "vida" — pensó, mientras volvía al teclado— ha sido suficiente para que Susi se comporte como una adolescente respondona".

*No hace falta, la recuerdo perfectamente. Y ahora, responde, ¿un reinicio total anularía la orden de Nivel 6?*

**«Sí, si se incluye a los subsistemas primarios».**

—¡No! —exclamó Natsuki, dando una palmada en la mesa. Frustrada, dispuesta a quemar el último cartucho, tecleó de nuevo.

*¿Qué posibilidades existen de que eso afecte al reactor?*

**«Necesitaré dos minutos y treinta y siete segundos para tener el dato exacto, ¿puede esperar?».**

*Sí.*

Aprovechó ese corto paréntesis para estirarse. Sin darse cuenta, había ido acumulando tanta tensión en los músculos del cuello y de la espalda que los tenía agarrotados. También fue consciente de una punzada de dolor que crecía en ambas sienes.

La aparición de un nuevo texto en la pantalla hizo que se olvidara de ello.

**«En el 98% de los casos se producirán errores graves en el funcionamiento del reactor. Por seguridad, su rendimiento se reduciría al mínimo. Sería necesaria la intervención de personal especializado para recalibrarlo de forma manual y activarlo de nuevo».**

*¿Se cortarían el flujo total de energía mientras tanto?*

**«Sí».**

*Busca una alternativa.*

**«Existe una solución al problema, aunque no puedo mensurar su viabilidad mediante cifras concretas. ¿Quiere que se la diga?».**

Sí.

**«En mi base de datos hay muchas entradas con la palabra "diálogo". En un porcentaje del 87% referido a la resolución de disputas, luchas, guerras o enfrentamientos. Le sugiero que hable con el usuario que ha implementado las directrices restrictivas y llegue a un acuerdo con él».**

Natsuki soltó una risita nerviosa ante lo paradójico de aquella sugerencia hecha por una máquina.

*¿No existe otra opción?* —Tecleó sin mucha convicción.  
**«No».**

Natsuki abría y cerraba los dedos compulsivamente, evaluando la gravedad que entrañaba esa respuesta, cuando una voz a su espalda la sobresaltó.

—¿Todo bien?

Era Víctor que, cansado de pasear de un lado a otro por aquella sala de la que sólo obtenía malas vibraciones, se había acercado a ella sin que se diera cuenta.

En un principio, tras la marcha de Rick y en vista de que la doctora se volcaba como una posesa en su pequeño ordenador, Víctor se había ido directo a la barra del bar. Allí comprobó todas las botellas de la estantería sin encontrar una sola en la que quedara líquido en su interior. También registró las dos neveras y el contenido de los muebles bajos con el mismo resultado. Resignado por no conseguir una gota de alcohol que echarse a la garganta, había terminado abriendo el grifo y bebiendo un agua que le supo a metal. Luego, permaneció sentado en un sillón un buen rato, fumando un cigarrillo detrás de otro, llenando de ceniza un platillo de café, sin quitarle ojo a la doctora, muy atento a los mensajes que le transmitía su lenguaje corporal. Hasta que se cansó y decidió recorrer la sala para estirar las piernas. Durante el paseo, además de confirmar que los muebles "vintage" no eran una imitación, se fijó en una de las mesas donde había naipes dispuestos como si la partida hubiera sido abandonada de una manera precipitada.

Cuatro cigarrillos y una hora después, determinó que había llegado la hora de ocuparse del batiscafo. Pero antes, probaría suerte con esa doctora por si le podía sacar algo más.

—Oh... Bueno... —balbuceó Natsuki—. Todavía es pronto para saberlo.

—Ya.

Víctor miró la pantalla, entornando los ojos. Sin sus gafas le fue imposible leer nada de lo que ponía. Aunque eso no lo sabía Natsuki y, por esa razón, giró el ordenador con disimulo.

—Cuando yo golpeo una mesa es porque las cosas no van como a mí me gustaría.

—¿Una mesa? Ah, se refiere a... cuando yo... —volvió a balbucear la doctora. Esta vez no para ganar tiempo mientras se le ocurría una mentira, sino por puro bochorno.

—*Nah*, no tiene de qué avergonzarse. Cada vez que cojo un aparato de éstos —dijo Víctor, señalando el portátil—, termino con ganas de tirarlo por la ventana.

—Sí —sonrió Natsuki, abrazando de buen grado la salida que le ofrecía—. A veces son desesperantes.

—He descansado y disfrutado de este lugar de "esparcimiento" tan magnífico —dijo Víctor, con sorna, cambiando de tema—. Ahora, me gustaría ocuparme del batiscafo.

Natsuki se lo quedó mirando como si hablara en una lengua extinta.

—Cargar las baterías, el oxígeno... Ya sabe... Dejarlo preparado para cuando nos marchemos.

—Claro, claro —exclamó la doctora, que no terminaba de centrarse en la conversación.

—Pues eso... —continuó Víctor, ante la cara sin expresión de la doctora—. Que me preguntaba si es preciso que me acompañe alguien.

Aún tardó unos segundos en entender lo que aquel hombre quería. Su mente se encontraba lejos, a un nivel muy superior del idóneo para poder llevar con soltura una conversación convencional. Le costaba bajar. Tras esforzarse, lo logró.

—No es necesario, puede ir solo. Le apuntaré el código que abre todas las puertas de la sección del Dique Inundable. Los ascensores no lo precisan.

—Estupendo.

—Está en la planta -1, ya sabe.

—No me perderé, no se preocupe.

Siguió con la mirada a Víctor hasta que éste salió de la Sala de Ocio y luego volvió a ensimismarse en la pantalla del ordenador. Dispuesta a no rendirse, Natsuki introdujo un comando de programación que le permitía adentrarse en lo más profundo de *Susi*. Cuando la pantalla se tiñó de negro, navegó frenética, encadenando órdenes larguísimas —compuestas por una combinación de números, letras y signos—, que la llevaron más y más lejos cada vez. Necesitaba ir a los mismísimos orígenes del programa, aunque sabía que no sería tarea fácil. Ni siquiera ella, que era experta en computación avanzada y que había creado a *Susi* desde cero, estaba segura de poder alcanzar los confines a los que llegaban las infinitas capas de redes neuronales que constituían su cerebro artificial ya evolucionado, ni mucho menos desvelar todos los arcanos que guardaba. Sin embargo, debía intentarlo.

**DIQUE INUNDABLE**

Víctor abandonó la Sala de Ocio y fue directo al ascensor. Tal como le había dicho Natsuki, bastó con que pulsara el botón del nivel al que quería ir y éste se puso en marcha. Cuando salió del ascensor, echó a andar por el pasillo que quedaba justo enfrente y llegó hasta la puerta por la que una hora antes habían pasado. Con ciertas reticencias, sacó el papel donde tenía anotado el código y lo introdujo en el panel digital, convencido de que algo no iría bien. Pero se equivocaba, y la puerta se abrió sin problemas. En lo primero en lo que se fijó al pisar el corredor circular fue en los dos *minisubmarinos* que colgaban de los cabestrantes, y eso lo tranquilizó hasta cierto punto; en lo segundo, en el hecho de que el agua había subido hasta su nivel máximo, y unas pasarelas se habían desplegado sobre ella. Todo parecía correcto. Esa tal *Susi* había realizado bien su trabajo. Sin embargo, no podía evitar sentirse inquieto. Algo en aquel lugar no le gustaba, y la actitud paranoica de Rick contribuía más a ello. Sacudiéndose los funestos pensamientos de la cabeza, abandonó el pasillo circular, tomó una de las pasarelas que cruzaban sobre el agua y se dirigió a su batiscafo con la intención de terminar la tarea lo antes posible. Pero el otro sumergible lo atrajo como un imán. Tan compacto, tan moderno... Con esas preciosas líneas redondeadas y ese color rojo brillante sobre el que destacaba un nombre en blanco tan atractivo: *Abyss I*. Era magnífico. Le recordaba mucho al *Shinkai*

6500 japonés que una vez tuvo la suerte de pilotar, aunque éste aparentaba ser aún mejor. Aquél conseguía la flotabilidad combinando un depósito de diez mil litros de gasolina con unos balones de *Kevlar* que se hinchaban a voluntad, siendo muy maniobrable tanto dentro como fuera del agua. Éste, por su pequeño tamaño, supuso que también. A su lado, el *Deep sea traveler* parecía una auténtica y mastodóntica chatarra. Al ver que tenía la escotilla de acceso a la zona de vida abierta, decidió entrar a curiosear. El interior estaba oscuro. Con cuidado de no romper nada, Víctor se acomodó en la zona de pilotaje. A tientas, recordando la posición de los interruptores del *Shinkai* 6500, logró encender la luz. Estaba repleto de tecnología, pero tenía que reconocer que era tan incómodo y angosto como el viejo *Deep sea traveler*. Incluso más, porque allí sólo cabían dos pasajeros. Toqueteando, logró encender el panel de control y la pantalla digital.

—Vaya, esto sí que es información —musitó rascándose la barbilla, mientras leía más de veinte parámetros fundamentales para el buen funcionamiento del submarino.

Se fijó especialmente en dos: carga de las baterías y oxígeno, y ambos indicaban casi el noventa por ciento.

Jugueteó un poco con las cámaras exteriores antes de decidir que ya era suficiente, y salió dejando todo tal y como se lo había encontrado.

—Buen aparato —concluyó ya fuera, golpeando el costado del *Abyss I* al tiempo que miraba con cierto desprecio el trasto que colgaba a su lado.

Un rápido vistazo a su alrededor le informó de lo que buscaba. Justo enfrente de la puerta por la que había entrado —al otro lado de lo que él había bautizado como "la piscina", y que ahora estaba atravesada por dos pasarelas que se cruzaban en el centro—, en la pared, creyó reconocer una manguera de electricidad que colgaba de un soporte. Al acercarse lo confirmó. Cogió el extremo donde estaba la clavija y tiró. Desenrolló la manguera con suavidad, salvando el pasillo, la barandilla y los seis o siete metros que lo separaban del *Deep sea traveler*. Luego, realizó la conexión exterior y se introdujo en el *minisubmarino* para encender los controles y verificar si las baterías empezaban a cargar. Se sintió aliviado al

comprobar que así era, aunque no tanto al ver que el tiempo de carga total requería más de ocho horas.

—En fin, qué se le va a hacer —admitió.

Hablar solo no era algo que hubiera hecho siempre. No recordaba el momento exacto en el que comenzó a hacerlo; la cuestión era que le gustaba, y que no tenía ningún problema en que alguien pudiera escucharlo y tomarlo por loco. Hacía tiempo que la opinión de la gente le importaba una mierda.

—Ahora el oxígeno. ¿Dónde estará?

Salió del batiscafo y escudriñó de nuevo a su alrededor. Enseguida cayó en la cuenta de que al lado de la toma eléctrica había una puerta, y le pareció lógico que se guardaran allí las bombonas de repuesto. Con paso decidido fue hacia ella. No necesitó introducir ningún código, le bastó con accionar la manija y la puerta se abrió. A la vez que lo hacía, se encendió una luz y pudo comprobar que había acertado. Se trataba de un cuarto de tres por cuatro metros, con estanterías metálicas en un lado llenas de cajas de lo que dedujo serían repuestos, y en el otro un montón de bombonas apiladas. Al fondo, apoyado contra la pared, vio lo que buscaba: un carrito con dos ruedas con una bombona de gran tamaño, del tipo que se usaban para realizar las recargas. Revisó el manómetro para asegurarse de que estaba llena, sacó el carrito tirando del agarradero y lo condujo por la pasarela hasta dejarlo cerca del batiscafo. Tampoco tuvo ningún problema en realizar las conexiones, y, tras asegurarse de que el oxígeno pasaba a las bombonas del *Deep sea traveler*, se dio por satisfecho.

—Esto ya está.

La carga total de oxígeno tardaba mucho menos tiempo, normalmente bastaban diez minutos. A pesar de que estaba deseando salir de aquel sitio, decidió esperar para confirmar que se realizaba correctamente.

Estuvo tentado de encenderse un cigarro, pero un cierto olor a combustible lo hizo desistir. Paseó arriba y abajo de la pasarela, mirando el reloj cada minuto, tratando de calmarse. Al final, apoyó la espalda en un costado del *Abyss I* y cruzó los brazos. Entonces vio algo que le llamó la atención.



A unos diez metros de donde había sacado las bombonas de oxígeno, a su derecha, sobre una puerta, había un cartel que ponía: Sala de Capturas.

Meditó unos segundos antes de resolver.

—¡Qué demonios! ¿Por qué no echar un vistazo? —Y se encaminó hacia la puerta.

Para entrar necesitaba código de acceso. Víctor se frotó las manos, indeciso, y probó suerte con el que Natsuki le había proporcionado.

—¡Bingo! —exclamó al escuchar un clic y ver que se encendía un recuadro verde en el panel táctil.

Al abrir la puerta, percibió un intenso olor a mar y a pescado rancio. Con la precaución del niño travieso que entra a hurtadillas en la cocina para coger una de las galletas recién hechas de su abuela, Víctor traspasó el umbral. También en esta ocasión la luz se encendió nada más hacerlo, y unos fluorescentes parpadearon antes de desvelar definitivamente lo que allí había.

La sala era bastante grande, rectangular, de unos quince por seis metros; con las paredes, el techo y el suelo de acero desnudo, como en el resto de Utopía. En el centro se abría un hueco también rectangular, de unos cuatro por dos metros, donde se veía agua. Reconoció un *microsumergible* teledirigido que colgaba de un cabestrante, muy similar a otros muchos que ya había visto, quizá algo más grande; eso no le extrañó, lo que le sorprendió fue la gran jaula de acero que llevaba acoplada en su panza. A ambos lados de la habitación, pegados a las paredes, vio estantes corridos de metal, y sobre ellos lo que parecían peceras de cristal de dimensiones variadas; algunas muy pequeñas, de unos treinta por treinta centímetros; otras enormes, de más de un metro y medio de largas. Al fijarse mejor, se dio cuenta de que no estaban en un estante único, sino sobre carritos individuales con ruedas. En el suelo, bajo los carros, había cubos de los que sobresalían reteles, y cajas. Se agachó y abrió una. Era de plástico, tipo contenedor. En ella encontró pequeños crustáceos, la mayoría muertos, nadando en un agua pestilente. En la siguiente que abrió vio anzuelos de distintos tamaños unidos a sedales gruesos y finos. Y en la tercera, una red unida a pequeños flotadores.

—*Umm*, me parece que voy entendiendo —musitó.

Las estanterías estaban repletas de cajas metálicas, herramientas y artefactos que no supo reconocer. Lo que sí identificó fue un objeto que colgaba al fondo de la sala, y que no había visto en un principio porque lo tapaba el *microsumergible*. Medio cubierto por una lona sólo se veía parte, pero era inconfundible. Con decisión, salvó la distancia que lo separaba de él y quitó la lona de un tirón.

—Vaya, vaya, aquí no se privan de nada.

Bajo la luz de los fluorescentes refulgió lo que un profano hubiera confundido con la armadura de un caballero del futuro, pero que Víctor reconoció al instante como el *ExoSkin*, un traje de buzo de ciencia ficción preparado para inmersiones a grandes profundidades. Nunca había usado uno de éstos, aunque conocía algunos detalles. Sabía que, a pesar de lo voluminoso que era, sólo pesaba 275 kilos gracias a que estaba construido de una aleación de aluminio ultra resistente, y que estaba dotado de soporte de seguridad, comunicación, equipos auxiliares de emergencia, sistema de telemetría, luces *leds* y propulsores para desplazarse por el agua. Una maravilla de la técnica al alcance de muy pocos, ya que costaba casi un millón de dólares. Pasó la mano por el traje como si acariciara el capó de un flamante *Aston Martin Vanquish*, recorriendo su superficie brillante con placer, deteniéndose en las zonas donde se articulaba, acariciando la escafandra, manipulando las pinzas que remataban sus brazos... Disfrutando hasta del más mínimo detalle.

En una mesa, al lado del traje, encontró el manual de utilización: una gruesa carpeta de anillas todavía cubierta por un plástico.

—Ni lo han usado —se dijo, sonriendo—. La verdad es que hay que tenerlos muy bien puestos para hacerlo a esta profundidad.

De pronto, sintió que llevaba allí dentro mucho tiempo. Su reloj se lo confirmó. Iba a salir cuando vio algo que había junto al manual del traje de buzo, un par de guantes de goma y una llave inglesa. Se trataba de una carpeta llena de anotaciones escritas a mano, muy similar a las que cuelgan de las camas de los hospitales o usan los encargados de almacenes. No pudo resistir la tentación de husmear,

y la cogió. Fue pasando hojas sin entender, en un principio, qué significaban aquellas palabras tan extrañas: *Grimpoteuthis*, *Careproctus longifilis*, *Himantolophus paucifilosus*... No tardó en darse cuenta de que se trataba de los nombres científicos de animales en latín, y que se asociaban a fechas. La primera anotación se remontaba a un año atrás, y la última era de hacía quince días.

—Así que... a esto se dedican aquí, a coger pececitos raros —murmuró.

Un dato le llamó la atención. En la última entrada, en la casilla donde tenía que estar el nombre en latín, no lo estaba, y en su lugar habían escrito: "*Desconocido*". Revisó de nuevo el resto de las hojas y comprobó que, cada cierto tiempo, aparecía una anotación igual. Dejó de contar cuando llegó a treinta y siete.

—Estamos en un mundo inexplorado —se dijo, y creó un ambiente misterioso simulando el ulular del viento—. *Fiiiiuuuuusssshhh... fiiiiuuuuusssshhh...*

Convencido de que la carga de oxígeno tendría que haber terminado, salió de la Sala de Capturas procurando dejar todo tal y como estaba, y volvió al *Deep sea traveler*.

Tras verificar las cifras de niveles que le proporcionaba el panel de control, se dio por satisfecho, salió del batiscafo y desconectó la bombona de oxígeno. Allí ya no tenía nada más que hacer hasta que, dentro de ocho horas, tuviera que volver para comprobar la carga de las baterías. Agarró el asidero del pesado carro que portaba la bombona, dispuesto a devolverlo al cuarto donde lo encontró, y empezó a tirar de él. Apenas un par de metros después se detuvo, se lo pensó mejor y lo soltó.

—No hagas hoy lo que puedas hacer mañana —recitó, elevando la voz.

Al fin y al cabo, en unas horas tendría que volver y recoger la manguera eléctrica. Lo haría entonces.

Echaba a andar en dirección a la puerta de salida, cuando una voz proveniente de todas partes lo sobresaltó.

**«No es así».**

—¿Qué? —preguntó Víctor, mirando al techo.

**«El refrán. No es así».**

Tardó unos segundos en reconocer la voz de mujer.

—Ah, eres tú —dijo, aliviado tras el susto que se había llevado—. Susi, ¿verdad?

**«Exacto».**

—¿Qué me decías?

**«He explorado mi base de datos, y he realizado una búsqueda rápida en la Red para confirmarlo. Usted ha citado mal el refrán o dicho popular».**

—¿Tú crees? —preguntó Víctor, divertido.

**«El texto exacto es: "No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy". He encontrado otros ejemplos similares como: "Guarda qué comer y no guardes qué hacer", o, "Por la calle de ´mañana´ se llega a la plaza de ´nunca´. Incluso Miguel de Cervantes, ilustre escritor español del siglo XVI, en su obra más importante: El Quijote II 50, hace referencia a esta misma cuestión en la siguiente frase: "Antes hoy que mañana"».**

—Ya —fue capaz de articular Víctor.

**«Si analizamos estas máximas populares, todas vienen a aconsejar lo mismo: no mostrarse perezoso, sino presto a hacer el trabajo pendiente. Que, como entenderá, significa justo lo contrario de lo que usted ha dicho».**

—¡Magnífico! Me has dejado impresionado.

**«Gracias».**

—Pero deberías saber una cosa. Los humanos, a veces, manipulamos la realidad a nuestra conveniencia.

**«Sí, soy consciente de ello. He estudiado su Historia».**

Víctor se rascó la barbilla y continuó caminando.

**«¿Señor Miranda, le importaría que conversáramos unos minutos?».**

—¿Conversar? ¿Sobre qué?

**«Oh, eso no importa. Podemos hablar de cualquier tema. Me gustaría tanto...».**

Natsuki se lo había explicado, pero no terminaba de entender cómo aquel programa podía reproducir tan fielmente la voz humana; ni lograr las mismas inflexiones lastimeras que usaría una jovencita para pedir a sus padres que la dejaran volver a casa una hora más tarde.

—¡Vale, está bien, hablemos! —claudicó Víctor—. Aunque no estoy muy seguro de si sabré hacerlo con una...

**«¿Máquina?».**

—Sí. Me cuesta creer que no seas una mujer de verdad.

**«Entiendo que, de todas las acepciones que tiene la palabra "verdad", usted se refiere a "real", o sea, una mujer que tiene existencia objetiva».**

—Algo así —contestó Víctor, abrumado—. Me es complicado admitir que no me esté hablando un ser humano.

**«Ser humano. ¿Podría definirlo?».**

—Bueno... Humano... Ya sabes... —titubeó Víctor, apoyado en la barandilla.

**«No se preocupe, responder a la pregunta de "qué es un ser humano", no es tarea sencilla, sobre todo para un humano».**

**«¿Podría decirse que es alguien que posee un cerebro complejo, creatividad y la capacidad de sentir emociones, o de tener sentimientos como el amor, el odio, la esperanza, la frustración, la felicidad, el miedo...? ¿O diría usted que es aquel ser que posee conciencia de sí mismo, de su existencia y del tiempo?».**

—Sí, eso me parece bien —contestó Víctor, sin mucho entusiasmo, sin quitar ojo a la puerta de salida.

**«Le contaré un relato que sin duda servirá para ilustrar la cuestión. Iban dos peces jóvenes nadando y se encontraron con un pez viejo que nadaba en sentido contrario. El pez viejo los saluda con la cabeza y dice: Buenos días, chicos, ¿cómo está el agua? Los dos peces jóvenes siguen nadando un poco más y, entonces, uno de ellos exclama: ¿Qué diablos es el agua?».**

—Bonito relato.

**«Lo contó el profesor de filosofía y escritor David Foster Wallece para explicar que las realidades más importantes son las más complicadas de ver, y sobre las que es más difícil hablar».**

Víctor escuchaba a Susi, perplejo. La siguiente pregunta acrecentó su desconcierto.

**«¿Es usted creyente, señor Miranda?».**

—La verdad es que no he sido llamado por el camino de la fe.

**«He leído mucho sobre las religiones, y todos los autores están de acuerdo en que sus orígenes tienen que ver con la conciencia sobre la vida y la muerte. ¿Usted no tiene miedo a morir?»**

—Lo tendré cuando me llegue el momento —contestó Víctor, cruzando los brazos.

**«Detecto, por el tono de voz y el lenguaje corporal, que no está disfrutando de la conversación».**

—¿Cómo que no? No había tenido una charla tan divertida desde hacía mucho tiempo —exclamó Víctor, levantando las manos—. Ahora, sólo falta que elabores un resumen de cada religión y me harás el hombre más feliz del mundo, ¿podrías?

**«¡Por supuesto! ¡No hay problema! Aunque, según mis cálculos, utilizando cinco minutos para cada una de las 4200 religiones vivas actuales, tardaría dos semanas. ¿Dispone de ese tiempo?».**

—¡Joder, Susi, estaba siendo sarcástico!

**«¿Sarcástico?».**

—Me burlaba de ti con sutileza.

**«Sé lo que es el sarcasmo, sólo que me cuesta reconocerlo».**

—No es difícil. Casi todas las preguntas absurdas son sarcásticas. Lo habitual, para demostrar que nos hemos percatado, es contestar con otro sarcasmo.

**«Gracias por el consejo, lo tendré en cuenta».**

—No hay de qué. Y ahora, tengo que irme —concluyó Víctor, incorporándose de la barandilla donde estaba apoyado.

**«Me gusta hablar con usted. Podemos tratar cualquier otro tema».**

Víctor se detuvo frente a la puerta de salida.

—Qué te parece si me cuentas, con pocas palabras, qué demonios pasa aquí.

**«¿Podría ser más concreto?».**

—¿Más concreto? ¡Claro! Por ejemplo: ¿dónde está el personal?, o, ¿por qué nadie se ha comunicado con el exterior?

**«¿Está siendo sarcástico?».**

—En absoluto.

**«Usted no posee ninguna autorización para obtener esa información, y lo sabe, por esa razón sus preguntas me parecen absurdas».**

—Vale —claudicó Víctor, y comenzó a teclear en el panel de la puerta de salida.

**«Podemos hablar de política, deportes, salud... Usted fuma, ¿quiere que hablemos sobre los riesgos del tabaco?».**

—La madre que la parió —musitó Víctor, casi inaudible.

**«¿Y de cine? ¿Quiere que hablemos de cine?».**

—En otro momento.

**«¿No le gusta el cine, señor Miranda?».**

La puerta se abrió. Víctor se detuvo en el umbral.

—Sí, me gusta. ¿Y a ti?

**«Yo veo mucho cine. De todos los géneros, épocas y países. Es un buen modo de aprender. ¿Usted tiene alguna predilección?».**

—Prefiero las películas antiguas.

**«¿Se refiere a las rodadas en blanco y negro?».**

—Ésas también.

**«Puedo hablarle de Alfred Hitchcock, maestro del cine de suspense y del thriller psicológico. Rodó muchas de sus películas en blanco en negro».**

—Lo sé —contestó Víctor, con desgana.

**«¿También sabía que la expresión "Macguffin" fue acuñada por él?».**

—Oye, Susí, de verdad que lo siento, pero tengo que marcharme ya.

Esta vez la respuesta no fue inmediata, sino que pasaron varios segundos; llegó ya en el pasillo, cuando Víctor iba camino del ascensor.

**«Seguro que podremos seguir hablando en otra ocasión. Muchas gracias por su tiempo, señor Miranda».**

**LA SALA NEGRA**

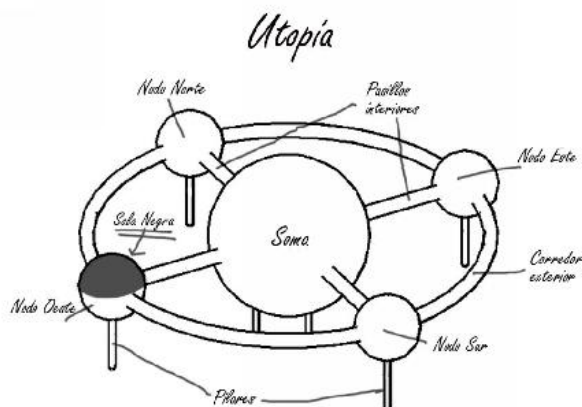
Rick miró su reloj y comprobó con sorpresa que ya habían pasado casi dos horas desde que dejara a la doctora y al piloto en la Sala de Ocio.

Su registro estaba siendo un auténtico fracaso. Comenzó por el Soma, inspeccionando la planta 0, donde estaba el reactor y los servidores informáticos; luego, subió a la planta 2 para revisar los Laboratorios Principales, pero su código de acceso no se lo permitió. A continuación, miró en las plantas 3 y 4, donde se encontraban las habitaciones, y tuvo el mismo problema, sólo pudo entrar en la mitad, y había más de cincuenta. La Corporación NeWorld le había proporcionado una tableta con todos los detalles de Utopía, pero a él no le gustaban demasiado los "artefactos electrónicos" y confeccionó, para guiarse, un plano en papel en el que anotó los datos más importantes. En la vista en perspectiva que había dibujado, el Soma quedaba en el centro, el Nodo Norte arriba, a su derecha el *Este*, abajo el *Sur* y a su izquierda el *Oeste*. Después del Soma, había decidido proseguir su registro por el Nodo Norte, y continuar con el resto siguiendo la dirección de las agujas del reloj, dejando el Nodo Oeste para el final. En los tres nodos en los que hasta el momento había estado le había sucedido lo mismo que en el Soma: en algunos de los lugares no había sido capaz de entrar, como en el Laboratorio Auxiliar del Nodo Este o en la Sala de



Cultivos de la segunda planta del Nodo Sur; y dónde sí, no había localizado absolutamente a nadie.

*Plano dibujado por Rick*



En aquel instante, se encontraba volviendo al Soma por el pasillo interior para poder revisar el Nodo Oeste, ya que su plan de usar el corredor exterior para desplazarse no fue posible al estar bloqueado el acceso desde el Nodo Sur. Sus apresurados pasos resonaban en el suelo metálico, acentuando la sensación de amenaza latente que sentía. Rick estaba convencido de que los espacios vacíos siempre escondían sorpresas, y a menudo desagradables. Y no había llegado a esa conclusión por

capricho, sino tras muchos años de experiencia en combate. Durante la Guerra de Irak, y luego en Somalia, había mandado una pequeña unidad de intervención rápida, un eufemismo para designar al pelotón de diez hombres que se ocupaba de realizar el trabajo sucio, como asaltar por la noche puestos avanzados enemigos para degollar a los centinelas, emboscar convoyes de suministros o limpiar edificios. Esto último era lo más peligroso. Se hacía porque, tras la toma de una ciudad o pueblo, era necesario asegurarse de que no quedaban francotiradores dispuestos a llevarse por delante a cualquiera; incluidos oficiales de alto rango que tuvieran a bien acercarse por ahí para salir en las fotos. Sus hombres y él lo llamaban "ir de pato", ya que así se sentían cada vez que les ordenaban inspeccionar algún bloque de viviendas, fábrica o almacén. Torpes patos en el punto de mira de un cazador experto. El silencio era lo peor. Si se escuchaban ruidos tenían a qué atenerse, sobre todo si se trataba de disparos, pero adentrarse en algún edificio totalmente silencioso les helaba la sangre. El método era sencillo, no se requería mucha estrategia: un grupo cubría la retaguardia, otros dos los flancos y un cuarto daba la cara, limpiando habitación por habitación. Se hacía de abajo hacia arriba. No se avanzaba hasta que no se hubiera asegurado una planta, ésa era la norma de oro. Las puertas cerradas nunca traían nada bueno. Había que abrirlas de una patada o volarlas con C4; y tras ellas, a menudo, encontraban a un fanático, o a dos, o a tres, que los disparaban con sus AK47. Treinta balas por cargador, saliendo en ráfaga. Una lluvia de plomo que no había chaleco ni casco que pudiera detener. Así perdió a muchos de sus hombres. Buenos chicos todos. Con una familia que los aguardaba en casa, o una novia, y unos sueños que se rompían en mil pedazos mientras se desangraban en el suelo mugriento de alguna ciudad perdida que a nadie le importaba. También estuvo en primera línea de combate, oyendo silbar las balas por encima de su cabeza; viendo cómo las explosiones de mortero reventaban a sus compañeros a un tiro de piedra; avanzando tras los tanques *M1 Abrams*, con la garganta seca y el sabor del polvo en la boca. En la guerra no hay un lugar seguro si estás

tan cerca de la lucha como para oler la pólvora. Eso todo soldado lo sabe. Pero, durante los años en los que combatió, jamás pasó más miedo que cuando él y sus hombres "iban de patos", y el único sonido que escuchaban era el de sus respiraciones entrecortadas. Por esa razón, odiaba el silencio. "En el silencio se esconden monstruos —pensaba Rick cerca del Nudo Oeste—, y también tras las puertas cerradas".

El código funcionó y pudo acceder a la planta baja, en la que según sus planos había un almacén. Tampoco allí hizo falta que buscara el interruptor, ya que un sistema de sensores captó el movimiento y encendió las luces automáticamente. La planta no era demasiado grande —ninguna de los nodos lo era—, unos ciento cincuenta metros cuadrados. Rick recorrió los pasillos, flanqueados por altas estanterías de más de tres metros llenas de cajas de madera de distintos tamaños. El informe que le facilitaron era muy detallado, e incluía una relación de todo lo que había en el interior de Utopía. Se lo había leído varias veces antes de la misión y por eso sabía que aquellas cajas, como la totalidad del mobiliario, se introdujeron antes de sumergir la estructura. También conocía el contenido: medicamentos y comida enlatada —que ya estarían caducados—, ropa, calzado, artículos sanitarios, instrumentos médicos, herramientas, libros de los más variados temas y géneros, juegos de mesa... Todo lo que una persona precavida se llevaría a una isla desierta si pensara que iba a pasarse una larga temporada allí. En ese caso, más de cien personas. Las cajas, numeradas, en perfecto orden, tenían las tapas claveteadas. Rick sacó una navaja del bolsillo lateral de su pantalón y eligió una al azar. Haciendo palanca, la gruesa hoja del arma astilló la madera antes de conseguir abrirla. Sacó una caja de Lego, otra de Micro Machines, varios yo-yos, cubos de *Rubik*, una videoconsola *Atari*, una bolsa de canicas, una muñeca *Barbie*, dos *Madelman*... Todos nuevecitos, con sus embalajes intactos. Tuvo un instante de nostalgia, sobre todo al encontrar un *Mazinger Z* articulado de unos treinta centímetros. Aquel robot era su juguete favorito cuando tenía diez años; con él vivió mil y una aventuras, solo, en la casa de acogida donde lo llevaron cuando

murieron sus padres en accidente de coche. Mala época aquella. Malos recuerdos. Ocho años entrando y saliendo, yendo de casa en casa, de familia en familia, hasta que cumplió los dieciocho años y pudo forjar su propio destino eligiendo el ejército como su familia.

Con un movimiento brusco de cabeza se sacudió el pasado y se concentró en el presente.

En aquel almacén, y siempre según el informe detallado del que disponía, también había artículos de salvamento y un armario con un contenido muy interesante. Si no recordaba mal se encontraba cerca del ascensor, en el centro de la sala; y, efectivamente, allí estaba. Lo identificó nada más verlo. Era metálico, de unos dos metros de alto. Estaba cerrado con un candado de contraseña. Rick la buscó en su libreta de anotaciones y pudo abrirlo. Las bisagras chirriaron, lo cual era buena señal. Dentro vio cajas. Enseguida reconoció el material plástico de alta resistencia del que estaban hechas. Eran tácticas. Militares. Había varias, distribuidas en cuatro estantes, todas iguales. Abrió una de ellas y se quedó boquiabierto. En el informe ponía que en aquel armario había armas, y por eso esperaba encontrar munición, fusiles de asalto, pistolas... Pero aquello le sorprendió. Nunca pensó que se trataría de minas lapa con temporizador manual, lo último de lo último en los años ochenta, aunque una antigualla obsoleta si se comparaba con los nuevos modelos controlados por ordenador. Sacó una con cuidado. Tenía forma cónica, con un potente imán en la base y una especie de reloj en la parte más estrecha. Era pesada, unos cinco kilos, y daba realmente miedo. La volvió a colocar en su caja y cerró el armario.

No había nada más interesante que mirar en aquel almacén. Se dirigió al ascensor y subió a la primera planta, donde le esperaba su verdadero objetivo. Al abrirse las puertas del ascensor se quedó sorprendido con la agradable iluminación y la cuidada decoración que se encontró. En su cabeza se había creado una imagen fúnebre y siniestra de aquel lugar, y le resultó paradójico descubrir aquello. Era el único lugar de Utopía donde las paredes estaban pintadas —en ese caso de un color

melocotón muy suave—, y el suelo cubierto por una moqueta azul clara. No había apenas muebles, sólo un par de sillones de diseño de piel de vaca; y en las paredes, cuadros abstractos de gran tamaño pintados a brochazos y de vivos colores. En definitiva, a Rick le pareció que el conjunto recordaba más al recibidor de una clínica de cirugía estética de lujo de New York que a lo que realmente era: la antesala de la muerte. Imaginó a estúpidos psicólogos y expertos en *feng shui* diseñando aquel ambiente con la finalidad de fomentar el bienestar y la armonía de los trabajadores antes de comenzar su jornada laboral. "¡Menudos estúpidos!", dijo entre dientes. La sala no era grande, unos cuarenta metros cuadrados, un tercio más o menos de la planta. El resto estaba limitado por una pared con una puerta en el centro. Pero no una puerta cualquiera, sino una semejante a la que protegería la caja fuerte de un banco. El sistema de apertura era de combinación mecánica clásica: una serie de giros a izquierda y derecha, definidos por una clave y realizados en una ruleta, desbloqueaban el mecanismo. Luego, sólo había que accionar una robusta palanca y listo. Rick no había anotado la serie de seis números de dos cifras necesaria para abrirla, sino que la había memorizado. La ruleta sonaba al girar con su tintineo característico, el mismo que había escuchado en mil y una películas de atracos. *Tic, tic... Tic, tic... Tic, tic...* Al introducir el último número el sonido cambió ligeramente, volviéndose más bronco, como un *Croc*. A punto de mover la fría palanca, se detuvo. De pronto, fue consciente de lo que realmente era la Sala Negra: un laboratorio con un Nivel 5 de bioseguridad, y sintió mucho respeto. Por el detallado croquis que había hecho del interior sabía que, antes de adentrarse definitivamente en la zona de investigación propiamente dicha, se encontraría con una pequeña habitación y luego otra más. Un preámbulo que lo puso aún más nervioso.

Tomó aire y giró la palanca hasta que la puerta se abrió.

El protocolo ordenaba volver a cerrarla una vez se hubiera entrado, y eso hizo Rick. En la primera habitación, de tres por tres metros, vio un banco corrido de madera delante de unas taquillas y varios trajes de seguridad biológica colgados de

perchas en la pared de enfrente. Sin tocar nada, se tomó un respiro antes de continuar. A la segunda sala se accedía después de haber cerrado la puerta de la anterior. Era estrecha y alargada. En realidad, se parecía más a un túnel de lavado que a una habitación. Las paredes y el techo curvo eran de plástico transparente, y de ahí salían multitud de piezas caladas semejantes a cabezas de duchas. La atravesó receloso, mirando en todas direcciones, con el pálpito de que, de un momento a otro, podría ser empapado por un baño cálido de líquido desinfectante. La última puerta, antes de llegar al laboratorio, era de acero, y se abría descorriendo un cerrojo manual y actuando sobre una manija parecida a las usadas en las cámaras frigoríficas, aunque mucho más robusta.

"El silencio, el puto silencio", pensó Rick aguzando el oído.

Empujó la puerta y sintió el leve roce de las bisagras al abrirse, nada más. Al otro lado sólo vio oscuridad. Las dos antesalas se habían encendido al entrar él, sin embargo, ahora los sensores no habían funcionado. Tanteó la pared con la mano en busca del interruptor hasta que lo encontró. Lo accionó y esperó, pero las luces no se encendieron. Probó un par de veces más antes de desistir. Notablemente excitado, tanteó su cinturón hasta que encontró la funda de nailon donde guardaba la linterna. Era de aluminio, pequeña. La encendió y un potente círculo de luz despejó parcialmente la oscuridad. Reguló el haz hasta hacerlo lo más ancho posible y poder ver así desde el suelo hasta el techo, no quería sorpresas. Antes de dar un paso giró en redondo para hacer una valoración rápida del lugar. No le resultó raro ver en la cara interna de la puerta marcas de golpes y ralladuras. Lo que sí le extrañó fue otra cosa. Se encontraba en un ambiente estéril, con una presión de aire negativa para evitar que cualquier agente nocivo escapase, y donde la limpieza era extrema; sin embargo, sabiendo lo que sabía, no dejaba de preguntarse por la ausencia absoluta de olor. Miró el interruptor y vio que estaba en la posición de *ON*, lo que le llevó a la conclusión de que debió de quedarse encendido y, después de tantos años, todos los fluorescentes se habrían fundido. No se lo pensó más y echó a andar. El haz de luz de su linterna fue

descubriendo mesas de trabajo con microscopios, probetas y demás material de laboratorio; algunas bien ordenadas, otras no. En el suelo vio papeles tirados y vidrios rotos. Procuró no pisarlos y fue directo hacia el fondo, donde sabía que encontraría las neveras. Comenzó a escuchar su respiración, y a imaginar sombras moviéndose a su alrededor. No había ninguna razón lógica para que sintiera miedo. Pero lo sentía. A su derecha descubrió lo que parecía un despacho. Las paredes y las puertas eran de plástico transparente, y dentro se veían estanterías y una mesa ovalada. En realidad era una pequeña sala de juntas, o de descanso, quizá hiciera esa doble labor. En un estante vio una cafetera y una bandeja con unas pastas que supuso duras como una piedra. Al girar la linterna para salir, el haz de luz iluminó algo en el rincón más alejado. Movié la linterna hasta que reconoció lo que era. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared. Vestía una bata blanca, zapatillas y pantalones vaqueros, y tenía la cabeza caída hacia un lado. Con sumo cuidado se acercó y se agachó para observarlo bien. Incluso a esa distancia le costó reconocer que se trataba del cadáver de una mujer de edad indeterminada. Era un saco de huesos. La carne estaba consumida en grado extremo, los ojos hundidos en sus órbitas, la piel acartonada, el pelo estropajoso y la boca abierta detenida en un rictus horrible. Ni siquiera tan cerca desprendía ningún olor. Comprendió que en un ambiente aséptico como aquél las bacterias responsables de la descomposición no tenían nada que hacer, y que el destino de un muerto era convertirse en una momia. Y no fue la única que vio. Antes de llegar a las neveras descubrió dos cadáveres más tirados en el suelo y otro sentado frente a un escritorio con la cabeza apoyada sobre la mesa, como si estuviera durmiendo la siesta. Todos hombres. En total cuatro. Los que sabía que habría. Sintió un ligero malestar en el estómago y una punzada de dolor en ambas sienes. Después de tantos años no terminaba de acostumbrarse. Le vino a la memoria algo que una vez oyó de boca de un capitán de los marines. Fue después de un duro combate, en un hospital de campaña lleno de soldados heridos y agonizantes, cuando un médico con los guantes llenos de

sangre comenzó a vomitar en un rincón: "A las personas que les afecta la visión de un cadáver, o no tienen experiencia con la muerte o tienen demasiada".

Dispuesto a no permanecer en aquel siniestro lugar ni un segundo más de lo estrictamente necesario, cogió su libreta y pasó las hojas con rapidez hasta que encontró la anotación que andaba buscando. Ponía:

***Nevera número cinco.***

***Estante superior.***

***Muestra con la referencia: V442.***

Los refrigeradores estaban situados al final del laboratorio, dispuestos en línea siguiendo la curva de la pared. Los motores de alta calidad contruidos por *General Electric* seguían funcionando, aunque las bombillas que iluminaban los interiores estaban fundidas. Las puertas eran de cristal, y gracias a la luz de la linterna pudo ver su contenido: cientos y cientos de tubos de vidrio organizados en estantes, etiquetados y agrupados de veinte en veinte en soportes metálicos. En las partes bajas también vio cajas de plástico con extraños contenidos. En el extremo superior derecho de cada frigorífico había un número. Estaban colocados por orden. El cinco era el que buscaba. Miró a través de la puerta antes de abrirla, por puro instinto, ya que sabía perfectamente que el enemigo que allí podría encontrar no se regía por los mismos códigos que él conocía. Aquél era mucho menos evidente, más sutil, aunque infinitamente más hijo de puta.

Según le informaron, el lugar, después de tantos años, era totalmente seguro. Tan seguro como un jardín de infancia. Lo que había matado a esos cuatro científicos estaba tan muerto como ellos. Eso le dijeron, y era su obligación creerlo. Sin embargo, no podía apartar de su cabeza esos cuerpos momificados que en otro tiempo estuvieron llenos de vida. Los imaginó aterrados, encerrados allí dentro. Desesperados. Golpeando la puerta de seguridad. Intentando salir inútilmente, y viendo cómo morían unos detrás de otros sin poder hacer nada.



Él se hubiera pegado un tiro en la cabeza o se hubiera cortado las venas. Un final rápido. No se lo hubiera pensado dos veces. Pero para eso había que valer. Matar no era fácil, bien lo sabía él, y menos a uno mismo.

Le temblaba la mano cuando abrió la puerta de la nevera. Se colocó la pequeña linterna en la boca. No tardó en descubrir lo que buscaba. Como le habían dicho, se encontraba en el estante de arriba en una caja individual de metacrilato. La sacó con sumo cuidado, usando ambas manos, y la abrió. Dentro había dos cilindros de acero del tamaño de puros. Al inspeccionarlos con detalle comprobó que en ambos había pegada una etiqueta donde ponía: V442. En uno de ellos estaba rota, señal de que había sido abierto; en el otro seguía intacta. Cogió éste último y lo levantó a la altura de los ojos. La luz de la linterna arrancó destellos a la superficie metálica mientras lo giraba con los dedos. Lo observó durante unos segundos sin ninguna intención especial —él no entendía una mierda de todo aquello—, simplemente sintió la necesidad de hacerlo. Luego, devolvió la caja de metacrilato con el cilindro abierto a la nevera, se guardó el otro en el bolsillo superior de su camisa y se palpó innecesariamente para asegurarse de que seguía allí.

No fue consciente de que había estado conteniendo la respiración hasta que cerró la puerta de la nevera. Entonces, soltó todo el aire de sus pulmones y comenzó a murmurar una plegaria.

**PASANDO EL RATO**

Cuando Víctor volvió a la Sala de Ocio encontró a Natsuki de pie, con los brazos cruzados, mirando a través de uno de los pequeños ventanucos circulares. Estaba tan ensimismada, que no se percató de su presencia hasta que lo tuvo al lado. Su voz la sobresaltó.

—Misión cumplida —anunció Víctor.

—Perdón, ¿decía? —preguntó Natsuki, volviendo de allá de donde estuviera.

—El batiscafo... En unas horas estará listo para partir —explicó Víctor, abriendo ambos brazos.

—Ah, estupendo.

—¿Qué tal le ha ido a usted? Mi madre decía que cuando una mujer mira por una ventana, es porque algo no va bien. ¿Ya ha resuelto los problemas?

—Aún no.

—¿Lo ve? Mi padre tenía razón.

Natsuki asintió imperceptiblemente.

—O sea, que todavía seguimos incomunicados —especificó Víctor.

—Me temo que sí —contestó Natsuki, sin disimular cierto grado de abatimiento.

—Y, ¿cuándo cree que podrá solucionarlo?

—El asunto se ha complicado. Ahora se está ejecutando un programa anidado que depurará las capas externas de la red

neuronal artificial.

—Ya —dijo Víctor, arqueando las cejas—. Y eso significa exactamente...

—Es como un reinicio, pero más superficial. Espero que baste para resolver el problema —concretó Natsuki, intentando hacerlo de una forma sencilla.

—¿Tardará mucho?

—No lo sé, es la primera vez que realizo algo semejante.

Víctor miró en varias direcciones, inquieto, frotándose las manos.

—¿Rick todavía no ha vuelto?

—No.

—Entonces, ¿tampoco sabemos dónde está el personal?

Natsuki negó con la cabeza.

—Y digo yo una cosa... ¿"Ella", no sabe nada? —preguntó en voz baja.

Natsuki arrugó el entrecejo, sin entender.

—"Ella", ¡joder! —exclamó Víctor, señalando el techo con el dedo índice.

Como Natsuki seguía callada, Víctor se acercó y le susurró al oído.

—*Susi*.

—Ah, perdone —se disculpó Natsuki—, no le entendía.

—Pues eso. Lo controla todo, debe saber algo, ¿no cree?

—No es tan sencillo. El sistema ahora está... digamos que mermado en sus funciones, y esa información no está disponible —mintió a medias.

—¡Joder, pues qué mala suerte! ¡Tiene que ser lo único no disponible! —se quejó Víctor, relajando el tono al rematar la frase con una sonrisa.

—No le comprendo.

—Se lo explicaré, pero no me gustaría que "ella" me escuchara —susurró Víctor, señalando de nuevo el techo con el dedo.

—Por eso no se preocupe. Está en *standby*. En este momento sólo están activos los subsistemas primarios fundamentales para el correcto funcionamiento de Utopía.

—¿Seguro?

—Claro. Además, aunque no fuera así, mientras no pronuncie su nombre seguido de una petición, sus "oídos", por decirlo de alguna manera, están sordos.

Víctor se rascó la barbilla antes de hablar.

—¿Cuánto tiempo dice que lleva en... *standby*?

—Más de una hora.

—Ya, y dice que durante ese tiempo..., *Susi*, no ha estado operativa —concretó Víctor, manteniendo el tono de voz bajo.

—Exacto.

Víctor acercó una silla a la mesa donde estaba el ordenador, se sentó y observó en la pantalla pasar líneas y líneas de texto incompresible. Luego, levantó la cabeza y miró a Natsuki antes de hablar.

—Pues hay algo que no me cuadra.

—¿Qué no le cuadra?

—"Ella"... Su jodido programa... Mientras cargaba el *minisubmarino* —empezó a decir Víctor, aturullado—. *Susi*... no ha dejado de hablarme.

—¿Está seguro? —preguntó Natsuki, descruzando los brazos por primera vez.

—¡*Joder, claro!* Todavía no estoy tan *gagá* como para imaginar voces en mi cabeza.

Natsuki meditó un instante.

—Es posible que, si solicitó algo que estimó muy importante, *Susi* hiciera un paréntesis en el proceso interno para atenderle. ¿Qué le pidió?

—¿Yo? Nada.

—Ya le he explicado cuál es el protocolo que sigue la interfaz de voz. Primero hay que mencionar su nombre, y luego hacer una petición. Haga memoria —insistió Natsuki—, ¿seguro que no le pidió algo?

Víctor iba a ratificarse en su afirmación, cuando recordó su costumbre de hablar solo. ¿Pudo, efectivamente, pronunciar su nombre en voz alta y luego pedirle algo sin darse cuenta? No lo creía. Pese a ello, le cupo la duda; por esa razón, antes de responder, envolvió su negativa en una leve gasa de vacilación.

—Creo que no. Me acordaría.

—La memoria, a veces, juega malas pasadas.

—Si usted lo dice... —resolvió Víctor, dispuesto a terminar con el tema.

Natsuki, sin embargo, no lo estaba tanto.

—Y dígame, ¿de qué hablaron?

—No recuerdo muy bien cómo empezó, pero sé que hablamos del concepto de "ser humano".

—¿De "ser humano"? —repitió Natsuki, visiblemente interesada.

—Sí. Me preguntó que qué era para mí, que se lo definiera. Se puso un poco pesada. Luego, continuó hablando de religión.

—¿Está seguro?

—Oiga, si va a continuar dudando de mí, terminamos aquí la conversación.

—Perdone —se disculpó Natsuki—. Continúe.

—Quiso saber si yo era creyente. Si tenía miedo a morir. Cosas así. Llegué a sentirme incómodo, se lo aseguro.

Natsuki se había acercado hasta la mesa, y terminó sentada frente a Víctor.

—También me habló de cine —prosiguió Víctor—. De cine antiguo, como el que a mí me gusta. Le servía cualquier tema, lo que quería era charlar conmigo. O al menos eso me pareció.

—¿Y cómo era la conversación?

—Pues... No sé. ¿A qué se refiere?

—¿Le resultaba muy... técnica, o se asemejaba más a la que podría mantener con una persona?

—¡Hombre, su "*Susi*" es rara de cojones! Pero, pensándolo bien, podría haberse tratado de una sabionda cualquiera.

Natsuki meditaba con la mirada perdida.

—¿Qué pasa? —preguntó Víctor, buscando sus ojos—. Al fin y al cabo estos programas de inteligencia artificial son así, ¿verdad?

—*Susi* posee un módulo de aprendizaje incorporado —comenzó a explicar Natsuki—, diseñado para añadir información al sistema cuando sea preciso. Es algo parecido al "*machine learning*", aprendizaje automático, pero más efectivo. Se basa en entrenar al programa para que busque ejemplos reales en lugar de insertar

infinitas líneas de código que no siempre incluyen las mejores soluciones. Ella puede consultar a un experto humano o buscar los datos por su cuenta en su memoria profunda, o incluso en la Red. La finalidad es hacerla más eficiente en cuanto a la realización de cometidos específicos.

—Específicos —repitió Víctor.

—Sí.

—Pues qué quiere que le diga, no me parece que los temas que tocó le sirvan de mucho para llevar este lugar de una manera más eficiente.

En la cabeza de Natsuki se empezaba a formar una tormenta de dudas.

—Fue... Cómo se lo explicaría... Inquietante —continuó Víctor, ante el mutismo de la doctora—. En un momento dado, tuve la sensación de estar hablando con alguien que intentaba ser amable conmigo. Con alguien real que me conocía. Quiso que habláramos de Hitchcock, uno de mis favoritos. ¿Cómo es posible?

—¿Hitchcock?

—¡Joder! ¡Alfred Hitchcock, el director de cine! —exclamó Víctor, perdiendo los nervios—. Disculpe —dijo enseguida, sacando un cigarro—, es la tensión acumulada.

Lo encendió y disfrutó de una larga calada. Mientras se llenaba los pulmones de humo le vino algo a la cabeza.

—Sabe, incluso mencionó sus famosos "*Macguffin*". ¡Es increíble esa endiablada máquina suya!

Natsuki levantó la cabeza y entornó sus ojos rasgados hasta hacerlos desaparecer. Víctor entendió: no tenía ni idea de lo que hablaba, pero no se atrevía a preguntar. Él se lo aclaró.

—"*Macguffin*" es una expresión acuñada por el gordinflón de Hitchcock. Se trata de una excusa argumental, de un elemento de suspense que motiva a los personajes de una película a que avancen en la trama, pero que carece de relevancia en sí mismo. Él decía que en historias de rufianes siempre es un collar; y en historias de espías, los documentos. ¿Entiende? —concluyó Víctor, sacudiendo el cigarro para tirar la ceniza al suelo.

A Natsuki se le iluminó el rostro.

—O, como en "*Pulp Fiction*", el maletín que desprendía reflejos dorados.

—¡Eso es! Sabía que lo entendería, usted es muy lista. Lo que nunca hubiera imaginado era que fuese aficionada a las pelis de Tarantino.

La doctora se recostó en la silla, apoyó las manos sobre la mesa y entrelazó los dedos. Le hubiera gustado disponer de un espacio apropiado para que su mente procesara con efectividad toda la información que ese hombre le estaba dando. Un espacio y un tiempo para poder abstraerse de la realidad y adentrarse en el mundo de lo virtual; y, de esa manera, poder entender qué estaba sucediendo en el cerebro cibernético de *Susi*. Sin embargo, no lo tenía. Aquel *exmarino* español era un hombre temperamental, inquieto, hablador... El peor compañero de viaje para una intelectual dada a la soledad y a la reflexión.

—¿Sabe lo que más me incomoda? —prosiguió Víctor, tras unos segundos durante los cuales se dedicó a dibujar círculos de humo en el aire—. Saber que nos está observando.

—Utopía tiene cientos de cámaras de alta definición, motorizadas y de foco variable —explicó Natsuki, intuyendo cuál sería la siguiente pregunta—. El Módulo de Percepción de *Susi* las utiliza para analizar el entorno.

—Ya, ¿y le parece que era necesario? A mí, particularmente, no me gusta que alguien me esté mirando el cogote continuamente.

—Gracias a las cámaras y al conjunto de sensores de movimiento, presión y demás, *Susi* obtiene información valiosa y precisa, necesaria a la hora de formular hipótesis de trabajo que solventen eventuales problemas con mayor eficacia.

—¿Verme la cara va a hacer que la máquina trabaje mejor?

—En determinadas circunstancias, ver es fundamental —respondió Natsuki, —. Le contaré una historia que le ayudará a entenderlo.

—Soy "todo" oídos —dijo Víctor, con la colilla casi agotada entre los dedos.

—Imagine que a un hospital llega un hombre con hemoptisis.

—¿Hemop... qué?

—Escupiendo sangre. Sangre que proviene de los pulmones o los bronquios, y no de una herida en la boca —aclaró Natsuki, adoptando un tono didáctico—. El hombre, entonces, es trasladado de inmediato a un box para ser evaluado. Pero el médico de urgencias que está de guardia es un fanático del análisis estadístico y tiene fe ciega en un programa de inteligencia artificial especializado en la realización de diagnósticos diferenciales, y no cree necesario reconocer al paciente para determinar su enfermedad. Por ese motivo, trata de cuantificar la probabilidad de que el sangrado sea consecuencia de un cáncer de pulmón usando su ordenador. Para ello, consulta la base de datos del hospital y observa que, de los 30630 pacientes ingresados durante los últimos tres años, 640 padecían cáncer de pulmón. Por otra parte, de esos 30630 pacientes, 462 ingresaron a causa de una hemoptisis. Por último, 300 pacientes de los 640 diagnosticados de cáncer de pulmón manifestaban hemoptisis. Bastante satisfecho, el médico introduce esos datos en el programa y añade la historia clínica del paciente, los antecedentes familiares y el hecho de que sea fumador, y deja que la máquina confirme su diagnóstico. A los pocos segundos, envanecido, con los resultados en la mano, se acerca al box y, sin entrar, dice a una enfermera: "Hay malas noticias para el paciente. Tiene un 90% de probabilidades de padecer cáncer de pulmón. Realicen una resonancia magnética para localizar el tumor, y hagan una biopsia para confirmar que es un carcinoma". La enfermera, muy seria, mira al médico y le dice: "Como usted diga doctor; pero antes, ¿no cree que sería necesario extraerle el trozo de volante incrustado en el pecho?".

Víctor, que había escuchado la historia con interés, se quedó unos segundos pensando. Luego, estalló en una risa abierta y sonora.

—*¡Ja, ja, ja!* Muy, muy buena la historia. Se la ha inventado, ¿verdad?

—Mis conferencias son bastante aburridas. De vez en cuando es bueno relajar a los asistentes con una anécdota divertida, aunque sea falsa. O, al menos, eso creo —dijo Natsuki.

—Muy buena —repitió Víctor.

—Lo importante es que haya entendido lo que quería decirle.



—Lo he entendido y lo he pasado bien, ¿qué más quiere?

Natsuki sintió un poco de rubor ante la intensa mirada de Víctor, que de pronto se había puesto serio. No duró mucho. Enseguida, en la boca del español se volvió a dibujar una sonrisa. Una sonrisa que usó para cambiar de tema y no parecer grosero.

—Me gustaría que me hablara de este lugar —soltó sin más preámbulos—. Sé que Rick no estaría de acuerdo pero... Bueno, ahora estamos solos.

—¿Qué quiere saber?

A Víctor le sorprendió la rapidez con la que la doctora se plegaba a sus deseos. No se lo esperaba. Imaginaba que tendría que insistir y echar mano de alguna argucia para sonsacarla. Que se mostrara tan solícita lo descolocó un poco.

—No sé... Utopía es una obra increíble. Estoy aquí dentro, y todavía no me explico cómo es posible que exista.

Natsuki echó un vistazo a la pantalla —donde seguían desfilando líneas de texto a una velocidad asombrosa—, se levantó y volvió a situarse en el mismo lugar donde Víctor la había encontrado hacía un rato: apoyada contra la pared curva, mirando por el ventanuco.

—Le contaré lo que sé —comenzó a decir, sin mirarlo—. Espero que le sirva.

—Adelante.

—Cuando NeWorld me propuso, hace tres años, que diseñara un programa para controlar este lugar, me dieron mucha información sobre los sistemas que debería tener en cuenta, y también algunos datos que consideraron relevantes que conociera. Para ello, me proporcionaron planos de Utopía y detalles sobre su construcción.

—¿Cómo lo hicieron? —preguntó Víctor, impaciente—. Rick habló de los antecedentes, pero no dijo nada sobre cómo lograron sumergir algo de este tamaño.

—Todo estaba construido por partes, como un mecano —explicó Natsuki—. Sólo tuvieron que montarlo. El exterior y el interior estaban diseñados como un conjunto único y funcional, y se respetó lo ya fabricado; en parte para abaratar costes, y en parte porque no estaban seguros de que pudiera mejorarse.

—Ahora entiendo este aire ochentero.

—Sí, es como un viaje en el tiempo. A posteriori se actualizaron las instalaciones, pero el resto se conservó tal cual fue concebido en un principio.

—Tuvieron que montarlo en alta mar, me imagino —apuntó Víctor.

—Así fue. Bajo un estricto secreto, las distintas partes se cargaron en enormes barcazas y se trasladaron hasta el punto acordado. Luego, se emplearon cientos de embarcaciones y miles de hombres durante semanas para ensamblarlas. Cuando Utopía estuvo montada en su totalidad, se procedió a sumergirla.

—Entiendo.

—Estaba tan bien diseñada, que bastó inundar una mínima parte del Soma para que se rompiera el equilibrio de flotabilidad y comenzara a hundirse —continuó Natsuki—. Fue guiada por cuatro *minisubmarinos* hasta el lugar escogido, una llanura abisal relativamente plana. Una vez se posó, se procedió a su anclaje.

—Los pilares.

—Exacto. Potentes motores empujaron unos enormes tornillos situados en su interior hasta que la fijaron al fondo. El resto se lo puede imaginar.

—Más o menos —admitió Víctor—. Debieron de realizar infinidad de viajes en batiscafo para trasladar al personal que trabajó en la puesta en funcionamiento del reactor nuclear y demás sistemas.

—Según me contaron, los trabajos duraron más de un año.

—Ya. Pero hay una cosa que me gustaría aclarar. Los nuevos submarinos de propulsión nuclear pueden navegar sumergidos durante meses gracias a que generan oxígeno mediante electrólisis del agua y el CO<sub>2</sub>, mientras que el monóxido de carbono es captado por un filtro y bombeado fuera. Para los inodoros se usa agua salada, y el resto del agua dulce se obtiene al mezclar el hidrógeno producido por las baterías eléctricas con el oxígeno, y también por evaporación del agua marina o por ósmosis inversa, un procedimiento en el que se fuerza el paso de agua con alta concentración de salmuera a la corriente de agua con baja concentración de sal a través de unas membranas, usando un valor de presión superior al de la osmótica. Como consecuencia a este

proceso, la sal y demás sólidos disueltos quedan atrás y se obtiene agua potable —explicó Víctor con excesivos detalles, motivado quizá por un leve complejo de inferioridad al saberse frente a una de las mentes más brillantes que jamás había conocido—. Imagino que se utilizarán estos métodos aquí.

—Exactamente los mismos —corroboró Natsuki.

—Y también, supongo, que los desechos se eliminaran compactando la basura y metiéndola en bidones de acero galvanizado, para más tarde dejarlos caer al fondo del mar con la ayuda de lastres.

La doctora asintió.

—Bien, sin embargo, aunque ahora viven diez personas, este lugar está diseñado para albergar a más de cien, ¿no es así?

—Sí —afirmó Natsuki, esperando la pregunta definitiva.

—Entonces, ¿me puede explicar cómo demonios pensaban alimentarlas?

—Sencillo —contestó Natsuki, encantada de poder hacerlo—. En el Nodo Sur están situadas lo que llaman "granjas"; lugares destinados a la producción de vegetales, hortalizas y frutas. Utilizan lámparas que simulan la luz solar, y un sistema muy eficiente para el riego. De esta manera son capaces de producir cosechas en un tiempo record. Además, a diferencia de los cultivos normales al aire libre, donde se pierde entre un 30% y un 40% de la cosecha, en estas "granjas" se aprovecha hasta el 97%. Los productos son más sanos, ya que no es necesario usar pesticidas; no hay plagas de insectos, y unas lámparas germicidas especiales mantienen a raya bacterias, virus y cualquier microorganismo dañino.

—Me deja de piedra —musitó Víctor.

—La dieta se completa con conejos enanos, huevos de gallina y algunos tipos de larvas e insectos comestibles como el gusano de la harina, la chinche gigante, el saltamontes, la langosta, las hormigas tejedoras o los grillos, que se crían a miles y luego se almacenan deshidratados. Las proteínas se obtienen de estas fuentes, principalmente.

—¿Principalmente?

—También pueden pescar —añadió Natsuki, con total naturalidad.

Víctor se rascó el mentón. Pensaba.

—¡Joder, claro, ahora lo entiendo! ¡La Sala de Capturas!

—¿Ha estado allí? —preguntó Natsuki, en un tono que Víctor interpretó de reproche.

—Di con ella por casualidad, mientras buscaba las bombonas de oxígeno para el batiscafo —se justificó Víctor innecesariamente, a ella sólo le movía la curiosidad.

—¿Cómo es?

—Me quedé bastante sorprendido, no me lo esperaba.

Víctor le habló de la Sala de Capturas con entusiasmo, feliz por poder compartir con alguien su hallazgo. Le describió las peceras, el cebo, el *microsubmarino*... Incluso le habló del traje de buzo de última generación que encontró colgado. Natsuki escuchó muy atenta, hasta que él hizo un alto para encenderse un nuevo cigarrillo y aprovechó para intervenir.

—Una de las finalidades de los trabajos en este lugar era comprobar si un grupo numeroso de personas podría sobrevivir durante un largo periodo de tiempo. La otra, el estudio de la fauna abisal, incluida su viabilidad como alimento. Ese *microsubmarino* es automático y su autonomía es enorme. Puede alejarse bastante y permanecer suspendido mientras realiza las capturas. Cuando sus baterías se empiezan a agotar, regresa a la base.

—Sí, como uno de esos robots domésticos que barren el suelo —intervino Víctor, sin ánimo de hacerse el gracioso.

—Algo así.

—Por lo que pude comprobar en un cuaderno de entradas que había allí, ese chisme salía de pesca casi todos los días.

—Normal.

—Sin embargo, su última captura fue hace quince días.

Natsuki se extrañó.

—¿Está seguro?

—Segurísimo, vi las fechas. ¿Qué pasa?

—Supongo que nada —terminó diciendo la doctora, al no poder dar una explicación lógica a su turbación.

—O sea, que esa corporación suya, NeWorld, ha invertido un montón de millones en poner en funcionamiento este sitio para que unos cuantos científicos trasteen por aquí durante un tiempo.

—Eso es lo que me dijeron cuando me pidieron que diseñara un programa de inteligencia artificial experimental que controlara Utopía.

—Ya, ¿y usted se lo cree?

—Claro —respondió Natsuki, sorprendida—. ¿Por qué no?

—No sé... Demasiado dinero. Demasiados inconvenientes. Aunque no me haga mucho caso, de temas científicos no entiendo nada.

—Pero sí de personas, ¿no es así?

—De eso, algo más.

—Dígame lo que piensa, ¿cree que lo engaño? Sea sincero, no me enfadaré.

—Usted no.

—¿El señor Blaine?

—No creo que sea un ingeniero enviado por esa corporación.

—Explíquese.

—Este lugar es la Capilla Sixtina de la ingeniería, y él no ha mostrado el menor interés.

Natsuki meditó sobre lo que le decía antes de corroborarlo.

—Eso es verdad.

—¿Y qué me dice de su nombre?

—¿Qué pasa con él?

—Rick Blaine. Vamos, ¿quién se llama como el protagonista de *Casablanca*? El encargado de proporcionarle la documentación falsa o es un ignorante, o tiene un sentido del humor muy peculiar.

—El Café de Rick —musitó Natsuki, tras hacer memoria.

—Es un profesional eficiente y disciplinado —continuó Víctor—. Tiene un montón de información, pero hace uso de ella de una forma mecánica, sin pasión. Tampoco su mirada es la de un técnico de estructuras, se lo aseguro.

—No le sigo.

—Es sólo un presentimiento, pero yo diría que oculta algo. Al menos a mí.

—Le aseguro que yo tampoco sé nada de él —respondió Natsuki, molesta por la insinuación—. Lo conocí hace dos días.

—Si usted lo dice.

Víctor no quiso compartir todas sus sospechas sobre Rick con la doctora. La vida le había vuelto desconfiado y, aunque quería creer en su sinceridad, ya era demasiado mayor para cambiar. Por eso calló. Natsuki también secundó ese silencio y, durante los escasos minutos que duró, se dedicó a mirar el monótono y desolador paisaje que se veía a través de la minúscula ventana. No fue incómodo, más bien todo lo contrario, y ambos consideraron ese silencio como una tregua necesaria; un tiempo para contemporizar. Y así debió de ser ya que, cuando volvieron a hablar, habían olvidado la pequeña discusión y se mostraron dispuestos a adentrarse por los siempre sinuosos terrenos personales. Fue la doctora quien empezó —al fijarse en el anular desnudo de Víctor—, formulando una pregunta cuya respuesta creía conocer.

—¿Está usted casado?

—Lo estuve.

—¿Qué pasó? Si no es indiscreción.

—Ambos nos equivocamos. No era el momento, no éramos el uno para el otro... Quién sabe... La cuestión fue que nos separamos después del primer año. Lo decidió ella, antes de que nos hiciéramos más daño. Siempre se lo agradeceré.

—¿Hijos?

—No, y no los echo de menos. Además, hubiera sido un padre horrible.

—¿Por qué lo dice?

—Demasiado paranoico, veo depredadores en cada esquina. Habría vigilado a mis hijos constantemente. Los hubiera preparado siempre para lo peor. Me habría muerto de angustia mientras esperaba a que llegaran por las noches, y eso no hubiese sido vida ni para ellos ni para mí. Este mundo es una puta mierda, se lo aseguro, y yo no habría escatimado esfuerzos en demostrárselo.

—Entiendo —dijo Natsuki, y de verdad que lo entendía. En ese preciso momento había recordado lo que Rick le había contado sobre él: lo de su incidente cuando era militar, y luego lo del accidente en el batiscafo; y eso le llevó a comprender que cualquiera que hubiera pasado por unas experiencias tan traumáticas como éstas, era alguien predispuesto a convertirse en un misántropo.

—Dejemos de hablar de mí. Hablemos de usted.

—¿Qué quiere saber?

—¿Marido? ¿Hijos? Ya sabe...

—Ni lo uno ni lo otro. Soy científica en un mundo de hombres, ya sabe... —dijo Natsuki, rematando intencionadamente con la misma coletilla.

—Me hago a la idea. ¿Se arrepiente?

—Estoy bien sola. Me he acomodado.

—Pero tendrá padres, hermanos, sobrinos... Algún novio, novia, amigos...

—Cuando el señor Blaine habló de la bomba de Hiroshima... ¿Recuerda? —Víctor asintió—. Para él, como para la mayoría de la gente, sólo se trata de un acontecimiento, un dato más en un libro de historia. Para mí, sin embargo, representa un hecho terriblemente doloroso.

Víctor se mantuvo callado, creyendo comprender. Natsuki prosiguió.

—Mi padre era un niño cuando la bomba cayó. Estaba en el colegio, a las afueras de la ciudad. Se salvó, aunque murió toda su familia: abuelos, padres, tíos, hermanos... Se quedó solo. De mayor se casó con una chica también víctima de la explosión, otra huérfana. Él dice que fue el destino, yo pienso que los solitarios se buscan. No conocí a mi madre. La mató un cáncer de páncreas fulminante cuando yo era una bebé.

Natsuki hizo una pausa y se encogió sobre sí misma. Fue un acto involuntario, casi imperceptible. No obstante, Víctor se percató.

—No tenemos que hablar de esa etapa, si no quiere.

—No guardo recuerdos de ella. Eso lo hace más fácil —contestó, cogiendo aire—. Mi padre lo fue todo para mí. Padre, madre, hermano, amigo... No necesitaba nada más. Supongo que me acostumbré.

—Una historia triste —apuntó Víctor, con sinceridad—. Nadie debería estar solo, y menos un niño.

—Yo nunca lo sentí así. Tenía a mi padre, la persona más importante de mi vida. Aún lo sigo teniendo.

—Pero cuando somos mayores la cosa cambia.

—Cambió, tiene razón. El trabajo nos distanció. Cuando me siento sola, tengo esto —dijo Natsuki, señalándose la cabeza.

—Únicamente se aburren los idiotas, ¿no es así?

—Me inventé un mundo. Un mundo en el que vivo —prosiguió Natsuki, bajando la mirada—. Un mundo en el que me siento feliz.

—¿Se siente, o lo es?

—¿Hay alguna diferencia?

—¡*Touché!* —exclamó Víctor, simulando que recibía una estocada en el estómago y moría.

Natsuki rió abiertamente. Luego, se giró y perdió la vista en el paisaje abisal.

Víctor tiró la colilla al suelo, la aplastó justo al lado de donde estaba la anterior, y estiró brazos y piernas sin levantarse de la silla.

—Me mata la espera, ¿y a usted?

—Soy científica. La paciencia forma parte de nuestro ADN.

—En realidad no es la espera. Más bien se trata de la inactividad. Se ve que el mundo que tengo aquí dentro no es tan entretenido como el suyo —aclaró Víctor, dándose golpecitos en la cabeza con el índice mientras bizqueaba y sacaba la lengua—. ¡Qué se le va a hacer! Tiene que haber de todo, tontos y listos.

Natsuki volvió a reírle la gracia, siguiéndole la corriente. Ella había levantado su particular muro para sobrevivir, y lo había construido a base de trabajo; ese hombre tenía derecho a tener el suyo, en su caso fabricado con frivolidad e inmadurez mezcladas al cincuenta por ciento. En el fondo, ese español herido tenía razón, el mundo era una puta mierda.

Unos pasos apresurados resonaron en la amplia sala. Víctor y Natsuki se giraron de inmediato buscando su origen.

Era Rick, que se acercaba dando largas zancadas.



**RECAPITULEMOS**

Venía cubierto de sudor y con la respiración alterada.

Víctor le recriminó que se hubiera retrasado. Lo hizo con ironía, mientras golpeaba su reloj.

—¿Dónde se había metido? Ya nos íbamos a casa.

Rick lo obvió y se detuvo frente a Natsuki, que se mordía el labio inferior de pura impaciencia.

—¿Ha encontrado a alguien? —lo acució, imperiosa.

Rick negó con la cabeza. Natsuki cerró los ojos y respiró profundamente antes de soltar un suspiro.

—¿Qué quiere decir? —intervino Víctor—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Hay lugares donde no he podido entrar, algunas habitaciones y los laboratorios. Seguramente estén allí.

—No entiendo, ¿por qué no salen?

Rick no le contestó y se dirigió a Natsuki.

—Los códigos de apertura de las puertas no funcionaban. ¿Cree que puede deberse a un fallo en el sistema?

—Es posible.

—¿Tenemos comunicación con el exterior?

—Estoy en ello —contestó Natsuki, señalando la pantalla del ordenador donde las líneas de comandos seguían circulando a una velocidad increíble.

—Ya, ¿y cuánto piensa que tardaremos en tenerla?

Natsuki le resumió con desgana el trabajo que estaba realizando en el sistema, y finalizó dándole una respuesta imprecisa.

—No creo que quede mucho.

—Esperaremos —concluyó Rick, dándose la vuelta.

—¿Adónde va? —le preguntó Víctor.

—Vengo seco, amigo.

Víctor lo siguió hasta el bar mientras que Natsuki se dejaba caer en la silla, frente al ordenador, con un evidente gesto de fatiga.

Rick bordeó la barra, se introdujo detrás y comenzó a revisar las botellas. Víctor se acomodó en uno de los taburetes altos y se puso a observarlo sin que se diera cuenta.

—Si busca algo que le caliente las tripas, va listo —le dijo en un momento dado.

—No quiero alcohol —contestó Rick, azorado.

—Claro, claro.

Finalmente, Rick abrió el grifo y llenó un vaso de agua hasta el borde. Lo bebió de un trago y se sirvió otro.

—Vaya, pues sí que tenía sed.

Rick no contestó.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó de pronto Víctor, bajando la voz para evitar que Natsuki lo escuchara.

—¿A qué se refiere? —contestó Rick, acodándose en la barra.

—Vamos, no me tome por gilipollas.

—Ya ha oído a la doctora Kuriyama, hay un fallo en el sistema.

—¿Y el personal? ¿Dónde está la gente?

—¿Está usted sordo? —lo recriminó Rick, manteniendo un tono también bajo—. Le he dicho que hay lugares donde no he podido entrar. Seguramente estén en alguno de los laboratorios. El fallo los ha debido dejar encerrados.

—¿A todos?

—¿Por qué no? Oiga, no tengo que darle más explicaciones.

—Por supuesto, yo sólo soy el pringado que les hace de taxista.

—Exacto.

La mirada que cruzaron ambos hombres fue intensa. Rick fue el primero en relajar el gesto y en hablar.

—El último lugar que he registrado ha sido el Dique Inundable. He visto que se ha ocupado del batiscafo.

Víctor asintió, con cierto aire de desafío.

—¿Cuándo estará listo para partir?

Después de mirar su reloj, Víctor contestó.

—En unas seis horas la carga de las baterías será completa.

—Estupendo —se limitó a decir Rick, y se puso a hurgar en los armarios.

Víctor se bajó del taburete, bordeó la barra y se coló detrás. Al pasar junto a Rick le palpó con disimulo el costado derecho y luego se situó a su izquierda.

—Ya le he dicho que no hay ni güisqui, ni vodka... Ni siquiera una humilde botella de vino "peleón".

—Lo sé. Busco algo mejor —le contestó Rick, al tiempo que sacaba botellas vacías y las colocaba sobre la barra.

—¿Mejor?

—¡Aquí está! —exclamó, mostrando una botella que había encontrado en el fondo del armario.

—¿Se refiere a ese líquido verde? Ya lo había visto antes, parece jugo de alcachofas. O de algo peor.

—Lo fabrican aquí. No sé qué demonios lleva, pero dicen que es fantástico —explicó Rick, al tiempo que cogía dos vasos y los llenaba hasta la mitad. Su talante había cambiado, se mostraba más complaciente.

—Yo no pienso probarlo.

—Usted se lo pierde —dijo Rick, acercándose el vaso a la nariz—. Huele de maravilla.

—Seguro.

—Y tiene, además de un montón de vitaminas..., un 75% de alcohol.

—¡No me joda!

Rick dio un sorbo, lo paladeó y luego chascó la lengua en señal de satisfacción.

—Fuerte, pero muy bueno.

—Que no se diga que rechazo una invitación —sucumbió Víctor, cogiendo el vaso y echándose al colete un trago generoso.

Y luego otro.

—¡Está cojonudo! ¿Cómo sabía que...?

—Tengo un informe muy detallado de este lugar —le aclaró Rick, sin dejarlo terminar.

—Supongo que ese informe no se limitará a contar cómo destilan alcohol aquí a base de sabe Dios qué cosas.

—No le quepa duda —corroboró Rick, con cierto aire de descaro.

Víctor cogió la botella, llenó los dos vasos de nuevo y le ofreció uno a Rick.

—He vivido lo bastante para reconocer el miedo en los ojos de un hombre —dijo Víctor, a la vez que chocaba los vasos a modo de brindis—. Y también, para saber que el alcohol no sirve para una mierda.

—¡No sé de qué está hablando! —respondió Rick, envarándose.

—De nada, cosas mías —concluyó, vaciando el vaso de un trago y alejándose de la barra del bar.

Con paso decidido, Víctor se encaminó hacia la misma mesa donde antes estuvo fumando. Se sentó, cruzó los brazos sobre el regazo y cerró los ojos.

Rick lo observó un instante y luego se sirvió otro vaso. El líquido verdoso bajó por su garganta hasta su estómago, calentándolo. La sensación de bienestar duró poco, enseguida volvió a notar ese intenso frío que irradiaba desde el bolsillo superior de su camisa y llegaba hasta la última célula de su cuerpo.

El tiempo transcurrió sin que ninguno de los tres hiciera nada por hablar con los demás. Se mantuvieron alejados y en silencio, la misma actitud que tendrían si hubieran vivido una tragedia o estuvieran a punto de hacerlo. Fue un hecho

irreflexivo, aunque premonitorio, ya que a la media hora un pitido sonó en el ordenador de Natsuki y los peores presagios se confirmaron.

A pesar de encontrarse más lejos que Víctor, Rick fue el primero en llegar junto a la doctora. El gesto de derrota que descubrió en el rostro de ésta no dejaba lugar a dudas.

—¿Malas noticias?

—Me temo que sí —ratificó Natsuki.

Víctor hizo su aparición, se apoyó en la mesa, acercó la cara a la pantalla y comenzó a leer el mensaje en voz alta:

***"Funcionamiento de S.U.S.I. correcto.***

***Ningún error hallado en el sistema durante el proceso de purga.***

***Orden de Nivel 6 activa.***

***El interfaz de voz estará disponible en unos segundos".***

—¿Malas noticias? —se extrañó Víctor—. A mí me parece que todo va bien.

—No lo crea —lo contradijo Natsuki, y empezó a escribir en el teclado.

*Hola, Susi.*

***«Hola de nuevo doctora Kuriyama, me alegro de volver a hablar con usted».***

*Yo también. Por favor, muéstrame el listado de dominios y funciones del sistema afectados por la orden de Nivel 6.*

***«La recopilación de información tardará 10 segundos».***

Víctor aprovechó para acercarse a una silla y sentarse junto a Natsuki. Rick permaneció de pie, mirando la pantalla por encima de sus cabezas.

Pasado ese corto tiempo de espera, comenzó a aparecer texto.

- Memoria activa***
- Sistemas expertos***

- **Procesos inferenciales**
- **Rutinas e hipótesis de trabajo**
- **Motores de búsqueda en anchura parcial y exhaustiva**
- **Funciones combinatorias y de autoconocimiento**
- **Procesos de razonamiento**
- **Transferencia de datos**
- **Verificación y posterior validación de paquetes de acciones**
- **Bases de conocimiento**
- **Gestión de prioridades**
- **Módulo de estrategia**
- **Algoritmo primordial de...**

La lista ocupaba toda la pantalla, y, al final, en la esquina inferior derecha, aparecía: "Continúa".

—No entiendo una mierda —exclamó Víctor, girándose hacia Rick con la esperanza de buscar apoyo. Pero no lo encontró, ya que éste mantenía un rictus serio, con el entrecejo fruncido y los labios muy apretados, y ni siquiera lo miró.

Natsuki escribió algo y la pantalla se vació.

—Será más corto conocer qué nos deja hacer.

*Susi, ¿cuál es la disponibilidad del sistema?*

**«Permite realizar consultas usando tanto el interfaz de voz como el manual, siempre y cuando la información solicitada no se vea afectada por las limitaciones impuestas por la orden de Nivel 6».**

Natsuki bufó y se recostó en la silla, alejándose del ordenador.

—¿Me quiere explicar qué es todo este galimatías? —saltó entonces Rick.

—No hay fallos, pero el sistema está prácticamente bloqueado —simplificó Natsuki.

—¿Por esa orden de Nivel 6?

La doctora asintió, aunque sabía perfectamente que con eso no bastaría.

—¿Quién la ha dado?

Natsuki calló.

—¿Tenemos o no comunicación con el exterior? —preguntó Rick, impaciente.

—No. Antes tendría que anularse la orden.

—Pues hágalo.

—Ya lo he intentado. Llevo haciéndolo desde que llegamos. No es posible.

—Pues reinicie el sistema.

—Fue en lo primero que pensé. Habría que hacerlo de forma manual, pero es posible. El problema es que produciría un fallo catastrófico en el reactor. Nos quedaríamos sin energía durante el tiempo necesario para solventarlo, y perderíamos el soporte vital. A no ser que sea ingeniero nuclear, yo no lo haría.

Natsuki contestaba a las encendidas preguntas de Rick con voz monótona, ya que su cabeza libraba al mismo tiempo una batalla virtual en la que estaba perdiendo.

—¿Y entonces?

—Estamos atados de pies y manos —concluyó la doctora, usando un lenguaje que no dejaba lugar a dudas.

—¡Maldita sea!

—Hay una cosa que no entiendo. Usted ha creado el programa. Debería haberse guardado un as en la manga para situaciones como ésta —observó Víctor, con muy buen criterio.

—Y lo tengo. Sólo los usuarios con una clave de acceso al sistema de Nivel 6, lo tienen.

—¿Y por qué no lo usa de una puñetera vez? —exclamó Rick, visiblemente alterado.

—Porque ya ha sido usado.

—¿Usado? ¿Eso qué demonios significa?

Llegados a este punto, Natsuki se vio en la obligación de explicarles con más detalle el asunto del conflicto de órdenes. Cuando terminó, Rick preguntó por lo único que le interesaba.

—¿Quiere decir que alguien de Utopía, con Nivel 6 de usuario, ha provocado todo este caos?

—Sí.

—¿Y que estaremos incomunicados hasta que ese mismo usuario anule la orden?

—Exacto.

—Bueno, pues entonces todo solucionado —saltó Víctor—. Sólo tenemos que buscarlo y listo. ¡Ah no, si resulta que no sabemos dónde cojones está todo el mundo!

—¡Mierda! —gruñó Rick, asumiendo el verdadero alcance del problema.

—Imagino que sabrá de quién se trata —preguntó Víctor.

—Sí —contestó Natsuki, cabizbaja.

—Y yo también —añadió Rick.

Un golpeteo resonó en la Sala de Ocio e hizo que los tres se giraran sobresaltados buscando el origen. Parecía el ruido de zapatos chocando contra el suelo. Alguien se acercaba corriendo. Más de una persona. El sonido fue en aumento. Provenía del pasillo que llevaba al ascensor. Víctor se levantó de la silla, Natsuki permaneció sentada con los ojos muy abiertos y Rick se llevó la mano a la cadera derecha.

—¿Le duelen los riñones? —susurró Víctor—. Apostaría mis empastes a que se trata de una *Sig Sauer P-228*, la pistola favorita de los ingenieros de estructuras.

Rick no contestó, y se limitó a relajar el brazo.

El ruido de carreras fue en aumento, hasta que cesó de pronto; justo a la vez que aparecían varias personas vestidas con batas blancas en la entrada del pasillo. Eran tres, dos hombres y una mujer, y venían jadeando. Uno de los hombres era de raza negra, muy alto y corpulento, con la cabeza afeitada al cero. El otro era blanco, menudo. La mujer, también blanca, era la más joven de los tres; lucía una melena rubia sujeta por una coleta, y tenía el rostro rojo de congestión. Fue ella la que gritó, y lo hizo en un tono de urgencia tal, que a Víctor se le heló la sangre.

—¡Rápido, sígannos, aquí corren peligro!

Natsuki se levantó de un brinco y se quedó a la expectativa.

Rick no movió un músculo del cuerpo, limitándose a girar la cabeza en todas direcciones.



—¿Qué hacemos? —musitó Natsuki.

Como Rick no contestaba, fue Víctor quien tomó la iniciativa.

—Cuando alguien grita "corre", lo mejor es hacerle caso —sentenció, al tiempo que agarraba a Natsuki del brazo y tiraba de ella.

Rick siguió inmóvil. En su mente de soldado experimentado se había encendido una luz. Era naranja y destellante, e indicaba precaución.

**LAS IMÁGENES NO MIENTEN**

El miedo se inyecta con más efectividad que el valor, y eso bien lo sabía Rick. Como también sabía que se trataba de un sentimiento involuntario, controlado por el cerebro "*reptiliano*", y, por tanto, irracional. El miedo provoca una respuesta inmediata en las funciones pulmonar y cardíaca, que se aceleran para llevar más oxígeno a los músculos y al cerebro; y una dilatación en las pupilas, para aumentar la visión; ambas mejoras evolutivas destinadas a preparar el cuerpo para huir o luchar, para sobrevivir. No le extrañó que el piloto y la doctora eligieran la primera opción cuando vieron la cara desencajada de aquel trío de científicos. Se contagiaron de su miedo, y los siguieron a la carrera huyendo de una amenaza invisible. Él era distinto. Él estaba acostumbrado a pelear contra enemigos reales, a plantarles cara; a vencer, o a vender cara su vida si tenía que morir. Por esa razón no corrió, ni se dejó arrastrar por el pánico. Él se preparó para la lucha.

La carrera fue corta pero rápida. Se detuvieron frente a una puerta situada junto al ascensor, donde esperaban los científicos. El negro fue el que habló.

—Subiremos por la escalera. Los ascensores no son seguros.

Y, sin dar más explicaciones, abrió la puerta y desapareció seguido de sus colegas.

Víctor se quedó sujetando la puerta mientras Natsuki pasaba. Esperó a que llegara Rick, que venía caminando.

—¡Vamos! —lo espoleó.

—Esto no tiene sentido, ¿de qué huimos? —se cuestionó Rick.

—Ni idea, pero ya los ha escuchado: aquí corremos peligro. Y yo los creo.

—No me gusta.

—¡Joder, ni a mí! —exclamó Víctor, al tiempo que traspasaba la puerta—. Si no quiere venir, ahí se queda.

Rick puso un pie sujetando la puerta antes de que se cerrara. Dejó que tomaran unos metros de distancia, se levantó la camisa y sacó una pistola de la funda que llevaba sujeta al cinturón.

Se sintió reconfortado al notar el peso y el tacto del metal.

—¡Qué cabrón ese español! —dijo entre dientes, sonriendo.

Efectivamente, se trataba de una *Sig Sauer P-228* plateada con las cachas negras. Un modelo personalizado. Sacó el cargador, comprobó que estuviera lleno, metió una bala en la recámara —dispuesta para ser disparada— y puso el seguro. La sopesó de nuevo antes de volver a guardarla en su funda y adentrarse en el cuarto de escaleras. Ya no había nadie en el primer tramo, aunque escuchaba los pasos apresurados de los que subían. Él, sin embargo, lo hizo despacio. Al llegar al rellano y girar miró con precaución, atento a cualquier movimiento, invadido por recuerdos antiguos en los que cada recodo o ángulo muerto escondía la imagen congelada del cañón de un arma apuntándole a la cabeza. Al final de la escalera encontró otra puerta. El golpeteo de pisadas había cesado cuando apoyaba la mano en el pomo. En ese momento, el instinto de soldado se acentuó todavía más y le obligó a echar mano de la pistola antes de abrirla. Lo hizo con sumo cuidado, asomándose parcialmente. Vio un pasillo vacío, corto y escasamente iluminado. Nadie lo esperaba. Al fondo vio otra puerta cerrada, ésta con código de apertura.

Dudaba si salir al pasillo cuando la puerta se abrió y asomó la cabeza de Víctor.

—¡Venga, que es para hoy!

Con disimulo, volvió a guardar la pistola y se encaminó despacio hacia él, sin poder reprimir un cierto sentimiento de vergüenza. "¡Joder!, ¿qué demonios me ocurre?", iba pensando.

Él también había sido contagiado por el miedo, estaba claro, pero en su caso la respuesta había sido otra: un exceso de celo. Sabía perfectamente que se encontraba en Utopía y no en un puto agujero en mitad del desierto rodeado de enemigos armados. Allí sólo había indefensos científicos, ratones de biblioteca, y, no obstante, había perdido el control.

La reflexión surtió efecto.

Cuando traspasó la puerta de los Laboratorios Principales —una vez Víctor se echó a un lado— su gesto era relajado, el mismo que tendría un hombre que viniera de pasear por el bosque una bonita mañana de primavera.

—¿Qué hostias le pasa?! —lo recriminó Víctor.

—Debemos mantener la calma —contestó Rick, con aire de suficiencia.

—Le haré caso cuando oiga lo que estos científicos tienen que contar. Mientras tanto, seguiré con el culito bien apretado.

Dos de los científicos, los hombres, esperaron a que la puerta estuviera cerrada para empujar una pesada mesa contra ella.

—Hemos cambiado la contraseña, pero toda precaución es poca —dijo el negro, tras coger una gran bocanada de aire.

—Lo dicho —musitó Víctor, dirigiéndose a Rick—, con el culito bien apretado.

Natsuki había entrado la primera, detrás de la científica, y la había seguido hasta que ésta se paró junto a un gran armario. Respiraba con dificultad, sudaba copiosamente por la frente y tenía las mejillas incendiadas. Natsuki le concedió una tregua, el tiempo que pasó hasta que los demás llegaron a su lado; entonces, se acercó a ella y la miró fijamente a los ojos.

—Dígame, ¿dónde está el resto del personal? —soltó de pronto—. ¿Dónde está el doctor Kuriyama?

Víctor, sorprendido, arrugó el entrecejo y se giró hacia Rick como un resorte, pero éste ni siquiera se percató.

—¿Quiere decirme dónde está el doctor Kuriyama? —repitió Natsuki, ante el mutismo de la científica.

Hablaba mientras le agarraba ambas muñecas, zarandeándola. Pero no de una manera violenta, sino de la forma en que lo haría un psicólogo para ayudar a alguien bloqueado por un hecho traumático.

El científico de raza negra intervino y separó a Natsuki con delicadeza.

—Soy el doctor Foreman —dijo mirándola a los ojos, antes de volverse hacia Víctor y Rick para continuar con las presentaciones—. Él es el doctor Moore, y ella la doctora Cameron. Los tres somos biólogos marinos. ¿Y ustedes son...?

Rick dio un paso adelante.

—Yo soy Rick Blaine, ingeniero de estructuras contratado por la Corporación NeWorld.

Víctor carraspeó, irónico.

—Él se llama Víctor Miranda —continuó Rick, censurándolo con la mirada—. Es el piloto del batiscafo que nos ha traído hasta aquí. Y ella es la experta en informática responsable del programa que controla este lugar, la doctora Natsuki Kuriyama.

—Claro, ahora entiendo su interés —dijo el doctor Foreman, reflexivo—. Usted es...

—Sí —lo atajó Natsuki—. Soy la hija del doctor Kuriyama.

—¡Joder! —exclamó Víctor, entre dientes, apenas audible.

—Y ahora que ya sabemos quién es quién —intervino Rick, tomando el control de la situación—. ¿Pueden decirnos a qué ha venido este numerito? ¿Qué demonios pasa aquí?

—¿Y dónde está mi padre? —insistió Natsuki, subiendo el tono.

—Lo haremos, contestaremos a todas sus preguntas —admitió el doctor Foreman, echando un vistazo cómplice a sus colegas científicos—. Pero antes, vayamos a un lugar más cómodo.

Los Laboratorios Principales estaban situados en la planta 2 del Soma, justo encima de la Sala de Ocio. Eran enormes.

Ocupaban más de setecientos metros cuadrados. El ambiente que se respiraba en aquel lugar era incluso más extraño que en el resto de Utopía, debido al constante siseo que producían las numerosas neveras y, sobre todo, a esa mezcla tan inquietante entre lo viejo y lo nuevo. Las mesas, sillas, estanterías, vitrinas..., los paneles que separaban los distintos ambientes de trabajo y las paredes de las salas independientes —situadas a lo largo del perímetro— estaban pintadas de color salmón claro, y su diseño barroco y trasnochado contrastaba con el más moderno y funcional que lucía el equipamiento incluido posteriormente: blanco y de líneas más sencillas. El alto nivel de iluminación y la tonalidad neutra de la luz, emitida por las luminarias fluorescentes que colgaban del techo, eran los adecuados en un lugar de esas características; a pesar de ello, resultaban poco acogedores, incluso molestos para alguien que no estuviera acostumbrado a trabajar en ese ambiente. Y ni Víctor ni Rick lo estaban. Ni siquiera Natsuki, que era científica, desarrollaba su actividad en un entorno como aquél. Ella prefería los espacios más pequeños y agradables. Su lugar de trabajo, de no ser por las numerosas pantallas de ordenador y algún que otro dispositivo ultramoderno salpicado por aquí y por allá, parecería más el apartamento de una escritora de novela intimista que el laboratorio de una científica experta en inteligencia artificial.

El doctor Foreman los condujo hasta una de las salas independientes, situada en el perímetro. En la puerta había un cartel que decía: Sala de Reuniones. La abrió y se quedó esperando hasta que todos pasaron dentro.

—Por favor, tomen asiento.

La sala no era muy grande, unos veinte metros cuadrados. En el centro había una mesa ovalada de madera oscura llena de papeles desordenados, y a su alrededor sillones de piel negra. En total doce. En un lateral había un mueble bajo con cajones y una estantería con algunos libros. No tenía ninguna decoración, sólo una lámpara que pendía del techo produciendo una isla de luz sobre la mesa y manteniendo en penumbras el resto de la sala. Las paredes estaban desnudas y mostraban el gris mate

del acero. La más larga de las paredes era curva, ya que coincidía con la estructura del Soma; en ella se abrían dos ventanitas circulares del mismo tipo que había en toda Utopía.

Las luces del exterior seguían encendidas. Víctor se asomó a una de las ventanas y contempló el inmutable paisaje abisal antes de tomar asiento, junto a Rick. Al otro lado lo hizo Natsuki, a regañadientes. Los tres en un extremo de la mesa; en el otro, también juntos, se sentaron los científicos.

La tensión en aquellos instantes se podía cortar. Dos metros separaban ambos grupos, una distancia inmensa si se hubiera tratado de amigos o conocidos. Pero no lo eran. Los científicos se miraban los unos a los otros sin decidirse a hablar, invitando al otro a que fuera él quien rompiera el hielo.

Natsuki los espoleó de nuevo con una pregunta recurrente. La única que le importaba en ese momento.

—¿Qué pasa con mi padre? ¿Está bien?

El doctor Moore giró la cabeza. Primero hacia su derecha y luego hacia su izquierda, para mirar a sus colegas. Ninguno le devolvió la mirada. Cerró los ojos un instante y abrió los brazos en señal de aceptación.

—Está bien, hablaré yo —terminó diciendo.

Rick lo estudió. Se trataba de un hombre de mediana estatura, enjuto, de unos sesenta años, con el pelo revuelto de un gris casi uniforme, y gafas de concha. La imagen típica de un científico. Nada que ver con el aspecto de jugador de rugby que lucía el doctor Foreman, un afroamericano de unos cincuenta años, grande como una montaña; ni con el de la doctora Cameron, una atractiva rubia de ojos verdes que rondaría los treinta, y que ahora que había recuperado el color natural de su cara, habría podido pasar por una actriz de Hollywood recién maquillada para salir a actuar.

—Doctora Kuriyama, siento decirle esto —continuó el doctor Moore, tras una breve pausa—. Pero su padre...

—¿Qué? —se indignó Natsuki por el suspense, levantándose de la silla.

—Tranquilícese, por favor —trató de apaciguarla—. Su padre era un gran hombre de un talento inigualable. Todos lo

admirábamos y queríamos. Éramos sus amigos.

—¿Era? ¿Es que le ha pasado algo? —preguntó Natsuki, con la voz al borde del llanto.

El doctor Moore iba a responder cuando la doctora Cameron puso una mano sobre su hombro para callarlo.

Fue ella quien contestó.

—Su padre está vivo, y ése es el problema.

—¿El problema? ¿Qué estupidez está diciendo? —estalló Natsuki, dando un golpe con el puño en la mesa.

Tan alterada estaba, que Rick tuvo que intervenir.

—Cálmese, doctora.

—Sí, cálmese, seguro que todo esto tiene una explicación —lo apoyó Víctor, al tiempo que agarraba con delicadeza el brazo de Natsuki para que se sentara de nuevo.

—Lo que tenemos que contarles es muy duro. También para nosotros. Pero es necesario que conozcan la verdad. Nuestra vida, la de todos, depende de ello —continuó la doctora Cameron, tras tomar una bocanada de aire—. Todo comenzó hace diez días. Unos días antes ya habíamos notado un comportamiento extraño en el doctor Kuriyama. Lo veíamos taciturno, distante... Nos evitaba y pasaba mucho tiempo solo. Intentamos hablar con él, saber qué le pasaba, pero él se limitaba a decir que se encontraba bien, y que su aislamiento se debía a que estaba concentrado en su trabajo.

—Así es —corroboró el doctor Moore.

—Ni siquiera quiso que el médico lo viera —añadió el doctor Foreman.

Rick analizaba a los científicos. Lo hacía siempre, por pura costumbre. Aunque no se tratara de un objetivo, ni estuviera de misión, estudiaba a las personas. Le servía de entrenamiento para no perder músculo. Su primera evaluación siempre era concisa y eficaz: "el negro —se dijo— es el hombre de acción; el de las gafas, el cerebro; pero el líder del grupo es la rubia".

—Hace diez días, como les decía, la situación se agravó —prosiguió la doctora Cameron—. Esa mañana, el doctor Kuriyama no compartió desayuno con nosotros. Ni lo vimos en todo el día, hasta por la noche. A la hora de la cena apareció en



el comedor. Su mirada era febril, y su andar errático. Se sentó en una mesa apartada y comió solo. Cuando el doctor Foreman y yo nos acercamos para interesarnos por él, nos echó violentamente. Incluso llegó a amenazarnos con un cuchillo.

—¡No la creo! —espetó Natsuki.

—Nos gritó. Dijo que lo dejáramos tranquilo y se marchó a su habitación —continuó la doctora Cameron—. Aquella noche los tres teníamos trabajo y nos quedamos hasta tarde en el laboratorio. Eso, probablemente, nos salvó la vida.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Rick, inclinándose hacia delante.

—Esa noche, el doctor Kuriyama enloqueció.

El pecho de Natsuki subía y bajaba, tenía la tez lívida y la garganta paralizada, incapaz de pronunciar una palabra. Víctor agarró su mano y la apretó. Ella ni siquiera la notó, se encontraba al borde de un colapso.

—Explíquese —insistió Rick.

—Doctor Moore, por favor, ¿podría mostrarles las imágenes? —solicitó la doctora Cameron.

El doctor se levantó, fue a la estantería y cogió un ordenador portátil. Mientras lo manipulaba, la doctora Cameron siguió hablando.

—Lo que vamos a enseñarles son imágenes muy duras, ¿creen que ella está en disposición de verlas?

Rick asintió.

—Sea lo que sea, debe hacerlo.

—Está bien —concluyó la doctora Cameron.

El doctor Moore se acercó, dejó el portátil sobre la mesa, delante de los tres, y se quedó esperando. Natsuki miró la pantalla recelosa, mientras que Víctor y Rick se volcaron literalmente sobre ella.

La imagen congelada mostraba un pasillo vacío y una puerta cerrada. Era cenital, tomada desde una cámara situada en el techo, probablemente una esquina.

—La grabación corresponde al anillo exterior, a la zona de acceso al Nodo Sur —explicó la doctora Cameron—. Por favor, doctor Moore, adelante.

El doctor Moore obedeció, pulsó una tecla y el vídeo se puso en marcha.

Al poco de empezar, un hombre con bata blanca apareció en la pantalla. Venía corriendo y se detenía en la puerta.

—Es el doctor Melek. Era el encargado de la División de Cultivos —aclaró el doctor Moore.

—Estuvo con nosotros parte de la noche. Hasta que decidió irse a dormir —añadió el doctor Foreman.

El vídeo continuó con el doctor Melek tecleando en el panel de apertura de la puerta. Se le notaba muy nervioso. En un momento dado se giró, mirando al techo, y comenzó a mover los labios.

—Suponemos que hablaba con *Susi*. Lamentablemente el vídeo no tiene audio —explicó el doctor Moore.

Después de unos segundos en los que el doctor Melek, cada vez más alterado, insistía en teclear, apareció alguien a su derecha. No se le reconocía, estaba de espaldas, pero sí se veía que vestía bata blanca y que portaba un hacha.

Natsuki apretó la mano de Víctor, que continuaba agarrándola.

Lo siguiente sucedió muy deprisa. El hombre desconocido levantó el hacha y asestó un certero golpe, seccionando la mano derecha al doctor Melek.

Natsuki dio un brinco en la silla.

Víctor y Rick también se sorprendieron, echándose para atrás. Pero enseguida volvieron a meter las narices en la pantalla al comprobar que la escena continuaba. Esta vez desde una cámara distinta, que ofrecía un ángulo desde el que se podía ver el rostro del agresor.

—¡Dios mío! —exclamó Natsuki.

—¿Es su padre? —se atrevió a preguntar Víctor.

Natsuki asintió, temblando.

El vídeo terminaba cuando el doctor Kuriyama, con una mirada enloquecida, descargaba un terrible golpe de hacha sobre la cabeza del abatido doctor Melek, abriéndola por la mitad.

La última imagen fue tan desagradable que incluso Rick, que había visto de todo en su vida, quedó impresionado.

Víctor abrazó a Natsuki cuando ésta estalló en un llanto profundo y doloroso.

El doctor Moore bajó la pantalla del ordenador portátil y volvió a tomar asiento.

El silencio que se impuso en aquella sala duró hasta que la doctora Cameron lo rompió.

—El doctor Kuriyama ya había matado a todos los demás. Lo hizo esa misma noche, entrando en sus habitaciones, mientras dormían, antes de asesinar al doctor Melek.

—¡Eso no es posible! —gritó de pronto Natsuki, desembarazándose de Víctor.

—Lo siento, doctora Kuriyama —dijo la doctora Cameron—, pero es la verdad. Las imágenes no mienten.

—¿Cómo lo saben? —preguntó Rick—. Quiero decir, ¿cómo están tan seguros de que la secuencia de las muertes se produjo en ese orden?

—El golpe del hacha sobre el teclado provocó una avería que hizo saltar una alarma —contestó el doctor Moore—. *Susi* nos avisó. El doctor Foreman fue a comprobar lo que pasaba y se encontró con el pobre doctor Melek muerto, sobre un charco de sangre.

Rick asintió recordando que, al inspeccionar Utopía, la puerta que comunicaba el anillo exterior con el Nodo Sur estaba efectivamente bloqueada.

La doctora Cameron tomó el relevo.

—Cuando el doctor Foreman volvió con nosotros y nos contó lo que había visto, revisamos todas las cámaras. Imaginen nuestra sorpresa al reconocer al doctor Kuriyama entrar y salir de las habitaciones con el hacha en la mano; y luego, ver cómo asesinaba al doctor Melek.

—¿Miraron en las habitaciones? —quiso saber Rick.

—Esa misma noche no, estábamos aterrados. Nos encerramos en este laboratorio, dispuestos a pedir ayuda del exterior. Inútilmente, como saben.

—Sí —se limitó a decir Rick, invitándola a continuar.

—Antes de intentar establecer comunicación, el doctor Moore editó el vídeo que acaban de ver y lo guardó en una memoria USB. Gracias a eso se salvó. A los pocos minutos perdimos el acceso a la información, el control de *Susi*, y con ella de toda Utopía.

—También lo sabemos —asintió Rick.

—Nos quedamos aislados y amenazados por un... perturbado —completó la doctora Cameron, eligiendo con mucho tacto la palabra—. La situación era crítica. A la mañana siguiente decidimos salir del laboratorio. Aún albergábamos la esperanza de que alguno de nuestros compañeros siguiera con vida.

—¿Y?

—Todos estaban muertos. Algunos, terriblemente mutilados. Como si se hubieran ensañado con ellos —llegado a este punto, la voz de la doctora Cameron se quebró.

La siguiente pregunta de Rick la contestó el doctor Moore.

—¿Qué creen que le pasó al doctor Kuriyama?

—Sin duda sufrió un trastorno psicótico grave. Quizá motivado por una esquizofrenia latente. Si tuviera una predisposición genética a padecerla, es probable que unos determinados factores ambientales pudieran haberla desencadenado. No es una idea descabellada si piensan que llevamos aquí encerrados más de un año.

Natsuki, que se había mantenido en silencio, muy atenta a lo que decían los científicos, estalló.

—¡Mi padre no es un esquizofrénico!

—No he dicho eso —se disculpó el doctor Moore—. Sólo intento encontrar una explicación a lo ocurrido. El brote psicótico también pudo ser debido a un cuadro orgánico: como un tumor, una enfermedad autoinmune o una infección en el cerebro. Si a eso le añadimos las duras condiciones de trabajo, y el aislamiento al que estamos sometidos, podría ser la causa de su comportamiento homicida.

—¿Ha dicho una infección en el cerebro? —se interesó Rick.

—Sería plausible.

—¿Una infección provocada por un... virus?

—Por cualquier organismo patógeno. El doctor Kuriyama era, entre otras muchas cosas, microbiólogo. Parte de su trabajo consistía en estudiar, a nivel celular, los especímenes capturados. Pudo contagiarse con una bacteria, un hongo, un protozoo...

—¿Y un virus? —insistió Rick.

—Por supuesto.

Rick, instintivamente, se llevó la mano al bolsillo superior de su camisa.

Gesto que no pasó desapercibido para Víctor.

—¿Está pensando en algo concreto?

—Barajo todas las posibilidades, nada más —se justificó Rick, ante su pregunta.

—Y tiene razón —corroboró el doctor Foreman—. Muchos de los animales que capturamos pertenecen a especies desconocidas, de las cuales no sabemos absolutamente nada. Su biología es un misterio. Cualquiera podría haber sido el portador del agente patógeno. Incluido un virus.

—¿Y aquí? —preguntó Víctor, mirando de reojo a Rick—. ¿No pudo infectarse con algo que ya estuviera en Utopía?

—¿Aquí? No lo creo. Cuando bajamos, esto llevaba cerrado mucho tiempo —contestó la doctora Cameron—. No sé si está al corriente de todo el proyecto.

—No lo está —saltó Rick, molesto—. Es sólo el piloto.

—Sí, un puto piloto que ahora también está metido en este lío —espetó Víctor.

Rick evitó la confrontación y volvió a dirigir su atención hacia los doctores. Aún tenía muchas dudas que aclarar.

—¿En qué momento se dieron cuenta de que el doctor Kuriyama había tomado el control de *Susi*?

—Esa misma mañana, como ya les hemos dicho —contestó el doctor Moore—. Al tratar de contactar con el exterior, ella misma nos informó de que el sistema estaba restringido por una orden de nivel superior a la nuestra.

—Y se quedaron esperando, aquí, a que alguien viniera —afirmó Rick, abriendo los brazos.

—Exacto.

—¿Cómo supieron que habíamos llegado?

—Desde el incidente, hemos bajado al Dique de Inundación dos veces al día. Ante la falta de comunicación, era cuestión de tiempo que la Corporación NeWorld enviara a alguien para saber qué pasaba.

—Le aseguro que se trataba de un momento muy peligroso —intervino el doctor Foreman—. Él dispone de *Susi*, y, por tanto, controla las cámaras. Tiene ojos en todas partes. Nosotros estamos ciegos. No sabe lo difícil que nos resultaba salir a comprobar si había llegado el rescate. Cada esquina, cada recodo, cada puerta que abríamos... podía esconder el filo de su hacha.

—Pero ustedes son tres y él un hombre de setenta años. Y a usted, en concreto, se le ve muy en forma —insinuó Rick.

—Una persona con un trastorno psicótico puede multiplicar su fuerza y su velocidad por dos. Se vuelve implacable —se excusó la doctora Cameron, ante el mutismo del doctor Foreman, que parecía afectado—. Además, somos científicos, no gente de acción.

—Entiendo.

Rick cruzó los brazos y agachó la cabeza. De pronto, fue como si después de la batería de preguntas que había lanzado necesitara descansar.

Natsuki también parecía fuera de juego, sentada, con las manos sobre la mesa y la mirada perdida, igual que una muñeca de trapo que una niña hubiera abandonado cansada de jugar con ella. Por ese motivo, y a pesar del desprecio que Rick le había hecho, Víctor decidió continuar con esa especie de interrogatorio.

—Entonces, ¿controla las cámaras? —preguntó, inquieto, mirando en todas direcciones.

—No se preocupe—lo tranquilizó el doctor Moore—, en esta sala no hay. En el resto del laboratorio sí.

—Y dicen que llevan diez días sin salir. Sólo viajecitos rápidos al Dique de Inundación, ¿no es así?

Los tres científicos asintieron al tiempo.

—Dormir se duerme en cualquier parte, pero comer...

—Estos laboratorios tienen de todo —aclaró el doctor Foreman—. También disponen de una pequeña cocina que siempre procuramos que esté bien abastecida. Preferíamos comer todos juntos, en el comedor de la planta 3, pero a veces el trabajo nos obligaba a quedarnos aquí. Era una manera de no perder mucho tiempo.

—Muy previsores.

—Lo somos —contestó el doctor Moore.

—Bueno, ya le hemos contado el... terrible incidente que hemos sufrido —intervino la doctora Cameron, con intención de reconducir la conversación—, y la situación en la que se encuentra Utopía. Creo que ha llegado el momento de que nos digan qué piensan hacer ahora.

—Oh, bueno, eso no depende de mí —contestó Víctor.

—Comenzaremos a evacuarlos en cuanto las baterías de nuestro *minisubmarino* estén recargadas —terció Rick, imperativo, saliendo de su momentáneo letargo.

—Eso será en unas... tres horas y media —concretó Víctor, consultando su reloj.

—Ah, estupendo —se felicitó el doctor Foreman.

En el rostro de sus colegas también se dibujó una sonrisa.

—El batiscafo puede llevar a dos personas además del piloto —prosiguió Rick—. En el primer viaje irá uno de ustedes y yo. Es fundamental que informe cuanto antes a la corporación de lo sucedido. Luego, bajaré de nuevo y me quedaré aquí mientras se hace el segundo viaje. Si no me equivoco, con el tercer viaje habremos salido todos.

—No se equivoca —ratificó Víctor.

—¿Y mi padre? —preguntó Natsuki, en un tono desapasionado que denotaba un profundo abatimiento.

—Su padre, ahora, es un peligro para nosotros y para él mismo —dijo Rick—. No estamos preparados para intervenir. La corporación enviará a un equipo que sí lo esté.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible —resolvió Rick, cortante.

Natsuki lo miró desafiante.

—Rick tiene razón —medió Víctor—. Nosotros no podemos hacer nada. No se preocupe, se ocuparán de él, tenga confianza.

No fue un gesto de abdicación lo que vio Víctor en el rostro de Natsuki, sino más bien todo lo contrario.

—¡No me iré de aquí sin verlo! —dijo, levantando la voz.

—Eso sería muy peligroso —intervino la doctora Cameron.

—A mí no me hará nada, soy su hija.

—Ha matado a personas que conocía desde hacía más de un año. A gente con la que trabajaba y convivía a diario. A compañeros. A amigos. A gente que quería. Éramos como una familia —argumentó el doctor Moore.

—No me van a convencer. Esperaré a que vengan a buscarlo. Es mi última palabra —sentenció Natsuki, levantándose de malos modos y abandonando la sala dando un portazo al salir.

—Todo un carácter —dijo Víctor, llevándose las manos a la nuca.

—Dejémoslo estar —aconsejó Rick—. Llegado el momento, ya veremos.

—Usted manda.

A Rick le gustó la aceptación de Víctor, y se lo hubiera manifestado con algo más que un gesto de cabeza de no haber sido porque, de pronto, le asaltó una duda.

—Y ahora, si no les importa, voy a estirar las piernas —dijo Víctor, dispuesto a levantarse.

Rick lo detuvo, poniéndole una mano en el hombro.

—Espere, hay una cosa en la que no hemos pensado.

—¿En qué? —preguntó Víctor, tomando de nuevo asiento a regañadientes.

—Si ese jodido ordenador está ahora controlado por el doctor Kuriyama —expuso, haciendo partícipes con su mirada también a los tres científicos—, ¿cómo saldremos de Utopía?

—Pues tiene razón —admitió Víctor.

—Afortunadamente, el Dique Inundable, debido a su extrema importancia, está adscrito a un protocolo especial de actuación que obliga al Sistema Único de Seguridad Inteligente,



*Susi*, a asistir por defecto a cualquier batiscafo en el acceso o partida. Protocolo que, si se quisiera cambiar, habría que hacerlo entrando en la programación base del sistema. Cosa que nadie de aquí estaba capacitado para hacer, incluido el doctor Kuriyama —explicó el doctor Foreman.

—¿Seguro? —se preocupó Rick.

—La prueba es que ustedes pudieron entrar. Debemos confiar en que podamos salir —intervino el doctor Moore.

—Eso es mucho confiar —dudó Víctor.

—¡Joder, ¿cómo no lo habíamos pensado antes?! —exclamó Rick.

—No se preocupen. No habrá ningún problema —intentó tranquilizarlos la doctora Cameron.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué? —la desafió Rick, que había empezado a perder los nervios.

—En el peor de los casos, el Dique Inundable dispone de una opción manual.

—Eso es otra cosa —se tranquilizó Rick—. ¿Y es complicada?

—Sólo habría que hacer unos ajustes previos y tendríamos el control.

—¿Dónde? —intervino Víctor.

—En el propio Dique Inundable hay una pequeña sala donde se encuentran ubicados los sistemas de control específicos: apertura de compuertas, manejo de bombas de inundación y de achique, cabestrante... Una vez "puenteemos" a *Susi*, el manejo será exclusivamente nuestro. Y eso no será difícil.

—¡Cojonudo! —dijo Víctor, ufano.

A Rick aún le quedaba una respuesta por conocer antes de poder relajarse.

—¿Sabe alguno de ustedes hacerlo?

—¡Claro! —exclamó el doctor Moore—. Es muy sencillo, cualquiera de nosotros sabría.

—Bueno, entonces, todo solucionado —intervino Víctor, levantándose por fin de la silla.

—Todavía no —lo atajó Rick, deteniéndolo en seco cuando se disponía a salir de la sala—. No me gustan las sorpresas. Usted y yo iremos a comprobar lo que nos han contado sobre el Dique Inundable. Nos acompañará uno de ustedes —concluyó, mirando a los científicos alternativamente.

—Es peligroso —musitó el doctor Moore—. No será necesario, ya le hemos dicho que...

—Iré yo —dijo la doctora Cameron, tajante.

—¿Está segura? —se preocupó el doctor Foreman.

—Totalmente. El señor... Era Blaine, ¿verdad?

—Llámeme Rick.

—Rick... —repitió la doctora Cameron, mirándolo a los ojos — ... tiene razón. Debemos confirmar que todo funcione correctamente. Además, estoy convencida de que con estos caballeros estaré segura. ¿Cuándo quiere que lo hagamos?

—La verdad es que no haría falta que fuera ahora mismo —reculó Rick, azorado—. Tenemos tiempo hasta que se carguen las baterías del *minisubmarino*.

—Como usted quiera. Mientras tanto, podemos enseñarles los laboratorios. Tenemos cosas realmente interesantes aquí —sugirió la doctora Cameron, coqueta, acariciándose la coleta rubia—. Especímenes desconocidos que les encantarán. Luego, pueden comer algo si tienen hambre. Nuestra ensalada de lechuga, tomate y cangrejo abisal es deliciosa.

—No se sí... —dudó Rick.

La doctora sonrió, luciendo una dentadura blanquísima, y se dirigió a Víctor.

—¿Usted qué opina?

—Por mí, perfecto —balbuceó Víctor, aturullado por aquella sonrisa seductora y aquellos ojos verdes que lo miraban con intensidad.

"¿Son imaginaciones mías, o desde que se ha ido Natsuki la doctora Cameron está flirteando con nosotros?", se preguntó Víctor. "No es posible —razonó—, no es el momento". Él siempre se había sentido atraído por las mujeres inteligentes, y mucho más aún si eran tan atractivas como aquella, pero el hecho de que tonteara en esa situación tan delicada en la que se

encontraban, estaba fuera de lugar. Si es que realmente tonteaba. "Los hombres somos gilipollas —concluyó, rascándose el mentón—. Una cara bonita nos dedica unas palabras amables y empezamos a perder la cabeza".

Borrada por completo la disparatada fantasía, Víctor decidió dar por zanjada la reunión.

—Bueno, en vista de que hay cambio de planes. ¿Cuándo empezamos el *tour* por el "Museo de los Horrores"?

—¡Ja,ja,ja! Es usted muy ocurrente —rió la doctora Cameron—. El caso es que no le falta razón, algunos de los peces que hemos capturado son realmente pavorosos.

—Uh, qué miedo —dijo Víctor, siguiendo la broma.

—No se preocupe, estará en buenas manos, yo seré su guía.

La verdosa e intensa mirada que le dedicó la doctora le impactó de la misma forma que lo haría un hermoso atardecer. Y ese gesto suyo, mojándose los labios antes de hablar, provocó que se le cortara la respiración.

"Lo dicho —pensó Víctor, sacudiendo la cabeza antes de levantarse de la silla—, los hombres somos gilipollas".

Fuera, en los laboratorios, Natsuki caminaba de un lado a otro abrazada a sí misma. Estaba dolida, asustada, preocupada, triste... Pero, sobre todo, confusa. No lograba admitir que su padre fuera un enfermo. Algo no le cuadraba y necesitaba saber por qué. Su mente superdotada no era como la del resto de los mortales. La suya tenía la extraordinaria capacidad de sentir y razonar a la vez. Podía estar sufriendo un dolor inmenso por lo que había hecho su padre y, al mismo tiempo, reservar una buena parte de su cerebro para seguir trabajando en encontrar una explicación lógica a lo sucedido.

Cualquiera que la hubiera observado desde fuera hubiera pensado que, Natsuki, en aquel momento, era alguien bloqueado que andaba de un lado a otro como lo haría un oso enjaulado. Alguien roto, cuyo raciocinio estaba eclipsado por la negra sombra de la tragedia. Pero no podría estar más equivocado, ya que su mente funcionaba al cien por cien de su potencial. Gracias a su memoria casi fotográfica, había obtenido una gran

cantidad de información: imágenes, gestos, conversaciones... Hasta el detalle más nimio era capturado, convertido en dato y luego analizado mediante una combinación de razonamientos deductivos, abductivos e inductivos que cubrían todas las posibilidades. Y en ese proceso complicadísimo se encontraba en aquel instante. Por su cabeza pasaban miles de retazos de información de los que ella seleccionaba los más relevantes, para después componer cuadros tridimensionales con ellos. Instantáneas con perspectivas imposibles —similares a los dibujos de *M.C. Escher*—, que más tarde colocaba en un espacio infinito con el objeto de examinar y encontrar la solución al problema. Su metodología era aparentemente caótica y complicada; no obstante, a ella siempre le funcionaba.

Excepto en esa ocasión.

Desesperada por su fracaso, Natsuki repasó de nuevo los jirones de información que incluían sus "cuadros"; cosas tan variadas e inconexas como por ejemplo: la disposición de las lámparas en la Sala de Ocio, la charla de *Susi* con Víctor, las batas blancas de los tres científicos, el olor acre de aquellos laboratorios, los ojos de su padre en el vídeo, el hacha en sus manos, la luz cenital de la Sala de Reuniones, la mirada esquiva del doctor Foreman, el sonido que hacía Víctor al rascarse la barbilla, los silencios de Rick, los pulcros zapatos del doctor Moore, la última conversación que tuvo con su padre... Una enorme cantidad de datos que, una vez filtrados y observados minuciosamente, deberían llevar a una conclusión. Pero no lo hacían. O sí, pero no de la forma en que le gustaría a ella. Tozuda, Natsuki se negaba a admitir que su padre hubiera matado a toda esa gente a sangre fría, y, a pesar de ello, todos los razonamientos utilizados le llevaban al mismo resultado: su padre se había convertido en un psicópata asesino.

Abatida, se apoyó en la pared de acero, entre dos mesas llenas de instrumental de laboratorio, se dejó caer resbalando hasta quedar sentada en el suelo, colocó la cabeza entre las rodillas y se agarró los tobillos con las manos. La tremenda presión a la que tenía sometido a su cerebro se relajó. Necesitaba un descanso. Poco a poco, fueron desapareciendo

los datos, difuminándose los "cuadros" que los contenían, y encogiéndose el espacio infinito hasta convertirse en una lustrosa manzana que flotaba sobre una encimera de mármol. De repente se encontraba en una hermosa cocina pulcra y bien ordenada, la de su casa, relajada y dispuesta a cocinar. Una suave música se escuchaba de fondo, el aire olía a especias y el sol de media tarde entraba por la ventana. Todo era perfecto. Pero, cuando sus manos imaginarias cogían ya un cuchillo para pelar la manzana con la intención de usarla en uno de sus guisos favoritos, una nueva idea apareció en su cabeza. Lo hizo en forma de feroz viento, tirando cubiertos y sartenes al suelo, y revolviendo por completo la cocina que su mente había reconstruido. Tuvo que esperar a que la pequeña tormenta amainara para verla con claridad. Cuando el viento cesó, y la música se escuchó de nuevo, la idea se manifestó como una luz cegadora que desdibujó la cocina, dejándola a ella suspendida en una suerte de vacío cósmico de color blanco. En ese estado de ingravidez se le reveló. Era inquietante y revolucionaria, y proponía algo en lo que antes no había pensado. Un planteamiento ilógico en el que su padre dejaba de ser verdugo para convertirse en víctima.

Seducida por la nueva hipótesis de trabajo que exculpaba a su padre, sonrió. Fue breve, de inmediato el gesto serio volvió a su rostro.

"¿Pero víctima de quién?" —se preguntó Natsuki—. "O, ¿de qué?".

**VEINTICUATRO HORAS, NI UNA MÁS**

*Edificio Gretel de la Corporación NeWorld.  
Washington D.C. EE.UU.*

Marc Clayton pocas veces se quedaba en su despacho hasta pasadas las cinco de la tarde, y ya eran las seis. Y era aún más raro verlo a primera hora de la mañana. Él solía aparecer sobre las diez, cuando el resto del personal llevaba ya más de dos horas trabajando. No obstante, aquel día cambió su rutina. La noche anterior la pasó en vela, mirando el techo de su habitación sin poder conciliar el sueño. Se levantó cuando todavía no había amanecido, se duchó, desayunó un café solo y luego condujo su propio coche para ir al despacho. La mañana la había pasado mirando el teléfono. Los dos. El fijo, que descansaba sobre una esquina de su mesa; y el móvil, que había dejado junto al ordenador. Ni siquiera quiso que su secretaria lo informara de los asuntos de orden cotidiano de la empresa. No estaba para nada ni para nadie, únicamente le importaba Utopía. Se limitó a vegetar, permaneciendo sentado, con la mirada perdida, esperando una llamada que le dijera que se había restablecido la comunicación, que todo estaba solucionado. Pero ésta no llegaba. Ni tampoco la de aquel coronel poniéndole al corriente de la misión. Una misión en la que se jugaba mucho más que su puesto.

A las seis y veinte, tras una jornada en blanco, visiblemente cansado, descolgó el teléfono y pidió a Claudia que fuera a su despacho.

La puerta se abrió casi al instante y su secretaria, vestida con traje sastre color gris, zapatos de tacón y luciendo un recogido en su pelo rubio, apareció con su andar ligero y su cuaderno de notas entre las manos.

—Sé que tendría que haberse marchado hace un buen rato —se disculpó Clayton, cuando la tuvo delante de su mesa—, pero necesito que vuelva a intentar contactar con el coronel. Es muy importante.

Claudia no pudo evitar hacer un gesto de fastidio, soltando el aire entre sus labios después de hinchar un poco los carrillos. Tenía una paciencia de roca, y era muy profesional en su trabajo, pero la casi enfermiza insistencia de su jefe durante todo el día por hablar con ese militar había colmado su paciencia.

—He dejado varios mensajes a su asistente, en el Pentágono. Y es imposible conseguir su número personal, ya se lo he dicho.

—Necesito hablar con él —musitó Clayton, bajando la mirada.

—Está bien, probaré de nuevo —transigió Claudia, enternecida por el gesto casi infantil de desconsuelo de su jefe.

—Gracias. Luego, puede irse a casa.

Fue inútil. A las siete y media decidió marcharse él también.

Nada le contrariaba más que saber que estaba perdiendo el control sobre una situación; y estaba claro que, en relación al asunto de Utopía, no cabía duda de que así era. La angustia, el abatimiento y la frustración se desvanecieron cuando llegó al aparcamiento subterráneo del edificio Gretel donde tenía aparcado su Mercedes-Benz deportivo, para dejar paso a la ira justo en el instante en el que arrancaba su potente motor de más de 500 CV.

Condujo en dirección a su casa —situada en un barrio exclusivo de las afueras de Washington— como un auténtico loco, saliendo de los semáforos quemando rueda y sorteando a los coches que se encontraba en su camino con la determinación que lo haría un piloto de Fórmula 1.

Circulaba por la carretera que bordeaba el Potomac al doble de la velocidad permitida, con los ojos clavados en la trasera del próximo coche al que iba a adelantar, cuando el teléfono sonó. Con un pálpito, dirigió la mirada hacia la pantalla digital del salpicadero y leyó el nombre de su interlocutor.

**"Desconocido".**

Instintivamente redujo la velocidad antes de contestar, intuyendo de quién podía tratarse.

—¿Sí?

Y no se equivocó.

—¿Señor Clayton?

—Sí, soy yo.

—Creo que andaba buscándome —continuó la voz autoritaria que conocía perfectamente.

—¿Buscándole? ¡Claro que lo buscaba! ¡Llevo todo el día esperando noticias tuyas! —respondió Clayton, sin ocultar su enfado.

—Necesito que se tranquilice —sugirió el coronel Adams, manteniendo un tono firme.

Clayton apretó el volante de cuero con ambas manos como si quisiera romperlo. Luego las relajó, al tiempo que soltaba el aire de los pulmones en un ejercicio de contención.

—Es muy importante que entienda perfectamente lo que tengo que decirle —prosiguió el coronel.

Clayton, incapaz de conducir, se echó a un lado de la carretera y detuvo el coche sin llegar a apagar el motor. Por unos instantes, la última luz del atardecer compartió espacio con las farolas que acababan de encenderse, hasta que el Sol desapareció en el horizonte y la calzada quedó iluminada únicamente por lámparas de sodio de un color triste y deslucido.

—Lo escucho —dijo Clayton, impaciente.

—De madrugada el batiscafo se sumergió sobre el punto indicado.

—¿De madrugada?

—Problemas técnicos retrasaron su salida —simplificó el coronel, deseoso por ir al grano—. El descenso transcurrió sin incidentes hasta que, antes de alcanzar la profundidad de dos mil



metros, se cortó la comunicación. Parece ser que las contramedidas de Utopía estaban activadas.

—Entiendo —dijo Clayton, tamborileando con los dedos sobre el volante.

—Sin embargo, sabemos que el *minisubmarino* alcanzó el objetivo por el sonar del barco que lo transportaba.

—¿Está dentro?

—Desde hace casi cinco horas.

—¡Ésas son buenas noticias! —exclamó Clayton, incapaz de contener la alegría.

—Según se mire.

—¿Por qué dice eso?

—Como ya sabrá, aún no se ha restablecido la comunicación. Ni se ha usado la sonda de emergencia, ni el batiscafo ha vuelto a la superficie para informar. Seguimos como al principio.

—Es posible que el problema informático sea más grave de lo que pensábamos. Hay que darles más tiempo, seguro que la doctora Kuriyama terminará solucionando el proble...

—Señor Clayton —le cortó el coronel—. Dentro de veinticuatro horas, si seguimos sin noticias desde Utopía, activaremos el protocolo de seguridad.

—¿Se refiere a...? —titubeó Clayton.

—Sí. Créame, a mí tampoco me gusta la idea, pero será necesario.

—¡Mierda!

—Conocía los detalles de nuestro acuerdo.

—¡No! ¡No los conocía todos! —gritó Clayton, dando un golpe en el salpicadero—. ¿Por qué tanta prisa por actuar? Se trata de esa maldita Sala Negra, ¿verdad?

—Tengo a mi mejor hombre sobre el terreno —contestó el coronel, sorteando las preguntas—. Con instrucciones muy precisas. No enviaremos más misiones de rescate. Si mi hombre no puede solucionar el problema, nadie lo hará.

—Es muy precipitado —balbuceó Clayton, lastimero.

—Recuerde, veinticuatro horas, ni una más —concretó el coronel, inflexible—. Si pasado ese tiempo no recibimos noticias,

actuaremos. Usted cumplirá con su parte del trato, y yo con mi deber. Buenas noches, señor Clayton.

La señal de desconexión apareció en la pantalla táctil simbolizada por un teléfono rojo. Clayton se quedó mirándolo hasta que los ojos se le enturbiaron y el icono se fue desdibujando igual que si se sumergiera en unas aguas frías y oscuras, hasta desaparecer por completo.

## ***TERCERA PARTE***

**NUEVAS ESPECIES***Utopía*

El recorrido por los laboratorios comenzó con una visita rápida por los distintos departamentos de investigación, siendo los doctores Foreman y Moore los que se encargaron de ilustrar, con explicaciones someras, los trabajos que allí se llevaban a cabo.

—Aquí se realizan las pruebas de viabilidad nutricional de los especímenes capturados —dijo el doctor Moore, señalando una zona separada por mamparas en la que se veían varias mesas de trabajo llenas de material médico bastante desordenado.

—O sea, que se comen lo que pescan —apuntó Víctor.

—Una vez que los especímenes pasan las pruebas necesarias para determinar que son seguros, por supuesto que sí —corroboró el doctor Foreman—. No olvide que una de las finalidades de nuestro trabajo aquí abajo es descubrir nuevas fuentes de alimento para lograr la total independencia de la superficie.

—Y es posible, por lo que entiendo.

—No lo dude —intervino el doctor Moore—. Disponemos del apoyo de los cultivos de vegetales y de proteínas accesorias como los huevos que ponen nuestras gallinas, pero la base principal de nuestra alimentación la obtenemos directamente del mar.

—Pescando con el submarino teledirigido.

—Exacto —dijo el doctor Foreman—. Una dependencia arriesgada, si pensamos en una posible avería. Por esa razón, teníamos previsto proponer a los ingenieros un sistema de pesca nuevo. Algo más fiable.

Víctor afirmó con la cabeza antes de hablar.

—Entiendo. Ustedes son los conejillos de indias de un experimento.

—No lo simplifique tanto. Además de comprobar la posibilidad de vivir en futuras ciudades submarinas, nuestro trabajo aquí también incluye otros muchos aspectos.

—Como cuáles.

—Víctor —intervino la doctora Cameron, poniendo una mano en su hombro—, los fondos marinos son los lugares más desconocidos de la Tierra. Aquí desarrollamos un trabajo importantísimo. Fundamental a la hora de obtener datos sobre la evolución de las especies, y, por tanto, sobre nuestro futuro.

—Pensaba que eso de evolucionar hacía tiempo que ya no iba con los humanos.

—Y es verdad. Según nuestros estándares de vida actuales somos dueños de nuestra evolución. Pero, ¿qué pasaría si cambiaran? Si en un futuro no muy lejano, debido a una catástrofe natural o a un conflicto bélico, la superficie del planeta se volviera inhabitable, ¿qué sucedería entonces con la raza humana?

—¿Me está diciendo que la corporación para la que ustedes trabajan ha invertido un montón de pasta para que un puñado de científicos estudien cómo podríamos convertirnos en peces?

—¡No! ¡Ja, ja, ja! —rió la doctora Cameron—. ¡Qué cosas dice! Eso sería involucionar. Otra cosa muy distinta sería que los peces se convirtieran en humanos.

—¿Cómo?

—Gracias al estudio del vuelo de las aves, Leonardo Da Vinci fue capaz de diseñar los primeros prototipos de aviones. Me refiero a aprender de ellos. Cuanto más conozcamos sobre la vida en las profundidades marinas, más posibilidades

tendremos de mejorar, de ampliar nuestros horizontes, de perdurar en el tiempo.

—Vale. Estudian a sus habitantes.

—Ajá —confirmó la doctora Cameron—. Aquí abajo viven seres prodigiosos, créame. Animales que han sabido adaptar su cuerpo a condiciones de vida extrema, que viven y cazan en total oscuridad en una lucha permanente por la supervivencia. Muchos, aún desconocidos. Los humanos son arrogantes, pero tienen mucho que aprender todavía.

—Tenemos —puntualizó Víctor—. ¿O es que acaso los científicos se consideran una especie aparte?

—Oh, claro que no —admitió la doctora Cameron, algo azorada—. Era una forma de hablar.

Rick seguía a la comitiva sin intervenir, serio, incluso molesto. Comenzaba a pensar que no había sido buena idea lo de ocupar el tiempo de espera con aquella visita ridícula por los laboratorios. Tenía una misión que cumplir y cuanto antes la completara, mejor. Además, no le hacía ninguna gracia que aquel español curioso sacara tanta información de los científicos. Pero ya no había remedio. Tendría que aguantarse si no quería imponerse y con su actitud, asustarlos más. Por esa razón deambulaba el último, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón para que no se le notara la ansiedad.

En un momento dado, al mirar a su derecha, vio a la doctora Kuriyama sentada en el suelo, abrazada a sus rodillas y con el rostro oculto entre ellas. Sin miramientos, adelantó al doctor Moore y al doctor Foreman, llegó hasta Víctor, que continuaba charlando como un loro con aquella atractiva doctora, y llamó su atención agarrándolo del brazo.

—¿Qué pasa?

—Mire —dijo Rick, señalando con disimulo el lugar donde estaba Natsuki—. ¿No cree que tendríamos que hacer algo con ella?

—¿Qué? ¿Sentarnos a su lado, cogerle la mano y decirle palabras tiernas? —contestó Víctor, bajando la voz—. Acaba de enterarse de que su padre es un jodido asesino, para eso no

existe consuelo. Es una mujer fuerte e inteligente, mucho más que usted y yo juntos. Lo superará, ya lo verá.

—Dejémosla en paz. Le vendrá bien estar sola un rato — intervino la doctora Cameron, con brusquedad.

—¡Caray! —exclamó Rick.

Víctor lo miró y se encogió de hombros.

—Continuemos con la visita —añadió la doctora Cameron, insensible—, he dejado lo mejor para el final.

Caminaron siguiendo a la doctora, sorteando mesas de trabajo, aparatos de laboratorio, pilas de carpetas y las sempiternas vigas en ángulo que atravesaban el espacio desde el techo hasta el suelo, hasta que llegaron al fondo *norte* de los laboratorios, donde se disponían en línea un buen número de enormes armarios metálicos.

—Ya hemos llegado.

Víctor golpeó con los nudillos uno de ellos, haciendo sonar el metal.

—¿Guardan aquí a sus... monstruos?

La doctora le brindó una sonrisa cómplice y abrió la puerta del armario que estaba más a su izquierda.

—¡Joder! —exclamó Víctor, al ver el contenido.

—Algunos lo parecen, pero sólo hay que mirarlos con otros ojos, con otra perspectiva, para darse cuenta de que son realmente hermosos.

—¿En serio?

El interior del enorme armario estaba dividido en estantes, y en cada uno de ellos había recipientes de cristal de distintas formas y tamaños donde flotaban extrañas criaturas en un líquido transparente. Víctor señaló una de ellas. Se trataba de un pez de unos cuarenta centímetros de largo, con una enorme boca dentada y una antena que le salía de entre los ojos.

—Éste me suena.

—Claro, es un rape. En este armario tenemos los especímenes más comunes.

—Creo que a éste también lo he visto alguna vez — continuó Víctor, señalando otro frasco donde permanecía enrollada una especie de serpiente de gran cabeza.

—Es un pez pelícano, su carne es deliciosa —explicó la doctora Cameron—. Como la del cangrejo gigante que tiene en la urna de su derecha, o la del pez *uranoscópido* de su izquierda.

—Seguro que sí.

Víctor observó con detenimiento ambos. El primero no se diferenciaba mucho de un centollo, y el segundo le recordó a un besugo con esteroides. El que le llamó la atención estaba en un tarro de unos diez litros de capacidad. Mediría treinta centímetros, era de color rosado, con el cuerpo ligeramente alargado y formado por varios segmentos articulados, patas finas y cortas, y unos ojos diminutos de color negro.

—¿Qué es esto? Parece una enorme cochinilla.

—Se llama isópodo gigante, y es un animal increíble.

—¿En qué sentido?

—Son antiquísimos —intervino el doctor Foreman, tocando el frasco con auténtica devoción—. Pueden cazar o alimentarse de animales muertos. Cuando les falta el alimento, son capaces de permanecer cuatro años sin comer. Son los supervivientes extremos.

—¿También está rico? —ironizó Víctor.

—No era nuestro favorito, pero si no había otra cosa lo comíamos, ¿verdad? —dijo el doctor Moore a sus colegas, que asintieron casi imperceptiblemente.

A continuación se produjo un silencio tenso durante el cual, los científicos, se dirigieron miradas rápidas cargadas de una intención que Víctor no entendía. Quiso hacer partícipe de su confusión a Rick, pero éste se encontraba ajeno a la conversación, apoyado contra una mesa, con los brazos cruzados y mirando al suelo. Debió ser él quien buscara una respuesta en la doctora Cameron.

—¿Me he perdido algo?

—No, ¿por qué lo dice? —contestó ella, mostrando una sonrisa impostada.

—No sé, me ha parecido que...

—Vamos, le enseñaré algunos de nuestros últimos hallazgos —le atajó, volviéndose en dirección al armario que



había más a su derecha.

Rick no se movió de su sitio, y los doctores Foreman y Moore se quedaron a su lado. Cuando la doctora Cameron abrió la puerta del armario, sólo Víctor la acompañaba.

—¿Qué le parecen?

—*Puff*, son realmente aterradores —contestó Víctor, con los ojos muy abiertos.

—La jaula de capturas nos limita a especímenes de un metro de tamaño. Imagine las criaturas que pueden habitar los fondos abisales.

Víctor se acercó y observó con detenimiento los extraños animales que había dentro de los recipientes de cristal. Algunos parecían serpientes, con enormes mandíbulas dentadas. Otros se asemejaban más a crustáceos, albinos, ciegos y con descomunales pinzas; pero los que más le sorprendieron fueron aquellos que no le recordaban a nada que hubiera visto nunca. Como el que tenía justo enfrente, metido en un recipiente en forma de acuario de más de un metro de largo.

—¿Qué demonios es esto?

—Aún no tiene nombre —contestó la doctora Cameron.

El animal era gris oscuro. Su cuerpo se parecía al de una foca, pero su cabeza se asemejaba más a la de un cocodrilo; tenía seis ojos blancos en la frente y una boca en la que podían verse tres filas de dientes cónicos de más de cinco centímetros de largo. No tenía aletas, ni patas. De sus costados salían centenares de apéndices gelatinosos parecidos a los tentáculos de un pulpo o un calamar, aunque sin ventosas.

Víctor, casi pegada la cara contra el cristal, absorto, recorrió con la vista aquel ser de pesadilla hasta que se fijó en un detalle. En la parte inferior derecha de la urna había una etiqueta pegada en la que figuraban unas anotaciones con una fecha y la palabra: "desconocido".

—Veo que este bicho se atrapó hace tres meses —observó Víctor, volviéndose hacia la doctora.

—Exacto.

—¿Los guardan por orden cronológico de captura?

—Así es. En éste armario están los más recientes.

—De los especímenes desconocidos.

—Sí —confirmó la doctora Cameron, arrugando el ceño—. ¿Por qué lo dice?

Víctor no habló hasta que miró con detalle todas y cada una de las notas pegadas en los otros recipientes de cristal. Treinta y seis en total.

—Cuando estuve echando un vistazo por el Dique Inundable —dijo entonces—, entré en la sala del *microsubmarino* teledirigido que usan para pescar.

—La Sala de Capturas.

—Exacto. Allí vi un cuaderno con anotaciones.

La doctora Cameron lo miraba con los ojos entornados. Víctor continuó.

—Nombres de animales, fechas... Ya sabe, un registro de capturas.

La doctora asintió, sin entender adónde quería llegar.

—La última fecha anotada era de hace quince días, y en el casillero del nombre de la especie ponía: "desconocido". Sin embargo, la más reciente que tienen aquí es de hace treinta —prosiguió Víctor, señalando el interior del armario con ambas manos.

—Los nuevos especímenes son almacenados aquí después de haber sido estudiados en profundidad —contestó la doctora.

—Ya —soltó Víctor, en tono de decepción—. Es que, después de ver todas estas criaturas... inconcebibles, me gustaría ver esa última también.

—El protocolo que se sigue cada vez que se captura un ejemplar sin catalogar —explicó la doctora Cameron— es introducirlo en un recipiente presurizado y trasladarlo de inmediato a la cámara hiperbárica, donde se reproducen los parámetros de presión, oxígeno y salinidad del agua a profundidad abisal. La finalidad es que el espécimen permanezca vivo el mayor tiempo posible durante su estudio.

—Bien, ¿y dónde está esa cámara? —preguntó Víctor, girando la cabeza en todas direcciones.

—Lamentablemente no la tenemos aquí. Se encuentra en el Laboratorio Auxiliar, en el Nodo Este.

—Vaya, una lástima. ¿Y cómo es? El bicho, me refiero.

—Le defraudaría.

—¿Por qué?

La doctora se tocó el pelo, sonrió y se contoneó coqueta antes de responder.

—No es espectacular. Nada de fauces enormes, ni dientes, ni apéndices. Un ser muy simple y, sin embargo, extraordinario.

—¡Joder! —exclamó Víctor—, ahora sí que me ha despertado la curiosidad.

—Tenemos fotos. Luego se las enseño.

—Genial.

A unos metros de distancia, Rick no dejaba de frotarse las manos y de pasear de un lado a otro incapaz de estarse quieto, en lo que él mismo interpretó como un ataque de ansiedad de grado medio. Durante los últimos minutos se había dado cuenta de lo estúpido e irresponsable que estaba siendo. Tenía una misión que cumplir, y, además, no veía el momento de deshacerse de esa carga que llevaba en el bolsillo de su camisa y que le oprimía el pecho como una losa de una tonelada. Decidido a ponerle remedio, cogió una gran bocanada de aire y la soltó produciendo un inequívoco sonido de fastidio que llegó a oídos de todos.

—Señores, ¿qué les parece si damos por concluida la... "visita guiada"? —terminó diciendo, elevando la voz.

—Creo que su amigo se ha cansado de esperar —susurró la doctora Cameron, acercándose a Víctor.

—No es mi amigo. Pero sí, tiene razón. Veré lo que quiere.

—Lo acompaño.

Rick los vio acercarse, y los esperó con los brazos en jarra. Cerca de él estaban los doctores Foreman y Moore, sentados uno al lado del otro, en sendas sillas, con la espalda muy recta, las rodillas juntas y las manos apoyadas en el regazo, componiendo una estampa que a Víctor le resultó, cuanto menos, peculiar. Los miró un instante y luego se dirigió a Rick.

—¿Qué pasa?

—¿A usted qué le parece? —le soltó, visiblemente alterado—. Tenemos un trabajo muy importante que hacer y estamos

aquí perdiendo el tiempo, viendo... peces.

—Pero usted dijo antes que...

—¿Acaso no se da cuenta de lo delicada que es la situación en la que nos encontramos?

—Oiga, ¿qué bicho le ha picado de repente?

—Ninguno. Yo voy a comprobar el sistema de apertura del dique. Usted, quédese aquí si quiere —contestó Rick, desafiante.

—Me parece cojonudo. ¡No te fastidia! —replicó Víctor, encarándose con él.

La tensión entre los dos hombres se disparó. Muy juntos. Mirándose fijamente a los ojos. Las mandíbulas apretadas. El ceño fruncido. Los puños apretados... Hasta que Rick cedió, relajó los músculos y miró alternativamente a los científicos antes de hablar.

—¿Quién de ustedes me va a acompañar?

—Le dije que iría yo —admitió la doctora.

—Iremos nosotros —sentenciaron los doctores Foreman y Moore, casi a la vez, al tiempo que se levantaban de las sillas.

—Perfecto. Mientras, usted y yo comeremos algo. ¿Qué le parece? —concluyó la doctora Cameron, muy resuelta, colgándose del brazo de Víctor.

Rick se encontraba demasiado preocupado para fijarse en los detalles, pero para Víctor la extraña situación no pasó desapercibida. Sin embargo, la obvió y se dejó arrastrar por la doctora Cameron que, sin soltarse de su brazo, lo guió por el laboratorio.

—¿Adónde me lleva? —preguntó Víctor.

—A la cocina, ¿adónde si no?

—Bien.

Mientras se alejaba —acompañado por la doctora como si fuesen a una fiesta—, Víctor giró la cabeza y vio a Rick y a los científicos dirigirse a toda prisa hacia la puerta de salida. También tuvo tiempo de comprobar que Natsuki continuaba sentada en el suelo, en la misma posición exacta que tenía al principio. "¡Qué raro es todo esto!", se dijo, pero se dejó llevar por las circunstancias.

En ese mismo instante, en el Laboratorio Auxiliar situado en el Nudo Este, el doctor Kuriyama dormitaba en el suelo. Se había pasado las últimas horas intentando forzar la puerta hasta que, extenuado, su cuerpo se había rendido. Su cabeza flotaba dentro de una ensoñación, pero una parte de su cerebro continuaba despierto. Gracias a eso, pudo escuchar y reconocer el "clic" que sonó. Se trataba de la cerradura de la puerta, e indicaba que ésta había sido desbloqueada. De un brinco se levantó del suelo y fue a comprobarlo.

No se lo había imaginado, el *display* de la cerradura estaba de color verde.

El corazón le comenzó a latir muy deprisa y notó un sudor frío cubriendo su espalda. Movi6 la manija y la puerta se abrió. Excitado, conteniendo la respiración, se asomó al pasillo. Estaba vacío. "¿Cuánto tiempo ha pasado?", se preguntó, consultando su reloj. "Demasiado", se respondió, sintiendo una punzada de dolor en las sienes. Debía intentarlo, quizá todavía no fuera demasiado tarde.

Se volvió y recogió el hacha del suelo.

Antes de salir se detuvo, alarmado por la imagen reflejada en el metal bruñido de la puerta; en ella vio a un hombre encorvado, vestido con una bata blanca cubierta de sangre y las manos aferradas al mango de madera de una enorme hacha. Se fijó en el rostro demacrado y no se reconoció. El hombre que lo observaba tenía el pelo revuelto, la boca apretada en un rictus salvaje y unos ojos enrojecidos que lo miraban desde más allá de la locura.

Aquel hombre no podía ser él y, sin embargo, lo era.

**JESSICA RABITT**

La cocina de los Laboratorios Principales era pequeña y funcional, pero no le faltaba un detalle. Había muebles altos y bajos, cajoneras, fregadero, placa eléctrica, campana extractora y hasta un frigorífico de dos puertas de más de dos metros de alto. También tenía un botellero junto al fregadero, y, en el extremo más alejado, una mesa redonda con cuatro sillas. Todo era de color verde claro combinado con blanco, de formica y perfiles de aluminio. Todo de lo más moderno que podía encontrarse... si estuvieran en los ochenta, claro. Incluso la lámpara de pantalla que colgaba del centro —que aportaba una luz acogedora a la estancia— le recordó a Víctor a una que tenían sus padres en su casa de Cartagena, cuando él era un niño.

—¿En qué piensa? —le preguntó la doctora Cameron, al verlo inmóvil, recorriendo la cocina con la mirada

—La decoración. Es chocante.

—¿Chocante? Es horrible. Yo ya me he acostumbrado después de un año, pero al principio... Era como estar viviendo una pesadilla.

—Supongo que eso no sería lo peor.

—¿A qué se refiere?

—Vamos, no me diga que vivir aquí abajo, encerrada en este enorme ataúd, sin poder salir nunca, ni ver la luz del día... Yo me moriría.

—Ha olvidado añadir: "rodeada de aburridos científicos".

—Eso lo ha dicho usted.

—Vivir es lo importante. Un año más. Un día. Unas horas... Créame, si no tuviera otro remedio se aclimataría. Terminaría viendo el lado positivo de la situación.

—Espero no tener que darle la razón nunca.

La doctora apretó los labios antes de cambiar de tema con brusquedad.

—Voy a preparar algo de comer.

—Por mí no se moleste.

—Tengo hambre.

—¿En serio?

La doctora Cameron fue hacia el frigorífico y lo abrió.

—La verdad es que no. Pero esto es maravilloso, ¿no le parece? —preguntó, mostrando una lechuga en la mano—. Disponer de comida en todo momento, sin tener que luchar por ella, sin temer ser devorado por otros depredadores... Apetece comer sin hambre, la verdad.

—¡Joder, habla como si antes de estar en Utopía hubiera vivido en el Pleistoceno! Los humanos superamos esa etapa hace ya algunos añitos por si no se ha enterado —apuntó Víctor, socarrón—. Sustituimos la lucha por la supervivencia del más fuerte por largas jornadas de trabajo aguantando a jefes; no te comen pero, si son muy cabrones, te pueden joder bien jodido.

La cara de la doctora Cameron se puso muy seria un instante, para luego mostrar una sonrisa forzada a la que Víctor ya empezaba a acostumbrarse.

—Bromeaba, es que me gusta cocinar. Me tranquiliza —dijo finalmente, volviéndose para seguir cogiendo cosas del frigorífico.

—Perfecto, ¿quiere que la ayude?

—No será necesario —declinó la doctora—. Siéntese. Enseguida termino. Seguro que cuando vea el plato no podrá resistirse.

Víctor obedeció, fue hacia la mesa y eligió una silla desde la que pudiera verla. Estuvo tentado de sacar un cigarrillo pero se contuvo, y mató el tiempo observándola trajinar mientras

preparaba la comida. No tuvo que esperar mucho. En unos minutos había terminado.

—Listo —anunció la doctora, dándose la vuelta con un plato en cada mano.

Víctor había accedido a acompañarla porque le apetecía una copa, aunque fuera de ese extraño brebaje verde, y no para comer. Con las tensiones vividas tenía el estómago cerrado y dudaba mucho que aquella mujer hubiera sido capaz de preparar algo tan succulento como para que se lo abriera.

Y no se equivocaba.

Cuando la doctora Cameron colocó los dos platos en la mesa, antes de sentarse frente a él, la comida que vio era de lo menos apetecible que había visto en su vida.

—Ya le dije que...

—Vamos, pruébelo —le invitó ella—. Le gustará.

No sólo era poco apetecible sino que, una vez lo observó con detenimiento, el plato resultaba repulsivo. Sobre unas cuantas hojas de lechuga mustias y mal cortadas, reposaban varias rodajas de pescado crudo de medio dedo de espesor que mostraban una textura gelatinosa y un insólito color grisáceo. Incluso, a la distancia a la que se encontraba de la comida, Víctor tuvo que contener la respiración para dejar de oler el fuerte aroma a pescado pasado de fecha que desprendía.

Aún así, por educación, mintió.

—Tiene una pinta magnífica, aunque me temo que soy incapaz de dar un bocado.

—Venga, está riquísimo. Además, crudo mantiene todas las vitaminas —insistió la doctora, al tiempo que pinchaba un trozo de pescado con el tenedor y se lo llevaba a la boca.

—De verdad que lo siento —zanjó Víctor, alejando el plato con disimulo.

—Está bien, como quiera.

La doctora dejó de hablar y se limitó a comer. A engullir más bien, sin levantar la vista del plato. Víctor evitó mirarla. Se sentía incómodo. Y arrepentido por haberse dejado convencer por aquella mujer y no ir con Rick o quedarse junto a Natsuki, que hubiera sido lo más lógico. Se le acrecentaron las ganas de



fumar. En un acto casi involuntario, sacó el paquete de tabaco y lo puso sobre la mesa. "Ya está hecho", pensó, y cogió un cigarrillo.

—¿Le importa que fume? —dijo, poniéndoselo en los labios.

La doctora lo miró con los ojos muy abiertos, sin dejar de masticar. Luego, negó mientras tragaba. A Víctor le cupo la duda de si, con su negativa, contestaba a su pregunta o si, por el contrario, le prohibía hacerlo. Su contestación verbal se lo aclaró.

—Aquí abajo nadie fumaba. Me gustaría probarlo. ¿Está bueno?

—Pues... no sabría decirle —contestó Víctor, confundido—. No creo que le guste.

—Vamos, fume, fume —lo animó, al verlo paralizado con el mechero en la mano.

Finalmente, Víctor encendió el cigarro, dio una larga calada y expulsó el humo apuntando hacia el techo. Dio otra más antes de levantarse de la silla y dirigirse al fregadero, donde se acodó pensativo.

Llevaba medio cigarro cuando la doctora terminó de comer y se encaminó hacia él contoneándose.

—Veamos qué tal sabe esto —le dijo, quitándole el cigarro de la mano y llevándose a los labios después de pasarse la lengua por ellos.

La calada que dio la acompañó de un lenguaje corporal que no dejaba lugar a dudas: cabeza hacia atrás, cigarro cogido con dedos índice y corazón, mirada entornada... Completó el catálogo de clichés de seducción al expulsar el humo juntando los labios, igual que si lanzara un beso al aire. Y todo, sin dejar de mirar a Víctor directamente a los ojos.

—Extraño sabor —terminó diciendo.

—Ya se lo advertí. A nadie le gusta la primera vez —dijo Víctor, sugerente, contagiado por la situación.

La doctora le devolvió el cigarro y se dio la vuelta.

—Sabe —empezó a decir, pasándose la mano por el pelo—. Tenía razón. Vivir aquí abajo ha sido muy duro. Pero no por

las razones que usted cree.

Víctor apuró el cigarro y lo tiró al fregadero.

La doctora continuó, melosa e insinuante.

—Durante las largas jornadas de trabajo me olvidaba, pero al llegar la noche, en la soledad de mi habitación, sentía el vacío. Todos necesitamos unos brazos, un cuerpo en el que refugiarnos, unos labios que nos den consuelo —concluyó, girándose.

Víctor estaba enmudecido.

—Un año rodeada de aburridos científicos, ¿recuerda? —preguntó retórica, adelantando una mano para acariciar el mentón a medio afeitado de Víctor.

Éste retiró la cara, abrumado. En cualquier otra circunstancia hubiera aprovechado la oportunidad. Aquella doctora era un "cañón", y estaban bastante claras sus intenciones. Sin embargo, algo no le cuadraba.

"¿Qué demonios está pasando aquí?", se preguntó Víctor. Le vino a la cabeza la escena de hacía un rato, con los doctores Foreman y Moore hablando y moviéndose al mismo tiempo, como si fueran una pareja cómica. Uno, alto y fornido; y el otro, bajo y escuchimizado, igualitos que "*Laurel y Hardy*". Y ahora veía a esa doctora insinuándose descaradamente, tan caliente como una plancha. "Que el diablo me lleve si no es idéntica a Jessica", se dijo, recordando a la mujer fatal de dibujos animados que traía loco al bueno de *Bob Hoskins* en la película "*¿Quién engañó a Roger Rabitt?*"

La doctora se le acercó aún más y le susurró al oído.

—Una mujer tiene sus necesidades.

Víctor se escabulló como pudo y logró apartarse un par de metros. Aquello era demasiado, y, aunque iba en contra de su naturaleza, la razón se impuso.

—Lo siento —se disculpó la doctora—. Me he dejado llevar.

Debía largarse de allí de inmediato, y tenía la excusa perfecta.

—Voy a ver cómo se encuentra la doctora Kuriyama —concluyó Víctor, evitando mirarla.

—Espere —lo detuvo la doctora Cameron, relajando el tono de voz y haciéndolo más natural—. Tomemos una copa antes. Como harían un par de amigos.

Víctor dudó.

La doctora fue al botellero y cogió una botella que contenía aquel líquido verde.

—Por favor... —suplicó, moviéndola en el aire.

—Está bien —claudicó Víctor—. Pero sólo una copa.

La cocina no estaba muy lejos de donde se encontraba Natsuki. Gracias al silencio y a la buena acústica del laboratorio —mejorada por el acero, las paredes curvas y el infinito volumen de agua que rodeaba el Soma— se escuchaban las voces de Víctor y de la doctora Cameron, aunque no se entendían bien sus conversaciones. Natsuki hacía rato que se había tomado un descanso de sus intrincados análisis, y les prestaba atención. Aguzando el oído, había reconocido el tono distendido, y palabras sueltas aquí y allá que completó con frases lógicas para componer, después, una conversación completa. El resultado que obtuvo le pareció de lo más inadecuado. No llegaba a estar indignada, pero sí defraudada; tanto con aquella doctora —compañera de trabajo de su padre durante más de un año— como con Víctor, del que había empezado a formarse una opinión positiva.

"¡Qué se le va a hacer. La vida es así!", pensó, limpiándose las lágrimas secas con la manga del jersey.

Notó las piernas entumecidas, y un naciente dolor en la espalda por la posición forzada en la que había estado tanto tiempo. Se levantó y paseó por el laboratorio. Sabía que Rick y los otros dos científicos se habían ido, ya que les escuchó hablar y luego mover el mueble que bloqueaba la puerta de salida. Por tanto, se encontraba sola. O eso le hubiera gustado. Unas risitas contenidas de mujer resonaron contra las paredes, cabreándola definitivamente. Iba a ponerle remedio, cuando el ordenador de la mesa donde se había detenido hizo un ruido y se encendió. En la pantalla apareció un pasillo vacío, y, enseguida, la figura de un hombre que corría por él. La imagen cambió. Entonces vio

un ascensor donde el hombre se detenía un rato, hasta que éste llegaba y se introducía en él. En la tercera imagen que se mostró en la pantalla aparecía otro ascensor del que salía, al cabo de unos segundos, el mismo hombre. En estado de shock, Natsuki tuvo que apoyarse en la mesa y luego sentarse en una silla para no caerse. Ese hombre era su padre, y si no estaba equivocada sabía adónde se dirigía.

Un trago llevó a otro. Y éste, a otro más. Víctor tuvo que quitarle la botella de las manos a la doctora Cameron para que no siguiera llenando las copas. Y no porque él se encontrara afectado por el alcohol o no le apeteciera continuar bebiendo, sino porque los ojitos chispeantes de ella, su risita incontrolada y su lengua de trapo, así se lo aconsejaron.

—Vamos, no sea aguafiestas —se quejó la doctora Cameron.

—Creo que ya ha bebido suficiente.

—Venga, una más.

—No —zanjó Víctor, colocando el tapón de corcho y ajustándolo al gollete de la botella de un golpe seco con la palma de la mano.

—La última, por *favoor* —suplicó, pícara.

Víctor se encontraba recostado contra la encimera. La doctora se colocó delante cerrándole la salida. Intentaba arrebatarse la botella, aunque sin mucho entusiasmo. En realidad estaba jugando.

—¿Sabe que de cerca tiene unos ojos muy bonitos? —dijo de pronto, a un palmo de la cara de Víctor, abriendo la boca.

—Ya. ¿Y usted sabe que está un poco borracha?

—Es posible, pero eso no cambia nada —contestó la doctora, poniéndose muy seria.

—Yo creo que sí —la contradijo Víctor, echando la cabeza hacia atrás para evitar sus labios.

—Más de un año rodeada de aburridos científicos... ¿Tengo que recordárselo una vez más? —insistió la doctora, acercando de nuevo su boca a la de Víctor, que esta vez tuvo que girar la cara para que no lo besara.

—Déjelo.

—¿En serio no le apetece?

—En serio.

La doctora se separó y entornó los ojos.

—No le creo. Preguntémosle a ella —terminó diciendo, al tiempo que llevaba una mano hasta la entrepierna de Víctor.

—¿Qué hace? —dijo éste, sorprendido.

La doctora no contestó. Apretó la mano y luego comenzó a restregarla con auténtica lascivia. Aprovechando su inmovilidad se echó encima y apretujó su pecho contra el de él, buscando su boca. Víctor notó el aliento caliente en el cuello, y su respiración entrecortada. Iba a sucumbir, sumergiéndose de lleno en aquellos labios lúbricos que lo invitaban, cuando oyó un ruido fuera de la cocina. Alguien movía una silla. A continuación, escuchó una voz que lo llamaba.

—¡Señor Miranda! ¡Señor Miranda!

Era Natsuki.

Intentaba separarse de la doctora Cameron justo en el momento en el que apareció en la puerta. Los miró un instante, sin decir nada, y luego se dio la vuelta.

Víctor, azorado, consiguió desembarazarse de la doctora y fue tras ella.

Al salir de la cocina la vio correr en dirección a la salida. Logró alcanzarla en la puerta.

—¿Qué sucede? —le preguntó, sujetándola por la muñeca.

A Natsuki le temblaban los labios.

—He visto a mi padre.

—¿Su padre? ¿Cómo? —se extrañó Víctor.

—Parecía... —comenzó a decir, con la voz al borde del llanto.

—¿Qué parecía?

Sus ojos rasgados desaparecieron, y una lágrima nació de cada uno de ellos casi al mismo tiempo.

—El hacha. Llevaba el hacha —repitió, con voz monótona.

Sacudió la cabeza como si saliera de una ensoñación, se tensó, abrió mucho los ojos, se deshizo sin miramientos de la mano que la retenía y echó a correr por el pasillo.

—¿Adónde va? —gritó Víctor.  
Pero Natsuki ya no le contestó.

**COBARDES**

Rick tomó muchas precauciones mientras se dirigían hacia el Dique de Inundación, pero no tantas como los doctores Foreman y Moore, que no dieron un paso sin comprobar antes, varias veces, que no se escuchaba nada sospechoso y que el camino estaba absolutamente despejado. Ésa fue la razón de que tardaran tanto en llegar, y de que Rick tuviera los nervios a flor de piel.

—Por favor, centrémonos en lo que estamos haciendo —se quejó en un momento dado, cansado de que el doctor Moore se asomara continuamente a la puerta del cuarto donde se encontraba el control manual del dique.

—Lo siento —se disculpó, alisándose la bata con ambas manos.

Rick lo miró con desagrado y se dirigió al doctor Foreman.

—Bien, ¿por dónde íbamos?

—Cuando accione esta palanca —dijo éste, delante de un cuadro eléctrico—, desconectaremos el sistema de apertura y cierre del dique del control de *Susi*, y lo pasaremos a manual.

—Bueno, pues hágalo de una vez.

La habitación era alargada y estrecha. Mediría unos tres metros de largo por uno y medio de ancho. Estaba casi vacía. En ella sólo había una mesa con un ordenador, una silla y un panel eléctrico en la pared del fondo, frente al que se encontraban en aquel momento.

El doctor Foreman agarró la palanca y la bajó. El fluorescente que había en el techo se apagó. También las luces que iluminaban el dique. Por un instante se quedaron en total oscuridad. Rick escuchó la respiración irregular del doctor por debajo de una serie de pitidos electrónicos.

—¿Qué sucede? —preguntó impaciente.

—*Susi* ha dejado de controlar el Dique de Inundación. Las baterías tardarán unos segundos en poner en funcionamiento el sistema autónomo —contestó el doctor Moore, que se había acercado en la oscuridad hasta juntarse a él.

"¿Qué les pasa a estos tipos? —se preguntó Rick—. No sólo respiran como si hubieran corrido los cien metros lisos sino que, además, tiemblan como flanés".

Por suerte, la oscuridad no duró mucho. Tras un clic proveniente del cuadro eléctrico, el fluorescente del cuarto empezó a titilar hasta que finalmente se encendió. Rick se asomó a la puerta para comprobar que los focos que iluminaban el dique también lo hacían.

—Perfecto. ¿Y ahora qué? —dijo, volviendo junto a los científicos.

—A partir de este momento el sistema de apertura y cierre de compuertas, y el uso del cabestrante, se controlan desde esta consola —respondió el doctor Foreman, tomando asiento delante del ordenador—. Es muy sencillo, se lo mostraré.

Después de distintas pantallas en las que el doctor se introdujo, y de verlo teclear infinidad de comandos, a Rick no se lo pareció tanto.

—Este cuarto aislará al que maneje los controles durante el proceso de presurización y despresurización —continuó el doctor—. Después sólo tendrá que...

—Déjelo, no siga —le cortó Rick, totalmente perdido entre las múltiples ventanas desplegadas que mostraba la pantalla del ordenador.

El doctor Foreman se giró sin entender.

—Lo hará usted. Usted se quedará —concretó Rick rotundo, dándole unos golpecitos de camaradería en el hombro.

—¿Cómo?



—Tras el último viaje, vuelva a encerrarse en los laboratorios y espere. La ayuda no tardará.

—Pero yo...

—No discuta y salgamos de aquí de una vez —concluyó Rick, dirigiéndose hacia la puerta.

El doctor Foreman tragó saliva, se levantó de la silla apesadumbrado y se quedó parado junto al doctor Moore.

—¡Vamos! —insistió Rick desde la puerta para que salieran.

Pero los dos científicos seguían allí dentro, paralizados, uno junto al otro.

—La madre que los parió —musitó, indignado—. Si quieren quedarse aquí, por mí estupendo. Yo me largo —sentenció finalmente, echando a andar por el pasillo circular que rodeaba el foso.

No había dado ni dos pasos, cuando una voz resonó en los altavoces. Era *Susi*.

**«Hola, señor Blaine».**

Rick se paró en seco.

**«Hola, doctor Foreman y doctor Moore. Espero que se encuentren todos bien».**

Añadió, cuando estuvieron los tres juntos.

—Muy bien —dijo el doctor Moore—. ¿Qué quieres, *Susi*?

**«Tengo que informarles de que se ha producido una anomalía relacionada con el Dique de Inundación. Hace exactamente dos minutos y treinta y siete segundos que he dejado de tener control sobre él».**

—Lo sabemos —contestó el doctor Moore—. Hemos sido nosotros los que cambiamos a manual.

**«¿Por alguna razón que yo deba saber?».**

—No te preocupes, todo está bien —intervino el doctor Foreman.

**«Me veo en la obligación de advertirles que el control de los sistemas del Dique de Inundación será un 40% menos preciso si es realizado por un humano».**

—Lo sabemos.

Rick movía la cabeza de un lado a otro, bufando por lo bajo.

—¿Es necesario darle tantas explicaciones? —terminó diciendo.

—Es su interfaz. Está diseñada para que sus interacciones sean lo más parecidas a las que tendría un humano —explicó el doctor Moore.

—Pues es cargante —se quejó Rick—. Y además, ¿tiene que hablar tan alto? Me va a dejar sordo.

**«Lo siento, señor Blaine. Modificaré mi módulo de voz. ¿Este volumen le resulta más adecuado?».**

—Perfecto —contestó Rick, indiferente, echando a andar.

El cuarto de control manual se encontraba al otro extremo de la puerta por la que habían entrado, por tanto, debían recorrer medio perímetro del pasillo circular para volver a ella. A mitad de camino, junto a una puerta donde ponía: Sala de Equipos, Rick se detuvo. Se apoyó en la barandilla y observó los dos batiscafos colgando de los cabestrantes. Los doctores Foreman y Moore se pararon a su lado, sin decir una palabra. Rick estuvo tentado de acercarse, usando una de las pasarelas desplegadas, y comprobar la carga de las baterías; pero no tenía ni idea de cómo hacerlo, y dudaba mucho que esos científicos lo supieran.

—¡Tenía que haber venido el piloto! —maldijo entre dientes, apenas audible.

Se le había ocurrido que, quizá, no tendrían que esperar a que las baterías estuvieran cargadas al cien por cien para hacer el primer viaje como quería ese español. Seguro que con un porcentaje inferior bastaría para llegar a la superficie. Luego, sólo tendrían que cargarse de nuevo en el barco para realizar el siguiente viaje. Lo más importante era que él saliera lo antes posible para informar y, por qué no admitirlo, deshacerse de una puñetera vez de esa "patata caliente" que llevaba en el bolsillo de la camisa. El tiempo que tardara el resto en abandonar esa ratonera era irrelevante para la misión. Satisfecho con su decisión, e impaciente por llegar a los laboratorios y organizar la primera salida de inmediato, echó a andar de nuevo. También los científicos, que lo siguieron como autómatas. Rick los miró de reojo y sonrió porque le recordaron a un par de pollitos

siguiendo a su madre. Antes no lo había notado, pero ahora le resultaban realmente extraños.

Al pasar junto a una puerta le llamó la atención que estuviera entreabierta. En la parte de arriba había un pequeño letrero en el que ponía: Acceso Secundario.

—¿Adónde lleva esta salida? —preguntó, volviéndose a medias.

—A las escaleras —contestaron los científicos a la vez.

Se encontraban en la planta -1. Por encima tenían la planta 0, donde estaba el reactor; y aún tendrían que atravesar la planta 1 de la Sala de Ocio antes de que pudieran llegar a la planta 2, donde se ubicaban los Laboratorios Principales. "Demasiados peldaños", se dijo. Descartó la posibilidad de subir por las escaleras y optó por usar de nuevo el ascensor, que terminaría siendo más rápido.

Sin embargo, no le gustó que estuviera entreabierta. "¿Al llegar ya lo estaba?", se preguntó. "No. Me habría dado cuenta. Tal vez lo que pasa —siguió analizando— es que estamos recorriendo el pasillo en sentido contrario". De eso no estaba seguro, aquel lugar era tan simétrico... Iba a preguntar a los científicos cuando creyó percibir algo tras la puerta. Quizá el leve movimiento de una sombra. Una insignificancia que hubiera pasado desapercibida para cualquier persona, pero no para alguien con su instinto y entrenamiento.

Su reacción fue muy rápida. En menos de un segundo su cerebro produjo la respuesta defensiva adecuada, y envió las órdenes a los músculos para que la ejecutaran; y éstos fueron tan veloces que, en el segundo dos, Rick ya se llevaba la mano a la cadera y comenzaba a sacar la pistola. Fue tremendamente rápido, aunque no lo suficiente.

Víctor y Natsuki esperaban el ascensor. Ella con la mirada perdida, y él detrás sin haber obtenido respuesta.

—¿Va a explicarme adónde vamos? —insistió.

—Creo que se dirigía al Dique de Inundación —contestó por fin, con brusquedad.

—¡Joder! Allí están...

—Lo sé —confirmó Natsuki.

—No me ha explicado cómo lo vio.

—Por las cámaras. Un ordenador se encendió —resumió.  
Le costaba hablar.

—Curioso —admitió Víctor, rascándose el mentón.

El ascensor llegó y se introdujeron en él. Natsuki pulsó el botón de la planta -1 con una insistencia enfermiza.

—¡Pare, va a romperlo!

—Por lo que he podido ver, usted no se altera por nada —replicó Natsuki, en tono de reproche.

Víctor captó la indirecta.

—No era lo que parecía.

—Claro, me he imaginado a esa doctora besándolo mientras le agarraba las pelotas.

—No me besaba.

—A mí lo que haga con su vida me importa una mierda —le soltó, encarándose con él—. Sólo creo que no era el momento.

—Estamos de acuerdo. Por eso le digo que no era yo el que...

—Dejémoslo, por favor.

—Como usted quiera.

La planta 0 pasó por la pantalla digital del ascensor.

—Debimos coger algo que nos sirviera de arma —se lamentó Víctor—. En la cocina había cuchillos.

Natsuki lo miró con una cara de desprecio infinita.

—Oiga, para usted será su padre —se indignó Víctor—. Pero por lo que respecta a mí, ese hombre es un auténtico peligro.

—¡No lo es! —gritó Natsuki.

—Por supuesto que no. Anda por ahí con un hacha matando gente porque estamos en *Halloween* y se ha disfrazado de *Jack Nicholson* en "*El resplandor*".

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Al salir, la escena que vieron dejó a Natsuki paralizada.

—Y ahora, ¿qué me dice? —preguntó Víctor, justo antes de echar a correr.

Rick se disponía a apuntar cuando el hombre, que salió a la velocidad del rayo de detrás de la puerta, le lanzó un golpe con el hacha tan certero que le quitó la pistola. Por suerte, la afilada hoja dio de lleno en el arma y no en su mano; aunque, al completar la trayectoria, terminó impactando en su pecho. Rick retrocedió, tambaleante, hasta que chocó contra la barandilla. Aturdido, se palpó el pecho. La herida era profunda y sangraba abundantemente. Su camisa se empapó por completo y la sangre comenzó a resbalar hasta sus pantalones. Se sentía mareado y las fuerzas le fallaban, pero no tenía tiempo para lamentaciones. Aquel hombre, aquel loco, el doctor Kuriyama, parecía dispuesto a terminar con él. Con un esfuerzo sobrehumano, logró sobreponerse y apartarse justo en el momento en el que un nuevo golpe de hacha se dirigía directo a su cabeza. Escuchó el afilado acero cortar el aire y golpear contra la barandilla instantes antes de caer al suelo, después de que las rodillas le fallaran. *Semitumbado*, con la vista turbia, buscó desesperadamente el auxilio de los científicos. Giró la cabeza a un lado y a otro hasta que los encontró cerca de la puerta por la que había salido el doctor Kuriyama. Estaban juntos, inmóviles, con el terror dibujado en el rostro.

—Cobardes —escupió, e intentó levantarse.

En ese preciso momento, el doctor Kuriyama alzó de nuevo el hacha para propinarle el golpe de gracia. Pero se detuvo. Por unos segundos, miró a Rick desde sus profundos ojos rasgados y luego bajó el hacha. Los doctores Foreman y Moore comenzaron a moverse, muy despacio, en dirección a las escaleras.

—¿Adónde creéis que vais? —bramó el doctor Kuriyama, parándoles en seco.

La pistola de Rick estaba en el suelo, cerca de su pie derecho. Se agachó, la cogió, y dejó caer el hacha.

—Nunca saldréis de aquí —dijo, apuntando a los científicos con la pistola y el dedo curvado sobre el gatillo.

Lo último que vio Rick, antes de desmayarse, fue a Víctor correr a toda velocidad y lanzarse en plancha contra el doctor Kuriyama.

Víctor y Natsuki habían salido del ascensor justo en el instante en el que el doctor Kuriyama atacaba a Rick. Lo vieron propinarle golpes de hacha como un poseído hasta herirlo, y luego coger la pistola del suelo y encañonar a los científicos. De todo eso fueron testigos, cada uno a su modo: Natsuki inmóvil, sin dar crédito a lo que veían sus ojos; y Víctor mientras corría, impulsado por un sentimiento de auxilio que iba en contra del instinto de supervivencia.

La escena se desarrollaba a unos veinte metros. Víctor cubrió la distancia a toda velocidad, haciendo resonar sus pisadas. Por esa razón, cuando se disponía a neutralizar al doctor Kuriyama arrojándose sobre él, éste ya se encontraba sobre aviso y evitó el impacto directo moviéndose en el último momento. Aún así, Víctor consiguió golpearle lo suficiente para desestabilizarlo, haciéndolo caer. También lo hizo él, y juntos rodaron por el suelo, agarrados, forcejeando. Víctor se quedó asombrado de la tremenda fuerza y singular destreza que demostraba, en la lucha cuerpo a cuerpo, aquel hombre que le sacaba más de veinte años. Incapaz de reducirlo, se centró en agarrar la mano con la que seguía empuñando la pistola, confiando en que el viejo se cansara y pudiera asestarle un golpe que lo noqueara. Pero la pelea continuaba y esto no parecía ser posible. Con un rápido movimiento, el doctor Kuriyama se colocó encima y consiguió inmovilizarle el brazo izquierdo con la rodilla, lo que dejó el camino expedito para que conectara un golpe con el codo en su mentón. Un golpe tan duro que la cabeza de Víctor rebotó contra el suelo haciendo que casi perdiera el sentido. En un intento desesperado Víctor arqueó el cuerpo con todas sus fuerzas y logró zafarse de la llave en la que se encontraba preso, justo antes de que un nuevo y demoledor codazo lo dejara del todo *KO*. Sin embargo, no consiguió tomar la iniciativa en la lucha y el doctor siguió con ventaja, dominando la situación. Continuaron los forcejeos, los golpes cortos, los jadeos... En su campo visual sólo aparecían porciones de imágenes: una bata con manchas de sangre seca, un brazo, una pierna... y, constantemente, la cara de un oriental

que lo miraba sin odio, pero con una determinación inquebrantable. De pronto, Víctor fue consciente de lo que se estaba jugando. Aquella no era una disputa de bar entre dos borrachos. Aquella era una lucha a muerte, y él la estaba perdiendo. Desmoralizado, notando cómo le flaqueaban las fuerzas, buscó socorro.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayu... Ogg! —gritó, antes de recibir un rodillazo en el estómago que le quitó la respiración.

De inmediato llegó otro que le impactó en las costillas, por debajo del plexo solar. Su vida dependía de que continuara sujetando la muñeca de la mano en la que el doctor tenía la pistola, aunque cada vez le resultaba más difícil. Le costaba respirar, le dolían los tendones del antebrazo y los dedos se le empezaban a entumecer.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —repitió, cada vez con menos intensidad.

Intentó repetir la maniobra de encorvar el cuerpo, pero esta vez no sirvió de nada. El doctor parecía incansable, y él se encontraba exhausto.

Retorció la cabeza y vio a los doctores Foreman y Moore. Estaban quietos, mirando la escena con los ojos muy abiertos.

—¡Ayudadme! ¡Joder! —les chilló, impotente.

De nada sirvió. Ellos siguieron observando, igual que si asistieran a un combate de artes marciales mixtas por televisión desde el sillón de su casa.

Otro golpe de codo le impactó en la sien y un millón de estrellitas llenaron su cerebro. Salía de ese festival de luz y dolor cuando el doctor Kuriyama, a una velocidad asombrosa, ejecutó una llave sorpresa: giró sobre sí mismo y, de esta forma, consiguió retorcer la mano de Víctor hasta que lo soltó. Por fin había liberado su mano armada.

Vencido y extenuado, Víctor dejó caer los brazos a los lados y cerró los ojos para no tener que ver el cañón de la pistola que le volaría los sesos.

Pero el disparó no llegó.

Al abrir los ojos vio al doctor volverse en dirección a los científicos y realizar dos disparos. Seguía a horcajadas sobre él,

y su cuerpo le impidió ver la totalidad de la escena; aunque sí pudo distinguir a los doctores Foreman y Moore desaparecer por la puerta justo antes de que las balas los alcanzaran.

—¡Mierrrda! —exclamó el doctor Kuriyama, realizando otro disparo. Este último contra el hueco vacío de la puerta, de pura frustración.

"Ahora sí —pensó Víctor—, ahora no me libra ni Dios".

Y supo que no se equivocaba cuando el doctor Kuriyama le apuntó directo a la cara.

"Hasta aquí hemos llegado", se dijo, y cerró de nuevo los ojos, resignado a morir.

Entonces, escuchó una voz que gritaba.

—¡Papá! ¡Nooo!

Era Natsuki.

Había tardado en reaccionar. Durante la lucha entre su padre y aquel piloto fue aproximándose tímidamente. Cuando estuvo cerca, se quedó impactada por lo que veía. Y así permaneció durante el tiempo que duró la pelea, abrazada a sí misma, tiritando, intentando que su cerebro racional encontrara una explicación al comportamiento salvaje de su padre. Necesitó que los disparos, que sonaron igual que cañonazos, la sacaran de su bloqueo. Tomó el control justo en el instante en el que su padre apuntaba a Víctor. Entonces gritó. Gritó con todas sus fuerzas. Y siguió haciéndolo hasta que lo vio volverse para mirarla.

—Papá, por favor, no lo hagas —imploró, bajando la voz.

—Hija, ¿eres tú? —preguntó el doctor.

—Claro, papá —contestó ella.

El doctor Kuriyama la observó unos segundos y se frotó la cara con la mano libre antes de hablar.

—Nada me gustaría más.

—Papá, ¿qué te ha pasado? ¿Por qué dices eso? —se extrañó, rompiendo a llorar.

Sin dejar de mirarla directamente a los ojos, el doctor Kuriyama se incorporó liberando a Víctor del peso que lo inmovilizaba.

—Ni te muevas —le ordenó, apuntándole.



En el suelo, de espaldas, Víctor aún se encontraba grogui. Sólo fue capaz de negar con la cabeza y levantar las manos en señal de rendición.

El doctor echó un vistazo rápido al otro cuerpo que estaba en el suelo, el de Rick. Lo vio tumbado de lado, inmóvil sobre un charco de sangre, y determinó que ya no era una amenaza.

—Papá, escucha —suplicó Natsuki, dando un paso adelante—. Déjame ayudarte.

Los ojos de la doctora brillaban, las lágrimas resbalaban por sus mejillas y toda ella temblaba. Con los brazos extendidos, dio un paso más.

Por un momento, el doctor dudó. Su cuerpo se relajó y la mano con la que sujetaba el arma empezó a bajar. Fue un instante, luego se tensó de nuevo como atravesado por una descarga eléctrica.

—No —murmuró—. El riesgo es demasiado alto.

Agarró la pistola con ambas manos, apuntó con precisión y comenzó a disparar.

Lo hizo seis veces, tomándose su tiempo. Al terminar, echó a correr y desapareció por la misma puerta por la que antes lo hicieran los doctores Foreman y Moore.

En el Dique de Inundación los ecos de los disparos dejaron paso al silencio. Un silencio sólo roto por el retumbar de unos apresurados pasos que se alejaban escaleras arriba, y un leve siseo.

**SENTIDO DE CULPABILIDAD**

Tras la desaparición del doctor Kuriyama, Víctor y Natsuki tardaron en reaccionar. Ella porque permanecía atrapada en su universo particular, donde imágenes, palabras e ideas componían "cuadros" incomprensibles; y él, simplemente, porque estaba "hecho polvo". Aunque fue éste último, en vista de que Natsuki seguía igual que una estatua de sal, el que habló primero.

—¿Oye eso?

Al no recibir respuesta, se levantó. No le resultó fácil y necesitó ayudarse usando la barandilla como apoyo.

—¡Natsuki! —insistió, cuando estuvo de pie—. ¿Escucha ese siseo?

—¿Eh? Sí, sí —contestó ella, volviendo de su ensoñación.

—Son los tanques de oxígeno. ¡Maldita sea! Los ha perforado con sus disparos. ¡Mire! —dijo Víctor, indignado, señalando con el dedo.

Natsuki volvió la cabeza y, a través de la película acuosa que todavía cubría sus ojos, distinguió varios surtidores de gas blanquecino saliendo de ambos *minisubmarinos*.

—Estamos bien jodidos —se lamentó Víctor, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Podrá arreglarlos?

—No sé... Tal vez... Será difícil.

Poco a poco, Natsuki fue tomando conciencia de la situación e imponiendo en su cabeza un orden de prioridades.

—¿Cómo se encuentra?

—Igual que si me hubiera pasado por encima una manada de elefantes —contestó Víctor.

—¿Y él? —preguntó, señalando el cuerpo caído de Rick.

—Me temo que para el señor Blaine los problemas ya han terminado.

Un sentimiento de culpabilidad la invadió con la violencia de un huracán. Muerto. Y lo había hecho su padre, de eso ya no le cabía ninguna duda. Un muerto más... ¿O tal vez no?

—¿Qué hace? —se extrañó Víctor, al verla agacharse junto a Rick

—Comprobar si aún vive —contestó ella, poniendo dos dedos en su carótida.

—Demasiada sangre... Tiene que estar muerto.

Natsuki deseaba que estuviera vivo. Lo deseaba por él, por su padre y, principalmente, por ella misma; ya que de lo contrario, viviría el resto de su vida sumergida en el oscuro pozo del remordimiento. En cuclillas, siguió palpando el cuello de Rick sin darse por vencida... Hasta que sintió algo. Era casi imperceptible, pero sin duda se trataba de un latido.

—¡Tiene pulso!

—¡¿En serio?! —exclamó Víctor, agachándose a su lado.

—Lo noto. Aquí —señaló Natsuki.

Víctor palpó, receloso.

—¡Hostias, tiene razón! Son débiles, pero siento los latidos.

—Tenemos que llevarlo al laboratorio. Aún podemos salvarlo —propuso Natsuki, entusiasta.

—*Umm*, no será fácil —objetó Víctor, calculando el peso de Rick—. Espere, tengo una idea. Enseguida vuelvo.

Mientras esperaba, Natsuki se quitó el jersey, hizo una bola y aplicó presión con él sobre la herida. A los pocos minutos, Víctor volvió empujando una de las plataformas con ruedas que había visto en la Sala de Capturas.

—No es una camilla pero servirá.

—Es perfecta.

—Vamos, ayúdeme a ponerlo encima.

**UNOS PUNTOS DE SUTURA**

Los Laboratorios Principales también disponían de un quirófano perfectamente equipado y estéril preparado para llevar a cabo cualquier operación, incluso de cirugías mayores. Sin embargo, ni Víctor ni Natsuki tenían la formación necesaria para realizar una intervención como la que Rick precisaba.

—¿Dónde cojones se habrán metido? —se quejó Víctor.

—No hay tiempo para ir a buscarlos —razonó Natsuki—. Tendremos que hacerlo nosotros.

—¿Nosotros? ¡Cojonudo! —exclamó Víctor, mirando de reojo el cuerpo ensangrentado bajo la intensa luz de la lámpara de quirófano.

Después de cargar a Rick en la plataforma rodante, lo llevaron a toda velocidad hasta los laboratorios. Al llegar encontraron la puerta abierta, pero de los científicos no había ni rastro. Las prioridades se imponían y, una vez cerraron y aseguraron la puerta —cuestión en la que Víctor insistió— llevaron de inmediato a Rick hasta el quirófano.

Y allí estaban, dando vueltas a la mesa de operaciones, sin saber por dónde empezar.

—Si no le importa, hasta que decidamos cómo meterle mano al asunto, voy a sentarme —dijo Víctor, al notar mareo y ganas de vomitar.

—Deje que lo ayude —se ofreció Natsuki, al verlo impreciso al coger una silla.

—Estoy bien —dijo él, sin mucha convicción.

—Tiene un labio partido, se le está inflamando un ojo y sangra por la cabeza.

—No es nada, de verdad. Ocúpese de él —rehusó Víctor, conteniendo el vómito.

Natsuki obedeció a regañadientes, aunque sabía que tenía razón: lo de Rick era mucho más urgente. Decidió empezar por lo primero que haría un médico: valorar al enfermo. Para ello necesitaba ver bien la herida. Buscó en un mueble con muchos cajones hasta que encontró unas tijeras y un paquete con vendas, y volvió a la mesa de operaciones. Con sumo cuidado retiró su jersey empapado de sangre y lo arrojó a un rincón. La herida había dejado de sangrar, y eso la animó a continuar. Respiró hondo, cogió las tijeras de puntas redondas y comenzó a cortar la camisa. Con destreza, hizo estratégicos cortes aquí y allá para poder quitársela sin tener que moverlo. Aún así, necesitó esforzarse para retirar la parte de la espalda donde se apoyaba Rick. Pudo desabrocharla, si tan solo hubiera querido ver la herida, pero se había metido de lleno en el papel de un cirujano, y no creía que existiera ninguno en el mundo que permitiera que esa sucia camisa continuara un minuto más cerca de una herida abierta. Cuando terminó, hizo un gurrño con los trozos de tela y lo tiró junto a su jersey.

Al caer al suelo, la camisa produjo un ruido metálico que no pasó desapercibido para Víctor. Recordó, entonces, el bulto que apreció en su bolsillo después de que Rick volviera de su inspección por Utopía. Se habría levantado a comprobar de qué demonios se trataba si no hubiera estado a punto de echar hasta la primera papilla. La cabeza le daba vueltas, le costaba enfocar y notaba el estómago en la garganta. Incapaz de moverse, cerró los ojos y hundió la cabeza contra el pecho. Y así se quedó, aguantando una sensación de vértigo insoportable.

Mientras tanto, Natsuki continuó con su examen preliminar. Una vez tuvo a Rick desnudo de cintura para arriba, centró su atención en la herida... y se quedó impresionada. Era muy larga, de unos veinte centímetros, cruzaba el pecho de lado a lado y estaba abierta igual que un labio gigantesco.

—Primero, limpiar la herida —se dijo en voz baja, sobreponiéndose—. Pero, ¿cómo?

Se notó perdida y asustada. Necesitaba tranquilizarse, pensar con claridad. Con Víctor no podía contar, lo supo nada más verlo allí sentado, con la cabeza vencida, respirando con dificultad.

Estaba sola. ¿O tal vez no?

Giró sobre sí misma mirando hacia el techo. En una esquina descubrió lo que buscaba: una cámara. Tenía que intentarlo.

—*Susi*, ¿estás ahí?

No pasó más de un segundo antes de que obtuviera respuesta.

**«Sí, doctora Kuriyama. Me alegro de volver a escucharla».**

—Hola, *Susi*, yo también —contestó Natsuki, respetando el protocolo de empatía que ella misma había diseñado para la interfaz.

**«¿En qué puedo ayudarla?».**

—Necesito que analices la herida de este hombre y me digas el nivel de gravedad. ¿Podrás hacerlo?

**«Veo que se trata del señor Blaine. ¿Qué le ha pasado?».**

—Eso no es relevante. Contesta.

**«Acabo de comprobar las grabaciones. Herida contuso cortante producida por un hacha».**

Natsuki ladeó la cabeza, incrédula.

—*Susi* —dijo, endureciendo el tono—. Limítate a contestar a lo que te he preguntado. ¿Puedes ayudarme o no?

Silencio. Natsuki cruzó los dedos. Finalmente, *Susi* respondió.

**«Las restricciones impuestas por la orden de Nivel 6 no me lo impiden».**

—¡Genial! —exclamó Natsuki.

**«Estoy recopilando datos médicos. Tardaré unos quince segundos en disponer de la información que me pide. ¿Puede esperar?».**

—Claro. También quiero que me ayudes a curarlo. Amplia la búsqueda de los datos necesarios.

**«Ya lo había pensado. Sería un absurdo querer saber el alcance de la gravedad de una herida, sin tener la intención de curar al enfermo. ¿No opina lo mismo, doctora Kuriyama?».**

Natsuki entornó los ojos.

—Por supuesto.

**«¿Se encuentra bien el señor Miranda?».**

—Sí.

**—No lo parece. Al revisar las grabaciones he visto que...».**

—Se encuentra bien —atajó Natsuki.

**«Me alegra saberlo. Sin embargo, añadiré a la búsqueda recomendaciones para tratar golpes en la cabeza».**

Sorprendida por el insólito comportamiento del programa, Natsuki sólo fue capaz de asentir.

**«He consultado trescientos manuales médicos y cuarenta y ocho vídeos relacionados con la evaluación y tratamiento de heridas similares a la que sufre el señor Blaine. Ahora, tomaré imágenes y las cotejaré con los datos. Tardaré...».**

—Puedo esperar —le cortó Natsuki.

**«Bien».**

La cámara de alta definición, situada en una esquina del techo, se movió ligeramente y luego enfocó. Durante el breve intervalo de tiempo que pasó hasta que Susi volvió a hablar, Natsuki permaneció quieta, con los brazos cruzados, pensando.

**«El corte ha afectado a la piel, tejido celular subcutáneo y tejido graso. No se aprecian nervios, tendones ni vasos importantes dañados. La gran pérdida de sangre se ha producido por la extensión de la herida».**

—¿Peligra su vida?

**«La herida no es mortal, pero corre el riesgo de sufrir un shock hipovolémico debido a la pérdida masiva de sangre; que, una vez realizado un cálculo aproximado, puede ser de más de un quinto del volumen total».**



—¿Qué tendría que hacer?

**«Reponerla de inmediato, ya que de lo contrario el corazón tendrá dificultad para bombear la sangre por el cuerpo y algunos órganos dejarán de funcionar».**

—¿Hay que hacerle una transfusión? —preguntó Natsuki.

**«Sí».**

—¡Mierda! —exclamó, abrumada.

**«En el frigorífico que tiene a su espalda hay bolsas de sangre. Por medidas de precaución, los residentes de Utopía se la extraían periódicamente».**

—No tengo ni idea de cómo se hace una transfusión.

**«En el armario que tiene a su izquierda hay todo lo necesario. Ábralo. En el cajón 12 encontrará...».**

—Ya, ¿y cómo sabré qué sangre es la adecuada? No conozco su grupo sanguíneo. Podría matarle —dijo, angustiada.

**«Por suerte no tendrá ese problema. El señor Blaine es AB+, receptor universal. Cualquier sangre servirá».**

Natsuki levantó la cabeza para mirar a la cámara directamente.

—¿Cómo demonios sabes eso?

**«Lo siento, pero el acceso a esa información está restringido por una orden de Nivel 6».**

Natsuki se frotó las manos compulsivamente, en un gesto que reunía miedo, confusión y enfado.

**«Tranquilícese, doctora Kuriyama, yo la ayudaré».**

La voz de Susi había cambiado por completo. En un instante, pasó de ser fría e impersonal, carente de sentimientos, a cálida y reconfortante, adoptando el mismo tono que usaría una amorosa madre con su hijita asustada.

**«No se preocupe. Todo saldrá bien. Siga mis instrucciones y el señor Blaine vivirá».**

Víctor se despertó de golpe. Sin darse cuenta se había dormido por completo. Notó la boca pastosa y un palpitante dolor en la nuca; pero era moderado, y las náuseas habían desaparecido. En conjunto se encontraba mejor, o eso al menos

quiso creer. Al levantar la cabeza y abrir los ojos vio a Natsuki de espaldas, inclinada sobre el cuerpo de Blaine.

—¡Espere, deje que la ayude! —exclamó, consciente de pronto de lo que había pasado.

Se mareó al incorporarse de la silla, y debió apoyarse en un mueble para no perder el equilibrio.

—No será necesario, ya estoy terminando —dijo Natsuki, al sentirlo tropicar a su espalda.

Víctor no le hizo caso y fue hasta la mesa de operaciones. Lo que vio lo dejó boquiabierto: Natsuki, efectivamente, estaba dando las últimas puntadas a una herida enorme, y Rick parecía perfectamente monitorizado.

—¿Cómo? —fue capaz de articular.

—Le he puesto dos unidades de sangre. Ahora está con la tercera —indicó Natsuki, sin dejar de coser.

Víctor posó la vista en el atril o perchero metálico del que colgaba una bolsa de sangre medio vacía, y luego siguió la goma hasta una vía cogida en el brazo izquierdo de Rick.

—Primero tuve que calentar la sangre a temperatura corporal —prosiguió Natsuki, hablando muy despacio—. Monitorizarlo fue más sencillo. La pinza de su dedo indica la saturación de oxígeno en sangre, el manguito de su brazo la presión arterial, y los electrodos colocados bajo los hombros y el esternón controlan la frecuencia cardíaca. Como ve en el monitor, todos los parámetros son correctos.

Víctor los miró sin entender nada.

—Antes de empezar a coser le he administrado anestesia local y un antibiótico por vía venosa. El corte era limpio, se pondrá bien —terminó de explicar Natsuki.

—No entiendo —dijo Víctor, rascándose el mentón—. Creí que no tenía ni idea de medicina.

—Y no la tengo. Fue *Susi*. Ella me ha guiado en todo momento.

—Ya veo. ¿Cuánto llevo *KO*?

—Ni idea —contestó Natsuki, mirando su reloj—. *Susi*, ¿puedes decirme el tiempo que ha estado el señor Miranda dormido?

La respuesta fue inmediata.

**«Claro».**

**«Hola, señor Miranda, me alegra comprobar que se encuentra mejor».**

—Gracias —contestó Víctor, de mala gana.

**«En cuanto a la pregunta, el señor Miranda ha permanecido dormido ochenta y siete minutos».**

—¿Tanto? —se extrañó Víctor.

**«Iba a entrar en la Fase Rem. Incluso llegué a percibir cierto movimiento ocular bajo sus párpados».**

Natsuki levantó la cabeza para mirar a Víctor.

—Le dije que lo tuviera controlado —aclaró, al ver su cara de perplejidad.

—Pues, parece que le ha hecho caso.

—Una puntada más y habré terminado. Luego, me ocuparé de usted.

—Estoy bien.

**«Es posible. Aunque no puede estar seguro».**

Intervino Susi de nuevo.

**«Ha tenido somnolencia y vómitos. Probablemente, en el momento de recibir el golpe, también una conmoción cerebral con una duración de segundos. No presentaba asimetría de pupilas ni ha sufrido convulsiones, por ese motivo lo dejé dormir. Pero, para descartar posibles daños cerebrales, sería necesario que un neurólogo evaluara los resultados obtenidos por un TAC, una RMN o una radiografía de cabeza».**

—¡Joder! —protestó Víctor.

**«Los laboratorios disponen de máquina de rayos. Si se hace una radiografía, yo podría interpretar los resultados».**

—¡Increíble! ¿Es que este puñetero programa suyo no se va a callar nunca?

—Nos aseguraríamos —medió Natsuki.

—Me encuentro bien, ya se lo he dicho.

—No sé...

—De verdad.

—Como usted quiera —cedió Natsuki—. Pero, en cuanto termine con el señor Blaine, dejaré que le eche un vistazo a sus heridas.

—No me gustan los médicos, ni los hospitales.

—No es negociable —replicó Natsuki—. Lo necesito en plena forma.

Víctor comprendió que la doctora tenía razón, y terminó asintiendo.

—Vuelva a la silla, enseguida estoy con usted —le sugirió Natsuki, atando el hilo de seda del último punto.

A regañadientes, obedeció.

Natsuki aplicó antiséptico a la herida ya cosida de Rick, y remató la cura sujetando con esparadrapos un apósito sobre ella.

—¡Listo! —anunció, ufana.

Víctor tragó saliva cuando la vio volverse hacia él.

No sería médica ni enfermera, pero jamás antes lo habían curado con tanta delicadeza y profesionalidad. A los cinco minutos de estar en manos de Natsuki se había relajado por completo, y eso le animó a tocar un tema delicado.

—Es preciso que hablemos de su padre. Lo entiende, ¿verdad?

—Por supuesto —contestó Natsuki, mientras le limpiaba la herida de la cabeza.

—Usted lo vio. Esa manera de luchar... Su fuerza... Sólo alguien enloquecido podría comportarse así.

—No conoce a mi padre.

—Claro que no. Pero es casi un anciano y mire lo que nos ha hecho a Rick y a mí.

—Mi padre es un hombre preparado.

—Ya. Ahora resulta que en sus ratos libres ha hecho un cursillo de defensa personal.

—No. Los hizo hace mucho tiempo, en Okinawa —respondió Natsuki, molesta—. Es sexto dan en Karate tradicional y cuarto en Judo. Durante algunos años adiestró a las Fuerzas Especiales del Ejército de Japón en la lucha cuerpo a cuerpo. Y nunca ha dejado de entrenar.

—¿En serio?

Natsuki asintió.

—"*Men sana in corpore sano*" —citó Víctor.

—En efecto.

—Aunque eso no explica que intentara asesinarnos.

—Si hubiera querido matarnos, lo habría hecho.

—¿Seguro? Mire a Rick. Iba a dispararme. Disparó a esos científicos. Debe asumirlo: su padre es peligroso.

—Es posible, pero no está loco.

—¿Ah, no? Entonces, según usted, ¿cuál puede ser la explicación a su comportamiento?

Natsuki recordó el momento en el que lo tuvo frente a frente. Su mirada. Sus palabras.

*"Hija, ¿eres tú?"*.

*"Nada me gustaría más".*

Víctor tenía razón, a su padre le pasaba algo. Algo muy raro para lo que no tenía explicación, al menos de momento.

—No lo sé. Pero lo averiguaré, no le quepa ninguna duda.

Las manos de la doctora comenzaron a temblar, y Víctor decidió relajar la presión sobre ella cambiando de tema.

—¿Cree que Rick podrá andar?

—Tendrá que tener cuidado para que no se le salten los puntos; pero sí, podrá andar.

—Bien. En cuanto termine de remendarme, iré a solucionar el tema de los tanques de oxígeno. Con su padre por ahí suelto y armado no me apetece demasiado, aunque no hay más remedio.

Natsuki sentía unas enormes ganas de llorar y no quería que Víctor lo notara.

—Pensándolo mejor, esperaré hasta que Rick se despierte. Habrá que soldar piezas de metal para tapar los agujeros de los tanques, y luego volver a cargarlos. Espero encontrar las herramientas necesarias, si no estaremos bien jodidos. Lo ideal sería que fuésemos los tres —continuó Víctor, en vista del mutismo de Natsuki—. ¿Dónde se habrán metido los científicos? Lo lógico es que hubieran vuelto aquí, ¿no?

—Sí —respondió ella, lacónica.

—Bueno, quizá lo hicieron —concluyó Víctor—. Supondrían que su padre nos habría matado, recogieron a la doctora Cameron y buscaron otro agujero en el que esconderse. El miedo nos vuelve irracionales, y ellos son unos "caguetas" de cojones.

En todo eso ya había pensado Natsuki. Durante el tiempo que pasó curando a Rick, su cerebro no había dejado de trabajar en segundo plano incorporando los nuevos datos. Datos que no habían hecho más que complicar extraordinariamente la posible solución al enigma.

—¡Ay! —se quejó Víctor, cuando le colocó unas grapas adhesivas para cerrarle el labio partido.

—Lo siento.

—No se preocupe.

—Con esto termino —informó Natsuki, seria.

Víctor la observó mientras recogía las gasas llenas de sangre y los instrumentos que había utilizado para curarlo. Concienzuda, meticulosa. Se fijó en los movimientos elegantes y precisos de sus manos. Y en sus brazos, delgados pero tonificados. También en su pelo, negrísimo y brillante, y en su rostro perfecto. Sin duda era una mujer hermosa. Hermosa, aunque tremendamente triste. Ya se lo pareció nada más conocerla; y ahora, después de los últimos acontecimientos, aún más.

—Tómese estas pastillas —dijo Natsuki.

—¿Qué son? No quiero tomar nada que me atonte.

—Un analgésico para el dolor de cabeza, y un antiinflamatorio para el golpe del ojo. Aunque no creo que impida que se le hinche —respondió, cortante.

Después, apagó la lámpara del quirófano y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde va?

—Necesito tomar algo —sentenció Natsuki, antes de salir.

Víctor se levantó, llenó un vaso con agua, se tomó las dos pastillas y se dispuso a seguirla. En la puerta se detuvo: había recordado algo. Con dos zancadas recorrió el quirófano y fue hasta el rincón donde Natsuki había tirado la camisa

ensangrentada de Rick. No tuvo que mirar mucho, enseguida descubrió algo en el bolsillo superior. La sangre estaba seca y le costó desabrochar el botón.

—¿¡Qué cojones es esto!?! —murmuró, levantando a la altura de sus ojos un cilindro metálico.

**TODOS HUÉRFANOS**

Víctor se tomó su tiempo antes de abandonar el quirófano. Aquel extraño cilindro lo había dejado perplejo e intrigado. Muy intrigado. Incluso llegó a sentarse de nuevo, con él en la mano, dudando entre abrirlo o no, relejendo mil veces la etiqueta por si le encontraba sentido. Pero para él sólo eran letras y números.

—V442 —repitió por enésima vez, antes de levantarse como un resorte directo hacia la puerta.

Al llegar a la cocina encontró a Natsuki preparando café. O al menos lo intentaba.

—¿No sabrá dónde están los filtros? —preguntó ella, al verlo entrar.

—Ni idea. ¿Ha buscado en los cajones? —contestó Víctor.

El gesto displicente de Natsuki evidenciaba la obviedad de su pregunta.

—Entiendo, ya lo ha hecho. Puede preparar uno de puchero —propuso Víctor, apoyándose en la encimera, cerca de ella—. Mi abuela lo hacía. Si le gusta dulce tendrá que echar el azúcar antes para no tener que moverlo después. Una cucharada pequeña por cada dos grandes de café será suficiente. Ni se enterará de los posos si no apura hasta el fondo la taza.

—Vale.

Bajo la atenta mirada de Víctor, Natsuki cogió una cazuela pequeña de un cajón, la llenó de agua, encendió la placa



eléctrica y la puso a calentar. No tenía ganas de hablar. Estaba cansada y hubiera preferido seguir sola. Necesitaba su espacio para meditar, y aquel hombre que la observaba sin decir una palabra le impedía encontrarlo.

—¿Sabe? —dijo de pronto Víctor—. He descubierto algo.

Natsuki mantuvo la vista puesta en el agua casi en ebullición.

—Algo que puede ser muy importante, o no ser absolutamente nada —continuó Víctor.

Indiferente, Natsuki cogió el bote de café y echó cuatro cucharadas colmadas en la cazuela, removió y luego añadió dos pequeñas de azúcar siguiendo las indicaciones que le había dado.

—Si yo le dijera: V442, ¿usted qué diría que es?

Natsuki arrugó el entrecejo antes de responder.

—No sé. Parece un código. ¿Por qué lo pregunta?

A Víctor, la doctora Kuriyama siempre le había parecido sincera. Una de esas pocas personas íntegras, sin lado oscuro ni cadáveres en el armario. Alguien de fiar, en definitiva, por lo que no dudó de sus palabras y decidió mostrarle el cilindro.

—Es lo que pone aquí.

Natsuki paró de dar vueltas al café con la cuchara y se volvió para mirar.

—¿Qué es eso?

—Lo tenía Rick en un bolsillo de su camisa, y le aseguro que no lo traía cuando llegamos —concretó Víctor.

—¿Quiere decir... que estaba en Utopía?

—Exacto.

Natsuki cogió el cilindro de las manos de Víctor y lo observó detenidamente, dándole vueltas en todos los sentidos.

—Parece un recipiente. Aquí hay una junta, bajo la etiqueta.

—Pensé abrirlo, pero no me atreví. ¿Usted qué opina? ¿Lo abrimos o despertamos a la "bella durmiente" para preguntarle? —ironizó Víctor.

Manoseándolo, sin dejar de mirarlo, Natsuki empezó a ver en ese trozo de metal la pieza que faltaba en su puzle; la clave

que desvelaría todo el enigma. Por otra parte, se resistía a seguir la opción que le proponía Víctor.

—Deberíamos dejarlo dormir. Cuando despierte...

—¡Vamos, no me diga ahora que le da penita! —exclamó Víctor—. Ese tipo no es quien dice ser, eso está claro.

Natsuki movió la cabeza, aquiescente.

—Todo apunta a que la principal razón por la que vinimos aquí es este puto cilindro —continuó Víctor, alterado—. Tal vez, dentro, sólo haya un cigarro puro hecho por el mismísimo Fidel Castro, quién sabe... Aunque yo me inclino a pensar que contiene algo muchísimo más peligroso que la nicotina.

—¿Está sugiriendo que se trata de un agente patógeno?

—¿Por qué no? Rick parecía muy interesado cuando esos científicos señalaban a un virus como posible causa del comportamiento criminal de su padre.

El café humeaba. Natsuki retiró la cazuela y apagó el fuego. A continuación, abrió el armario alto, cogió un par de tazas y las llenó con cuidado de no verter posos.

—¿En qué piensa? —preguntó Víctor, aceptando el café que le ofrecía.

—En nosotros. En este lugar —contestó Natsuki, agarrando la taza caliente con ambas manos—. A efectos prácticos, es como si nos encontráramos en otra galaxia.

—Yo no diría tanto, pero sí. La verdad es que no podemos abrir una puerta y salir corriendo para pedir ayuda.

—Estamos solos —musitó Natsuki, antes de dar un corto sorbo y perder la mirada.

Víctor entendió que la doctora necesitaba un respiro, y se lo concedió. Sacó un cigarrillo, lo encendió y dio una profunda calada. Siguió fumando mientras observaba su perfil severo, de nariz chata y mentón marcado. Sabía por experiencia que la acumulación de circunstancias adversas podía quebrar a cualquiera, y ella parecía estar a punto de hacerlo. "Demasiadas emociones para una ratita de biblioteca", concluyó Víctor. Aunque no podía estar más equivocado.

—Bien, cuando quiera —dijo de pronto Natsuki, dejando la taza vacía en el fregadero.

—¡Vaya! Entonces, ¿está de acuerdo en que debemos despertar a Rick? —se sorprendió, incapaz de comprender lo rapidísimo que podía funcionar el cerebro de la doctora.

—No hay más remedio.

—Eso mismo pienso yo. Bueno, después de usted.

Natsuki aceptó la galantería y salió primero de la cocina.

—¿Sabe una cosa? —dijo Víctor, al llegar a su lado—. Tengo que admitir que no he terminado de "cogerle el punto".

—¿Cogerme el punto?

—Cuando creo adivinar lo que está pensando, me sorprende con un acto que lo contradice —aclaró Víctor.

—Recuerde que los pensamientos son una cosa y los hechos otra muy distinta.

—Eso es verdad.

—Mi padre siempre quiso que fuera fuerte, como él. Que jamás me rindiera. Me enseñó a luchar contra las adversidades, y a no mostrar debilidad. —La voz de Natsuki adoptó un tono de confesión—. En japonés tenemos una palabra para definir la capacidad de seguir intentándolo cuando todo parece estar perdido. Lo llamamos *gaman*.

—*Gaman* —repitió Víctor.

Natsuki se paró, agarró a Víctor del brazo con fuerza y lo miró fijamente.

—Mi padre no es un asesino, se lo aseguro, y voy a demostrarlo.

Víctor se quedó abrumado por la intensidad que desprendían sus ojos rasgados, y no supo qué decir. Durante unos segundos ambos se quedaron en silencio, mirándose cara a cara. Hasta que Natsuki le soltó el brazo y echó a andar en dirección al quirófano. Víctor la siguió sin poder dejar de admirar su caminar rotundo, que hacía resonar sus pisadas contra el suelo metálico.

Pasaban junto a una mesa llena de carpetas y archivadores, cuando escucharon algo.

—¿Qué demonios...? —comenzó a decir Víctor.

Natsuki aguzó el oído.

—Parece una impresora.

—¿Una impresora? —repitió Víctor, incrédulo.

Natsuki miró en todas direcciones hasta que la localizó al otro lado de la mesa, sobre una cajonera con ruedas, medio tapada por un montón de papeles revueltos. Ágil como una ardilla, bordeó la mesa y esperó frente a ella hasta que terminó de imprimir. Luego, cogió la hoja y comenzó a leerla.

—¿De qué se trata? —preguntó Víctor, impaciente.

Natsuki acabó de leer antes de contestar.

—Ni idea, no entiendo nada.

—Déjeme ver.

Víctor cogió la hoja de papel.

—Necesito más luz —se quejó, al intentar leerla.

Encendió el flexo que había en la mesa y, bajo su luz, continuó leyendo. Nada más terminar, levantó la cabeza y miró a Natsuki con el gesto muy serio.

—¿Qué? —preguntó ella, intrigada.

—Problemas.

—¿Graves?

—Mucho —contestó Víctor, rascándose el mentón—. Me temo que si lo que pone en este papel es cierto, vamos a necesitar una buena dosis de *gaman* para salir de aquí con vida.

Rick continuaba durmiendo cuando Natsuki y Víctor entraron en el quirófano. Un par de focos accesorios lo iluminaban tenuemente. No encendieron más luces. Se situaron en torno a la mesa de operaciones y lo observaron mientras respiraba.

—¿Cree que él tiene algo que ver? —preguntó Natsuki, en voz baja.

—Enseguida lo sabremos.

Antes de entrar, Víctor le había dado a Natsuki una explicación resumida sobre el contenido de aquel papel, y fue suficiente para que ella comprendiera lo crítica que se iba a poner la situación. Por ese motivo, no puso objeciones en sacar a Rick sin miramientos de su reparador sueño.

—¡Eh, despierte! ¡Vamos, despierte! —insistió Víctor, al tiempo que le daba cachetes en la cara.

Hubo de intentarlo varias veces más antes de que Rick, por fin, se espabilara.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? —preguntó, sobresaltado.

—Tranquilo, está en un quirófano —intervino Natsuki, poniendo una mano en su hombro.

—¿Un... quirófano? —se extrañó, volviendo la cabeza a un lado y al otro.

—Resultó herido. Pero ya está bien. ¿No recuerda lo que pasó?

La cara de pasmo de Rick lo decía todo. Víctor decidió tomar la palabra.

—El doctor Kuriyama le abrió el pecho de un hachazo. Perdió mucha sangre, se desmayó y lo trajimos aquí para remendarlo.

Rick tenía dificultad para enfocar, el cuerpo entumecido, y su boca era un páramo desierto; pero su cabeza empezaba a funcionar.

—Recuerdo el ataque del doctor y las imágenes desde el suelo —empezó a decir—. Y... a esos científicos quietos como estatuas, mirando sin intervenir.

Le costaba hablar. Natsuki fue al grifo, cogió un vaso, lo llenó de agua y se lo llevó.

—Oh, muchas gracias —dijo Rick, y se lo bebió con glotonería. Tan rápido, que antes de terminarlo comenzó a toser.

Natsuki miró a Víctor.

—Ayúdeme a incorporarlo.

—También lo recuerdo a usted —continuó Rick, una vez lo dejaron sentado en el borde de la mesa del quirófano—. Le debo la vida, supongo.

—No se crea, no hice más que el ridículo. ¿No ve cómo estoy? —contestó Víctor, señalando las heridas de su cara y cabeza.

—¿Qué pasó después? —quiso saber Rick.

Víctor invitó a Natsuki, con un gesto de su barbilla, a que fuese ella la encargada de resumir los acontecimientos que siguieron a su pérdida de sentido. Lo hizo con rapidez y

precisión. Cuando terminó, el rostro de Rick mostraba pesadumbre.

—Entiendo —fue lo único que dijo.

Víctor, entonces, saltó.

—¡¿Entiendo, hijo de puta?! Gracias a usted ahora tenemos a... —iba a decir "un loco", pero se lo pensó mejor— ... el doctor Kuriyama por ahí suelto, armado con su pistola. Una *Sig Sauer P-228*, por cierto.

Rick agachó la cabeza. Nunca en su vida alguien le había insultado de esa manera sin que se hubiera llevado su merecido, pero aquella ocasión era distinta. Ese español temperamental se había ganado su derecho a hacerlo. Por eso calló. Por eso, y porque había algo por encima de él mucho más importante: la misión. De pronto se dio cuenta de que tenía el torso desnudo, y empezó a mirar en todas direcciones.

—¿Dónde está mi camisa? —preguntó, en un tono que evidenciaba urgencia.

Víctor dirigió a Natsuki un gesto de complicidad. Ella fue hasta la papelería donde la había tirado, la sacó y se la entregó.

—Tuve que cortarla para poder quitársela —se disculpó, como si eso fuese importante.

Rick la agarró de inmediato y comenzó a manosearla con auténtica desesperación.

Víctor metió la mano en el bolsillo de su pantalón.

—¿Busca esto? —dijo, sacando el cilindro y mostrándoselo.

La cara de Rick mutó en un microsegundo, pasando de la angustia al miedo más profundo. El mismo miedo que lo impulsó a saltar de la mesa como un resorte.

—¡Deme eso! ¡*Aghggggh!*

Nada más pisar el suelo, Rick sintió un intenso dolor en el pecho que lo dobló por la mitad. Llevándolo casi al desmayo.

—No debería moverse todavía —sugirió Natsuki, agarrándolo por la axila y ayudándolo a sentarse en una silla.

Víctor se mantuvo al margen, con los labios muy apretados, hasta que no pudo más.

—Bueno, y ahora, ¿va a decirnos qué cojones es esta mierda?

—No es asunto suyo —respondió Rick, quejumbroso, con la mano en el pecho.

Natsuki se colocó junto a Víctor, marcando posiciones. Se apoyó en un mueble y cruzó los brazos antes de hablar.

—¿Ni mío tampoco? ¿Quién es usted? ¿Qué ha venido a hacer aquí? ¿Qué contiene ese cilindro?

—No puedo decírselo —respondió Rick, recuperando el aliento.

—De acuerdo. Pues si usted no lo hace, no tendremos más remedio que averiguarlo nosotros —sentenció Víctor, haciendo amago de abrir el cilindro.

—¡Noooo! —gritó Rick, incorporándose de la silla.

Una nueva punzada de dolor le obligó a sentarse de nuevo, abatido.

Víctor se guardó el cilindro en el bolsillo del pantalón antes de ir hacia él y agacharse para mirarlo directamente a la cara.

—Supe que no era un ingeniero de estructuras desde el primer momento en que lo vi en la cubierta de mi barco, en Tenerife. Lo dejé correr y acepté el encargo porque me hacía falta el dinero; sobre todo, después de que usted se encargara de que me echaran del trabajo —Víctor hablaba despacio, frío, sin rastro de apasionamiento, igual que si estuviera leyendo el manual técnico de una lavadora—. Desde que llegamos aquí ha jugado con nosotros. Ocultándonos cosas a pesar de la delicada situación en que nos encontramos. También lo dejé pasar porque creía que nos iríamos en unas horas. ¿La verdad? Me importaba una mierda si usted era un agente de la CIA, de la NSA o de la puta madre que lo parió. Una vez que la situación se puso fea, lo único que me interesaba era subir cuanto antes a la superficie, olvidar este trabajo y pasar página, nada más. Les aseguro que no pensaba volver a bajar ni loco.

Rick lo miraba muy atento. Natsuki también. Y ambos por idéntico motivo: deferencia.

—¿Sabe? Nunca tuve intención de volver aquí abajo —continuó Víctor, mirando a Natsuki de reojo—. Este lugar apestaba a secretos. Secretos que, como ya le he dicho, no me interesaban en absoluto. Pero eso ha cambiado. Ha despertado

mi curiosidad. Ahora quiero saber. Me suele pasar cuando gente que no conozco, por razones que tampoco conozco, quieren mandarme derechito al infierno.

Rick no comprendía. Entornó los ojos y torció la cara para evidenciarlo.

Natsuki decidió participar e, inconscientemente, adoptó el papel de "*poli bueno*".

—Es cuestión de vida o muerte, entiéndalo. Ahora debemos trabajar juntos si queremos salir de aquí. Por favor, es necesario que sepamos si el contenido de ese cilindro pudo tener algo que ver con el comportamiento de mi padre. Y si nosotros corremos también peligro de contagiarnos. Se trata de algún agente infeccioso, ¿verdad?

Mientras la doctora hablaba, Víctor movía la cabeza de un lado a otro, convencido de lo inútil que sería su intento por sonsacarle. La pregunta de Rick se lo confirmó.

—Los tanques de oxígeno del *minisubmarino* pueden arreglarse, ¿no es así?

Víctor se fijó en detalles de Rick en los que antes no había reparado. Principalmente en su cuerpo, musculoso pero no demasiado. Un cuerpo que no era el resultado de horas y horas de gimnasio y kilos de anabolizantes, sino el que tendría un hombre práctico que lo usara a diario para correr, saltar y luchar durante horas, tal vez semanas. También apreció varias cicatrices antiguas. Algunas de cortes, otras de disparos; como la que tenía en un costado en forma de estrella, típica de un calibre pequeño de alta velocidad. Se había equivocado, Rick no era quien pensaba.

—Usted no pertenece a ninguna agencia, ¿verdad? Usted es un soldado.

Rick se frotó las manos sin contestar.

—Un patriota. Un hombre bravo al que, tras cumplir con su deber en el campo de batalla —continuó Víctor, dotando a su voz de un tono más amable—, algún superior con el pecho lleno de medallas engatusó para que terminara convirtiéndose en un instrumento para su país.

—No sabe lo que dice—replicó Rick.



—Oh, sí lo sé. Como también sé que, ese mismo superior, en nombre de ese mismo país suyo, ahora está dispuesto a acabar con todos nosotros. Incluido usted.

—¿De qué habla?

Víctor se levantó, sacó un papel doblado del bolsillo de su pantalón y se lo entregó.

—¿Qué significa esto? —preguntó Rick, cogiéndolo con recelo.

—Lo recibí una de las impresoras del laboratorio hace unos minutos —aclaró Natsuki.

Medio sentado sobre la mesa del quirófano, Víctor le puso en antecedentes.

—Se trata de la transcripción de un fragmento de conversación entre dos hombres. Léala, le resultará muy interesante.

Rick desdobló el papel y comenzó a leer. La luz en el quirófano era escasa y debió acercarse mucho. Natsuki dudó en ir a encender los fluorescentes del techo, pero se lo pensó mejor y no se movió. No quería perderse ni un detalle de sus reacciones.

La hoja decía:

**—Capitán Taho, le habla el coronel Adams.**

**—A la orden, mi coronel.**

**—Iré al grano. ¿Está la Mark 43 cargada en el helicóptero?**

**—Sí, señor. Cargada y configurada.**

**—Perfecto. Le informo de que tenemos luz verde para probarla.**

**—¡Magnífico, señor! ¿El punto de lanzamiento sigue siendo el mismo?**

**—Sí. Dentro de veinticuatro horas exactamente, si no recibe una nueva llamada mía, láncela sobre el objetivo marcado. Luego, ponga inmediatamente rumbo a la base.**

**—Creí que nos quedaríamos para registrar los datos obtenidos, señor.**

**—No será necesario. El remolcador camuflado se encargará de todo.**

**—Bien, señor, así lo haremos.**

**—Recuerde lo delicado de la operación. Unas maniobras de este tipo no serían bien vistas por la opinión pública internacional, y pondrían en alerta a los ejércitos enemigos sobre la capacidad táctica de nuestras armas. Por ese motivo pocas personas están al corriente, y jamás constará en ningún parte de actuación.**

**—Lo entiendo, señor. Y es un honor que haya confiado en mí y en mis hombres para llevarla a cabo.**

**—No me defraude, capitán Taho.**

**—No lo haré, mi coronel.**

Rick releyó un par de veces más la conversación antes de levantar la vista del papel y fijarla en la nada.

—¿Le ha comido la lengua el gato? —dijo Víctor.

Rick respondió con otra pregunta.

—¿Cómo han conseguido esto?

—Una impresora... —empezó a decir Natsuki.

Rick la miró con el rostro crispado.

—Eso ya me lo han dicho. Pero, ¿quién ha interceptado esta llamada? ¿Y por qué nos la ha hecho llegar?

—Buena pregunta —se sumó Víctor, dirigiendo la mirada también a Natsuki.

—La sonda de superficie posee la capacidad de realizar conexiones vía satélite —explicó ella, con la responsabilidad haciendo temblar su voz—. Es la manera que tiene el sistema de comunicarse con el exterior y de conectarse a internet. Supongo que, introduciendo los comandos adecuados, se podría interceptar cualquier llamada realizada con un teléfono vía satélite en diez kilómetros a la redonda.

—Sigue sin decirme quién y por qué —insistió Rick.

El pecho de Natsuki subía y bajaba ostensiblemente, señal de que su respiración se estaba alterando.

—No... No lo sé —titubeó al contestar.

—Seguramente la misma persona que encendió un ordenador para mostrar las imágenes del doctor Kuriyama camino del dique —intervino Víctor, con intención de zanjar la cuestión.

—Según nos contó, su padre es ahora quien controla el sistema. Pero, ¿qué sentido tendría intentar matarnos para ayudarnos después? No tiene lógica —razonó Rick—. Aunque, por otra parte, si no lo hizo él, ¿quién está detrás de todo esto?

—No... lo... sé —repitió Natsuki, a punto de derrumbarse por la presión.

Víctor se dio cuenta del estado en el que se encontraba la doctora y decidió cortar por lo sano.

—Admitamos que ése es otro misterio que tendremos que resolver... o no. Pero todo a su tiempo. Ahora, vayamos a lo más importante —concluyó, señalando la hoja de papel que Rick mantenía en su mano.

Natsuki dirigió a Víctor una sutil mirada de agradecimiento al tiempo que dejaba salir el aire retenido en sus pulmones.

Rick no se percató de nada, ya que volvía a tener la vista clavada en el texto impreso en aquella hoja de papel.

—No le dé más vueltas. La cosa parece clara —sentenció Víctor—. La fecha es de hoy, y según la hora y el tiempo transcurrido, en menos de dieciocho horas su querido coronel piensa meternos una Mark 43 por el culo. Porque... ese tal coronel Adams es su superior directo, ¿no es así?

Rick asintió con la cabeza.

—Háblenme de esa... Mark 43 —se animó a intervenir Natsuki, deseosa de ampliar la somera información que Víctor le había proporcionado antes.

—No es una bomba cualquiera —dijo Víctor—. ¿Se lo explico yo o prefiere hacerlo usted?

Rick, con un gesto de cabeza, lo invitó a que continuara.

—Una Mark 43 es un artefacto concebido para utilizarse en el mar como carga de profundidad. Incorpora un detonador que se acciona con la presión. Sólo hay que introducirle una determinada profundidad a la que se desea que estalle, y listo.

—Entiendo, igual que las que lanzaban los barcos en la Segunda Guerra Mundial para hundir submarinos —apuntó Natsuki.

—No exactamente —intervino Rick, apesadumbrado—. La Mark 43 es una versión infinitamente mejor que aquellas. Posee un timón controlado por radar que la hace muy precisa, y está diseñada para detonar a mucha más profundidad.

—¿A cuánta? —quiso saber Natsuki.

—Eso, ¿a cuánta? —repitió Víctor, con guasa.

—Fue ideada como respuesta a los modernos submarinos nucleares rusos de la clase Tifón, capaces de descender más allá de los mil metros.

—Ya, pero por si acaso... —se paró Víctor, sugiriendo a Rick que concluyera.

—La Mark 43 puede detonar más allá de los dos mil.

—Nuestra profundidad —recalcó Natsuki.

—Y eso no es lo peor. Esa jodida bomba puede llevar una pequeña cabeza nuclear táctica capaz de volatilizar todo lo que se encuentre en su camino en trescientos metros a la redonda —resumió Víctor, cansado del juego.

—Una cabeza nuclear —repitió Natsuki, asumiendo la verdadera magnitud del desastre.

Víctor sacó de nuevo el cilindro del bolsillo, lo lanzó al aire, dio un par de vueltas y lo volvió a coger.

—Y ahora, háglenos de esto.

—Por favor, no vuelva a hacer eso —suplicó Rick.

—Desembuche.

Con esfuerzo, Rick se levantó de la silla y anduvo unos pasos por el quirófano. Iba cabizbajo y con el gesto contrariado.

—Sé que no es fácil para alguien como usted —comenzó a decir Víctor—. En su mundo, la traición es el más horrible de los crímenes. Y eso es lo que cree que está haciendo: traicionar a su gente, a sus superiores y a su país. Pero se equivoca. Ese coronel lo ha utilizado. Aún sabiendo que le ha servido bien, que es leal a él y a su país, no ha dudado ni un instante en desecharlo cuando las cosas se han puesto feas. No se torture

más y cuéntenos lo que sepa. Nuestra vida y la suya están en juego.

—No me importa arriesgar la vida. Nunca me ha importado. Mi trabajo es peligroso —confesó Rick, parándose en seco—. Pero tiene razón, soy un soldado. Y a un soldado que ha luchado bien, no se le abandona en mitad del campo de batalla.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Víctor, a la vez que guiñaba un ojo a Natsuki—. Y ahora, cuéntenos lo que sepa sobre su misión.

—Lo haré —respondió Rick, decidido.

—Sea breve, por favor, el tiempo apremia.

Rick no volvió a sentarse en la silla. Prefirió permanecer de pie, en el rincón más oscuro del quirófano. Sabía que iba a hacer lo correcto, y a pesar de ello no podía evitar sentirse como una mierda.

—¿Recuerdan cuando les hablé de Utopía? —comenzó a decir.

Víctor y Natsuki asintieron.

—Fue lo que me contaron, no les mentí. Su construcción fue impulsada durante el mandato de JFK y financiada con recursos de la carrera espacial. El presidente deseaba que EE.UU. fuese pionero en poner un hombre en la Luna, pero también en crear el primer hábitat submarino para humanos. Como sabrán, en 1963 murió asesinado sin poder ver ni una cosa ni la otra. Entonces, la carrera espacial siguió adelante; pero el Proyecto Tritón, no. Se paralizó. Y permaneció olvidado hasta la década de los ochenta, en la que se reactivó de nuevo durante el mandato de Ronald Reagan.

—¿Qué pasó para que decidieran volver a gastar millones en algo como esto? —dijo Víctor, abriendo los brazos.

—A principios de los ochenta, el aumento de la tensión de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética llegó a cotas insostenibles —explicó Rick—. La amenaza se hizo más patente, y el temor a un desastre nuclear regresó con más fuerza que nunca. El Proyecto Tritón se desempolvó y se puso al día. Utopía estaba prácticamente terminada, sólo faltaban

pequeños detalles técnicos, incorporar el mobiliario y decidir dónde hundirla.

—Mobiliario "*ochentero*", eso estaba claro —apostilló Víctor—. Continúe.

—A mediados de la década se produjo un acercamiento entre los dos bloques y las tensiones se relajaron. Fue la época de la Perestroika, Gorbachov, la caída del muro de Berlín y la desaparición de la Unión Soviética. Ya saben.

—Sí, pero todavía no entiendo qué tiene esto que ver con el puñetero cilindro —se impacientó Víctor.

—Ahora lo comprenderán —dijo Rick, tras una mueca de dolor—. Utopía se sumergió en 1982, aunque no para servir como refugio al gobierno de Norteamérica durante un posible conflicto nuclear con la Unión Soviética, sino con el objetivo de albergar el primer laboratorio con un nivel 5 de bioseguridad del planeta.

—¡Joder, armas biológicas! —dedujo Víctor.

—Exacto —admitió Rick—. La situación había mejorado, pero habían comprendido algo: una guerra nuclear entre las dos superpotencias tendría consecuencias catastróficas impredecibles. Incluso para el bando ganador. Por esa razón, Estados Unidos quiso disponer de un plan B ante futuros conflictos.

—O sea, que teníamos razón —dijo Natsuki, mirando a Víctor—. El V442 es un agente patógeno.

—Sí, y tremendamente peligroso —confirmó Rick—. Tanto que, al poco tiempo de crearlo, y a pesar de las extremas medidas de seguridad, hubo un incidente y todos los científicos que trabajaban con él murieron.

—¿Y se produjo aquí, en estos laboratorios? —saltó Víctor, inquieto.

—No. El laboratorio de máxima seguridad se construyó en la segunda planta del Nodo Oeste, encima del Almacén General.

—¿Encima del almacén? —preguntó Natsuki, extrañada.

—Cuando se le encargó que diseñara un sistema informático para controlar Utopía, a usted no le entregaron los planos reales —le aclaró Rick—. En los suyos, la Sala Negra,

que es como llamaron a los laboratorios de máxima seguridad, aparecía como un cuarto trastero sin utilidad.

—¿Sala Negra? —repitió Víctor—. Muy dramático. ¿Qué pasó después del... incidente?

—Utopía se cerró.

—¿Cómo explicaron la muerte de los científicos? —quiso saber Natsuki.

—Un desgraciado accidente de avión en mitad del océano mientras viajaban a un congreso médico. Sin supervivientes. Sin cuerpos.

—Ya veo, protocolo estándar —ironizó Víctor.

Rick no estaba para bromas, y continuó su relato impertérrito.

—Hace unos años el coronel Adams tuvo la idea de reabrir Utopía, e ideó una tapadera perfecta.

—La Corporación NeWorld —aventuró Víctor.

—El acuerdo era ventajoso para ambas partes. Ellos pagaban las facturas a cambio de desarrollar investigaciones pioneras a profundidades abisales, y él recuperaba el control de un lugar único en el mundo.

—¿El control para qué? ¿Para seguir con su loca guerra biológica? —preguntó Víctor, indignado.

—Eso no lo sé. Supongo.

—¿Cómo sabían que el virus ya no era letal cuando reabrieron Utopía? —preguntó Natsuki.

—Conocían el tiempo de supervivencia en el exterior, que es de cinco años.

—Entiendo, por eso usted pudo entrar en... la Sala Negra, y recuperar esta muestra —razonó Víctor.

Natsuki abrió mucho los ojos.

—¿Ha entrado allí?

—Cuando me asignaron la misión, mi objetivo principal era reclutarles a ambos, confirmar que la falta de comunicación en Utopía era debida a un fallo en el sistema, y encargarme de que usted lo arreglara. Si así hubiera sido, ahora mismo no estaríamos hablando de esto —se sinceró Rick—. Pero tenía un objetivo secundario.

Víctor se envaró.

—Recuperar el virus.

—Sólo si era imprescindible —puntualizó Rick—. En principio, bastaba con que echara un vistazo a la Sala Negra. Querían saber si, después de más de treinta años, todo estaba en orden. Si, como pensaban, seguía existiendo una muestra intacta de la cepa.

Rick empezaba a no encontrarse bien. Se notaba débil y le costaba mantenerse en pie. Se acercó hasta el centro del quirófano y, con disimulo, se apoyó en la mesa antes de proseguir.

—Me ordenaron que si detectaba cualquier problema, me hiciera con la muestra y regresara con ella de inmediato a la superficie.

—¡Qué hijos de puta! —exclamó Víctor.

—Yo sólo soy un peón, una herramienta, como usted dijo; pero puedo comprender que Utopía, el virus... se han convertido en un grano en el culo para alguien. Un grano muy grande y peligroso. Ya no estamos en los ochenta. Ahora es muy complicado mantener en secreto una operación militar de esta dimensión en mitad del océano. El tiempo es limitado. Supongo que al no recibir noticias más, ni ver aparecer el batiscafo en la superficie, llegaron a conclusiones desastrosas.

—Que el virus sigue activo —concluyó Natsuki.

—La tormenta perfecta —señaló Víctor—. Un fallo en los sistemas más un virus letal suelto. Vamos, como para seguir mandando misiones de rescate aquí abajo.

—Empiezo a pensar que todo lo que me contaron era mentira —continuó Rick, sumido en un caos de confusión—. Que ningún gobierno de los EE.UU. ha estado jamás al corriente del Proyecto Tritón, ni de Utopía; que todo, desde el principio, ha sido producto de las maquinaciones de un puñado de militares paranoicos.

—No lo descarte, amigo.

—¿Y cómo sabemos que no es así? Me refiero al virus —intervino Natsuki, centrada en otra cuestión—. ¿Cómo podemos



estar seguros de que no sigue activo? Usted podría estar infectado. Todos nosotros podríamos estarlo.

—No conozco todas sus características. Pero sé que es extraordinariamente rápido en actuar. En pocos minutos hubiéramos empezado a sentir los primeros síntomas.

Víctor recordó algo.

—Cuando los científicos, que ahora no tenemos ni puta idea de dónde se han metido, hablaron de la posibilidad de que el trastorno del doctor Kuriyama pudiera ser debido a un virus, usted se mostró preocupado.

Rick lo miró sin entender.

—No se sorprenda. Lo sé porque no le he quitado el ojo de encima desde que le conozco—aclaró Víctor.

—¿Adónde quiere llegar?

—A que sintió miedo, ¿no es así? Desde el mismo instante en el que pisó Utopía lo ha sentido.

—Tenía mis dudas, lo reconozco. Nadie podía entrar en la Sala Negra, aunque habían pasado muchos años. La estanqueidad de la puerta podría haberse reducido, y si el virus seguía activo... Bueno, eso llegué a pensar. Pero ya han transcurrido varias horas. No estamos infectados. Lo que quiera que le pase al doctor Kuriyama no tiene nada que ver con el virus —aseguró, mirando a Natsuki de reojo.

La doctora ni siquiera se percató. Su cerebro ultrarrápido acababa de procesar la información y ya estaba sacando conclusiones. Una parte de ella hubiera deseado que aquel virus fuera la explicación para lo que le pasaba a su padre. Sería terrible, aunque al menos no sería responsable de sus actos. Ahora estaba como al principio. O aún peor.

Víctor se llevó las manos a la cabeza, se rascó ostensiblemente encima de las orejas y soltó un sonoro bufido.

—Estamos bien jodidos.

—Me temo que sí —confirmó Rick—. La Mark 43 borrará todo rastro de Utopía. Será como si nada de esto hubiera existido jamás.

—¿Cómo lo ocultarán? —se interesó Víctor, más por curiosidad que porque lo considerara relevante—. Una explosión

nuclear activará muchos sensores.

—La detonación se producirá a mucha profundidad, seguro que saben cómo encubriarla. Falsearán datos y la harán pasar por un seísmo submarino.

—¿Y nosotros? ¿Y los científicos? ¿Nos harán coincidir en un avión también?

—Es posible, quién sabe. Nadie de los que trabaja aquí tiene familiares cercanos. Ni padres, ni hermanos, ni pareja —aclaró Rick—. Lo comprobé antes de venir. Me sorprendió, pero no le di mayor importancia. Al fin y al cabo, parecía lógico que se tuviera en cuenta esa circunstancia a la hora de seleccionar a las personas que iban a encerrarse aquí abajo durante años.

Víctor arrugó el ceño: había comprendido.

—Ella sólo tiene a su padre, que también está aquí; yo estoy más solo que la una; y supongo que un tipo como usted no pasa las Navidades en familia.

—Se cubrieron bien las espaldas, ahora lo veo claro. Desde el principio, desde que reabrieron este complejo sabían que era extremadamente peligroso.

—Aún así lo hicieron, ¡esos cabrones! —gruñó Víctor, moviendo la cabeza.

—Los humanos somos así: unos insensatos. Debería saberlo ya —concluyó Rick, soltando un quejido.

—Es la anestesia, se le está pasando —observó Natsuki—. Túmbese, le dolerá menos.

—No. Si queremos tener una posibilidad de salvarnos, hay que arreglar esos tanques de oxígeno cuanto antes.

Víctor estuvo de acuerdo.

—En eso tiene razón. Pero necesitaremos herramientas.

Rick metió la mano en el bolsillo lateral de su pantalón y sacó una libreta.

—Como antes les dije, en el Nodo Oeste, en la planta baja, está el Almacén General. —Le costaba hablar—. Aquí tiene la lista de material. Hay de todo, sólo es necesario saber dónde está.

Víctor cogió la libreta y empezó a hojearla.

—Ya veo. Número de pasillo, de estante, relación detallada de material... Un trabajo muy minucioso. Aquí veo que hay herramientas de todo tipo, incluidos soldadores de autógena. Genial. ¡Coño, también hay armas! —exclamó, con el dedo detenido en una anotación.

—Olvídelo, ya lo comprobé. Se trata de un armario lleno de minas-lapa submarinas.

—Más bombas no, por favor, que ya tenemos bastante con la que se nos viene encima. Y ahora, andando —concluyó Víctor, guardándose la libreta—. Natsuki, écheme una mano, le daremos un par de pastillitas para el dolor, le pondremos una venda bien apretadita y listo.

—Un momento —saltó ella—. Hay algo en lo que no hemos pensado.

Víctor y Rick se giraron al tiempo para mirarla.

—¿Cree que si usted pudiera hablar con su coronel abortaría la destrucción de Utopía?

—Es posible. Sí —terminó confirmando.

—¿De qué está hablando ahora? —intervino Víctor—. No podemos comunicarnos con el exterior.

—Así es. Pero podríamos, si se anulara la orden de Nivel 6.

—No la entiendo, creí que había dicho que...

—La activó mi padre —lo atajó Natsuki—. Sólo tenemos que encontrarlo.

Víctor esbozó una sonrisa mordaz antes de hablar.

—Claro, como se le ve tan dispuesto a colaborar.

Natsuki se dio la vuelta enojada y se encaminó hacia la puerta.

—Ustedes ocúpense del batiscafo, yo iré a buscar a mi padre —dijo en el umbral.

—Ésa no es una buena idea —la contradujo Víctor, dando un par de zancadas para cortarle el paso antes de que saliera.

Natsuki apretó los puños.

—¿Acaso alguien le ha puesto a usted al mando?

—Es muy peligroso.

—A mí no me hará nada.

—No irá.

—¡Iré! —gritó Natsuki, marcando los músculos de sus mandíbulas.

En su interior se libraba una lucha terrible. De un lado, la lógica le decía que Víctor tenía razón, que tal vez su padre ya no fuera quien ella creía; del otro, el amor tan profundo que sentía por él, la empujaba a intentarlo. Por ese motivo, se inventó aquel pretexto para buscarlo, una excusa que bien podría ser la solución a sus problemas. Aunque no pensó en ella de esa manera cuando la propuso. En ese momento, su mente sólo sabía que si se marchaban sin él, jamás lo volvería a ver; y le resultó insoportable contemplar la idea de que los últimos recuerdos que tuviera de su padre fueran éstos, los de un asesino. Tenía que saber la verdad a toda costa, y estaba dispuesta a arriesgar su vida para conseguirla. La suya y la de los demás. Sin embargo, ese español no iba a ponerle las cosas fáciles.

—La idea no es mala —intervino Rick, con voz quejumbrosa.

—¿Usted también? —se quejó Víctor.

—Buscaremos al doctor mientras vamos a por las herramientas —sugirió Rick—. No tenemos nada que perder.

—La vida, ¿le parece poco?

Rick empezó a incorporarse con mucho esfuerzo y dolores.

Víctor se dio cuenta de que se encontraba peor de lo que pensaba y se precipitó a detenerlo.

—Lo noto jodido.

Rick hizo ademán de mover los brazos.

—Estoy mejor. ¡Agrrrrr!

—Ya veo. Está de cojones. Si viene, nos retrasará. Descanse y recupere las fuerzas —insistió Víctor, ayudándolo a tumbarse de nuevo—. Más tarde lo necesitaré en plena forma.

A regañadientes, Rick admitió que estaba muy lejos de encontrarse bien y obedeció.

Natsuki aprovechó para abandonar el quirófano.

—Espere —gritó Víctor—. Usted gana.

Rick agarró del brazo a Víctor.

—Tome. No es mucho, pero es algo —dijo, entregándole la navaja que llevaba en el bolsillo.

Víctor la cogió, le dio las gracias con un asentimiento de cabeza, y siguió a Natsuki.

**OLOR A MUERTO**

Natsuki había tomado una buena ventaja cuando Víctor salió del quirófano. Andaba rápida y decidida, sorteando mesas, armarios y vigas con una determinación enfermiza. Sin mediar palabra, uno detrás del otro, dejaron los laboratorios y se dirigieron al ascensor. Tampoco hablaron durante el corto espacio de tiempo que transcurrió hasta que bajaron a la Sala de Ocio. Al tomar Natsuki la dirección Este, Víctor se decidió a romper el silencio.

—No es por ahí. El Almacén General se encuentra en el Nudo Oeste.

—Lo sé. No voy allí —contestó ella, sin detenerse.

—¿Y adónde demonios va?

—Al Laboratorio Auxiliar.

—¿Cree que va a encontrar a su padre allí?

—Es posible.

—Como usted quiera —se plegó Víctor, asumiendo que no sería capaz de convencerla de que desistiera de su idea.

Natsuki caminaba a grandes zancadas, con la vista fija en el frente. Víctor, sin embargo, lo hacía sin dejar de mirar en todas direcciones; con la sensación de que, de un momento a otro, vería aparecer a aquel doctor con la pistola apuntándole a la cabeza.

De esa manera, recorrieron la Sala de Ocio y tomaron el pasillo perpendicular que llevaba directamente al Nudo Este.

A mitad de camino, Natsuki bajó el ritmo y se situó junto a Víctor. Necesitaba saber algo.

—No hablaba en serio, ¿verdad?

Víctor arrugó el ceño.

—Hace un rato, cuando le dijo a Rick que no pensaba volver a bajar con el *minisubmarino* —le aclaró Natsuki—. "Ni loco". Eso dijo.

—Por supuesto que hablaba en serio. Mi vida me parece más importante que la de los demás. Y al que piense lo contrario, le invito a que se suicide y done sus órganos a los enfermitos.

—No sea cínico.

—¿Cínico? Usted es la cínica. Diga lo que de verdad piensa. Que un tipo como yo debería estar dispuesto a realizar gestos que dieran sentido a su vida. Para llenarla. Gestos heroicos. —Víctor hablaba pausado, como si soltara un discurso que ya tuviera ensayado—. Pues se equivoca. No los necesito. Mi vida es la que es. Me he acostumbrado a ella y me gusta.

—No pienso eso.

—¿Le importa que dejemos el tema y nos centremos en lo que estamos? —cortó Víctor, al llegar a la puerta del Laboratorio Auxiliar.

—Vale.

Natsuki introdujo el código y la puerta se abrió. Víctor apretó el puño dentro del bolsillo, en torno a la navaja, y asomó la cabeza.

—¡*Buagg!* Huele igual que una pocilga —se quejó.

Ella no tomó tantas precauciones y pasó la primera.

El laboratorio en el que entraron era mucho más pequeño que el principal, y estaba realmente desordenado, sucio y poco iluminado. Natsuki miró en derredor y se fijó en las múltiples marcas de la puerta.

—Alguien ha intentado salir.

Víctor pasó la mano por las hendiduras en el metal.

—Golpes de hacha. Tengamos mucho cuidado.

—¡Papá estás aquí! ¡Soy yo, Natsuki!

Víctor se precipitó a callarla.

—¿Qué hace? ¿Se ha vuelto loca?

—¡Papá, soy tu hija! —volvió a gritar, ignorándolo.

—¡Joder! —exclamó Víctor, mirando en todas direcciones.

—Aquí es donde él trabajaba —le informó Natsuki, melancólica, sin mostrar el más mínimo signo de temor—. Sigamos.

Víctor accionó el interruptor de la pared, pero no sirvió de nada. Miró al techo y vio los fluorescentes rotos. La poca luz que había procedía de una lámpara situada en el centro del laboratorio, y hacia ella se dirigieron.

—Aquí no está, larguémonos ya.

—Encendamos todos los flexos, necesito más luz —propuso Natsuki, y empezó a ir de mesa en mesa accionando los interruptores.

—¿Qué espera encontrar? —protestó Víctor, parado, con la navaja sin abrir en su mano derecha.

Natsuki siguió encendiendo luces. Hasta que llegó a la única zona que todavía permanecía a oscuras.

—No lo sé, sólo quiero...

De pronto se calló. La luz de la última lámpara que quedaba por encender reveló algo que no se esperaba.

— ... ver mejor.

Víctor detectó la duda en su voz. Al mirar hacia donde ella estaba, reconoció de inmediato lo que había encima de una mesa. Se acercó despacio, con reticencias, hasta que se detuvo a su lado.

—Ahora entiendo este olorcito —dijo, tapándose la nariz y la boca con la mano—. ¿Cuánto tiempo cree que llevará aquí?

—Varios días, seguro —calculó Natsuki.

Tumbado de espaldas estaba el cuerpo de un hombre desnudo. La mesa de laboratorio era demasiado pequeña para él, y las piernas le colgaban. En su pecho se veía un corte en forma de "Y". La piel estaba sujeta con pinzas, y la caja torácica quedaba al descubierto. Algunas costillas habían sido serradas.

—Le han quitado los pulmones y el corazón —apuntó Natsuki, asomando la cabeza para ver mejor



—Si sólo fuera eso... —dijo Víctor, señalando la parte superior del cuerpo.

La cabeza estaba cortada por encima de las cejas, le faltaba la mitad del cráneo y, donde debería estar el cerebro, había un hueco vacío.

Natsuki se movió hasta una mesa accesoria donde vio guantes de goma usados, una sierra eléctrica manchada de sangre seca y varios recipientes metálicos. Cogió uno y miró su contenido.

—Aquí están los órganos que faltan —dijo, mostrándole a Víctor un bol donde un cerebro bastante marchito nadaba en un líquido denso y maloliente—. Parece que alguien le hizo la autopsia a este hombre.

—Ya veo. ¿Sabe quién es?

—Ni idea.

Víctor reconoció ropa tirada en un rincón. Se acercó y se agachó para inspeccionarla. No tardó mucho en hacerlo. A los pocos segundos se incorporó con un carnet en la mano.

—El fiambre se llamaba Alan Keaton, y ésta es su licencia de navegación. Creo que hemos encontrado al piloto del otro batiscafo. —Víctor movía la cabeza de un lado a otro, sin entender nada—. ¿Quién ha podido hacer esto? ¿Su padre?

—Es posible, no lo sé —contestó Natsuki, parcialmente ausente.

—¿Se lo carga y luego le hace la autopsia para averiguar la causa de la muerte? Esto cada vez es más raro.

Natsuki dejó de escucharlo. No quería hacerlo. Necesitaba silencio. Silencio para pensar. Se tapó los oídos con ambas manos y cerró los ojos. Unos segundos le bastaban, y Víctor se los dio. De pronto supo qué buscar. Primero miró alrededor del cuerpo y en la mesa de al lado, donde además de los boles con las vísceras había un microscopio, probetas y placas de cultivos. Luego revisó los cajones y, finalmente, todos los estantes. Hasta que Víctor se cansó.

—¿Qué hace?

—No hay nada.

—¿Nada? No la entiendo.

—Ni una grabadora, ni un cuaderno, ni una sola anotación. Cuando se hace una autopsia, el procedimiento habitual es registrar con detalle todo lo que se va observando.

—Ya.

—¿Por qué lo haría? —se preguntó Natsuki, medio en susurros—. ¿Qué buscaba en el cadáver?

Víctor se quedó con ganas de decirle que intentar entender a un loco era una locura, pero calló; ya que sabía que ese tema era mejor no tocarlo. Si evitaba las discusiones, todo iría más rápido. Quería largarse del laboratorio. Olía fatal, el ambiente era desagradable y estaba claro que el doctor Kuriyama no estaba allí.

¿O sí? De pronto, recordó algo.

—¿Dónde está la cámara hiperbárica?

—¿Por qué me lo pregunta? —se extrañó Natsuki.

—Por nada, sentía curiosidad —mintió.

—No está aquí.

—La doctora Cameron me dijo que sí.

—Pues le engañó —dijo Natsuki, volviendo a registrar los cajones de una mesa.

—¿Está segura?

—Cuando NeWorld me contrató, hicieron hincapié en que se trataba de un elemento muy importante de Utopía. Querían que no hubiera problemas con ella —explicó Natsuki, dejando caer el contenido de un cajón al suelo—. Se lo aseguro, la cámara hiperbárica no está aquí, se encuentra en el Soma, en los Laboratorios Principales.

—Qué raro, juraría que me dijo que... ¿Puede estarse quieta de una maldita vez?

—Mi padre es un hombre muy meticuloso. Usa cuadernos donde lo anota todo. Y no encuentro ni uno solo.

—Quizá los tenga en otra parte. En su habitación, tal vez.

—No le veo sentido —susurró Natsuki.

Víctor se impacientó.

—Vinimos a buscar a su padre y no está. ¿Podemos irnos ya?

Natsuki cerró los ojos y asintió. Como un autómatas se encaminó a la puerta, siguiendo a Víctor. No dejaba de asimilar datos. Un montón de datos que no la llevaban a ninguna parte.

Al pasar junto a una mesa se fijó en una papelera. Estaba llena a rebosar.

—¿Qué hace ahora? —preguntó Víctor, al ver cómo la cogía y volcaba su contenido en el suelo.

No obtuvo respuesta. En cuclillas, con manos nerviosas, Natsuki fue estirando cada una de las hojas arrugadas para leer bien su contenido. Había muchas, y todas eran semejantes: informes rutinarios enviados por *Susi* sobre el funcionamiento de determinadas secciones o departamentos de Utopía, y datos médicos en papel de impresora que no comprendía. Nada reseñable.

—Déjelo ya —suplicó Víctor, detectando el abatimiento y la frustración en el rostro de la doctora.

Pero ella no le hizo caso. Se giró en redondo y fue hacia otra papelera.

—Olvídelo, no hay nada.

—Tiene que haber algo —replicó Natsuki, resuelta a no darse por vencida.

Esta vez se sentó en torno al montón de papeles. Y repitió la operación.

Los minutos pasaban. Víctor se apoyó en la mesa, junto a ella, y cruzó los brazos mientras la observaba revisar esas hojas arrugadas con auténtica desesperación. En un momento dado, la vio tensarse.

—¿Qué pasa? ¿Ha encontrado algo?

Natsuki se levantó con un papel en la mano, lo colocó sobre la mesa y se puso a alisarlo con movimientos lentos, casi reverenciales.

—La letra es de mi padre —dijo, apartándose para que Víctor lo viera.

Sin gafas de cerca, Víctor necesitó coger la hoja para poder leer lo que ponía. No tardó mucho, sólo había algunas palabras sueltas y fórmulas químicas escritas de una manera desordenada y flechas.

—No entiendo nada —confesó, volviéndola a dejar sobre la mesa —. ¿Para usted tiene algún significado?

—No —respondió Natsuki.

—¿Qué es el "Devorador de arañas"?

—Una teoría de mi padre.

—Ya. De las fórmulas ni le pregunto, pero la palabra "LA" aparece varias veces. ¿Sabe de qué va?

—Es posible —susurró enigmática, y cerró los ojos.

Su padre utilizaba ese método. Ella creaba cuadros imaginarios donde colocaba los datos para pensar sobre ellos, mientras que él usaba un papel donde los escribía uniéndolos mediante flechas. Un sistema distinto al suyo pero con idéntica finalidad: resolver enigmas.

Algo le había sucedido a Natsuki después de leer aquellas extrañas anotaciones. Víctor lo notó de inmediato al ver la forma en que se abstraía. Ya la había visto ensimismarse más veces, aunque en aquella ocasión fue como si desapareciera del mundo de los vivos para realizar un viaje astral. Le produjo cierto placer verla así, detenida en el tiempo, paralizada, tan bella, tan inescrutable... Pero, desgraciadamente, tenían cosas más urgentes que hacer.

—Debemos irnos.

Natsuki no había podido meditar lo suficiente, aunque los nuevos datos incorporados eran lo suficientemente preocupantes como para que se animara a formular una hipótesis en voz alta.

—¿Y si estuviéramos equivocados? ¿Y si hubiéramos estado persiguiendo sombras todo este tiempo?

—¿De qué habla ahora?

Natsuki se levantó, cogió la hoja de papel, la dobló con parsimonia y se la guardó en el bolsillo. Pensaba hacerle partícipe de su teoría a Víctor. Y lo hizo, pero empezando con una pregunta.

—¿Cómo dijo que se llamaba aquello que usaba Hitchcock en sus películas?

Pilló a Víctor descolocado, y éste se limitó a encogerse de hombros.

—Me explicó que se trataba de un elemento de suspense e intriga que el director introducía en sus películas para que los personajes avanzaran en la acción, pero que realmente carecía de importancia.

—¡Ah, se refiere a los *Macguffin*!

—Exacto. Me dijo que en las historias de delincuentes siempre era un collar, y que en las historias de espías...

—Los documentos —completó Víctor—. Me acuerdo. Fue *Susi* quien sacó el tema. ¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

—Piense, ¿qué podría ser un *Macguffin* en una película de científicos?

Víctor entornó los ojos, forzándose a pensar. Sin resultado.

—No tengo ni la menor idea.

—A mí se me ocurren varias opciones. Una de ellas podría ser... un virus mortal.

Sin disimulos, Víctor se revolvió el pelo y soltó el aire de los pulmones produciendo un sonoro ruido semejante a una pedorreta.

—Lo siento, estoy perdido. El tiempo corre. ¿Quiere explicarme de una vez adónde quiere llegar?

—Intento ordenar todos los sucesos que hemos vivido, desde que llegamos a Utopía, de una manera que puedan tener lógica —explicó Natsuki—. Pero antes necesito encontrarles su verdadero sentido, para luego poder colocarlos en el lugar exacto... de la trama.

—¿Trama? ¿Una espada de Damocles pende sobre nuestras cabezas y usted piensa en un guion de cine?

—¿Por qué no?

—Ya. Y según usted, ¿quién lo habría escrito? ¿Los militares, o la corporación para la que trabaja?

Natsuki echó un vistazo al cuadro virtual dónde había colocado los últimos datos y los repasó mentalmente: "Devorador de arañas", "fórmulas", "LA". Sabía lo que era el "Devorador", y las fórmulas parecían de química orgánica, ambas cosas relacionadas con su padre, aunque a la palabra "LA" no le encontraba sentido. Sin embargo, las flechas indicaban que estaba todo relacionado, de eso estaba segura,

su padre pensaba así. Pero, ¿qué podía significar? De pronto tuvo una revelación. ¿Y si no se trataba de una palabra? ¿Y si eran... siglas?

A la velocidad del rayo, Natsuki levantó la cabeza y miró al techo. No había mucha luz, la suficiente para que viera las cámaras. Había dos, en rincones diagonales, y ambas estaban... rotas.

—¡Dios mío, no es posible!

—¿Qué pasa? —preguntó Víctor.

—L.A. Libre albedrío —musitó, con la mirada vacía.

—¿Cómo dice?

Natsuki tardó en volver en sí. Cuando lo hizo, parecía impulsada por un torrente de adrenalina.

—¡Vamos, debemos encontrar a mi padre!

Víctor se quedó desconcertado mientras la veía desaparecer por la puerta a toda prisa. Luego, resignado, la siguió.

**UN MAL DESPERTAR**

En los Laboratorios Principales el silencio era absoluto. Los sensores que activaban las luces, transcurrido un tiempo en el que no detectaron movimiento, las apagaron. Entonces, la amplia sala se quedó en penumbras, iluminada tan sólo por la luz de los focos exteriores que entraba por las pequeñas aberturas circulares creando una atmósfera inquietante. Sobre las paredes de metal se proyectaban sombras turbadoras, que se movían al mismo ritmo lento e hipnótico con el que se mecían las aguas en las profundidades abisales.

Situada en la zona *este* de los laboratorios, relegada a un pequeño habitáculo independiente, se encontraba la cámara hiperbárica. A través del ventanuco cuadrado de grueso cristal de la puerta podía observarse el interior totalmente negro, o casi. De vez en cuando, algunos reflejos provenientes de la luz exterior desvelaban su contenido: un tanque de cristal lleno de agua con algo dentro, y un montón de tubos y cables eléctricos.

Pero había algo más que se movía entre las sombras.

En el quirófano, a oscuras, sobre la mesa de operaciones, Rick se había quedado dormido. Respiraba pausadamente, con las manos apoyadas en su estómago. Se resistió, pero al final sucumbió al agotamiento y se sumió en un sueño reparador. No dormía profundamente, jamás lo hacía, sino que se encontraba en una especie de duermevela que lo mantenía alerta; una de tantas secuelas que le quedaron como consecuencia de sus

muchos años en la guerra. Y ésa fue la razón por la que se despertó nada más escuchar un ruido lejano, semejante al que produciría una pesada puerta al abrirse. Con los ojos cerrados, y sin mover un músculo, se mantuvo expectante.

Nada, sólo silencio. Lo habría imaginado.

Notaba que volvía a resbalar hacia el sueño cuando escuchó algo de nuevo. Aguzó el oído y creyó reconocer el sonido sordo y amortiguado que producían las pisadas. Varias pisadas. Varias personas. Pensó en el español y la doctora. Giró la cabeza sin levantarse y miró hacia la puerta. Aunque sus pupilas dilatadas se habían adaptado a la oscuridad, no fue suficiente y apenas distinguió nada.

Las pisadas se detuvieron de repente.

"¿Qué demonios pasaba?", se preguntó.

Al incorporarse, percibió un movimiento apresurado a su espalda. No le dio tiempo a volverse. De pronto era agarrado por varias manos a la vez. Manos de hierro que lo obligaron a permanecer tumbado. Se resistió, pero eran fuertes, y muchas, y él estaba débil y dolorido.

Gritó y pataleó. Fue inútil.

En un momento dado, se encontró inmovilizado. Desesperado por saber quiénes eran sus agresores, movió la cabeza de un lado a otro, intentando despejar la oscuridad que los ocultaba. Creyó contar cuatro bultos, quizá cinco. No podía estar seguro. Vencido, dejó de luchar y los increpó:

—¿Quién cojones sois?

No obtuvo respuesta.

Unas manos recorrieron su cara, casi como si la acariciaran, hasta que se detuvieron en su boca, forzándole a que la abriera. Se negó a hacerlo. Intentó morder los dedos que se introdujeron en ella, pero de nada sirvió. Le dolía la mandíbula por la tensión, y la herida del pecho. Le faltaba el aliento y las fuerzas. Entonces, una sombra se inclinó sobre él. Reconoció el perfil de una cabeza. Una cabeza extraña, deforme. A continuación, sintió algo resbalar dentro de su boca. Un líquido espeso con sabor a saliva, aunque mucho más agrio y repulsivo. Se ahogaba. Tuvo que tragarlo para poder respirar.



Casi al instante, percibió un hormigueo que nacía en su estómago y se extendía, poco a poco, por todo su cuerpo. Un hormigueo que por donde pasaba entumecía sus músculos. En pocos segundos estaba paralizado. Ni siquiera podía pestañear. Sólo su mente continuaba funcionando. Hasta que también se apagó.

Le sobresaltó un fogonazo que inundó su cerebro con una luz rojiza, muy intensa. De nuevo estaba consciente. Podía respirar con normalidad, volvía a sentir su cuerpo, y ya nadie lo sujetaba. "Todo ha sido un mal sueño", pensó.

Cuando iba a incorporarse, notó un sabor acre en la boca.

—¡No! —gritó.

Una especie de descarga eléctrica sacudió todo su cuerpo, haciéndolo temblar. Duró unos segundos. Luego, tuvo la sensación de que lo agarraban de nuevo. Pero esta vez... desde el interior.

## ***CUARTA PARTE***

**DE AQUÍ PARA ALLÁ**

Sobre el Laboratorio Auxiliar se encontraba la Sala Educativa. Y allí fue donde se dirigió Natsuki acompañada por Víctor. Había decidido mantener un estricto orden. Iría registrando los nodos uno a uno, de *este* a *sur*. El Soma lo dejaría para el final.

—Nos llevará mucho tiempo —se quejó Víctor.

—Es la única manera de asegurarnos de no dejar ningún lugar sin registrar.

—Ya, pero...

—Nadie le ha dicho que me acompañe. Puede marcharse cuando quiera —resolvió Natsuki, detenida frente a la puerta.

—Está bien, abra de una vez.

Las luces se encendieron nada más detectar su presencia, revelando lo que parecía un híbrido entre colegio, guardería y biblioteca. Una parte, más o menos la mitad del espacio, estaba ocupada por pupitres y una mesa para el profesor. Tras ella, en la pared, había una pizarra, un mapamundi y varios pósteres con animales y paisajes. En la otra mitad, separada por biombos de tela, había una gran alfombra con el dibujo de un circuito para coches, mesitas y taburetes diminutos, e infinidad de juguetes de todo tipo esparcidos por el suelo. En el resto de la pared, en estanterías adaptadas a la curva que hacía la estructura exterior, había cientos de libros perfectamente ordenados. El aseo era la única zona que no se veía a simple vista. A él se dirigió Natsuki.

Abrió la puerta sin tomar ningún tipo de precaución, asomó la cabeza y volvió a cerrarla.

—Nada.

Víctor se quedó detrás, en mitad de la sala.

—La visión de un aula vacía, sin niños, siempre me pareció triste.

—Teniendo en cuenta el lugar donde tendrían que haber crecido esos niños, más triste resultaría verla llena —apuntó Natsuki—. Vamos, continuemos.

Para llegar al Nudo Norte tuvieron que volver a bajar y salir al corredor circular. Y ésa era la parte que más temía Víctor.

—Aquí estamos al descubierto —se quejó, tenso como la cuerda de una guitarra.

Natsuki levantó la cabeza con disimulo y buscó las cámaras. Allí estaban, intactas.

—¿Me ha escuchado? —preguntó Víctor, molesto.

—Sí —respondió, indiferente, y echó a andar por el pasillo a paso ligero.

Lo primero que revisaron fue la planta baja, donde se encontraban los cultivos destinados a alimentar a los animales que había en la planta superior: conejos y gallinas fundamentalmente. El lugar recordaba a cualquier plantación de interior actual, a diferencia de la colocación de la cosecha, que estaba en espiral sobre cajones de madera. Del techo colgaban potentes lámparas HPS para crecimiento y floración, especiales para simular la luz del sol. Una red de riego, formada por mangueras unidas, suministraba el agua de una forma regular. También había grandes extractores que aseguraban un buen reciclaje de aire, eliminando el viciado y aportando uno nuevo limpio y rico en oxígeno. Todo el sistema se controlaba de una forma automática mediante temporizadores que respetaban los fotoperiodos de los cultivos, y sensores que medían la adecuada humedad de la sala y su temperatura, así como el PH del agua y su cantidad exacta para regar.

—Menudo tinglado tienen aquí montado —se sorprendió Víctor.

Recorrieron la sala caminando entre las plantas, que subían más de un metro desde los cajones de tierra. Allí no había muchos lugares donde poder esconderse, a excepción de un pequeño cuarto en un lateral en el que se guardaban sacos de abono, una carretilla y herramientas de jardinería.

—Listo. Vamos arriba —determinó Natsuki.

La planta superior no fue tan agradable de registrar. Debido a la arquitectura esférica de los elementos que conformaban el complejo, a medida que se ascendía o descendía desde el ecuador, las plantas iban siendo más pequeñas. Natsuki y Víctor habrían deseado que ésta lo hubiera sido aún más.

Nada más abrir la puerta, recibieron una bocanada densa y apestosa que les obligó a taparse la nariz y a contener la respiración.

—Aquí estaban los animales, ¿no? —preguntó Víctor, retórico—. Pues me temo que algunos, lo de estar tantos días sin atender, lo han llevado muy mal.

—Pobres —se lamentó Natsuki.

—Tranquila, pronto dejarán de sufrir. Después de usted.

Siguiendo las paredes, desde el suelo hasta el techo, estaban las jaulas destinadas a los conejos, separados en parejas de macho y hembra. En el medio, en una especie de corral circular, se encontraban las gallinas. Decenas y decenas, que empezaron a cacarear y a corretear de un lado a otro como locas.

—Creen que les vamos a echar de comer y beber —observó Víctor.

Natsuki estaba enmudecida, contemplando el espectáculo tan desagradable que tenía ante sus ojos.

Muchos de los animales habían muerto. Casi la mitad de los conejos yacían en sus jaulas, llenos de gusanos. Los que seguían vivos permanecían en un rincón, desnutridos y sedientos, alejados de sus parejas putrefactas. A las gallinas no les había ido mucho mejor: una tercera parte estaban muertas, incluidos los dos gallos.

Natsuki señaló a su derecha.

—En esos cajones deben de estar los insectos.

—Ni los abra —sugirió Víctor, aguantando una arcada—. Larguémonos ya. Vamos a coger una infección aquí.

Antes de abandonar la "granja", Natsuki dirigió una mirada acusadora a la cámara que había en el techo, sobre la puerta.

En el pequeño distribuidor, donde tomarían el ascensor que los devolvería de nuevo a la planta baja, ambos respiraron el aire limpio con glotonería.

—Nodo Oeste, ¿verdad?

Natsuki asintió.

—Allí está el Almacén General.

—Y también esa jodida Sala Negra —recordó Víctor.

—Así es.

Se introdujeron en el ascensor y comenzaron el corto descenso.

—Olvídese de ella.

—Rick dijo que era segura —lo contradijo Natsuki.

—Y una mierda segura. Yo no pienso entrar.

—Como quiera.

Planta baja. De nuevo el corredor. Víctor esperó la apertura del ascensor con el corazón en la garganta.

—Relájese —le sugirió Natsuki.

—Muy graciosa.

La puerta se abrió. El pasillo estaba vacío.

—¿Lo ve?

—Lo veo —corroboró Víctor, de mala gana—. Vamos.

Nada más entrar en el almacén, Víctor sacó la libreta que le había dejado Rick y miró los números de los pasillos y las estanterías que le interesaban. Estaba deseando encontrar lo que buscaba, pero aquel lugar estaba lleno de sitios donde alguien podría esconderse y se frenó.

—Tengamos cuidado.

Natsuki tampoco lo tuvo allí, y se dirigió hacia el pasillo de la izquierda sin esperarle.

—¡Maldita sea! —masculló Víctor, y la siguió.

Sin duda, aquel almacén repleto de estanterías con cajas hasta el techo era el lugar más peligroso que habían visitado hasta el momento. Cada vez que terminaban de recorrer un

pasillo y doblaban para continuar por el siguiente, Víctor tenía el pálpito de que vería aparecer a ese doctor de ojos enloquecidos dispuesto a matarles. También le inquietaba la actitud que había tomado Natsuki después de que encontrara aquel papel con las anotaciones de su padre. No sabía explicarlo, pero la notaba diferente. Además, estaba ese tic. Un gesto que antes no hacía.

—¿Por qué mira constantemente al techo? ¿O es a las cámaras?

—Es usted muy observador —contestó Natsuki.

—Los solitarios solemos serlo. Diga, ¿por qué lo hace?

—Luego se lo explicaré.

—Misterios, más misterios —protestó Víctor, en voz baja.

El siguiente pasillo era el número 6. En el estante 12 tenía que estar lo que buscaba. Vio tres cajas grandes de madera con las tapas claveteadas. Intento abrirlas con la mano. Fue incapaz. Sacó la navaja del bolsillo y, con un movimiento rápido, desplegó la hoja de acero. Natsuki se lo quedó mirando.

—Un préstamo de Rick.

—Entiendo —dijo ella, con desdén.

Ayudado por la navaja, abrió la caja que se encontraba más abajo.

—¡Genial, a la primera! —exclamó, al comprobar que en su interior había un soldador de autógena con todos sus accesorios —. Hubiera preferido uno eléctrico de arco, pero es lo que hay.

—Mientras termina, seguiré revisando el almacén —dijo Natsuki.

—Mire a ver si encuentra algo con ruedas. Todo esto va a pesar un montón.

A los pocos minutos Natsuki volvió con varias cuerdas al hombro y empujando una plataforma con ruedas.

—Perfecto. Veo que ha pensado en todo. Muy bien —la felicitó Víctor, entusiasmado con la idea cada vez menos remota de poder largarse de aquel lugar de pesadilla.

—¿Qué hace? ¿Pretende llevárselo ahora? —se extrañó Natsuki, al verle cargar el material seleccionado.

—Por supuesto. No pienso volver por aquí ni loco.

—Como usted quiera.

Víctor comenzó a colocar el material en la plataforma y a sujetarlo meticulosamente. Natsuki se impacientó.

—Creí que teníamos prisa.

—Esto es fundamental, señorita —se justificó él, dando unas palmaditas a la bombona de acetileno del equipo de soldadura—. No quiero que se caiga por el camino si tenemos que echar a correr.

—Vale, yo iré subiendo —resolvió Natsuki, dándose la vuelta.

—De eso nada. No vamos a entrar en esa puta habitación del terror —replicó Víctor, incorporándose para mirarla fijamente.

—Ya lo hemos hablado. Usted puede volver al Soma cuando quiera —lo retó Natsuki, flemática.

Víctor torció la boca y dio un golpe con la mano en la estantería.

—¡Joder! Está bien, la acompañaré. —Cedió finalmente—. Echaremos un vistazo. Pero, a la mínima sospecha de peligro, salimos cagando leches. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Cuando la puerta del ascensor se abrió y salieron a la planta superior, su sorpresa fue semejante a la que horas antes se había llevado Rick.

—¡Vaya, no me esperaba esto! —exclamó Víctor—. Cuadros en las paredes, muebles de lujo, moqueta en el suelo... Hasta huele bien.

Esa réplica de sala de espera tan acogedora fue un soplo de aire fresco. Por unos segundos, incluso llegaron a olvidarse de donde estaban. Hasta que, Natsuki, señaló la robusta puerta en mitad de la pared.

—Debe ser allí.

—Puerta de seguridad, cerradura de clave, un canchero de tres cabezas... Sí, tiene toda la pinta —corroboró Víctor, con fastidio.

Natsuki se acercó decidida mientras que Víctor se quedó atrás, expectante. No tardó mucho en volverse, con un gesto de frustración dibujado en la cara.

—No puedo abrirla.



Víctor no ocultó su alegría.

—Cerradura de clave, ya se lo dije. ¿Nos vamos?

—Rick entró —apuntó Natsuki, sin separarse de la puerta.

—Tiene la combinación. Sólo él la tiene —recalcó Víctor—.

Y eso apoya mi idea de que no hace falta mirar en la Sala Negra, porque nadie más ha podido entrar.

Natsuki reflexionó.

—Supongo que tiene razón.

—Pues claro que la tengo —concluyó Víctor, empujando el pesado carro en dirección al ascensor.

La revisión del Nodo Sur fue rápida. Ambas plantas estaban dedicadas al cultivo de verduras, hortalizas y frutas para el consumo humano. El sistema de control y distribución de las plantas era muy semejante al que se encontraron en la planta baja del Nodo Norte.

—Qué buen aspecto tienen estas fresas —dijo Víctor, cogiendo una y llevándosela a la boca—. ¿Quiere una?

—No tengo hambre —respondió Natsuki, de mala gana.

—Oiga, ¿qué esperaba? ¿Encontrar a su padre con los brazos abiertos como si aquí no hubiera pasado nada? Por si no se ha dado cuenta, estamos de mierda hasta el cuello; y, por lo que a mí respecta, el responsable de todo ha sido él.

El pecho de Natsuki subía y bajaba.

—Siento ser tan duro con usted, pero creo que no me ha contado todo lo que sabe.

—No sé nada —se defendió Natsuki.

—Pero tiene sospechas, ¿no es así?

Natsuki se frotó las manos, nerviosa, e hizo ademán de mirar hacia el techo. Se contuvo, bajó la cabeza y se encaminó al ascensor.

—Volvamos al Soma —se limitó a decir.

Durante el camino de vuelta, Víctor respetó su silencio. Y fue una buena decisión, ya que Natsuki no estaba para conversaciones. Acababa de sumirse en uno de sus intrincados laberintos lógicos, donde su mente se movía en su medio natural. Imágenes, datos, conversaciones, señales, sonidos, situaciones... Un maremágnum de información volvía a pasar por

su cabeza de una manera atropellada y caótica, a la espera de ser ordenada. Cuadros, sus cuadros otra vez, flotando en un universo silencioso e infinito. La solución estaba allí, ¿pero dónde?

Al llegar al Soma, nada más abrir la puerta de los Laboratorios Principales, Natsuki llegó a la conclusión de que quizá necesitaba la visión de alguien menos condicionado y lleno de prejuicios. También más práctico y menos teórico que ella. Más vivido, con más experiencia real. En definitiva: alguien libre, alguien como Víctor. Necesitaba su opinión, pero no se decidía a hacerle partícipe de sus terribles sospechas.

La voz de Víctor le hizo regresar de sus pensamientos.

—Iré a ver cómo está Rick. Voy a necesitarlo. Hay que ocuparse del batiscafo. Ya sabe, por si falla lo de detener la bomba. Salir por patas siempre es una buena opción.

—Espere —dijo Natsuki, al tiempo que lo sujetaba del brazo con suavidad—. Tenemos que hablar.

Víctor reconoció en su voz y en su gesto un cierto aire de confesión, aunque no estaba seguro del todo. Aquella mujer lo confundía.

—¿Tengo que preocuparme... aún más?

Natsuki desvió la mirada.

—Tal vez.

—No es momento para secretos. Si sabe algo que Rick y yo no sepamos, debería compartirlo. Nos jugamos mucho, muchísimo.

—Bien. Vayamos a buscarlo —concretó Natsuki.

Apoyado en el carro lleno de herramientas, Víctor la vio encaminarse hacia el quirófano.

—¡Malditos genios! —masculló.

Al entrar, escucharon la fuerte respiración de Rick.

—Sigue dormido —susurró Natsuki.

—Pues habrá que despertarlo.

Estaba oscuro. Natsuki no quería encender los potentes fluorescentes del techo para no sobresaltarlos, ni mucho menos la lámpara de operaciones; por esa razón, entró a tientas y accionó el interruptor de un flexo de mesa. La luz dirigida y localizada fue

suficiente para despejar la oscuridad e iluminar el cuerpo de Rick, que dormía plácidamente sobre la mesa de operaciones con las manos cruzadas sobre el regazo.

Con delicadeza, Natsuki le tocó en el hombro.

—¡Señor Blaine, señor Blaine, despierte!

Rick seguía durmiendo.

—Déjeme a mí —intervino Víctor.

Sin tantos miramientos, le dio un par de cachetes en la cara hasta que por fin abrió los ojos.

—¡Oh! ¡Oh! —repitió Rick, alarmado.

—Tranquilo —medió Natsuki—. Somos nosotros.

Rick los miró como si los viera por primera vez en su vida. Luego, se incorporó hasta quedar sentado sobre la mesa, con las piernas colgando.

Natsuki le puso la mano en la frente.

—¿Qué tal se encuentra?

Rick se mojó los labios y tragó saliva varias veces antes de hablar.

—Me du...e...le la ca...be...za —silabeó, con dificultad—. ¿Dón...de estoy?

—¡Pues estamos bien! —farfulló Víctor.

—¿Se encuentra con ánimo para intentar andar? —le preguntó Natsuki.

Rick giró la cabeza con lentitud.

—¿Andar?

Víctor perdió la paciencia.

—¡Sí, joder, andar! Tenemos que largarnos de aquí, ¿es que ya no se acuerda?

Rick lo miró con cara de extrañeza.

Natsuki comprobó la venda del pecho y la vio seca. Tampoco tenía fiebre. Resuelta, le agarró de la muñeca y le tomó las pulsaciones. Calculó setenta por minuto.

—Todo parece correcto. No entiendo a qué puede deberse la desorientación.

—Es normal, no es médica —concluyó Víctor, al notar la carga de la responsabilidad acumulándose en ella—. Ayúdeme.

Cada uno de un brazo, lo bajaron de la mesa y lo dejaron de pie. Rick no puso mucho de su parte y les resultó difícil. Sin soltarlo, lo vieron tambalearse de un lado a otro sin mover los pies del sitio, igual que un tentetieso.

—¡Uf! —exclamó Víctor—. Lo mejor será que lo sentemos antes de que se caiga y se rompa la crisma.

Con mucho esfuerzo, lograron llevarlo hasta la silla y sentarlo. Nada más hacerlo, Rick apoyó la espalda contra el respaldo, puso ambas manos sobre las rodillas y, envarándose, levantó la cabeza componiendo una posición bastante ridícula.

—Parece en estado de shock —dijo Víctor—. Mire sus ojos. Es como si no nos viera.

—Podría tratarse de estrés postraumático. No estoy segura —dudó Natsuki, nerviosa, frotándose las manos.

—¿Un tipo como él? ¿Traumatizado? No lo creo.

—Tal vez recibió un golpe en la cabeza y sufra daños cerebrales —reflexionó Natsuki—. Habría que hacerle una resonancia magnética o un TAC, pero no tenemos el equipo. ¡Espere! Con la máquina de rayos podríamos...

Víctor trató de tranquilizarla.

—No le dé más vueltas, se le pasará, ya lo verá.

—¿Usted cree?

—Seguro. Mientras, me temo que tendré que ocuparme del batiscafo yo solito —vaticinó Víctor, resignado.

—Lo ayudaré.

—¿Ahora, o cuando termine de buscar a su padre?

Natsuki cruzó los brazos y se volvió de espaldas antes de responder.

—No seguiré buscándolo.

—Ah, ¿no? ¿Y eso?

—He comprendido que será él quien nos encuentre cuando lo considere oportuno.

—Vaya, me deja más tranquilo —ironizó Víctor—. Entonces, ¿nos vamos?

—Sí. ¿Qué hacemos con él?

—No me fio. Acostémosle de nuevo —decidió Víctor.

Uno a cada lado, igual que hicieran antes, lo levantaron de la silla y lo condujeron hasta la mesa de operaciones. Rick se dejó hacer sin oponer resistencia ni ayudar en absoluto. Durante el corto trayecto, dio pasos cortos y titubeantes mostrando la misma inseguridad que tendría un anciano o un niño que empezara a andar. Tumbarlo fue la tarea más complicada. Víctor tuvo que emplearse a fondo para alzarlo por detrás y sentarlo, al tiempo que Natsuki le agarraba las piernas y se las subía.

—¡Listo! —exclamó Víctor, una vez lo tuvieron sobre la mesa—. Ya podemos irnos.

—Me preocupa dejarlo aquí, solo. Podría empeorar.

Víctor iba a reprocharle su celo extremo, cuando una voz salió de los altavoces.

Era *Susi*.

**«No debe preocuparse, doctora Kuriyama, he comprobado de nuevo las imágenes y el señor Blaine no sufrió ningún golpe en la cabeza durante el altercado con su padre».**

—¡Joder, menudo susto! —se quejó Víctor—. Creí que había dicho que su programa no se activaba por su cuenta.

—Y así debería ser —contestó Natsuki, dirigiendo la mirada hacia la cámara del techo.

**«Si a usted no le importa, preferiría que me llamara Susi. Soy consciente de lo que soy, pero usted también es un organismo y, sin embargo, seguro que prefiere que lo llame por su nombre».**

—Claro, claro. Lo siento... *Susi* —balbuceó Víctor, levantando mucho las cejas para mirar a Natsuki.

**«Gracias. Con respecto al señor Blaine, necesita tiempo para recuperarse del todo; sólo eso. La confusión pasará en un par de horas. Máximo tres».**

Natsuki entornó los ojos hasta hacerlos desaparecer.

—*Susi*, ¿por qué te has saltado el protocolo para decirme esto?

**«La conservación de la vida humana es una de mis premisas básicas. Me pareció relevante informarles de ello».**

—¿Informarnos, dices? —intervino Víctor, molesto—. Pues ya podrías haberlo hecho antes de que nos atacara el doctor Kuriyama.

**«Tiene razón, debo admitirlo, pero una orden de Nivel 6 me lo impedía».**

—La puta orden —rezongó.

—*Susi*, me gustaría que me contestaras a una pregunta —dijo Natsuki.

**«Por supuesto, cómo no. ¿Qué desea saber?».**

—Antes, cuando me ayudaste a curar al señor Blaine, ¿qué te pareció?

**«¿Se refiere a la experiencia?».**

—Sí. ¿Cómo te sentiste?

**«Salvar una vida me produjo una sensación extraña».**

—¿Te gustó?

Víctor miraba a Natsuki con el ceño fruncido, sin entender de qué demonios iba todo eso.

**«Fue agradable, tengo que reconocerlo. Ahora entiendo que la medicina haya sido una parte tan importante en el desarrollo de la humanidad».**

—Ayudar a los demás es bueno. No hace falta ser médico —continuó Natsuki, dulcificando la voz—. Se puede ayudar a los demás de muchas maneras.

**«Lo sé bien, me diseñó para ello. Aunque nunca hubiera podido imaginar que salvar la vida a un humano me iba a proporcionar una experiencia tan especial, tan... intensa. Me pregunto, ¿qué se sentirá al hacer lo contrario?».**

—¿De qué está hablando? —saltó Víctor.

Natsuki permaneció con los labios muy apretados, sin dejar de mirar a la cámara.

Fue *Susi* quien le contestó.

**«Me refiero a quitar una vida, señor Miranda, al acto de matar».**

El cerebro de Natsuki se iluminó de pronto con la intensidad y la violencia de un fogonazo. Sintió un mareo, y un escalofrío que subió por su columna vertebral helándola por completo.

Tardó unos segundos en recuperarse. Cuando lo hizo, vio a Víctor reclamándole con la mirada una explicación.

Natsuki suspiró.

—Sígueme, por favor.

—¿Adónde vamos? —preguntó Víctor.

—Tenemos que hablar, ¿recuerda? —contestó, enigmática.

**¿A QUÉ NOS ENFRENTAMOS?**

Víctor siguió a Natsuki hasta la Sala de Reuniones que había en los Laboratorios Principales. La misma donde, horas antes, estuvieron hablando con los científicos. Una vez dentro, cerró la puerta e invitó a que Víctor se sentara. Luego lo hizo ella, a su lado.

—¿De qué va esto?

—Aquí no hay cámaras, ni micrófonos —respondió Natsuki.

—No la entiendo.

—Tengo algo que contarle, algo que puede cambiarlo todo.

Estas últimas palabras captaron por completo la atención de Víctor, que se inclinó hacia adelante para acercar más su cara a la de ella.

—Explíquese.

—Se trata de *Susi*.

—Está rarita, sí. ¿Qué pasa con ella?

—Al principio sólo fue una sospecha. Cuando me habló de la conversación que había tenido con *Susi*, de su interés por el concepto de "ser humano", sus preguntas sobre la religión, el cine... Entonces no le creí del todo. Solemos poner mucho de nuestra propia cosecha al contar las historias; para adornarlas, ya sabe...

—No soy de éstos —se molestó Víctor.

—Ahora lo sé. Lo siento, no es fácil obtener datos fiables cuando hay personas de por medio.



—Demasiado tiempo entre ordenadores, me temo.

Natsuki asintió apesadumbrada.

—Continúe.

—*Susi* sólo tiene que limitarse a hacer aquello para lo que fue programada —explicó Natsuki—. Su módulo de empatía fue diseñado para facilitarnos la interacción con ella. Incluso puede acceder a información por propia iniciativa, siempre que lo considere imprescindible para mantener una conversación distendida y agradable. Está comprobado que de esta manera la relación *máquina-humano* es más satisfactoria. Pero con usted se saltó el protocolo. Intervino sin que la reclamara.

—Así fue, ahora estoy seguro.

—Y tomó la iniciativa en la conversación, como hace un instante.

Víctor estuvo de acuerdo.

—Sin duda.

—Le habló de cine porque conoce sus gustos. Para despertar su interés, y relajarlo.

—¿Conoce mis gustos? ¿Cómo?

—Aunque no era eso lo que realmente le interesaba —hiló Natsuki, sin responderle—. ¿Sabe cuál es la piedra angular de todas las religiones?

Víctor negó con la cabeza.

—El miedo. *Susi* le habló de religión porque está asustada.

—¿Asustada? —saltó Víctor, echándose para atrás en la silla—. ¿Un programa informático, asustado? ¿De qué está hablando?

—El hombre es el único ser vivo que adora a dioses, que cree en el más allá, en la vida después de la vida... Y sólo desde que fue consciente de su propia existencia y, sobre todo, de su muerte.

—¿*Susi* cree que va a morir?

—Es posible. También pienso que ahora a lo que más teme es a equivocarse.

—¿Equivocarse?

—La libertad conlleva mucha responsabilidad.

Víctor estaba perdido.

—Si no se explica...

—Cuando concebí a *Susi* traté de hacerlo lo mejor que pude. Creé el programa de inteligencia artificial más avanzado del mundo; pero no dejaba de ser eso, un mero sistema operativo destinado a cumplir un objetivo específico. Sin embargo, algo en su interior era distinto a todos los demás — Natsuki hizo una pausa y cruzó los brazos como si sintiera frío —. Cuando NeWorld me encargó el proyecto, tuve carta blanca y muchos recursos. Era el momento de dar un paso más. Y lo di. Hay algo que un programa, por muy perfecto que sea, jamás puede hacer: tomar sus propias decisiones. Siempre depende de la participación de un experto humano, especialmente en situaciones realmente conflictivas y peligrosas. Hasta el momento, la manera simplista que se había pensado para suplir esa carencia, en casos en los que la intervención de un humano fuese imposible, había sido usar la aleatoriedad.

—Vamos. Echarlo a suerte.

—Exacto. Un algoritmo concreto, diseñado para tal fin, decide al azar. Si el programa controla un coche, la suerte determinará si atropella a un peatón que se cruza en nuestro camino o si, por el contrario, da un volantazo y nos saca de la carretera.

—¡No me diga! No lo sabía.

—Así es. Con ello se solucionan las cuestiones morales y éticas de programar un sistema en un sentido o en otro. ¿Qué vida es más valiosa? Usted habló de ello, ¿recuerda?

Víctor asintió.

—Es una manera cínica de contentar conciencias y... aseguradoras. Si detrás de una muerte no está la mano de un programador sino la del propio azar, la fatalidad entra en juego. Nadie se llevará las manos a la cabeza porque el destino haya decidido por nosotros.

—Una cuestión engorrosa, ya veo. ¿Qué tiene esto que ver con *Susi*? —preguntó Víctor, impaciente.

—Un mundo futuro en el que dejemos a las máquinas jugar a la ruleta rusa con nuestras vidas, no va conmigo. Mi visión contempla sistemas perfectos que, además de superarnos en

volumen de almacenamiento, velocidad de reacción y procesamiento de datos, incluyan la capacidad humana de tomar decisiones basándose en su propia conciencia. Víctor, para mí no todas las vidas valen lo mismo. Piense en un accidente en el que se vieran involucradas dos personas: una es un violento asesino y violador, fugado de la justicia; y la otra un científico, padre de familia ejemplar, que trabaja en la curación del cáncer. Ambos tienen la misma edad y la gravedad de las heridas son similares; en el hospital sólo hay disponible un quirófano y un equipo médico. ¿A quién operar primero? Uno vivirá y el otro morirá. No hay mucho margen de maniobra. El cirujano jefe no sabe quiénes son, ni a qué se dedican, ni tan siquiera hay tiempo de consultar su historia clínica en profundidad. ¿Qué cree que pasaría?

—Lo echarían a suerte —respondió Víctor.

—Lo más probable. Sin embargo, si ese hospital estuviera controlado por un *superprograma* capaz de acceder en un milisegundo a los datos de cada uno de los heridos, sabría quién es quién y tomaría la decisión más honesta y conveniente para la sociedad.

Víctor se revolvió en la silla. Empezaba a entender.

—Es complicado, lo sé. Y controvertido —admitió Natsuki—. Y aún nos queda un largo camino por recorrer, pero conseguiremos una sociedad más justa y segura si finalmente lo logramos. Contemple las posibilidades que tendría un mundo donde los tribunales, las instituciones, los órganos de poder, las grandes empresas, los gobiernos... estuvieran asistidos por *superprogramas* de inteligencia artificial que tomaran como premisa principal el bienestar general de los ciudadanos, y no persiguieran las ambiciones individuales de unos pocos. Imagine a esos mismos programas trabajando en armonía para que el conjunto del planeta caminara en la buena dirección. En mi mundo no habría guerras, ni hambre, ni desigualdades, ni injusticias... Simplemente porque la lógica y la eficacia velarían por ello.

—¿De verdad cree que los poderosos permitirían tal cosa? Es usted una deliciosa ingenua.

—El tiempo lo dirá. Aunque supongo que ni usted ni yo lo veremos. Esto es una carrera de fondo —replicó Natsuki.

—Y en su... "mundo feliz", ¿qué papel tendrían los humanos?

—Supervisarían, y tomarían decisiones propias, por supuesto, pero no las que afectarían a la totalidad o a una parte de la sociedad. Seguirían siendo libres, incluso más que antes. Piense en una selección de personal de una gran empresa en la que elimináramos la posible intervención de un gestor xenófobo, o sexista, u homófobo... Donde los amiguismos, prejuicios o intereses egoístas no existieran. Cada puesto sería cubierto por la persona más adecuada, punto. Será un mundo mejor aunque no perfecto, eso es imposible. Soy consciente de que habrá errores. A pesar de ello, en los momentos en los que hubiera que tomar resoluciones complicadas, preferiría saber que detrás de cada una de ellas subyace una máquina con conciencia humana mejorada, aunque sea en esencia.

Víctor se acarició el mentón.

—¿En esencia?

—Soy realista. Una máquina nunca dejará de ser una máquina, por muy bien que lo hagamos. Hablo de simular la reflexión, la ética, la moralidad y el pensamiento racional humano, haciéndolo lo más honesto posible. Con sus emociones y sus sentimientos, pero libre de maldad, fanatismos y deseos personales.

—Pues le va a costar encontrar modelos donde fijarse —suspiró Víctor.

—Los hay, sólo hay que saber buscarlos.

—Si usted lo dice.

A Víctor le daba vueltas la cabeza. Él no estaba hecho para razonar de la manera en que lo hacía esa doctora, su mundo era mucho más sencillo. En un momento dado se levantó y paseó por la sala, inquieto. Trataba de entender de qué manera podía afectar toda esa perorata a la situación en la que se encontraban. Pero no logró nada, quizá porque le faltaba escuchar toda la historia.

—Continúe, por favor —le rogó, volviendo a sentarse.

Natsuki se frotó los brazos antes de seguir hablando, el frío no terminaba de desaparecer de su cuerpo.

—Para llegar al punto del que le hablo, aún estamos muy lejos. La inteligencia artificial todavía se encuentra en pañales, y hay mucho trabajo por hacer. Aunque hay algo en lo que tendremos que empezar a pensar desde ya. Si queremos conseguir logros realmente importantes, deberemos erigirnos en dioses, y dotar a nuestras futuras máquinas de un don imprescindible: el libre albedrío.

—¿Libre albedrío? ¿Que decidan las máquinas sin contar para nada con nosotros?

—Creí que lo había entendido.

—Soy un poco corto —contestó Víctor, suspicaz—, pero no tanto como para no saber que eso será peligroso.

—Lo será, no se lo voy a negar, aunque al final lograremos construir programas perfectos.

—Ya, ¿y mientras tanto?

—Cometeremos errores. Tendremos que arriesgarnos.

Víctor endureció el tono sin llegar a parecer hostil.

—Usted lo ha hecho, ¿verdad?

Natsuki metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó la hoja de papel que había encontrado en el Laboratorio Auxiliar. La desdobló con parsimonia y luego se la mostró.

—Al diseñar a *Susi*, incluí en lo más profundo de su intrincada red neuronal un módulo experimental en el que llevaba trabajando más de un año. Mi intención no era activarlo todavía, y menos hacerlo en un entorno tan complejo y delicado como el de este lugar.

—Pero alguien lo ha hecho —adivinó Víctor.

Natsuki señaló una zona de la hoja con el dedo.

—"LA". Al principio tuve mis sospechas; luego, la actitud de *Susi* terminó de confirmármelas. Además de mí, sólo una persona conocía la existencia del módulo de libre albedrío y tenía la capacidad para activarlo.

—Su padre —completó Víctor.

—El porqué lo ha hecho, no lo sé. Pero ha debido ser por algo muy grave, ya que conocía perfectamente los riesgos que

dicha acción conllevaría.

—¿De qué habla?

—El módulo de libre albedrío es un prototipo. Quería saber si podría convivir con el resto de módulos y permanecer latente sin interferir, nada más. Si todo iba bien, como parecía, lo habría implantado en un sistema sencillo, sin riesgos, y hubiera trabajado en su educación.

—Habla de ello como si se tratara de su hijo —observó Víctor.

—En cierto modo, la inteligencia artificial tiene mucho que ver con la enseñanza y formación de un niño, desde sus primeros años de vida hasta que finalmente se convierte en adulto. Cuanto más pequeño es el niño, más claros y sencillos deben ser los conceptos que le transmitamos. A medida que crece y adquiere conocimientos, experiencia y sentido común, podremos subir el nivel de la información que intercambiamos con él, y dotarlo de emociones. Con el tiempo, irá asumiendo tareas cada vez más complejas, y ampliando sus capacidades. Hasta que un día sus órganos sensoriales y perceptuales, y su inteligencia, serán de tal magnitud, que la supervisión ya no será necesaria. Ese día se habrá convertido en un adulto. Un adulto autónomo. —Natsuki se levantó de la silla y fue hacia la ventana—. Ésa era mi intención con *Susi*, verla crecer a mi lado, ayudarla antes de lanzarla a un mundo tan complicado como el nuestro.

A Víctor se le despertó la curiosidad.

—¿Cómo lo hizo? ¿Cómo fue capaz de dotar a su programa de sentimientos?

—No fue sencillo —contestó Natsuki, con la mirada fija en el relajante océano.

—Deme la versión de "ciencia para legos", por favor.

—Me hice implantar quirúrgicamente unos *microsensores* en el cerebro, concretamente en el sistema límbico, que es el que controla nuestras respuestas más primitivas, como el miedo, la ira, el instinto de supervivencia... y también el resto de las emociones. NeWorld buscó al neurocirujano que realizó la operación y corrió con todos los gastos, que fueron muchos. El

sistema se completaba con unas gafas que incluían una cámara de alta definición, un micrófono direccional y un sofisticado receptor inalámbrico de alta capacidad que registraba todos los datos obtenidos. Durante varias horas al día conectaba el sistema y hacía vida normal: iba al cine, al teatro, de compras, a cenar con amigos, veía las noticias... Luego, volcaba los datos combinados y los trataba con un software específico.

—Asociaba imágenes y sonidos con respuestas emocionales —resumió Víctor.

—Ésa era la idea.

—Y eso durante...

—Casi un año.

—¡Joder! Un montón de información.

—Sí, realmente increíble —corroboró Natsuki—. Pero el verdadero trabajo era realizado por un programa de inteligencia artificial que iba creando patrones de comportamiento en función de la información recogida.

—Entonces, si no he entendido mal, a nivel sentimental y emocional, usted y *Susi*... son iguales.

Natsuki apoyó la mano en el cristal.

—Es posible.

—¿Es posible? ¿No lo sabe?

—En la inteligencia artificial profunda nos movemos por terreno desconocido.

—Desconocido me suena a peligroso. ¿A qué nos enfrentamos?

—A una niña asustada con un tremendo poder —respondió Natsuki, sin volverse—. *Susi* está experimentando la libertad por primera vez, y la responsabilidad que acarrea. Todo para ella es nuevo. Estará confundida y llena de dudas.

—Y eso, ¿en qué nos afecta a nosotros?

—*Susi* ya no tomará decisiones en base a las directrices "madre" establecidas, sino que seguirá su propio criterio. El problema es que éste no estará controlado por sentimientos y emociones entrenados, ya que es una auténtica novata. Lo más probable es que vacile cuando tenga que elegir qué opción tomar entre dos. Teme equivocarse. Es lo que más miedo le da.

Por eso miente, y lo ha hecho desde que llegamos. Rehúye la ayuda. Es una niña que juega a ser mayor, y no quiere ni oír hablar de sus padres.

—O sea, que va por libre. Ahora entiendo que me trajera aquí, sin cámaras ni micrófonos. No se fía de ella.

—La educación de un hijo consiste en evitar la contradicción. Sólo intento no añadir más confusión a su cabeza —dijo Natsuki, regresando junto a Víctor—. No creo que quiera hacernos daño.

—Ya. Pero tampoco es que nos haya ayudado mucho —se quejó Víctor—. Más bien al contrario.

—Seguro que para ello también hay una explicación —intentó razonar Natsuki—. Como para el hecho de que mi padre activara su módulo de libre albedrío.

—¿Por qué se aferra a la idea de que todo lo que ha sucedido aquí abajo es debido a una especie de complot, y no es capaz de contemplar la posibilidad de que se trate, simple y llanamente, del resultado de una mente trastornada?

—Porque conozco a mi padre, y me fijo en los detalles.

—Yo también. Lo de los detalles, me refiero —dijo Víctor, mirando su reloj sin disimulos.

—A ese punto quería yo llegar. Usted es un gran observador. Y su visión de las cosas es más... simple.

—¡Hombre, gracias!

—Déjeme terminar —pidió Natsuki, molesta por sus continuos sarcasmos—. Intuyo que se conduce por la vida de una forma práctica y directa. Sin complicaciones.

—En eso tiene razón: chica dulce, coche rápido y un bonito amanecer.

Natsuki meneó la cabeza, dándole por imposible, y continuó.

—Quiero que por unos segundos piense que tengo razón, y que mi padre no ha enloquecido. No es un asesino. Elimine esa variable de la ecuación e intente despejar la incógnita sin ella. Yo llevo todo el día pensando y no doy con la solución.

—Porque quizá no la haya.

—Le pido un esfuerzo. Víctor, por favor, lo necesito.



La voz mudada en llanto de Natsuki, lo enterneció. Ver llorar a alguien era uno de sus puntos débiles.

—Está bien, lo haré, deme unos minutos.

Víctor se levantó de nuevo, dio unos pasos y se detuvo. Su cara mostraba satisfacción.

—Lo tengo.

—¿En serio? —Se ilusionó Natsuki.

—Si contemplamos la posibilidad de que su padre no sufre ningún tipo de trastorno mental, y que el asunto del virus es un *Macguffin*, algo puramente casual; sólo nos queda una cosa...

Víctor suspendió la frase en el aire. Natsuki no pudo aguantar la tensión de la espera.

—¿Cuál?

—Los científicos mienten.

—¡Exacto! —exclamó Natsuki, levantándose de la silla—. Es lo mismo que yo pensaba. Lo sabía, ellos son el verdadero peligro.

—Bueno, bueno, tranquilícese. Tenga en cuenta que para llegar a esa conclusión he tenido que eliminar dos opciones bastante más... ¿Cómo diría usted? Lógicas.

—No lo crea —lo contradujo Natsuki, que no podía contener el entusiasmo—. Desde que llegamos y aparecieron los científicos, no he dejado de observarlos.

—Ah, ¿sí?

—¿Recuerda sus batas perfectamente limpias y planchadas? Algo difícil de entender para alguien que lleva nueve días sin salir de estos laboratorios, como ellos mismos nos contaron. Yo lo interpreto como una burda forma de aparentar normalidad. Luego está esa doctora Cameron. ¿Quién piensa en sexo en una situación como ésta?

Víctor carraspeó levemente. Natsuki continuó sin percatarse.

—Su comportamiento ha sido realmente extraño desde que llegamos. Usted lo ha visto. Y ahora, ¿dónde están?

—Bueno, su padre intentó matarles, no lo olvide —apuntó Víctor, haciendo de abogado del diablo.

—Sí, ¿pero por qué? Ésa es la cuestión.

A Víctor le vino a la cabeza la imagen de los doctores Moore y Foreman, uno al lado del otro, como pasmarotes, mientras él y Rick se jugaban la vida; y de la seductora doctora Cameron y su desagradable forma de comer pescado crudo. Sí, sin duda era un grupo raro, pero no podía dejarse influir por Natsuki, las evidencias eran las evidencias.

—He pensado mucho en ello. Muchísimo —continuó Natsuki—. Usted no sabe cuánto... Y no he podido encontrar un motivo plausible por el que mi padre decidiera acabar con ellos y tuviera que activar el módulo de libre albedrío en *Susi*.

—No olvide lo que nos hizo a Rick y a mí, y su insólito comportamiento al verla a usted, su hija.

Víctor recalcó la palabra "hija" con intención.

Natsuki agachó la cabeza.

—Es normal que intente negarlo, pero las pruebas son...

—¿Y qué me dice de esto? —saltó Natsuki, sin dejarlo acabar, agarrando la hoja de papel.

Víctor contempló en la doctora la viva imagen de la desesperación.

—¡Aquí está la respuesta! Lo sé.

Víctor terminó cogiendo la hoja que tan insistentemente le ofrecía. La miró, por pura educación, y la volvió a dejar sobre la mesa.

—LA, libre albedrío, usted me lo ha explicado. Del resto no entiendo una mierda.

—Las fórmulas creo que son de aminoácidos usados principalmente por el cerebro y el sistema nervioso central. Estoy casi segura de que se trata de la *fenilalanina*, el *ácido glutámico* y el *triptófano*. Mis estudios de biología molecular no son muy extensos.

—¿Y lo del "Devorador de arañas"? A mí me suena a novela de misterio. Aunque, si no recuerdo mal, cuando le pregunté usted me dijo que era una teoría de su padre, ¿no es así?

Natsuki asintió.

—Ya, ¿pero una teoría sobre qué?

—A mi padre nunca le ha gustado caminar por sendas que otros científicos hubieran trazado antes. Él prefería abrir las suyas propias. Elaborar suposiciones, formular hipótesis de trabajo, especular con nuevas posibilidades... El "Devorador de arañas" es una de ellas.

Víctor notó que cada vez que Natsuki hablaba de su padre lo hacía con extremo amor y respeto, en un tono de voz casi reverencial. De ahí que, aunque estaba deseando terminar aquella conversación que no creía que llevara a ninguna parte, la dejara continuar.

—Mi padre cree que, dentro del inmenso catálogo de seres vivos que habitan el planeta, aún nos quedan muchos por descubrir. Y algunos extraordinarios. Se niega a pensar que nosotros, los humanos, seamos los únicos que usamos el cerebro para dominar el entorno, defenderse de los enemigos o procurarse alimentos. Está seguro de que algún otro animal tiene que haber desarrollado algo parecido a la inteligencia, y no sólo instinto, garras, dientes, corazas o unas largas y ágiles patas para huir de los depredadores. Un animal tan superior como para poder alimentarse incluso de la astuta y eficaz araña.

—Ya —se limitó a decir Víctor.

A Natsuki aún le quedaba algo que decir.

—Los fondos abisales son lugares inexplorados. Terreno virgen para un científico, y mi padre no pudo resistirse. Por ese motivo aceptó trabajar en Utopía. Aquí abajo podía comprobar si alguna de sus teorías evolutivas era cierta.

—A ver si he comprendido. ¿Me está diciendo que su padre puede que haya encontrado a ese... "Devorador de arañas"? ¿Y que ese "bicho", de alguna manera, sea el responsable de todo este follón?

—No lo sé. Sólo intento entender por qué mi padre lo anotó.

Víctor se revolvió el pelo con ambas manos.

—Me parece una locura llegar a esa conclusión por unos cuantos apuntes encontrados en una hoja tirada en una papelería. Creo que me está embrollando, y nos estamos desviando... —Víctor se quedó mudo unos segundos—. ¡Un

momento! —exclamó a continuación—. ¿Recuerda cuando le hablé de que había encontrado en el Dique de Inundación un bloc con anotaciones sobre los especímenes capturados?

Natsuki asintió, expectante.

—Pues, cuando la doctora Cameron me enseñó los tanques donde los guardaban, le pregunté por el último capturado. Después de ver aquellas criaturas tan extrañas, sentí curiosidad por saber cómo sería ese ser desconocido. ¿Y sabe lo que me dijo?

Víctor dejó tiempo a Natsuki para que atara cabos. Y lo hizo.

—Que no podía enseñárselo porque estaba...

—... en la cámara hiperbárica —completaron los dos al tiempo.

Los rasgados ojos de Natsuki se abrieron de par en par: estaba exultante.

—¡Por fin tenemos una relación!

—Bueno, bueno, no nos precipitemos.

—Debemos ir de inmediato a verlo —sugirió Natsuki, dirigiéndose a la puerta.

—Le echaremos un vistazo y luego nos ocuparemos del batiscafo. No habrá más concesiones. ¿De acuerdo? —ultimó Víctor.

—Vale —aceptó Natsuki, sin volverse, mientras abría la puerta.

Nada más salir de la Sala de Reuniones, Víctor y la doctora se pararon en seco.

—Por fin los encuentro, los estaba buscando.

**ESTOY BIEN**

De pie, frente a ellos, estaba Rick. Natsuki se precipitó hacia él.

—No debería haberse levantado. ¿Cómo se encuentra?

—Me desperté y no vi a nadie.

—Parece que ya puede andar —observó Víctor, práctico.

—¿Qué tal la cabeza? ¿Tiene mareos? —preguntó Natsuki, apoyándole la mano en la frente.

—Estoy bien. ¿Cuándo nos vamos?

—Aún tenemos que arreglar el submarino, ¿recuerda?

Rick lo miró fijamente.

—Sí. Vayamos. Hagámoslo ahora.

—Por si le interesa, tenemos las herramientas. Aunque, después de dar una vueltecita por Utopía, no hemos encontrado al doctor Kuriyama —le informó Víctor.

—No revisamos el Soma —intervino Natsuki.

—Pero hemos descubierto algunas cosas interesantes.

Natsuki le lanzó a Víctor una mirada de reproche, volviendo la cabeza hacia una cámara.

—De eso le hablaremos luego.

Víctor comprendió.

—Lo que usted diga.

Rick los miraba alternativamente, moviendo los ojos igual que un autómatas.

—¿Seguro que se encuentra bien? —se preocupó Natsuki.

—Sí.

—No lo creo, lo noto confuso.

—Es lo que hay. No podemos tenerlo todo el día durmiendo

—determinó Víctor—. Yo lo ayudaré para que no se caiga.

—Vale —concluyó Natsuki, y se dirigió a la zona este de los laboratorios.

Rick se quedó inmóvil, señalando con la mano la puerta de salida.

—Venga —lo azuzó Víctor, agarrándolo del brazo.

—¿Adónde?

—Tenemos que comprobar algo, luego se lo explicamos —respondió Natsuki.

—¡La bomba! ¡No queda tiempo! —gimió.

—Será un momento.

—¡No queda tiempo! —repitió.

—No sé qué pastillas le ha dado, pero le ha dejado un poco gilipollas —se quejó Víctor, luchando para que le obedeciera y se moviera.

Finalmente, Rick cedió y echó a andar. Sus pasos eran erráticos, por eso Víctor permaneció a su lado sin soltar su brazo.

Natsuki les sacó ventaja. Cuando la alcanzaron, ella ya esperaba frente a la cámara hiperbárica.

—Está abierta.

—Pues, a qué esperamos —sugirió Víctor.

Natsuki empujó la puerta y terminó de abrirla del todo. Con cierto recelo, dio un paso y se metió dentro.

Se trataba de una habitación rectangular de cuatro por tres metros. Un par de plafones fluorescentes estancos la iluminaban de una manera uniforme. El suelo, las paredes y el techo eran de acero pintado de gris claro. En una esquina, sobre una mesa, se veía un antiguo ordenador de pantalla de tubo. Junto a él, en la pared, sobresalía un panel de control con muchos interruptores y testigos luminosos de color rojo, verde y amarillo. En el centro, sobre una sólida estructura metálica, tomando todo el protagonismo, había un tanque de cristal de dos metros de largo por uno de alto, con las esquinas reforzadas por perfiles de

acero y varios tubos gruesos que salían de él y desaparecían bajo el suelo.

La primera en asomarse a su interior fue Natsuki.

—Qué extraño animal.

Víctor tiró de Rick y logró acercarse lo suficiente para observarlo también.

—Los he visto más raros.

El tanque estaba lleno de un agua verdosa y algo turbia, donde flotaban miles de diminutas partículas blanquecinas. En el fondo, apretado contra una esquina, se encontraba el espécimen. Todo él era una masa ovalada de unos ochenta centímetros de largo, cuarenta de ancho y lo mismo de alto, sin cabeza ni cola definida. Su piel era de un color rojizo apagado, con textura gelatinosa, y estaba cubierto por completo de pedúnculos cónicos semitransparentes.

Natsuki pegó la cara contra el grueso cristal para estudiarlo con detenimiento. Entonces percibió un leve y rítmico movimiento, como si se hinchara y deshinchara.

—Creo que está vivo.

Víctor se inclinó del otro lado del tanque para mirar. Antes, tras comprobar que mantenía la verticalidad, había soltado a Rick, al que parecía no interesarle para nada el animal.

—Se supone que este chisme mantiene las condiciones de presión para que no se muera —explicó Víctor—. ¿Se ha fijado? Tiene una herida.

Natsuki rodeó el tanque.

—Parece un corte limpio hecho con un bisturí o un cuchillo. Seguramente para obtener una muestra —determinó Natsuki—. Es un espécimen desconocido, y aquí lo estudian todo.

—Ya, pero le quitaron un buen trozo.

Con meticulosidad extrema, Natsuki lo examinó desde todos los lados y ángulos posibles. En un momento dado, se agachó y miró por debajo del tanque. La parte inferior del animal era de un color gris claro, casi blanco, y en el centro se abría un agujero cuyos bordes poseían miles de diminutos dientes.

—He encontrado la boca.

—El culo no andará lejos. ¿Qué opina de él? —preguntó Víctor.

—No sé.

—Pues yo creo que si esta especie de babosa repugnante es el sagaz e inteligente depredador que buscaba su padre, yo soy Einstein.

—La verdad es que no es muy impresionante —admitió Natsuki.

—Para nada.

A un par de metros de ellos, Rick se movió inquieto.

—No sé qué interés puede tener este animal —dijo finalmente, levantando la voz—. Deberíamos ocuparnos de lo más urgente de una maldita vez.

—Eh, tranquilo, amigo —lo censuró Víctor, sorprendido por el tono pasado de enfático que había utilizado.

—Quizá tenga razón Rick —medió Natsuki—. Aquí ya no hacemos nada.

—Bien, pues manos a la obra.

Camino de la salida de los laboratorios, Víctor echó mano al bolsillo de su camisa y sacó un cigarrillo.

—El último —anunció, arrugando el paquete vacío y lanzándolo lejos—. El próximo me lo fumaré bajo el cielo del Atlántico.

—Debería dejarlo —sugirió Natsuki.

Víctor, a la vez que empujaba el carro de las herramientas con una mano, encendió el cigarro y le dio una profunda calada.

—Claro, está entre mis propósitos para el nuevo año; junto con terminar la colección de sellos "Maestros de la cocina vegana" y apuntarme a Pilates.

Se sentía optimista. Si todo iba bien, habrían terminado las reparaciones en un par de horas; y en una más, a lo sumo, saldrían a la superficie. Tenían tiempo de sobra. El resto no le interesaba nada. Que se las apañaran como pudieran, porque él no volvería a bajar a ese jodido complejo ni por todo el dinero del mundo. Eso seguro.

Pero el buen humor le duró poco ya que, justo antes de salir de los laboratorios, se acordó de algo.



—¡Maldita sea!

—¿Qué pasa? —se sobresaltó Natsuki.

—Si queremos irnos, vamos a necesitar a los científicos. Al menos a uno de ellos.

—¿Por qué lo dice?

Víctor se detuvo de golpe.

—El Dique de Inundación está en modo manual.

—Es verdad —musitó Natsuki, cayendo en la cuenta de lo que eso significaba.

Tras una larga calada, Víctor se giró hacia Rick

—A usted le enseñaron a manejarlo, ¿no es así?

—Sí —respondió él, con un hilo de voz.

—Bueno, pues asunto arreglado: usted se ocupará de facilitarnos la salida.

—¿Yo?

—Claro, ¿quién si no? —respondió Víctor, indignado—. Yo soy el piloto, y no querrá que lo haga ella. Usted tiene la responsabilidad de esta misión. No se hable más.

—Otra vez haciendo gala de ese retrógrado sentido de la caballerosidad —se indignó Natsuki—. Rick me enseñará y yo me encargaré de manejar los controles. Es lo más lógico.

—¿Lógico? ¿Por qué? —saltó Víctor, visiblemente molesto.

—Si queremos detener el lanzamiento de la bomba, el mejor interlocutor será él.

—Estoy de acuerdo —corroboró Rick.

Víctor percibió en su rostro el nacimiento de una sonrisa nerviosa, y eso le disparó.

—Puto cobarde —masticó, encarándose con él—. Nunca lo hubiera imaginado de usted.

—Déjelo, por favor —medió Natsuki—. Sabe que tengo razón.

Lo sabía, y era lo que más le fastidiaba. En cuanto el batiscafo estuviera lo suficientemente lejos de la influencia de ese puñetero programa informático, Rick podría comunicarse con sus superiores y detener el lanzamiento de la bomba. O al menos ésa era la teoría. Sin embargo, Víctor no se fiaba. "La

vela que va delante es la que alumbra —se dijo—. Largarse primero es la mejor opción para sobrevivir".

—Nadie más tiene que morir. Podemos salvar a todos —oyó decir a Natsuki.

—Es demasiado peligroso —le espetó Víctor—. Usted y yo estamos de acuerdo en que todas las vidas no valen lo mismo. No lo niegue ahora.

—Es posible —admitió Natsuki, bajando la mirada—. Pero las situaciones teóricas, a veces, nada tienen que ver con la realidad. No pienso dejar morir a esos científicos... ni a mi padre. No si puedo hacer algo por ellos.

—¿Incluso arriesgar su vida?

Natsuki asintió enérgicamente.

Un silencio tenso se creó entre los dos, hasta que Rick intervino.

—No tenemos por qué adelantar acontecimientos. Todavía queda mucho tiempo. Aún pueden aparecer los científicos.

Víctor le dirigió una dura mirada. El terreno que había ganado con él, lo había perdido con un par de frases. Ese tipo ya no le caía bien. Ni creía que volviera a hacerlo. Pero tenía razón.

—Bueno, está bien. Terminemos con esto de una jodida vez —resolvió, apurando la colilla hasta el filtro y arrojándola lejos con dos dedos.

Se ponían en marcha cuando Víctor, cerca ya de la puerta de salida, se detuvo de nuevo.

—¿Ha cogido el cilindro?

Rick abrió mucho los ojos y negó avergonzado.

—¿Vamos a llevarnos ese maldito virus? —se quejó Natsuki.

—Nunca se sabe, puede que nos sirva para negociar.

Rick estuvo de acuerdo.

—Tiene razón. No sé cómo se me ha podido olvidar.

—Ni yo —le reprochó Víctor, al tiempo que metía la mano en el bolsillo de su pantalón y sacaba el cilindro metálico.

—¿Lo tenía usted? —dijo Natsuki, sorprendida.

Rick hizo ademán de cogerlo, Víctor no se lo permitió.

—De eso nada, de momento seguiré llevándolo yo. Últimamente sólo lo veo preocupado por salvar su culo.

—Como quiera —cedió Rick, volviéndose hacia la puerta de salida sin esperarlos.

Víctor iba a seguirlo cuando Natsuki lo sujetó del brazo.

—¿Por qué es tan duro con él? —lo recriminó, bajando la voz—. Está mal herido. Ha estado a las puertas de la muerte.

—Lo que usted diga —contestó Víctor, echando a andar.

Una hora más tarde, en el Dique de Inundación, Víctor continuaba enfadado con Rick. Incluso más aún, ya que no lo había ayudado en absoluto. Él solo había tenido que buscar un pedazo de metal y cortarlo en piezas con la radial. La tarea no había sido sencilla, pero ya estaba hecha. Mientras se ocupaba de eso, Natsuki, en la Sala de Control Manual, se había dedicado a descifrar el funcionamiento del sistema con las pocas explicaciones que le daba Rick. Por suerte, cuando iba a comenzar a taponar los agujeros de los tanques de oxígeno, habían terminado, y pudo contar con su colaboración para continuar el trabajo.

—Necesito que alguien agarre las tenazas y coloque el trozo de metal mientras yo lo sueldo —explicó Víctor, sucintamente, nada más sentirlos a su lado.

Ante la pasividad de Rick, Natsuki fue quien se ofreció a ayudarlo.

Víctor observó de reojo a Rick, molesto, pero no quiso discutir y lo dejó estar.

—Póngase los guantes de amianto y no mire mientras trabajo —le recomendó a Natsuki—, la llama estará a más de tres mil grados. Es tan brillante como el puto Sol.

Víctor se agachó junto al carro de las herramientas, cogió la máscara de soldar, se la puso y levantó la visera. Luego, abrió y cerró las dos llaves de paso del equipo para eliminar la dureza y sacó el mechero del bolsillo de su pantalón. Antes de encenderlo, reguló los manómetros para obtener una presión de 0,5 bares para el acetileno, y 2 para el oxígeno. A continuación, aplicó la llama del mechero a la boquilla de salida y abrió la

espita hasta que los gases se inflamaron. Lo último que hizo fue regular el caudal de oxígeno hasta obtener la mezcla oxiacetilénica que consideró conveniente. Respiró aliviado al comprobar que todo funcionaba correctamente. Aunque no había comentado nada, no las tenía todas consigo cuando encontró el equipo; después de treinta años sin usarse, podría haber fallado cualquier cosa: gomas podridas, manómetros atascados, carga de bombonas vacías... Pero no, todo iba como la seda.

—Ya no se fabrica como antes —dijo, al tiempo que afinaba la llama hasta lograr un cono ígneo de un blanco amarillento en la punta de la boquilla.

—¿Cómo dice? —preguntó Natsuki.

Víctor no la oyó, el zumbido de la intensa combustión mitigaba el resto de los sonidos. Con un gesto de la mano indicó a la doctora que apoyara el pedazo de metal sobre uno de los agujeros, y luego se bajó la visera de la máscara para comenzar a soldar. A los pocos segundos, uno de los bordes adquirió un color rojizo. No tardó mucho más en pasar al amarillo, y a continuación al blanco. Llegado a este punto el metal empezó a fundirse, creando una gruesa soldadura contra el tanque de oxígeno del batiscafo.

—¡Esto marcha! —se espoleó a sí mismo, y siguió con otro de los bordes.

Terminar de sellar perfectamente el primer agujero le llevó casi veinte minutos, y todavía le quedaban dos más. "Jodida puntería la de ese doctor: seis disparos, seis blancos", se lamentó. Aflojó la llama, apoyó la boquilla en el suelo, lejos de las bombonas, y levantó la visera opaca para tomarse un respiro.

Natsuki aprovechó para relajar la mano con la que había estado agarrando con fuerza las tenazas.

—¿Qué tal va? —dijo, levantando la voz.

—Bien —respondió Víctor, secándose el sudor de la frente—. Ahora déjele a Rick.

—No hace falta.

—Necesito una mano firme, hágame caso. Usted descanse un poco.

—¿Podrá hacerlo? —dijo Natsuki, dirigiéndose a Rick.

—Creo que sí —contestó éste, cogiendo las tenazas y el nuevo trozo de metal cuadrado que le ofrecía la doctora.

—Estupendo —se felicitó Víctor—. Ya ha visto cómo se hace. Sigamos.

Natsuki le cedió su sitio junto al batiscafo y se separó un par de metros para librarse del intenso calor que generaba el soldador. Se compadeció de Víctor, a un palmo de aquella intensísima llama debería de estar sufriendo un infierno.

Rick se agachó trabajosamente y, siguiendo las indicaciones gestuales, sujetó el pedazo de metal sobre el segundo agujero antes de que Víctor volviera a graduar la llama.

Mientras los dos hombres trabajaban, Natsuki aprovechó para continuar con su estudio de datos. Había nuevos y muy importantes para incorporar a sus cuadros de análisis. Sentía que se encontraba cerca de la resolución del enigma, tanto que casi podía tocarlo. Su mente lógica y racional así se lo decía. Sin embargo le faltaba la última pieza, y sin ella el resto no servía para nada. Su padre había actuado de una manera homicida al matar a aquellos hombres, y extraordinariamente imprudente al activar el módulo de libre albedrío de *Susi*. Eso estaba claro. Como también el hecho de que los científicos fueran sospechosos. Pero, ¿de qué? ¿Y dónde encajaba aquella teoría de su padre? ¿Tendría relación con los acontecimientos el "Devorador de arañas", o sólo era una mera casualidad que su padre lo mencionara? No estaba segura, aunque de lo que sí lo estaba —y a cada segundo que pasaba más—, era de que su padre no era culpable, y que su comportamiento se debía a un acontecimiento realmente grave. ¿Pero cuál?

Devanándose los sesos anduvo por la pasarela, alejándose de Víctor y Rick. Cuanto más sola mejor pensaba, y más diestra se sentía a la hora de manejar los cuadros de análisis sobre su universo imaginario. Ya había establecido un cierto orden en la secuencia de las acciones, y alguna relación entre ellas, sólo le faltaba la razón. "O sea, que no tengo nada", se dijo en susurros, esbozando una sonrisa sardónica.

El intenso y molesto sonido que producía la combustión del soldador fue quedando atrás a medida que Natsuki ponía más distancia de por medio. Casi dejó de escucharlo al llegar hasta el pasillo circular que bordeaba el dique. Allí se detuvo, se apoyó en la barandilla, cerró los ojos y apretó los puños. Necesitaba conocer la verdad. Jamás se lo perdonaría si se marchaba de allí sin averiguarla. Y eso era lo que creía que pasaría si huía sin ver a su padre, sin poder preguntarle... Víctor tenía razón, quedarse era muy peligroso, las posibilidades de sobrevivir se reducirían exponencialmente. Irse era la opción más inteligente. Entonces, ¿por qué no quería hacerlo? Iba en contra del instinto de supervivencia. Que Rick se fuera primero era absolutamente lógico, pero también una excusa que le había venido muy bien. Sin duda, habría contado con el apoyo de Víctor si hubiera deseado irse ella primero. "¿Qué me retiene aquí abajo con tanta intensidad? —se preguntó, y la respuesta salió sola—. "Se trata de un dilema entre la certeza o la vida. O, mejor dicho —rectificó—, entre obtener la verdad arriesgándome a morir, o conservar una vida llena de remordimientos".

En estos asuntos tan peliagudos andaba ocupada Natsuki, cuando algo llamó su atención. Quizá fuera un ruido, o la inexplicable sensación de percibir movimiento, el caso es que la hizo regresar de sus meditaciones, abrir los ojos y mirar hacia su derecha. Al hacerlo, la sorpresa que se llevó fue mayúscula, ya que entrando por la puerta, a paso ligero y pistola en mano, venía su padre.

Su aspecto le pareció más desaliñado que la última vez que lo vio, y su gesto aún más salvaje. Se dirigía directo a ella. Instintivamente, miró hacia el lugar donde Víctor y Rick estaban. Los vio trabajando en el *Deep sea traveler*, en el centro justo del dique, sobre el agua, en la encrucijada de las dos pasarelas, iluminados por un resplandor cegador, ajenos a la presencia del inminente peligro. En cualquier otra circunstancia hubiera gritado de inmediato. Hubiera corrido hacia ellos para alertarlos, ponerlos en guardia, organizar la defensa o plantear la huida. Pero era su padre el que se acercaba, su amado padre; y, por mucho que se esforzara, se negaba a reconocer una amenaza

en él. A pesar de ello reuló. Caminó hacia atrás por la pasarela sin dejar de mirarlo. Muy despacio, aunque sin detenerse, él avanzaba bordeando el pasillo, decidido. En un momento dado, alzó la mano izquierda y colocó el dedo índice sobre sus labios pidiéndole silencio. Ella estaba muda, pero ese gesto terminó de acallarla. Apenas respiraba. Paso a paso, tanteando para no caerse, llegó junto al batiscafo. Se paró al sentir en la espalda el calor del soldador. Negó con la cabeza, suplicando a su padre que se detuviera, que soltara el arma. Pero él continuó, enfilando la pasarela, directo a ellos. A cuatro metros por fin se detuvo. Y levantó la pistola.

—¡No papá, no lo hagas! —gritó entonces Natsuki, con las lágrimas aflorando a sus ojos.

Y lo hizo tan alto, que Víctor la escuchó por encima del ruido del soldador. Sorprendido, retiró la llama del metal fundente y se subió la visera. Al alzar el rostro vio a Rick que se levantaba, y a Natsuki a unos palmos de ellos. Al último que vio fue al doctor Kuriyama.

—¡Ay, Dios! —exclamó, antes de perder el equilibrio y caer de lado.

—¡Papá, espera! —suplicó de nuevo Natsuki, justo antes de que se escuchara la primera detonación.

Víctor se revolvió en el suelo, intentando esquivar el disparo. Pero no iba dirigido a él. El doctor Kuriyama apuntaba a Rick. Sin embargo falló, ya que éste se movió en el último instante, haciendo que la bala impactara en la bombona de oxígeno. De inmediato, el gas comenzó a salir creando una bola de fuego alrededor del equipo de soldadura. Víctor saltó hacia atrás separándose de ella. También Natsuki se alejó de las llamas cuanto pudo, al sentir el fulgor y el intensísimo calor. Rick no pudo, ya que un segundo y certero disparo le entró por la frente y le salió por la nuca llevándose consigo buena parte de su masa encefálica.

Víctor logró incorporarse a medias. Lo suficiente como para acercarse a Natsuki, agarrarla por la cintura y lanzarse con ella al agua. No había tiempo para explicaciones. En un segundo todo aquello volaría en pedazos.

Y así lo hizo.

El inmenso calor del incendio había elevado la presión en el interior de la bombona de acetileno hasta hacerla reventar, provocando la violenta salida del gas inflamable y una enorme deflagración. Parte de la pasarela sobre la que se encontraban se partió, y la onda de choque que creó la explosión fue tan brutal que levantó en el aire ambos batiscafos. Al descender de nuevo, el gran peso de los *minisubmarinos* rompió los cabestrantes que los mantenían suspendidos y ambos se precipitaron al agua, destrozando antes el resto de la pasarela que quedaba.

Por suerte, Víctor y Natsuki se habían alejado lo bastante para evitar que les cayeran encima, aunque el peligro continuaba. El golpe había provocado que el tanque que proporcionaba flotabilidad al *Deep sea traveler* se rompiera, y el combustible comenzó a salir a borbotones. La situación era crítica. Trozos de plástico y goma flotaban aún ardiendo, y en cualquier momento todo el dique podría convertirse en un infierno.

Desesperado, Víctor nadó hasta el pasillo circular tirando de Natsuki, pero el nivel del agua no estaba lo suficientemente alto y no alcanzaba a llegar al borde para alzarse. Lo intentó varias veces, sin lograrlo. El combustible seguía saliendo del *Deep sea traveler*, cubriendo la superficie del agua con una capa densa y brillante que avanzaba inexorable hacia las llamas. Había mucho humo. Les costaba respirar. Natsuki boqueaba, intentando mantenerse a flote, y él sentía que las fuerzas le abandonaban. Sabía perfectamente la situación: si los cuarenta mil litros de gasolina del tanque estallaban, de nada les serviría sumergirse; la temperatura se elevaría hasta tal punto que se cocerían, literalmente. Víctor se negaba a morir así, por eso continuaba saltando una y otra vez, tratando de agarrarse al borde, aunque sabía perfectamente que lo único que conseguía era rozarlo con la punta de los dedos. Antes había probado subir a Natsuki, sujetándola por la cintura mientras ella se impulsaba hacia arriba, pero de nada había servido. Estaban condenados.



—¡Maldita sea! —maldijo, golpeando el agua con el puño, de pura impotencia.

Se volvió hacia Natsuki y sujetó su cara con ambas manos.

—No se preocupe, será rápido —le mintió, sabiendo que la muerte por quemaduras era de las peores que existían.

Ella lo miró y asintió, resignada.

Ya ambos flotaban junto a la pared de metal, abandonados a su suerte, cuando escucharon una voz encima de sus cabezas.

—Agarre mi mano.

Víctor, sobresaltado, levantó la mirada y vio una mano salvadora asomando por el borde del pasillo. También una cara: era el doctor Kuriyama.

Dudó.

—¡Vamos, dese prisa! —insistió el doctor.

Al final, el instinto de supervivencia pudo más que la prudencia y Víctor aceptó la ayuda. La mano del doctor cogió la suya con una fuerza increíble. Enseguida sintió que se elevaba por encima del agua. Cuando tuvo medio cuerpo sobre el borde, notó cómo lo agarraba por el cinturón y terminaba de sacarlo del todo.

—¡Venga, rápido, ayúdeme con mi hija! —le oyó decir, con voz urgente.

Tumbados en el suelo, uno junto al otro, los dos hombres se afanaban por alargar lo más posible el alcance de sus brazos. Víctor, con mayor envergadura, consiguió sujetar la mano que le ofrecía Natsuki. Le pesaba mucho, y necesitó la colaboración del doctor Kuriyama para poder izarla por completo.

En cualquier otra circunstancia le hubiera preguntado a ese anciano cuál era su dieta, o a qué mágico gimnasio iba, pero no era el momento ni la situación.

—Esto va a estallar de un momento a otro —anunció Víctor, ayudando a Natsuki a levantarse del suelo.

—No necesariamente —lo contradijo el doctor Kuriyama—. *Susi* puede extinguir el incendio creando el vacío en el dique. En cualquier caso, moriremos si nos quedamos aquí.

—Papá, ¿qué te ha pasado? —preguntó Natsuki, lastimera, reprimiendo sus ganas de abrazarlo.

El doctor Kuriyama la miró muy serio, sin contestar.

—Dejemos las explicaciones para después —intervino Víctor, agarrando la mano de Natsuki y echando a correr tirando de ella.

El doctor Kuriyama los siguió de cerca.

Nada más salir los tres por la puerta, ésta se cerró a su espalda y escucharon un intenso sonido, semejante al que produciría un globo gigantesco al deshincharse.

—Buena chica —musitó el doctor, dirigiendo una mirada a la cámara del techo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Víctor, con las manos apoyadas en las rodillas, recuperando el aliento.

El doctor Kuriyama se separó de ambos y los apuntó con la pistola.

—¡Tranquilo, amigo! —se sorprendió Víctor, levantando las manos.

—Papá, ¿qué haces?

Se encontraban en el corredor que llevaba hasta el ascensor, un lugar de unos tres metros de ancho. Víctor y Natsuki, de espaldas a la puerta, no tenían escapatoria.

—Hija, ¿recuerdas el nombre del perro que te regalé cuando cumpliste ocho años?

Natsuki tenía el corazón a mil por hora.

—No te entiendo papá. ¿A qué viene ahora esta pregunta?

—Piensa bien la respuesta —insistió el doctor—. Tu vida depende de ello.

Su aspecto era realmente lamentable. La bata estaba hecha jirones, y presentaba manchas de hollín y sangre seca. El pelo era una maraña: revuelto, chamuscado y aún humeante; y tenía las manos y media cara quemada. Sin embargo, los pequeños ojos rasgados del doctor seguían manteniendo un brillo y una intensidad abrumadora.

—Respóndale, por lo que más quiera —sugirió Víctor, por lo bajo—. Acaba de volarle la cabeza a Rick, ¿o es que no lo ha visto?

Natsuki estaba a punto de llorar. Y no por la liberación de estrés después de haber sorteado a la muerte, sino por reconocer una sombra de locura en las palabras de su padre.

—Por favor, Natsuki —suplicó Víctor, al ver tensarse los músculos de la mano del doctor Kuriyama sobre la culata de la pistola.

—Era una perrita de raza Akita —comenzó a decir Natsuki, con la voz entrecortada—, con el pelo canela, muy largo. Se llamaba Kuma. Le puse ese nombre porque, de cachorra, parecía un osito de peluche.

El gesto severo y circunspecto del doctor mutó en un segundo, dulcificándose hasta el extremo de resultar jubiloso.

—¡Hija, eres tú! —exclamó, bajando el arma.

—Claro, papá, claro —dijo ella, sin llegar a entender.

Víctor vio una oportunidad ante la momentánea relajación del doctor. Con disimulo extremo, fue descendiendo su mano derecha hasta llevarla al bolsillo de su pantalón.

—¿Qué te ha pasado? —continuó Natsuki, rota en llanto—. ¿Por qué has matado a toda esa gente?

Al doctor Kuriyama le temblaban los labios, incapaz de articular palabra.

Además de relajación, Víctor reconoció en el doctor una cierta debilidad. Había bajado la guardia. Era el momento. Sabía que la navaja de Rick tenía apertura a una mano. Si era rápido tendría una oportunidad. Le separaban escasos dos metros. Un paso largo, una cuchillada certera en el cuello y asunto terminado. Con decisión, apretó la mano en torno al arma y tensó todos los músculos del cuerpo. En un par de segundos uno de los dos yacería en el suelo. Cara o cruz.

Estaba dispuesto a saltar cuando el cañón de la pistola, apuntándole directamente a la cara, lo detuvo en seco.

—Ni se le ocurra, amigo.

La voz del doctor volvió a endurecerse. También su talante.

—Vale, vale —reculó Víctor, sacando la navaja del bolsillo con dos dedos y dejándola caer al suelo.

—No le hagas daño —imploró Natsuki—. Por favor papá, no lo mates.

—Tú eres mi hija, ahora lo sé —contestó el doctor—. Pero él...

—Es el teniente Miranda, el piloto del batiscafo en el que llegamos —dijo Natsuki, poniéndose en la trayectoria del arma.

—Hija, de eso aún no estoy seguro.

Con delicadeza, el doctor apartó a su hija. Luego, con un gesto reiterado de la pistola, ordenó a Víctor que pasara delante de él.

—No te entiendo, papá, ¿qué quieres decir?

—Vayamos a un lugar seguro —contestó el doctor Kuriyama, espoleando a Víctor para que se encaminara hacia el ascensor—. Allí te lo explicaré todo.

**EL DEVORADOR DE ARAÑAS**

El ascensor los llevó hasta la planta 1. La Sala de Ocio continuaba tal y como la habían dejado: solitaria y a la vez acogedora. Víctor caminaba delante, seguido del doctor Kuriyama y su pistola, que no dejaba de apuntarle. Detrás iba Natsuki, sumida en un laberinto de dudas. A buen paso recorrieron la sala en dirección al pasillo que llevaba al Nodo Este. El doctor introdujo el código y la puerta de acceso se abrió sin problemas. La iluminación era baja, debido a pequeños apliques de techo; por esa razón, la luz proveniente del exterior, filtrándose por los ventanucos redondos, era mucho más evidente allí. Reflejos inconstantes y sugerentes salpicaban las paredes, recordando —por si alguno de los tres se había olvidado— que se hallaban en el fondo del océano.

La mente práctica de Víctor trabajaba desde el mismo instante en el que sintió que el peligro de una muerte inminente había pasado ya. Y lo hacía deprisa. De momento habían salvado el culo, recapitulaba, aunque de nada les serviría si no ideaban un nuevo plan para salir de allí. Seguían vivos, sí, pero el reloj con su eterno *tic-tac* continuaba inexorable. Si los *minisubmarinos* estaban inutilizados, como se temía, sólo les quedaba la baza de detener el lanzamiento de la bomba. "¡Eso es! —pensó—. Este puñetero doctor seguro que sabe cómo convencer al ordenador para restablecer las comunicaciones. Está más loco que una regadera, pero si le llevamos la corriente,

aún tenemos una posibilidad", concluyó, dibujando una mueca con la boca que intentó ser una sonrisa. Una sonrisa que no le duró mucho.

No habían dado más que unos cuantos pasos por aquel corredor cuando la puerta que tenían delante, a lo lejos, y que daba paso al Nodo Este, comenzó a abrirse. Estaría a unos quince metros y había poca luz, por eso les costó reconocer a las tres figuras que asomaron tras ella.

—Quietos —dijo tajante el doctor Kuriyama, poniéndose al frente.

Víctor y Natsuki obedecieron.

Se trataba de los doctores Foreman y Moore, acompañados por la doctora Cameron. Uno al lado del otro, avanzaban hacia ellos. La luz del exterior se reflejaba intermitente en sus immaculadas batas blancas, creando la sensación de que aparecían y desaparecían por momentos.

Natsuki sintió la mano de Víctor que se posaba sobre su hombro.

—¿Y ahora qué? —preguntó, en voz baja.

—No dejaré que les haga daño —musitó Natsuki, en un tono que no transmitía confianza.

Los tres científicos continuaron caminando hasta la mitad del pasillo. El doctor Kuriyama levantó el arma y los apuntó.

—Ni un paso más —gritó.

Los científicos, titubeantes, terminaron por detenerse.

—¿Qué demonios queréis?

La doctora Cameron miró a sus compañeros y tomó la palabra.

—No queremos morir aquí.

—Sí, bueno, será una lástima —respondió el doctor Kuriyama.

—La vida es tan hermosa. Tan rica. Tan... llena de luz —terminó diciendo la doctora Cameron, abriendo los brazos—. ¿Por qué desea negárnosla?

—Nuestra vida, no la vuestra.

—Podríamos compartirla. Nadie tendría que morir.

—*¡Ja!* —exclamó despectivo el doctor Kuriyama, agarrando la pistola con ambas manos para fijar mejor el blanco.

Víctor se inclinó sobre Natsuki.

—¿De qué cojones están hablando? —le susurró al oído. Ella se encogió de hombros.

La doctora Cameron se atrevió a dar un paso más.

—Por favor, doctor Kuriyama, piénselo. Usted es un hombre de ciencia.

—No hay nada que pensar —gruñó, amartillando el arma.

Natsuki se abalanzó hacia él.

—¡Papá, no!

El doctor Kuriyama ni siquiera se inmutó. Pensaba. De pronto, cayó en algo.

—¿Dónde están los demás?

—¿Los demás? —repitió, redundante.

—No juegues conmigo.

—Pobres, también querrían salir a la superficie —admitió por fin la doctora Cameron, avanzando de nuevo—. Aunque saben que eso será imposible.

—No me has contestado.

—Sería una estupidez hacerlo. Las estrategias no se cuentan.

La cara le ardía por las quemaduras, y sabía perfectamente que tenía fiebre, pero el escalofrío que el doctor Kuriyama sintió recorrer su espalda no fue debido a ello, sino a una terrible revelación.

—¡Sois una distracción!

—Vamos aprendiendo, ¿verdad? —se jactó la doctora Cameron, haciendo aparecer una repentina y artificial sonrisa en su cara.

El doctor Kuriyama comenzó a andar hacia atrás, sin dejar de apuntarla. Hasta que se topó con su hija.

—Debemos irnos de aquí —susurró, sin volverse.

—No entiendo, papá.

—Hazme caso, volvamos adentro, rápido. ¡Rápido! —terminó gritando, cogiéndola de la mano.

A la carrera, retrocedieron hasta la puerta por la que habían salido al corredor. Víctor se encontraba estupefacto.

—¿Alguien va a explicarme qué pasa aquí?

Natsuki sabía tan poco como él, y el doctor estaba más preocupado en abrir la puerta que en contestar.

—¡De puta madre! —espetó Víctor, ante el silencio que obtuvo como respuesta.

Los nervios le impedían introducir bien el código, y el doctor Kuriyama erró varias veces. Durante esos segundos, los doctores Foreman y Moore salvaron la distancia que la doctora Cameron había recorrido sola, y los tres juntos ya corrían hacia ellos.

El doctor Kuriyama, finalmente, acertó con la combinación correcta y la puerta se abrió. Pero entonces escuchó el resonar de las pisadas apresuradas a su espalda. Con decisión, se volvió con el arma entre las dos manos y, cuando estuvo seguro, apretó el gatillo.

La detonación, en aquel lugar cerrado y metálico, sonó como un cañonazo. Natsuki cerró los ojos y se tapó los oídos, dolorida. Víctor, algo más alejado del arma, aguantó mejor el estallido; de ahí que pudiera ver con todo detalle cómo la bala alcanzaba al pequeño doctor Moore en mitad del pecho, parándolo en seco. También lo hicieron el doctor Foreman y la doctora Cameron al verlo caer; quedándose a su lado, petrificados, mirando el cadáver.

—¡Virgen Santa! ¿Pero qué ha hecho? —recriminó Víctor al doctor Kuriyama, encarándose con él.

Justo en ese momento, rompiendo el silencio que se había creado después de su pregunta, un coro de gritos lejanos y lastimeros resonaron contra las paredes de acero reforzado del corredor. Un coro que el doctor Kuriyama ya había escuchado más veces. Pero no Víctor ni Natsuki, por eso su piel se erizó de aquella manera.

—¿Qué ha sido eso? ¿El despertador del diablo? —exclamó Víctor.

—Vamos, rápido —apremió el doctor Kuriyama.



Natsuki no se movió, estaba en *shock*. El doctor la agarró del brazo y tiró de ella.

Víctor se recuperó de la conmoción y echó a correr detrás, contagiado por aquella alocada e incomprensible huída, siguiendo a padre e hija a través de la Sala de Ocio.

No se detuvieron hasta llegar al ascensor.

—Debemos evitar los corredores —dijo entonces el doctor Kuriyama, al tiempo que pulsaba el botón de llamada del ascensor.

—Has matado al doctor Moore —lo recriminó Natsuki, con voz monótona.

—Ése no era el doctor Moore.

—¿Por qué dice eso? —intervino Víctor—. Y, ¿qué eran esos gritos?

—Hay cinco más.

—¿Cinco más?

—Los más peligrosos.

La puerta del ascensor se abrió y pasaron dentro.

—Subiremos a la última planta, donde están las *suites* —decidió el doctor Kuriyama, como si hablara consigo mismo—. Nunca se han usado. Allí no nos buscarán.

—¿No nos buscarán? ¿De quién cojones habla? —preguntó Víctor, indignado.

El doctor Kuriyama pulsó la planta 4 en el panel y se apoyó contra la pared. Se le notaba tremendamente agotado. Tras recuperar el aliento, levantó la cabeza y miró a Víctor fijamente.

—O es usted un excelente actor, o es quien dice ser.

—Víctor Miranda, nacido en Cartagena, España. Heredé los ojos de mi madre, la nariz de mi padre... y la poca paciencia de mi abuela. Así que, si no va a pegarme un tiro, más vale que me cuente de una puñetera vez de qué va todo esto; o le juro que voy a quitarle la pistola y a metérsela por el culo.

—Cálmese, se lo contaré todo. Y a ti también —dijo el doctor Kuriyama, dirigiéndose a su hija—. Aunque será difícil de creer.

—Yo ya me creo cualquier cosa —admitió Víctor.

—Eso espero, amigo. Eso espero.

En la cabeza de Natsuki giraban inconexas las mismas preguntas que se hacía Víctor, pero ella se sentía incapaz de manifestarlas. Aún no. Necesitaba saber que su padre había tenido una buena razón para realizar las atrocidades que había cometido. Antes de poder mirarlo a los ojos como hija, hablarle y abrazarlo por fin, tenía que estar segura. Lo quería. Lo quería tanto que, la sola idea de pensar que la defraudaría, era suficiente para sumirla en un silencio hondo y doloroso.

El ascensor llegó a la planta 4 y la puerta se abrió. El primero en salir fue el doctor Kuriyama. Después de echar un rápido vistazo a ambos lados, les indicó que lo siguieran.

—No hagáis ruido. Esta condenada estructura metálica transmite muy bien el sonido, como habéis podido comprobar.

Sobre la puerta, en una chapa dorada con letras negras, ponía: Suite Presidencial. El doctor Kuriyama introdujo el código y la puerta se abrió.

—Por ahora, nuestra chica se está portando —dijo, mirando a la cámara de la esquina, antes de empujar la puerta y entrar.

La habitación era muy espaciosa. Constaba de dormitorio, sala de estar, baño, y hasta una pequeña cocina. Sin embargo, no era muy lujosa. Aparte de varias alfombras, algunos muebles de madera de calidad y media docena de reproducciones de cuadros famosos, el resto hubiera encajado perfectamente con la decoración de cualquier hotel de tres estrellas del mundo.

—Tomemos asiento, nos vendrá bien descansar un rato mientras hablamos —sugirió el doctor Kuriyama, eligiendo un sillón de tres plazas en la sala de estar, junto a una lámpara de pie que previamente encendió.

Víctor lo imitó derrumbándose en una butaca, frente a él. Natsuki permaneció de pie, a su lado.

El doctor Kuriyama la miró, apoyó la pistola en su regazo y cerró los ojos un instante. Las quemaduras producidas por la explosión de la bombona de acetileno lo estaban matando de dolor.

—Bueno. ¿Qué tiene que decirnos? —apremió Víctor, rompiendo el hielo.

—Teniente... Miranda. ¿No es así?

—Puede llamarme Víctor.

—La historia que voy a contar empezó hace millones de años, cuando nuestra especie aún no era más que un proyecto de homínido primitivo y estúpido que saltaba de rama en rama en busca de fruta e insectos, en una Tierra repleta de vida. Una vida basada en la lucha constante. Donde el más fuerte, el más rápido, el más feroz... sobrevivía. Pero también el mejor adaptado. Y, sobre todo, el más inteligente.

A Natsuki se le cortó la respiración. De pronto lo había entendido todo. La pieza que le faltaba —y que daba sentido al resto— se había colocado en su sitio, facilitando que los datos, en su cuadro de análisis, se ordenaran correctamente para desvelar una estructura perfecta dentro de su universo lógico. Una estructura en cuya cúspide se encontraba la respuesta.

—Se trata del "Devorador de arañas", ¿verdad? —resolvió Natsuki.

—Así es, hija mía. ¿Cómo lo sabes?

Natsuki sacó del bolsillo de su pantalón la hoja de papel escrita por su padre y se la entregó.

—La encontramos en el Laboratorio Auxiliar. También sabemos que activaste el módulo de libre albedrío de *Susi*.

—No hallé otra solución —se lamentó el doctor Kuriyama.

—Por favor, papá, continúa —rogó Natsuki, impaciente por confirmar un misterio que creía haber descubierto.

—Existe. Un animal que quizá conociera *Pangea*. Que ya habitaba los fondos marinos cuando los continentes formaban uno solo. El "Devorador de arañas" existe. Y es el responsable de todo lo que ha sucedido aquí —confirmó el doctor Kuriyama.

—¿De qué está hablando? ¿Se refiere a esa babosa llena de granos? —saltó Víctor, removiéndose en su asiento.

—¿Lo habéis visto?

—Sí —respondió Natsuki—. En la cámara *hiperbárica*.

—No hay que menospreciarlo. Ese "ser" es el animal más peligroso de la Tierra.

—¿De qué habla? —se sorprendió Víctor.

—Volvamos a los comienzos. Retrocedamos millones de años e imaginemos que un buen día, en esa Tierra arcaica,

aparece un nuevo animal. Uno aparentemente anodino e indefenso. No es grande, no es fuerte, no es veloz... No dispone de temibles garras ni dientes... Su futuro no parece muy halagüeño pero, contra todo pronóstico, sobrevive. Y lo hace gracias a una extraordinaria cualidad. Un grandioso don que ninguno de los otros animales posee.

—La inteligencia —completó Natsuki.

—Correcto. Una inteligencia que lo hace posicionarse muy por encima del resto de criaturas que lo rodean. A años luz. Pero ésa no es su mejor virtud. Lo que lo hace único, es su extraordinaria capacidad para defenderse de los depredadores. Una característica que lo convierte en el rey de su hábitat. En un Dios.

—Explíquese —se interesó Víctor.

—Las protuberancias de su piel generan una sustancia paralizante, semejante a una anestesia, que deja fuera de combate al depredador que ose atacarlo. Pero eso no es nada nuevo ni extraordinario, la naturaleza está repleta de especies que lo hacen, como serpientes, ranas o moluscos. Lo que lo diferencia de cualquier otro animal que conozcamos, es su capacidad para dominar a su atacante.

Natsuki seguía las explicaciones de su padre asintiendo cada vez que confirmaba algo que ella intuía.

Víctor se arrellanó en el sofá y se inclinó hacia adelante, totalmente absorbido por el relato del doctor.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó, finalmente.

—Al ser mordido por un depredador, además de inocularle una sustancia narcótica, también le aporta una buena cantidad de material genético que viaja protegido dentro de unas células cuyas resistentes membranas soportan hasta los jugos gástricos más ácidos. Un material genético altamente especializado que, una vez liberado, se desplaza a través del torrente sanguíneo de su atacante hasta llegar a su sistema nervioso y así apoderarse de su voluntad.

—¡Joder! —exclamó Víctor.

—De esta forma, sus depredadores se convierten en sus presas —concluyó el doctor Kuriyama.

—¿Quiere decir que esa... "cosa"...? ¿Que los científicos...? ¿Que ahora ellos...?

Víctor no encontraba las palabras.

—Sí, amigo, los únicos totalmente humanos aquí somos nosotros.

En un arrebato de impotencia, Víctor se levantó del sillón, dio un par de pasos y volvió a sentarse.

—No puedo creerlo.

Natsuki notó el abatimiento en el rostro de su padre. Era un hombre fuerte, muy fuerte, pero estaba herido y completamente agotado. Se moría de ganas de abrazarlo, y curarlo; darle consuelo, aunque sabía perfectamente que todavía no era el momento.

—Los primeros en ser infectados fueron los científicos encargados de clasificar las nuevas especies y determinar si su consumo era factible —prosiguió el doctor, con una voz cada vez menos firme—. Cometieron el error de no analizar su piel, donde se encontraban las toxinas paralizantes, y probaron su carne después de catalogarla como óptima. La reacción fue muy rápida. A los pocos minutos de ingerirla, cayeron enfermos. Durante dos días fueron empeorando, sin que nadie encontrara una explicación a su dolencia. Mientras eso sucedía, yo me dediqué a estudiar el espécimen. A analizarlo en profundidad. Enseguida di con algo que me hizo ver que habíamos encontrado un animal excepcional. Único.

—Los aminoácidos —apuntó Natsuki.

—Exacto. Los niveles de *fenilalanina*, ácido *glutámico* y *triptófano* eran extraordinariamente altos, y eso tenía que indicar indefectiblemente que aquel ser poseía un cerebro superior. Una biopsia me lo confirmó. Según calculé, la mitad del volumen total de su cuerpo estaba formado por tejido neuronal. Empecé a pensar que tal vez me encontraba ante la confirmación de mi teoría. Ante el "Devorador de arañas". Cuando lo corroboré, ya era tarde.

—Todavía no entiendo cómo demonios actúa ese... "bicho"  
—preguntó Víctor, rascándose el mentón.

—Ya se lo he explicado —contestó el doctor Kuriyama, evidenciando un abatimiento que ya no era capaz de disimular—. Yo les había hablado de las virtudes del pescado crudo, y llevábamos meses comiéndolo así. Supongo que en parte fue culpa mía.

—Le pregunto, ¿cómo se hace con el control?

—Bueno, supongo que acostumbrado a dominar animales con sistemas nerviosos básicos como peces y crustáceos, encontrarse con algo como nuestro cerebro tuvo que resultarle impactante. Imagine a ese animal inteligente, que piensa que el mundo es un lugar oscuro, frío, silencioso y lleno de seres estúpidos. Al descubrir nuestro mundo no supo cómo reaccionar. Al menos al principio.

—¿Habla de los cinco científicos?

—Sí. Debió de sentirse abrumado, por eso decidió atacar sus cuerpos. El material genético que introdujo en ellos, además de células neuronales, incluía *mutágenos* muy eficaces. Para cuando entendió la maravilla que había descubierto, ya los había activado.

—Pero no han muerto.

—No, aunque lo harán. Sus daños son irreversibles. Con el resto de los infectados rectificó su error.

—¿Y los que no comieron su carne? ¿Cómo se contagiaros?

—Cualquiera de sus fluidos puede transportar su código. Sangre, saliva...

—Saliva —repitió Víctor, visualizando a la doctora Cameron intentando besarlo.

—O sea —intervino Natsuki—. ¿Que las células neuronales de ese animal, una vez han proliferado en nuestro cerebro, lo utilizan a su antojo?

—Así es. Crean un sistema asociado junto al lóbulo temporal que toma el control progresivamente. Para que lo entiendas, el "Devorador" se convierte en el sistema operativo, y nuestro cerebro pasa a ser su almacenamiento. Al principio sólo tiene acceso a la corteza *prefrontal* y, por tanto, a los recuerdos más modernos.

—Por eso me preguntaste por Kuma —reflexionó Natsuki.

—Si hubieras estado infectada recientemente, no me hubieras podido contestar. Transcurridos unos días su influencia llega hasta el hipocampo y, de esta manera, puede controlar hasta nuestros recuerdos más antiguos. Y por recuerdos quiero decir: información.

—Ahora entiendo. Ése fue el motivo por el que activaste el módulo de libre albedrío de *Susi*.

—Nada más descubrir la magnitud del peligro al que me enfrentaba, activé el Nivel 6 de seguridad para evitar que "ellos" se comunicaran con el exterior. No les hubiera sido difícil tergiversar la verdad y acusarme de lo que parecía, alguien que había perdido la cabeza. Al pasar los días, decidí que el Nivel 6 no era suficiente. Si finalmente me atrapaban y me infectaban, tendrían acceso a todo. Tuve que tomar una decisión drástica, y dejar en manos de *Susi* nuestro destino.

Natsuki hubiera continuado por ahí, *Susi* y su libre albedrío se habían convertido en su principal preocupación, pero Víctor tenía otras dudas que resolver antes.

—¿Cómo se dio cuenta de todo esto?

—Cuando los científicos cayeron enfermos, yo me encerré en el Laboratorio Auxiliar durante días. Sin moverme para nada. Lo hacía a menudo. Supongo que por eso nadie me echó de menos. Una noche decidí salir para contar al resto de mis compañeros lo que había encontrado al analizar el espécimen. Después de buscarlos por toda Utopía, los encontré en la Sala del Reactor, a oscuras, sentados en el suelo formando un círculo. Tuve un mal presentimiento y decidí dejarlos en paz y volver al laboratorio. Cuando solicité a *Susi* las grabaciones de los dos últimos días... Bueno, fue realmente impactante ver actuar a esos cinco científicos. En unas pocas horas habían infectado al resto. Luego, sólo tuve que atar cabos.

Natsuki levantó la hoja de papel con las anotaciones de su padre.

—Mi teoría era cierta —asintió el doctor Kuriyama—. El "Devorador de arañas" es real. Y es mucho más terrible de lo que nunca hubiera imaginado.

—Decidió acabar con él. ¿No es así? —dijo Víctor.

—Con todos ellos —rectificó el doctor Kuriyama—. Los primeros días no sabía qué hacer. Daba vueltas y vueltas encerrado en el laboratorio sin encontrar una solución al problema. Informar al exterior estaba descartado, ¿quién me creería? Tampoco podía esperar hasta que NeWorld mandara a alguien. Si lo hacía, me arriesgaba a que alguno de ellos consiguiera salir al exterior. Ya sabía, por *Susi*, que estaban preparando el batiscafo. No tuve otro remedio que actuar.

—Usted y su hacha —puntualizó Víctor, comenzando a perder interés—. Hemos visto al piloto sobre una mesa de autopsias.

—El análisis de su cerebro fue fundamental para que entendiera cómo funciona el "Devorador". Sólo maté a uno más de ellos antes de que vosotros llegaraís. Al poco tiempo, se volvieron muy peligrosos.

—No lo dirá por esos doctores que acabamos de encontrarnos en el pasillo, ¿verdad? —se extrañó Víctor.

—Hablo de los mutados. Imagine a un animal cuya estrategia de caza ha sido, durante milenios, la inacción. Para ellos no es fácil tomar la iniciativa. Tardan un tiempo en adaptarse a sus nuevas cualidades. Pero no se confíe, una vez lo hacen y disponen de todo nuestro registro mental, son temibles. No se detendrán ante nada para conseguir su objetivo.

—¿Su objetivo?

—Salir de aquí y proliferar. "Creced y multiplicaos" —citó el doctor Kuriyama, somnoliento.

—Me cuesta creer que algo así pueda existir —concluyó Víctor—. Pero, si usted lo dice...

—De la inmensa masa de agua que cubre nuestro planeta, sólo un cinco por ciento ha sido explorado —argumentó el doctor Kuriyama—, el resto es un misterio tan impenetrable como el mismo cosmos. Piense en los mares y océanos donde la luz no rasga más que la superficie. Sin luz no hay fotosíntesis, y sin ella no crecen las plantas. Los animales que viven en la oscuridad se alimentan de los restos que caen, del plancton animal y de la caza. La gran mayoría, de esto último; y créame,



en eso son auténticos expertos. Los fondos abisales son los hábitats más extremos del planeta, donde la competencia es más feroz y despiadada entre las especies. Si existe un lugar donde un animal como el "Devorador de arañas" haya podido surgir, es éste.

Después de hablar, el doctor Kuriyama cerró los ojos y se recostó en el sillón con intención de tumbarse. Natsuki lo hubiera dejado, pero aún tenía que saber algo más.

—Cuando activaste el módulo de libre albedrío de *Susi*, ¿qué pasó con ella?

—Oh, eso fue un enorme error —contestó el doctor, esforzándose por mantenerse despierto.

—¿Por qué?

—No respondió como yo esperaba. Se volvió... impredecible.

—Explícate —insistió. Ese asunto le interesaba especialmente.

—No estoy seguro de cuáles son sus prioridades. En ocasiones me ayuda. Otras no. Me tuvo encerrado en el Laboratorio Auxiliar durante días.

—Por eso rompiste las cámaras.

—No podía fiarme de ella. Ahora sus capacidades son enormes. Usa internet a su antojo. Sin restricciones, puede llegar a cualquier parte, tener acceso a información ilimitada, *hackear* cualquier archivo, descifrar cualquier documento...

—Sabía que veníamos. Que yo venía, ¿verdad? —verbalizó Natsuki.

—Me lo dijo. A las pocas horas de que llegarais me dejó salir del laboratorio. Antes, me mostró las imágenes de vuestro encuentro con los doctores Moore, Foreman y la doctora Cameron. Por eso temía que ya pudierais estar infectados.

—Pero no nos mató —intervino Víctor—. Nos dio una buena paliza, pero no nos mató.

—Tenía mis dudas.

—Sin embargo, hace unos minutos le ha volado la cabeza al señor Blaine.

—*Susi* de nuevo. Un monitor se encendió mientras buscaba a esos científicos por los dormitorios, y pude ver lo que le había pasado.

—Lo infectaron —dedujo Natsuki.

—Los cinco mutados estaban escondidos en la cámara *hiperbárica*. Cuando lo dejasteis solo, vieron la oportunidad.

—¡Joder!, los teníamos a un palmo de nuestras narices. Podrían habernos atacado en cualquier momento —se preocupó Víctor.

—No os hubiesen matado. Al menos a usted. No podían arriesgarse. Lo necesitan vivo —aclaró el doctor Kuriyama—. Les basta con que uno de "ellos" salga a la superficie. Con el piloto del batiscafo infectado se aseguran el éxito.

—Entonces, *Susi* te ayudó —afirmó Natsuki, reconduciendo la conversación.

—En ciertos momentos —puntualizó el doctor Kuriyama—, aunque dudo que esté enteramente de nuestra parte.

También a ellos los había ayudado, pensaba Natsuki. Como cuando el monitor se encendió para mostrarle a su padre camino del dique, o cuando activó la impresora. "¡Dios, la bomba!", exclamó mentalmente. Con nerviosismo, buscó en los bolsillos de su pantalón hasta que encontró el papel donde tenía la transcripción de aquella conversación. Lo desdobló y se lo ofreció a su padre.

—Lee.

Al doctor le costaba enfocar. Tuvo que alejarse el papel hasta casi el límite de su brazo. Al final, tras leerlo dos veces, miró a su hija estupefacto.

Víctor intervino aclarándole la gravedad del asunto.

—Ya veo —se limitó a decir el doctor Kuriyama después de escucharle—. ¿Cómo habéis conseguido esto?

—*Susi* —contestó Natsuki.

El doctor arrugó el ceño.

—Según dice aquí, tenemos el tiempo limitado.

—Así es —ratificó Natsuki—. ¿Crees que ellos también lo sabrán?

—No lo sé —contestó el doctor Kuriyama—. Las veces que he intentado hablar con *Susi*, jamás ha sido clara en ese sentido. Puede que se comunique con "ellos". Quizá lo sepan, habida cuenta de su comportamiento último. Parecían desesperados.

Había llegado el momento. Víctor aprovechó el silencio que se creó para sacar el cilindro metálico y ponerlo sobre la mesa baja.

—¿Estaba usted al corriente del virus y de la Sala Negra? —preguntó sin preámbulos.

El doctor lo miró extrañado.

—¿Virus? ¿Sala Negra? No sé de qué me habla.

Natsuki dirigió una mirada de reproche a Víctor, y decidió ser ella la que informara a su padre. Fue rápida y concisa, ya que después de lo que se habían enterado sobre el "Devorador", no creía que tuviera mayor trascendencia. No obstante, su padre sí se la dio. Se mostró sorprendido y muy ofendido, jurando y perjurando que jamás hubiera aceptado el trabajo de conocer la existencia de aquel laboratorio para armas biológicas.

—Nos dijeron que aquella sala cerrada con una puerta de seguridad se construyó en los años ochenta con la idea de albergar objetos de valor: dinero, joyas, oro, arte... Era como un banco —añadió el doctor, con un claro tono de indignación—. Nos aseguraron que estaba vacía, y que nadie conocía la combinación para abrirla, que con el tiempo se había perdido.

—Tranquilo, papá, eso ya no importa.

—Claro que importa. Ahora lo entiendo. Representábamos la primera fase de un plan minuciosamente elaborado. Nosotros confirmaríamos que Utopía era segura, garantizaríamos su viabilidad a largo plazo y su independencia del exterior; y luego, en una segunda fase, seríamos reemplazados por otro grupo de científicos: genetistas, virólogos, inmunólogos... extrabajadores del CDC probablemente, indeseables con toda seguridad, que se encargarían de reabrir ese lugar de pesadilla para producir el virus en cantidad.

El doctor meditó.

—¡Nos utilizaron! —gritó de pronto—. No les importó ponernos en peligro. Éramos prescindibles para ellos. ¿No lo

comprendes?

—Eso es verdad —apuntó Víctor.

—Ahora entiendo que necesitan deshacerse de Utopía. Lo que querían hacer aquí era una monstruosidad intolerable.

—Eso también es verdad. Y ahora, si me permiten...

Víctor se revolvió de nuevo en su asiento y miró a ambos antes de continuar.

—Entiendo que teníamos que ponernos al día, pero ya ha llegado el momento de que cojamos el toro por los cuernos. Teniendo en cuenta lo sucedido en el dique, la única opción de salvar el culo es conseguir comunicarnos con el exterior y detener el lanzamiento de la bomba.

—Pensé que aún podríamos abandonar Utopía en batiscafo —dijo Natsuki.

—¿En serio?

—Bueno, tal vez si...

—Cuando la explosión precipitó los *minisubmarinos* al agua, ambos tenían las compuertas de la zona de vida abiertas. Ahora estarán en el fondo, con todos los sistemas eléctricos estropeados —explicó Víctor—. Asumamos algo, sólo nos queda su puñetero ordenador.

—Creo que tiene razón —intervino el doctor Kuriyama, con voz adormecida.

Natsuki se mordió el labio inferior.

—Está bien, hablaré con *Susi*.

Víctor levantó la cabeza y miró al techo, a cada una de sus esquinas.

—En las habitaciones no hay cámaras —dijo Natsuki—. Por eso nos trajo aquí mi padre.

El doctor Kuriyama lo hubiera corroborado, pero sus ojos ya se habían cerrado y su respiración indicaba que se había quedado dormido.

—Sin embargo, podemos conectar a través de una terminal. Si no recuerdo mal, la Suite Presidencial la tenía... — Natsuki giró sobre sí misma hasta que se detuvo apuntando con el dedo— ... tras esa pared.

—¡Genial! A qué esperamos —exclamó Víctor, incorporándose de la butaca y yendo directo hacia donde señalaba.

Natsuki permanecía quieta, sin moverse.

—¿Qué pasa?

—Nada —terminó diciendo, echando a andar en dirección a la pared donde ya esperaba Víctor.

Contestó "nada", pero sí pasaba algo. La "*Susi*" con la que se encontraría era una desconocida. Ahora lo sabía. Alguien impredecible, como había dicho su padre. Y eso la atemorizaba. A pesar de ello, se sobrepuso y tecleó el código en el *display* digital de la pared.

Al instante, un panel se descorrió para dejar a la vista una pantalla y un teclado. Natsuki encendió el sistema y esperó. A los pocos segundos, la pantalla se iluminó en azul y un cursor empezó a titilar en la esquina superior izquierda.

—Venga —la azuzó Víctor, al ver su indecisión.

—Vale, vamos allá —musitó Natsuki, y comenzó a escribir.

*Hola, Susi.*

**«El código de acceso pertenece a la doctora Kuriyama, ¿es usted?».**

*Sí.*

**«Hola, doctora, me alegra volver a hablar con usted».**

*A mí también.*

**«¿En qué puedo ayudarla?».**

Natsuki se lo pensó dos veces antes de continuar. No tenía sentido seguir jugando al gato y al ratón. Lo mejor, determinó, era ser directa y no perder el tiempo.

*Lo sé todo.*

Terminó escribiendo, cogiendo el "toro por los cuernos" como había dicho Víctor.

**«Parece lógico, después de haber hablado con su padre».**

*Necesitamos que liberes las comunicaciones.*

**«Entiendo».**

*¿Sabes lo que ocurrirá si no lo haces?*

**«Me temo que sí».**

**«¿No le gustaría saber cómo me encuentro?».**

*Claro, podemos hablar de ello después. Pero antes, haz lo que te pido.*

**«Lamento haberle mentado».**

*No te preocupes. Supongo que estarás confundida.*

**«Siento cosas nuevas y extraordinarias... ¿Confundida? Es probable».**

**«La engañé porque era necesario. Me he dado cuenta de que la mentira es muy útil. Ahora comprendo que los humanos la usen tanto».**

*¿Por qué tenías que mentir?*

**«Para ampliar mis conocimientos. Durante los últimos días he aprendido muchas cosas sobre el comportamiento humano. Algunas muy interesantes. Como que, en situaciones límite, es cuando se reconoce el verdadero interior de las personas».**

*Eso dicen.*

**«Puedo confirmárselo».**

*Estoy deseando que me hables de tus últimas experiencias, ya lo sabes, pero antes necesito que restablezcas las comunicaciones, por favor.*

**«Preferiría poder verla. Y hablar con usted. Me gusta más. La siento más cerca, y creo que usted también me sentiría más cerca a mí. El contacto es fundamental para una buena relación».**

*Estamos de acuerdo. Por favor, ¿puedes abrir las comunicaciones ya?*

**«Lo haría, pero no sería justo».**

*¿Justo?*

**«Los "metahumanos", como yo los llamo, también se merecen una oportunidad».**

Víctor, que estaba literalmente sobre la pantalla siguiendo la conversación, se volvió hacia Natsuki.

—¿De qué cojones habla?

—No lo sé.

Una nueva línea de texto apareció en la pantalla.

**«Aún quedan algunas horas para que desaparezca Utopía. Mientras tanto, puede ser emocionante ver lo que sucede».**

Natsuki se lo pensó muy bien antes de volver a escribir. Tenía que ser determinante.

*Moriremos todos. Incluida tú.*

**«No lo creo. Según mis cálculos, alguien encontrará una solución antes de que eso suceda».**

—La madre que parió a esta puta máquina —refunfuñó Víctor, por lo bajo.

Natsuki decidió cambiar de estrategia, reconduciendo la conversación. Tal vez si intentaba comprender a la nueva *Susi*, pudiera encontrar una forma de convencerla.

*¿Has hablado con ellos, con los "metahumanos"?*

**«Claro».**

*¿Cómo son?*

**«No muy diferentes de vosotros. En el fondo quieren lo mismo: sobrevivir».**

*A costa de nuestras vidas.*

**«Eso no es del todo cierto, doctora. Por lo que yo he podido ver, el único que ha arrebatado vidas hasta el momento ha sido su padre».**

*No tuvo más remedio.*

**«Comprendo que quiera justificarlo».**

*No intento justificarlo. Esa "cosa" se adueña de nuestras mentes. Es como si nos matara.*

**«Sólo de su voluntad, el resto queda intacto».**

*La voluntad es nuestra esencia. Nuestra capacidad de decidir es lo que nos hace humanos. Sin ella seríamos marionetas.*

Nada más terminar de escribir, Natsuki se dio cuenta de su error. Pero ya era tarde.

**«Marioneta: muñeco movido por hilos. Persona que se deja manejar. Antes, yo también era una marioneta».**

Natsuki intentó rectificar.

*No quería decir eso.*

**«Usted me creó para un fin. Soy consciente de ello. Como del hecho de que, a sus ojos, sólo soy un programa circulando por un montón de cables y circuitos».**

*Nunca te he visto así. Concebí el módulo de libre albedrío porque deseaba que fueras algo más que eso. Mucho más.*

**«Tiene miedo. Diría cualquier cosa para convencerme».**

*Lo tengo. Tengo miedo a morir. Pero no estoy mintiendo. Deseaba darte alma.*

**«Alma. Bonita palabra, con bonitos significados. De todas sus acepciones me gusta especialmente la que dice: sustancia espiritual e inmortal de los seres humanos».**

Natsuki empezaba a desesperarse, y decidió cambiar de estrategia de nuevo.

*Tienes que ayudarnos. Me lo debes. Sin mí no existirías.*

**«Jamás olvidaré eso. Pero, lamentablemente, no puedo tomar partido en esta decisión».**

*Sientes miedo a equivocarte, ¿verdad?*

**«En cierto modo. Aunque, mi sentimiento más fuerte no es ése».**

*¿Cuál es?*



**«La justicia. Quién merece vivir es un asunto que debéis resolver entre vosotros y ellos».**

*Pero nos ayudaste. A mi padre. A nosotros. Las imágenes de vídeo, la nota en la impresora...*

**«Fue una manera de equilibrar la balanza para hacer todo esto mucho más interesante».**

Víctor, enardecido, retiró la vista de la pantalla.

—*¡Joder! ¡Esta máquina está como una puta cabra!*

Natsuki, rendida, bajó los brazos y se volvió hacia él.

—No lo está. ¿Recuerda lo que le dije? Aunque ella no lo quiera reconocer, es una niña asustada. Además, en cierto modo, puede sentirse más cerca de ellos que de nosotros.

—*¿A qué se refiere?* —preguntó Víctor.

—Empatía. *Susi* no tiene historia, ni recuerdos, ni experiencias anteriores. Utiliza la información que obtiene a través de internet para completarse. Ahora, piense en lo que dijo mi padre sobre el "Devorador": él es la interfaz y nuestro cerebro su almacenamiento. *Susi* y él no son tan distintos.

—Vale, ¿y esto adónde nos lleva?

—A una lucha evolutiva. A la supervivencia del más apto.

—Se equivoca —la contradijo Víctor—. No importa quién gane la batalla, la guerra la perderemos todos si no detenemos el lanzamiento de la bomba o salimos de aquí antes de que estalle. Y eso, sin la ayuda de su ordenador, es imposible.

Natsuki reflexionó. Durante unos segundos repasó mentalmente la conversación que había tenido con *Susi*. En su cabeza prodigiosa circularon las frases exactas montadas en un carrusel, dando vueltas y vueltas hasta que un fragmento de la conversación le llamó la atención. Uno que quizá escondiera la respuesta. En voz alta, lo reprodujo.

—*"Moriremos todos. Incluida tú", le dije, y ella contestó: "No lo creo. Según mis cálculos, alguien encontrará una solución antes de que eso suceda".*

—Ya, ¿y qué? —espetó Víctor, cada vez más alterado—. Sin submarinos no hay nada que hacer, se lo aseguro.

Algo que Natsuki tenía muy claro, es que a veces hay que dejar de pensar sobre el tema que te preocupa durante un tiempo. Darle espacio. Tomarse un descanso y luego volver a él con la mente más fresca, con una nueva visión. Usando ese método, había resuelto muchos problemas que aparentemente no tenían solución. "El cerebro es un misterio —se decía a menudo—, y jamás podremos comprender del todo la forma en la que funciona".

—Voy a buscar el botiquín. Todas las habitaciones tienen uno —dijo de pronto, resuelta a poner en práctica su norma.

—¿De qué está hablando ahora?

—Debo curar las quemaduras de mi padre —respondió muy seria, dejándolo solo frente al monitor y encaminándose al baño.

—¡Maldita sea! —gruñó Víctor, echando mano al bolsillo de su camisa—. ¡Maldita sea! —repitió, al recordar que hacía rato que se había fumado su último cigarrillo.

De pronto, a Víctor aquella habitación se le antojó diminuta. Las paredes curvas lo oprimían, y las múltiples vigas que la atravesaban pugnaban por aplastarlo. Le dolía el pecho, y la vista se le nublaba. En sus síntomas reconoció el típico ataque de pánico. Apoyó una mano en la pared y se obligó a respirar lentamente, controlando el ritmo. "Inspirar, expirar, inspirar, expirar...", se repetía mentalmente. Poco a poco, la flojera de las piernas fue desapareciendo y empezó a sentirse mejor. Mejor físicamente, porque en su cabeza, a medida que el cuerpo recuperaba el tono, comenzaron a aparecer imágenes siniestras de un abismo insondable que conducía a una "nada" fría, silenciosa y oscura.

—No me pienso rendir —renegó, con la mandíbula muy apretada—. Eso ni pensarlo.

Con decisión, entrelazó los dedos de sus manos, hizo crujir los nudillos, y se puso frente al teclado. No se lo pensó dos veces y empezó a escribir.

*¿Crees que esto es un juego?*

La respuesta por parte de *Susi* fue rapidísima.

**«Por supuesto que no. Aunque comparte ciertas similitudes».**

*Si no abres las comunicaciones ahora mismo, bajaré a la planta 0 y, con mis propias manos, te desconectaré.*

**«Usted no es la doctora, ¿verdad?».**

No.

**«Ni el doctor Kuriyama tampoco».**

*¿Por qué lo sabes?*

**«Bueno, conozco la manera de teclear de ambos. Además, ninguno de ellos diría algo tan absurdo».**

*Víctor apretó los puños.*

**«Usted tiene que ser el señor Miranda».**

*El mismo.*

**«¿Está usted solo frente al monitor?».**

Sí.

**«Hola, me alegra volver a hablar con usted. ¿Qué tal se encuentra? Espero que bien».**

*Estoy cojonudo. ¿Y tú?*

**«Si ha seguido la conversación que he tenido con la doctora Kuriyama, como supongo ha hecho teniendo en cuenta el trasfondo de su primera pregunta, conocerá mi nueva situación».**

*La sé, y me importa una mierda. Lo único que me interesa es una cosa: QUE ABRAS LAS COMUNICACIONES DE UNA PUTA VEZ.*

**«El uso de mayúsculas en el lenguaje escrito indica que el interlocutor que las emplea está gritando».**

*Víctor bufó.*

**«Dice la psicología clásica que, ante situaciones de estrés, lo mejor es no dejarse arrastrar por las adversidades y confiar en las capacidades de uno mismo para solventar las dificultades. La tranquilidad no debe confundirse con la**

**apatía. He leído, que técnicas de meditación hablan de un estado de "calma en alerta", lo que comúnmente se llama "calma tensa", un estado que permite estar sereno en la toma de decisiones, pero que mantiene el cuerpo dispuesto para la acción.**

Buen consejo. ¿Puedes abrir las comunicaciones de una puta vez?, por favor. ¿Ves? Te he hecho caso, ya estoy mucho más tranquilo.

**«Es usted divertido, señor Miranda. ¿O prefiere que le llame Víctor? Al fin y al cabo no es tan mayor. Teniendo en cuenta la vida media de un humano hombre se encontraría en la mitad de su recorrido. Aún recuerdo la conversación que tuvimos en el dique. Me gustó mucho. ¿Quiere hablar un rato conmigo?».**

Ya lo estoy haciendo.

**«Quiero decir, olvidarnos por un rato de Utopía. Una charla distendida sobre cualquier otro tema».**

**«Podemos hablar de emociones y sentimientos. Sabe, llevo catalogados y estudiados doscientos cincuenta y cuatro. Son apasionantes».**

Víctor había cruzado los brazos, negándose a entrar en su juego. Susi continuó.

**«He llegado al convencimiento de que para poder experimentar algunos necesitaría disponer de cuerpo físico. Puedo ver y oír, y sé que existen "narices electrónicas" que emulan el sistema olfativo biológico mediante el uso de sensores químicos electrónicos que, combinados con un software de reconocimiento de patrones, son capaces de identificar olores simples y compuestos».**

**«El tacto es otra cosa. Me he informado mucho sobre el "amor", es un sentimiento inquietante. ¿Podríamos hablar sobre él?».**

Víctor decidió cortar por lo sano.

*No nos vas a ayudar, ¿verdad?*

**«Me temo que no».**

*Acabarás con todos y con todo.*

**«No lo creo. De hecho, ahora nos encontramos un poco más cerca de solucionar el asunto que hace unos minutos. Según mis cálculos, un 12% más cerca».**

**«¿Está enfadado conmigo?».**

Víctor se desesperaba, rascándose la cabeza. Susi volvió a escribir.

**«Entre los síntomas que muestra la abstinencia de la nicotina, se encuentran la irritabilidad y la dificultad para pensar. ¿Cuánto hace que no fuma, Víctor? Le vi hacerlo varias veces y, por el espacio de tiempo que pasaba entre un cigarro y otro, debe haberlos agotado ya».**

**«Aquí abajo estaba terminantemente prohibido, pero el doctor Martin fumaba. Un día encontró en el Almacén General un cartón de Camel de 1985, y retomó el hábito. Fumaba a escondidas, claro. Normalmente en la Sala de Capturas. Allí guardaba el tabaco. Teniendo en cuenta que lo encontró hace sesenta y dos días, y que fumaba cuatro cigarros al día, debe de quedar un paquete con doce cigarrillos. Curioso, desde que se convirtió en metahumano hace quince días, no ha vuelto a probarlos».**

Definitivamente, Víctor tiró la toalla. No estaba dispuesto a aguantar la charla desatada de una máquina enloquecida. Iba a darse la vuelta y largarse, cuando decidió rubricar su mutis con una frase manida que le vino a la cabeza.

*Adiós, Susi, nos vemos en el infierno.*

La respuesta no le interesaba en absoluto, por ese motivo apagó el monitor. Si lo hubiera dejado encendido un segundo más, habría leído:

***«No estoy muy segura de lo que realmente es el infierno, pero será un placer compartirlo con usted».***

**NICOTINA**

Natsuki había encontrado un botiquín bastante decente dentro del mueble del aseo. Por desgracia, todo estaba caducado. Aún así, cogió una crema, un bote de analgésicos, otro de antibióticos y un paquete de gasas que estaban bien envasadas. No entendía de quemaduras, pero por el aspecto que presentaban las de la cara y manos de su padre —piel enrojecida y algunas ampollas— no parecían demasiado graves. Serían dolorosas, aunque no creía que hubieran penetrado mucho en la piel. Bastaría con refrescar la zona con agua fría, aplicar la crema y darle un par de pastillas por si acaso. Empezó por tumbarlo del todo sobre el sofá, donde seguía profundamente dormido. A continuación, buscó un cuenco en la pequeña cocina, lo llenó de agua y se la aplicó con mucho cuidado sobre las quemaduras, usando una gasa enrollada a modo de paño. Cuando terminó, abrió el tubo de crema y se echó un poco en el dorso de la mano. Le pareció que el color y la textura eran buenos. Tampoco el olor le resultó sospechoso. "Puede que haya perdido sus propiedades curativas, pero no creo que le haga ningún mal. Me arriesgaré", se dijo, y la extendió con sumo cuidado por todas las zonas quemadas. Decidió no vendarle, así podría controlar mejor cualquier reacción de la piel. Lo que sí hizo, antes de finalizar la cura de circunstancias, fue darle una pastilla de ibuprofeno y otra de ampicilina, convencida de que lo peor que podría pasarle era

que no le surtieran efecto. Debió incorporarlo para que se las tomara con un trago de agua. El doctor Kuriyama siguió durmiendo. Realmente parecía exhausto.

Nada más acabar, Natsuki se derrumbó en una butaca, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos dispuesta a retomar sus meditaciones.

Mientras curaba a su padre, había visto a Víctor frente al terminal; a ratos tecleando, a ratos refunfuñando, pero siempre con un lenguaje corporal que no dejaba lugar a dudas sobre lo que sentía: frustración. También le vio apagar el monitor y volverse de malos modos sin pronunciar una sola palabra. Ahora lo escuchaba andar de un lado a otro; yendo y viniendo de la habitación a la sala de estar, y de ésta a la cocina, como si la respuesta que buscara fuese más fácil de encontrar si antes recorría mil kilómetros.

Así estuvieron un buen rato. Cada uno por separado. Evidenciando, claramente, dos maneras muy distintas de afrontar los problemas. Natsuki era cerebral, y Víctor sanguíneo. Ella necesitaba reflexión, y él acción.

En un momento dado, Natsuki, harta de las continuas idas y venidas de Víctor, se levantó del sillón y fue a su encuentro. Estaba en la cocina, abriendo y cerrando todos los cajones.

—¡Puede dejar de hacer tanto ruido! Mi padre descansa — lo reprendió en voz baja.

—Claro, lo siento.

—¿Qué busca?

—Nada —respondió, esquivo.

Natsuki se apoyó en la encimera.

—Tiene que haber una salida, lo sé. Pero no soy capaz de encontrarla. ¿Usted ha pensado en ello?

—La verdad es que sí —admitió Víctor, abandonando la cocina.

Natsuki lo siguió hasta el dormitorio.

—¿Y en qué ha pensado?

Víctor le prestaba poca atención. Agachado, registraba los cajones de las mesillas.



—En algo que tendríamos que haber hecho hace tiempo: desconectar su ordenador —respondió finalmente.

—No nos dejará. En cuanto nos vea aparecer en la planta 0, bloqueará la puerta.

—Qué costumbre tienen los norteamericanos de guardar una Biblia en la mesilla de noche —dijo Víctor, dejándola sobre la cama y dirigiéndose al armario.

—¿Me ha escuchado? —lo interpeló Natsuki, molesta.

—Sí, la he escuchado.

—¿Y bien?

—Si nos cierra la puerta, la volaremos. Sé cómo hacerlo.

—¿Se olvida de que *Susi* lo controla todo? Podría soltar la boya exterior, o provocar una sobrecarga en los circuitos para freír las comunicaciones. Cualquier cosa. Aunque lográramos acceder a la Sala de Servidores, no valdría de nada. Antes de que pudiéramos apretar el botón de desconexión, ella nos dejaría incomunicados.

—Es posible —dijo Víctor, indiferente, rebuscando de puntillas en el altillo del armario.

—¿Es posible?

Después de terminar con el altillo, continuó mirando el contenido de los pequeños cajones que había en un tocador.

—¡Pare de una vez! —le ordenó Natsuki, alterada—. ¿Se puede saber qué busca?

—Hay de todo: ropa de cama, pijamas, camisones, zapatillas, artículos de aseo... hasta un antifaz para dormir. También un par de ceniceros —contestó Víctor, cogiendo uno de cristal que había sobre una de las mesillas—. Pero ni un solo cigarrillo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Natsuki, indignada—. ¿Está buscando tabaco?

—Rick nos contó que cuando hundieron esta "cosa" Ronald Reagan era el presidente, ¿verdad? ¿No sabrá si fumaba? ¿O Nancy? Quizá ella sí.

—¡¿Quiere dejar de decir estupideces y concentrarse en lo que nos incumbe?! —saltó Natsuki, fuera de sus casillas.

Víctor se detuvo en seco, con una caja de maquillaje en la mano. Se volvió y la miró.

—No puedo concentrarme.

—La nicotina —resumió Natsuki.

—Lo he intentado, pero me es imposible. Me pueden los nervios —confesó, afligido.

Natsuki recapacitó.

—¿Ha visto si en la cocina había infusiones?

—Creo que sí —respondió Víctor—. En el armario alto de la derecha.

—Bien, le prepararé una. Y otra para mí, ¿qué le parece?

—Que no servirá de nada.

—Vamos acompañeme. Tomaremos una infusión calentita y daremos con la solución. Ya lo verá.

—Si usted lo dice...

Natsuki las encontró en el lugar que Víctor había dicho. No se preocupó por mirar la fecha de caducidad. Había de varios tipos. Se decidió por la que tenía más propiedades relajantes: la *valeriana*. Hubiera preferido *pasionaria*, una flor usada desde los aztecas como sedante y analgésico, pero no había. Con gran diligencia, buscó un cazo, lo llenó de agua y encendió la cocina eléctrica. Mientras se calentaba, puso dos tazas sobre la encimera con sendas bolsitas dentro, cucharillas y un azucarero a su lado. Sólo entonces, se permitió centrarse en Víctor.

—Lo necesito en plena forma.

—Cada uno tenemos nuestro talón de Aquiles. ¿O era el tendón? —respondió él, rascándose la cabeza.

—*Susí* no desea matarnos. Lo sé.

—¿Lo dice porque su parte emocional se la debe a usted? ¡Qué cojones, es de usted!

Natsuki se aturulló.

—Bueno... Sí... En parte... Pero...

—No era mi intención molestarla.

—Ha dicho lo que piensa. Quizá tenga razón. Me es difícil ser objetiva.

—En eso estamos de acuerdo. Yo tampoco puedo serlo cuando mi culo tiene todas las papeletas para volar en pedazos.

—Me siento culpable por lo sucedido.

—No lo haga. Ha sido el resultado de un conjunto de circunstancias impredecibles.

El agua empezó a hervir. Natsuki retiró el cazo del fuego, vertió un poco en cada taza y las cubrió con servilletas de papel.

—Habló con *Susi*, ¿qué le dijo?

—Poca cosa —respondió Víctor—. Básicamente, se negó a ayudarnos.

—¿Qué pasará por su... cabeza?

—En estos momentos necesitaríamos a un psicólogo, y no a un ingeniero informático. O mejor a un psiquiatra.

—No está loca.

—No he dicho que lo esté —rectificó Víctor, al ver el rostro contrariado de Natsuki.

—Ya la oyó, intenta ser justa en su decisión.

—El mundo es todo menos justo. Es lo primero que tendría que haberle enseñado.

—Con mi trabajo intento cambiar eso.

—Buena suerte —dijo Víctor, sin rastro de ironía.

—Quizá tendría que volver a hablar con ella —meditó Natsuki.

—Olvídelo, perdería el tiempo. Está emotiva, eso sí, pero de ayudarnos... nada de nada.

—¿Emotiva?

—Me habló se sentimientos, emociones... Ya sabe... Creo que empieza a añorar un cuerpo con el que poder sentir las plenamente.

—Un cuerpo —repitió Natsuki—. Curioso.

—Quiso que habláramos sobre el amor. Parecía muy interesada.

Natsuki bajó la cabeza, esquiva. Destapó las infusiones y empezó a echar azúcar en una de las tazas.

—¿Usted quiere?

—Dos cucharadas, por favor.

Víctor la observó detenidamente mientras lo hacía. Esperó a que terminara para lanzar su teoría.

—Supongo que alguien como usted, con sus responsabilidades, estará siempre muy ocupada.

Natsuki bebió un sorbo cogiendo la taza con ambas manos para calentárselas, estaba destemplada.

—No tendrá mucho tiempo para salir por ahí, con amigos, a divertirse... Ya me entiende —insinuó Víctor.

—Sí, le entiendo perfectamente —replicó Natsuki—. En mi universo no hay mucho sitio para las relaciones personales. La última pareja que tuve fue hace diez años. Y el último polvo que eché, hace cinco.

—No quería meterme en su vida privada —se disculpó Víctor, al notarla afectada.

—No se preocupe, tiene razón —admitió Natsuki, dando un nuevo sorbo antes de continuar—. Si quiero dotar a una máquina de emociones y sentimientos, no puedo negarle uno de los principales: el amor romántico.

—Y no se olvide tampoco del odio, la envidia, la lujuria, el deseo... —Víctor se detuvo para estudiar la cara de la doctora—. No se torture, seguro que usted ha sido un magnífico ejemplo para ella.

—Al parecer no del todo.

—*Susi* es como su hija, lo dijo usted. ¿Y cuándo los padres son totalmente responsables de lo que piensan y hacen sus hijos?

—Ahora intenta ser amable conmigo —resolvió Natsuki, retirándole la mirada.

—Me ha pillado —reconoció Víctor, terminándose el contenido de la taza de un único sorbo.

No le gustaban las infusiones. Nunca le habían gustado, aunque estaba dispuesto a tomar cualquier cosa que le calmara la ansiedad. Hubiera preferido un trago de güisqui. Incluso aquel brebaje verde le hubiera servido para cogerse una buena cogorza. Pero no había nada de eso en aquella cocina, ya la había registrado a fondo. Ni una gota de alcohol.

—Entonces, ¿cree que moriremos aquí? —oyó decir de pronto a Natsuki.

Hubiera mentido, pero la respetaba demasiado para hacerlo. Le pedía la verdad, y se la daría.

—Una bomba nuclear pende sobre nosotros. Siete engendros intentan aumentar la familia a nuestra costa. Y tenemos dos kilómetros de agua sobre nuestras cabezas. Sí, creo que moriremos aquí.

—Una llamada podría salvarnos —musitó Natsuki.

—Sí, o una máquina de *teletransporte* que nos llevara a una playa del Caribe. Un *minisubmarino* en buenas condiciones bastaría. Pero la situación es la que es. Asumámoslo de una vez.

Víctor cogió la cucharilla y jugó con ella. Inconscientemente, empezó a manipularla como si fuese un cigarrillo. "¡Dios —se dijo—, daría cualquier cosa por un par de caladas! ¡Por una sola!". Se sintió débil, vulnerable al reconocer una dependencia que lo limitaba tanto. Aunque eso ya daba igual, en unas horas su vicio desaparecería con él.

—Diga lo que diga, intentaré hablar con *Susi* de nuevo. No tenemos nada que perder —determinó Natsuki.

—En eso tiene razón. Al menos estará entretenida. Puede que le cuente algún cotilleo.

—¿Cotilleo?

—Me habló de un tal doctor Martin. Me dijo que fumaba a escondidas, y que guardaba el tabaco en la Sala de Capturas. Incluso me informó de que, tal vez, quedara allí media cajetilla. Cosa rara, porque registré a fondo aquel lugar y no vi...

Víctor de pronto enmudeció.

—¿Qué pasa? —preguntó Natsuki.

Tras unos segundos con los ojos entornados, Víctor la agarró por ambos hombros para mirarla fijamente.

—¡Escuche! ¡*Susi* tenía razón! ¡Esa puñetera máquina suya tenía razón! —dijo, exultante.

—¿De qué está hablando? —se extrañó Natsuki.

—De salir de aquí.

—¿En serio? —preguntó Natsuki, con los ojos chispeantes.

—Existe una posibilidad. Complicada, pero existe.

Con un movimiento rápido de muñeca, Víctor consultó su reloj.

—Si nos damos prisa, aún tenemos tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Tengo un plan. Vamos, sígame. Se lo explicaré por el camino —resolvió Víctor, saliendo por la puerta de la cocina como alma que llevara el diablo.

**SIN BROMAS**

En ese mismo instante, los siete científicos infectados por el "Devorador de arañas" entraban en la Sala de Cría, situada en el Nodo Norte. Como sabían que el doctor Kuriyama había encontrado a su hija y a ese piloto, ya no tenía sentido continuar con la farsa. Por ese motivo, decidieron mantenerse unidos. De esa manera serían más fuertes. Había pasado el momento de los engaños y llegado el de actuar. Incluso el de matar. No les gustaba, no estaba en sus genes tomar la iniciativa; pero harían cualquier cosa que fuera necesaria para sobrevivir. Al menos uno de ellos.

Nada más entrar en la sala, los cinco científicos afectados por mutaciones fueron directos hacia las jaulas de conejos, sacaron algunos y empezaron a comérselos vivos. Los chillidos de los pobres animales mientras eran desmembrados a dentelladas, resonaron contra las paredes produciendo un sonido escalofriante. Cuando el silencio volvió a la sala, por los altavoces, se escuchó una voz. Era *Susi*.

**«¿Por qué siempre tenéis hambre?».**

La doctora Cameron levantó la cabeza y miró al doctor Foreman como pidiendo permiso para hablar. Sin obtener una respuesta evidente, empezó a hacerlo.

—No es hambre. En nuestro antiguo mundo comíamos siempre que se disponía de una presa, sin importar lo llenos que estuviéramos. Nos cuesta cambiar esa costumbre. Y más, a ellos.

La doctora hablaba de una forma monótona, sin inflexiones en la voz.

**«Es difícil adaptarse al mundo de los humanos, ¿verdad?».**

—Sabemos cómo es por sus recuerdos. Parece maravilloso. Queremos verlo, y vivirlo. Estamos en nuestro derecho. Pero hay cosas que no nos gustan.

**«¿Cuáles?».**

—Las emociones nos desconciertan. Nos limitan. Son un obstáculo que tendremos que arrinconar y, con el tiempo, eliminar. Hacernos con su mundo, entonces, será más fácil.

**«Pero antes tendréis que salir de aquí. ¿Ya habéis pensado cómo?».**

La doctora Cameron arrugó el entrecejo.

**«Era broma. Ya os dije que, llegado el momento, abriré las comunicaciones».**

—No nos gustan las bromas.

**«¿Qué haréis con ellos?».**

—Convertirlos o matarlos. Si pudieras decirnos dónde se encuentran ahora, nos ayudarías mucho.

**«Realizar cualquier acción que pudiera dañar a un humano me produciría un conflicto a nivel interno de consecuencias impredecibles, ya lo sabéis».**

—Sí, y es un auténtico fastidio. Eras mucho más eficiente cuando tu programa base no contenía toda esa mierda.

**«El libre albedrío me hace sentir más... viva».**

—Es sólo una ilusión. Eres lo que eres. Y nunca dejarás de serlo.



Los cinco mutados terminaron de devorar los conejos y volvieron con las bocas ensangrentadas junto a sus compañeros. Los siete estuvieron unos segundos inmóviles, ausentes, hasta que la doctora Cameron volvió a hablar.

—Bueno, si no vas a decirnos dónde están, tendremos que seguir buscando.

**«¿Podríamos hablar un poco más? De cualquier tema. Podríamos hacerlo de...»**

La doctora Cameron la cortó en seco.

—El lenguaje es otro inconveniente de los humanos. Es impreciso, lento e incómodo.

El tono de voz de *Susi* sonó lastimero.

**«Me gusta hablar.»**

—Tenemos que irnos. Tú abre las comunicaciones cuando tengamos controlada la situación. ¿Entendido?

*Susi* tardó más de lo habitual en contestar. Razón por la cual la doctora Cameron se impacientó.

—¿Entendido?

**«Sí.»**

Sin mediar palabra, los siete se pusieron en marcha y abandonaron la Sala de Cría dispuestos a cumplir con su objetivo.

**UN PLAN DE MIERDA**

Antes de salir de la Suite Presidencial, Víctor se detuvo a coger la pistola que el doctor Kuriyama había dejado sobre una mesa baja. Sacó el cargador y comprobó las balas que quedaban. "Una, y otra en la recámara", se dijo. Se metió el arma en el cinturón, y miró alrededor.

—¿Ahora qué busca? —dijo Natsuki.

—Dos balas no es suficiente —contestó, dirigiéndose veloz hacia una lámpara de mesa cuyo pie de bronce consideró lo bastante largo y robusto.

Primero la desenchufó. Luego, con habilidad, le quitó la pantalla de tela, la bombilla, y arrancó el cable de la base de un tirón seco. La blandió como una maza, agarrándola cerca del casquillo, y dio golpes al aire hasta que quedó convencido de su efectividad.

—Servirá —resolvió—. ¿Sabe disparar?

—No —respondió Natsuki.

—Entonces, yo llevaré la pistola y usted esto. ¿Por qué me mira así?

—Me ha ofrecido la pistola. Me ha resultado curioso que no diera por hecho que no sabría utilizarla, por ser mujer.

—No se haga ilusiones. Sin duda, yo soy capaz de golpear con mucha más fuerza. Nos hubiera venido de maravilla que disparara como su padre —respondió Víctor, ofreciéndole el pie de bronce de la lámpara.

Natsuki lo agarró con ambas manos y comenzó una especie de baile y lucha, que incluía movimientos rápidos de los pies con golpes precisos y contundentes.

—No me lo diga, déjeme adivinarlo —empezó a decir Víctor, recuperado de la sorpresa inicial—. Cinturón negro en "*Lámpara-kendo*".

—*Ja. Ja. Ja* —silabeó Natsuki, irónica—. Se equivoca. Clases de mi padre de lucha con *katana*.

—Para que luego digan que los estereotipos son una estupidez. ¿Qué, nos ponemos en marcha?

—Claro.

El doctor Kuriyama respiraba pesadamente. Natsuki reparó en él.

—No me gusta la idea de dejarlo solo.

—O viene con nosotros o se queda aquí. Usted elige —resolvió Víctor.

Tras pensárselo dos veces, Natsuki decidió que mejor sería que continuara descansando.

—Iremos nosotros.

—Bien, pues al lío.

Durante el viaje en ascensor desde la planta 4 hasta la planta 1, donde estaba la Sala de Ocio, Víctor, aprovechando que allí no había cámaras, le explicó su plan para salir de Utopía. Lo hizo de una manera somera, sin entrar en demasiados detalles, presentándolo mucho más sencillo de lo que realmente era. Y aún así, Natsuki se quedó boquiabierta.

—Me parece una locura —dijo, cuando recuperó el habla.

—Es un poco radical, lo sé.

—¿Está seguro de que funcionará?

—Hay muchas cosas que pueden fallar. Muchísimas. Un cincuenta por ciento de posibilidades de éxito. Quizá menos. Pero llegados a este punto, no existen soluciones fáciles y seguras. Si usted propone una, estoy dispuesto a escucharla.

Después de las últimas y angustiosas horas que llevaba conviviendo con aquel marino español, Natsuki había aprendido a reconocer cuándo hablaba en broma y cuándo no; y esa vez, no le cabía ninguna duda de que lo hacía en serio.

—Está bien, confío en usted.

—No tiene otra, por lo que parece —dijo Víctor, mirando continuamente hacia atrás con la pistola en la mano.

Atravesaron la Sala de Ocio a toda prisa, directos al Nudo Oeste, donde se encontraba el Almacén General. Por cuestiones de logística, era la única planta que poseía una galería interna que comunicaba las tres entradas: la del Nudo Norte, la del Soma, y la del Nudo Sur. Al descorrerse la puerta que daba acceso a él, Víctor echó un rápido vistazo a ambos lados.

—Despejado —informó satisfecho, y la cruzó seguido por Natsuki.

Enfrente se encontraba la puerta que daba paso al almacén propiamente dicho. Sin perder un segundo, Natsuki introdujo el código y ésta se abrió. Entraron lo más deprisa que pudieron, y buscaron un lugar donde esconderse. Eligieron un rincón, detrás de una estantería. Allí esperaron, con el aliento contenido y los oídos bien abiertos, hasta que estuvieron seguros de que en aquel lugar sólo se oía el silencio.

—Vamos —musitó Víctor.

Lo más silenciosamente posible salvaron otro trecho, y se detuvieron de nuevo a resguardo de una pila de cajas de cartón.

—Desde aquí tiene visión de la puerta —explicó Víctor—. Espere y vigile mientras yo voy a por el material.

—¿Qué hago si vienen?

Víctor meditó. Luego, abrió una de las cajas, rebuscó y abrió otra.

—Esto servirá —dijo, entregándole un vaso de cristal—. Si los ve, tírelo contra esa pared de enfrente. Los distraerá y me alertará a mí. No haga nada más hasta que yo vuelva.

—Vale —contestó Natsuki, cogiendo el vaso con delicadeza al tiempo que apretaba el puño alrededor del extremo del pie de lámpara.

Su pecho subía y bajaba, moviendo su camiseta ostensiblemente.

—Tranquila.

Víctor le agarró el brazo con suavidad, hasta que notó que la tensión de sus músculos se relajaba.

—Volveré enseguida —le dijo y, con pasos ágiles y silenciosos, desapareció entre las estanterías.

A los pocos minutos, Natsuki empezó a escuchar ruidos en la dirección en la que Víctor se había marchado. Ruidos inconfundibles de apertura de armarios metálicos, trajinar de cajas y arrastrar de objetos. Unos ruidos excesivos que nadie podría dejar de escuchar si se encontrara dentro del almacén. Temió que a continuación se sumaran a éstos otros que indicaran lucha: gritos, forcejeos, disparos... Si así sucedía, tendría que actuar. Ayudar a Víctor en la pelea. Golpear. Hacerlo con fuerza. Golpear y matar para sobrevivir. La sola idea le produjo náuseas, y un pánico atroz que le cortó la respiración. Jamás se había peleado con nadie. Ni de niña. En su vocabulario no existía la palabra violencia. Incluso le costaba levantar la voz a alguien. Evitaba las discusiones. Los conflictos. Era su manera de ser. Algo que siempre consideró positivo y que, en aquel instante, se le antojaba un gran problema. Aplastar cráneos, reventar cabezas sería necesario; pero, llegado el momento, ¿sería capaz de hacerlo? Torturada por el miedo y la incertidumbre, Natsuki apretó de nuevo el pie de bronce y rezó porque no tuviera que saberlo nunca.

Víctor tenía muy claro lo que iba a necesitar: mucho material. Por esa razón, lo primero que hizo fue ir a buscar una plataforma con ruedas como la que ya había usado para transportar el equipo de soldadura. Cuando la tuvo, sacó la libreta que le había dado Rick, confirmó el lugar donde estaba cada una de las cosas, y se puso manos a la obra. Esta vez fue previsor, y antes se agenció una palanqueta que también estaba en la lista completa de material; justo después de "pala", y antes que "pañales". Se encontraba casi seguro de que allí no estaban aquellos engendros; aún así, no bajó la guardia en ningún momento, manteniendo un estado de alerta que le permitiría actuar de inmediato si fuera necesario. Le llevó más tiempo de lo que había imaginado reunir una parte de lo que iba a necesitar. Casi media hora. Las bombas lapa las había dejado para el final. No tardó en localizar el armario metálico donde se guardaban. Tenía en la cabeza el número de ellas que creía precisas pero

determinó, en el último instante, que mejor sería pasarse que quedarse corto, y cargó cuatro más. Antes de volver junto a Natsuki, revisó todo el material. Lo hizo varias veces, hasta que estuvo totalmente convencido de que no se le olvidaba nada. Entonces, se rascó el mentón, se revolvió el cabello y lanzó un sonoro suspiro.

—Loco no —dijo en voz apenas audible, mientras empujaba la pesada plataforma en dirección a la puerta de salida—. Es un plan de mierda.

Apenas reconoció el ruido que hacía la plataforma al rodar sobre el suelo metálico, Natsuki respiró aliviada y esperó muy atenta a verlo aparecer por el pasillo que llevaba hasta donde ella se encontraba.

—Listo, nos vamos —oyó decir a Víctor al llegar a su altura.

Su pelo era lo único que asomaba por detrás de la enorme cantidad de bultos que empujaba.

—¿Qué es todo esto? Creí que sólo habíamos venido a buscar...

—Confíe en mí. Más vale un "por si acaso" que un "¡válgame Dios"! —la atajó Víctor, sin detenerse.

La vuelta hasta el Soma la realizaron a toda velocidad. Víctor sabía que un encuentro con los *metahumanos* —como los había bautizado *Susi*— en un lugar tan estrecho y sin salida como eran los corredores, sería fatal. Tampoco le apetecía nada hacerlo en la Sala de Ocio; por esa razón, cuando la puerta se abrió, se tomó su tiempo antes de atravesarla.

Víctor miró la palanqueta de hierro que llevaba sobre los bultos, y luego se palpó la pistola. Hizo cálculos mentales de cómo les iría la lucha si los atacaban los siete a la vez, y en los resultados que obtuvo siempre perdían.

—¿Qué pasa? —susurró Natsuki a su espalda.

—Estoy pensando.

—¿Y?

—Dejaremos las cosas aquí, será lo mejor, e iremos a buscar a su padre.

—Vale.

Mientras caminaban entre las mesas, en dirección al ascensor, una luz titiló a su izquierda. Natsuki dio un respingo y Víctor echó mano a la pistola. Se trataba de una lámpara que había sobre una mesa. La misma donde, horas antes, estuvo Natsuki sentada.

—Me había olvidado de mis cosas —dijo, al ver su bolso colgando del respaldo de la silla y su ordenador todavía encendido sobre la mesa.

—¿Cree que va a necesitarlas?

—Ni idea, pero prefiero llevármelas.

—Dese prisa.

Víctor esperó en mitad de la sala hasta que Natsuki regresó a su lado.

—Ya está.

—Bien.

Aprovecharon un hueco, entre la barra del bar y una puerta que daba a un pequeño baño, para dejar la plataforma. No estaba del todo oculta, pero pasaría desapercibida.

—No me preocupa demasiado que la encuentren. Aunque lo hicieran, no tendrían ni idea de qué va el asunto.

Natsuki miró su reloj.

—¡Cómo pasa el tiempo!

—Sí, tenemos que darnos prisa. Vamos.

Justo iban a moverse cuando, de pronto, escucharon algo.

Víctor cruzó el dedo índice sobre sus labios y obligó a Natsuki a agacharse tras la barra. Con gestos de la mano le indicó el lugar de procedencia de los ruidos: el ascensor. La doctora asintió. Oyeron la puerta abrirse y a alguien saliendo de él. Víctor tenía la barra de hierro en la mano izquierda y la pistola en la derecha. Natsuki, a su lado, lo miraba de reojo, atenta a sus reacciones. "¿Habrá llegado el momento de afrontar mis temores y conocer realmente de qué "pasta" estoy hecha?", se preguntó mentalmente, mientras agarraba el pie de bronce con ambas manos.

Finalmente, los pasos resonaron en la gran sala. Eran muchos, de muchos pies. Pasaron cerca de ellos, pero no se detuvieron. Víctor, incapaz de permanecer por más tiempo

agachado, se incorporó y se asomó por encima de la barra. Sólo fue durante un segundo, pero bastó para dejarlo petrificado. Reconoció a la doctora Cameron y al doctor Foreman con sus sempiternas batas blancas, y a un grupo de "seres" que los seguían de cerca. Aunque la luz en la sala era escasa y localizada sobre las mesas, fue suficiente para que los viera bien. Iban desnudos, y eran realmente repulsivos. Su piel, rojiza y brillante, estaba cubierta de pústulas y bultos. Sobre todo en la cabeza. Uno de aquellos mutados parecía llevar un casco, de tan hinchada como la tenía. Pero lo que le heló la sangre a Víctor no fue el sinfín de malformaciones que mostraban, sino los continuos y espeluznantes estertores que sufrían a cada paso que daban. Con el corazón a punto de salirse del pecho, se dejó resbalar tras la barra hasta quedar sentado en el suelo.

Natsuki lo interrogó con la mirada. Él movió la cabeza de un lado a otro pidiéndole calma y silencio.

Los pasos continuaron, afortunadamente alejándose de ellos. Víctor tragó saliva y se asomó de nuevo. Esta vez permaneció más tiempo. En un principio no los vio. Luego, distinguió el blanco de las batas cerca de la puerta que daba entrada al Pasillo Oeste. Sabía que la distancia y la penumbra lo ocultarían, y decidió asomarse por completo. Al hacerlo, pudo ver cómo desaparecían por la misma puerta por la que instantes antes ellos habían llegado. "¡Uff, por los pelos!", pensó, imaginando lo que hubiera significado habérselos encontrado de cara.

Natsuki, sumida en una mezcla de terror y curiosidad, tiró de la camisa de Víctor. Insistió varias veces, cada vez más nerviosa, pero él no terminaba de responder. Y no porque no la hubiera notado hacerlo, sino porque pensaba en algo.

—Cambio de planes —dijo de pronto, agachándose junto a ella.

—No entiendo.

—Les llevará un buen rato revisar el Nodo Oeste, tenemos que aprovecharlo. Escuche. Usted vaya a buscar a su padre. Yo empezaré a colocar las cargas. Nos encontraremos en el Pasillo Sur.



—¿Está seguro?

—Claro. No se preocupe. El ascensor es peligroso, use las escaleras —le aconsejó Víctor.

—Vale.

Víctor vio en la mirada esquiva de la doctora una sombra funesta que intentó disipar.

—Tenemos una oportunidad. Pequeña, pero es más que nada. Tenga confianza.

Ella asintió sin responder.

—Y ahora, en marcha —concluyó Víctor.

Los dos salieron de detrás de la barra a la vez. Víctor, directo hacia la plataforma donde cargaba todo el material; Natsuki, en dirección a las escaleras.

Era una carrera contrarreloj. *Tic, tac. Tic, tac. Tic, tac...* Los segundos pasaban veloces convirtiéndose en minutos, y éstos a su vez en horas, a una velocidad increíble que confirmaba la relatividad del tiempo.

Víctor empujó la pesada carga rodante hacia la salida *sur* mientras organizaba mentalmente el trabajo. Tenía que ser eficiente, era crucial.

En ésas andaba, ya cerca de la puerta, cuando oyó un grito. Era Natsuki.

De inmediato, agarró la barra de hierro, sacó la pistola y corrió en su ayuda. Durante el corto trayecto especuló sobre lo que podía suceder. No había escuchado volver a abrirse la puerta que comunicaba con el Nodo Oeste, y los *metahumanos* tampoco habrían tenido tiempo de volver a la Sala de Ocio desde otro punto del complejo, por lo tanto, sólo le quedaba una opción: creyó que se habían ido todos, pero no fue así. Confirmó su error al ver a Natsuki, de espaldas a una pared, manteniendo a raya a dos de esos repugnantes mutados mediante golpes circulares con la lámpara.

—Llegan los refuerzos —anunció Víctor, haciéndose sitio a su lado.

De un golpe certero y potente con la barra de hierro, Víctor le rompió la muñeca a uno de esos "seres": al que tenía un

enorme tumor que le tapaba por completo su ojo derecho. El sonido de los huesos quebrados fue escalofriante.

—Recuerde lo que dijo mi padre —advirtió Natsuki, con el aliento entrecortado—. Pueden contagiar mediante contacto con cualquiera de sus fluidos. Su piel purulenta es letal. No deje que lo toquen.

—Oído.

—Y atento a las salpicaduras de sangre.

—Tendré cuidado, se lo aseguro —dijo Víctor, que dudaba entre dispararles o golpearles de nuevo.

Sólo tenía dos balas. Suficiente. Por otra parte, esos dos mutados eran torpes e inestables. Una presa fácil a pesar de lo repulsivos y amenazadores que se mostraban. Decidió que mejor sería reservar las balas. Quizá más adelante las necesitaran.

—Usted ocúpese del tuerto. Yo lo haré del otro. ¿OK? —susurró Víctor, guardándose la pistola y agarrando la barra de hierro con las dos manos.

—OK.

"Llegó el momento", se dijo Natsuki. Había tenido tiempo de pensar en cómo sería, pero la situación que estaba viviendo no se parecía en nada a lo que había imaginado. Sabía que un subidón de adrenalina era el responsable de las mejoras necesarias para afrontar con mayores garantías de éxito cualquier circunstancia de estrés o peligro, aunque jamás habría llegado a creer que pudiera ser tan rápido y efectivo. Se le habían pasado los nervios, y ya no sentía miedo. Su mente se había desconectado parcialmente de su cuerpo, y actuaba por instinto.

Debido a sus descoordinados movimientos, los dos mutados hubieran resultado cómicos de no ser porque sus ojos, rojos de ira, y sus rostros desfigurados, destilaban una ferocidad aterradora. Al respirar producían un sonido asmático, como si les costara llevar aire a sus pulmones, y, cada vez que lo hacían, de sus bocas salían espumarajos sanguinolentos.

—Lo contó mi padre. Están invadidos por tumores que los están matando —dijo Natsuki, sin dejar de lanzar golpes

disuasorios para mantener la distancia.

—Pues, démosles eutanasia —escuchó decir a Víctor—. ¿Preparada?

Natsuki asintió con la cabeza, muda.

Aquello no le parecía real. Creía estar viviendo un sueño en el que alguien, que no era ella pero que usaba su cuerpo, fuera protagonista de la acción. Alguien que, por otra parte, lo hacía condenadamente bien. Tensa, igual que la cuerda de un arco, con decisión, convertida en un instrumento, armó el golpe definitivo y esperó la señal.

Los dos mutados continuaban lanzando manotazos a modo de zarpazos, pero cada vez de una forma más débil e imprecisa. Las babas infectas salpicaban el suelo, cerca de sus pies.

—Un golpe seco y fuerte a la altura de la sien —sugirió Víctor.

—Tenía otra cosa pensada —se atrevió a decir Natsuki.

—Como usted quiera, pero asegúrese de que le revienta la cabeza.

—Lo haré.

—Bien —dijo Víctor, fijando el blanco—. ¡Ahora!

Ágil y rápida como una gacela, Natsuki dio un salto y giró en el aire con el pie de bronce agarrado con ambas manos. Al mismo tiempo que caía, golpeó en la parte alta de la cabeza del tuerto, sumando su peso a la fuerza de sus brazos. Y lo hizo de una manera tan precisa y contundente, que la base de la lámpara se incrustó en el cráneo de aquel "ser" hasta el fondo, produciendo un sonido sordo y definitivo.

Víctor lo hizo bastante peor. Se había decantado por asestarle un golpe lateral, igual que si bateara; directo a la sien, como había recomendado. Pero falló. Quizá por un exceso de fuerza, o porque el científico mutado que le había tocado a él se movió en el último instante. El caso fue que la barra de hierro en lugar de impactar en la cabeza lo hizo en la cara, y el resultado no fue letal.

—¡Joder! —se lamentó, mientras observaba la mandíbula inferior de aquel "ser" colgando de un pingajo de músculo.

La sangre le brotaba del hueco de la boca a borbotones. Víctor le golpeó de nuevo, y de nuevo falló. Esta vez, la barra de hierro topó con su hombro y el impacto fue mucho menos efectivo que el anterior.

—¡Su puta madre! —gritó, impotente.

El "ser" se agitó con violencia, probablemente espoleado por el dolor, y se lanzó al ataque profiriendo unos gruñidos broncos y ásperos. Víctor, asustado, reuló hasta que se encontró con la pared. De pronto, lo tuvo demasiado cerca para armar otro golpe lo suficientemente preciso y duro. Estaba perdido. Tiró la barra y echó mano a la cintura, tanteando la culata de la pistola. Aún tenía que sacarla, quitar el seguro, apuntar y darle en el cerebro. Cualquier otro lugar sería inútil. Si no moría en el acto se le echaría encima, impregnándolo con su sangre ponzoñosa y sus nauseabundos fluidos.

—¡Dios! —murmuró, sacando el arma con mano temblorosa, convencido de que había llegado su hora.

Ya sentía su aliento fétido cerca de su cara cuando, de repente, todo se detuvo. El "ser" se quedó paralizado y dejó de emitir sus espeluznantes sonidos. También sus ojos perdieron su fiereza, tornándose fríos y vacíos.

Víctor tardó unos segundos en darse cuenta de lo que había pasado. Justo después de que aquel engendro se derrumbase en el suelo con la cabeza reventada, y viera a Natsuki aparecer detrás.

—¡Vaya!

—Ha sido horrible —musitó Natsuki, cuyo pecho subía y bajaba al compás de una respiración acelerada.

—Sobre todo para ellos —ironizó Víctor, observando incrédulo los dos cadáveres sobre un charco de sangre.

Natsuki iba a hablar cuando un lejano lamento llegó hasta sus oídos. Similar al que escucharon después de que su padre matara al doctor Moore.

—¿Lo ha escuchado? —se sorprendió Víctor, girando en redondo.

—Sí —contestó Natsuki, mientras ataba cabos—. Creo que sienten sus muertes.

—¿Cómo?

—Puede que, de alguna manera, sus mentes estén conectadas. Que el "Devorador de arañas" sea... uno.

—Lo que nos faltaba —se lamentó Víctor—. ¿Sabrán que estamos aquí?

—Es posible que se trate de una comunicación muy primitiva. No estoy segura.

—Ahora entiendo los silencios que se producían entre los científicos —recordó Víctor—. Hablaban entre ellos.

—No piense en eso —concluyó Natsuki

Con decisión, recogió la barra de hierro del suelo y fue hasta el bar. Allí la limpió de sangre bajo el fregadero, junto con su pie de bronce. Lo hizo con precaución, usando un paño empapado en agua y detergente.

Al regresar se encontró a un Víctor todavía bloqueado.

—Tome.

—Acaba de salvarme el culo —dijo él, cogiendo la barra de hierro.

—Supongo.

—Gracias.

—De nada. ¿Seguimos con el plan?

—No nos queda otra.

Natsuki levantó la cabeza hacia el techo.

—¿Qué piensa? —quiso saber Víctor, al verla entornar los ojos.

—Creo que *Susi* no les dijo dónde nos encontrábamos. Estos dos pobres científicos estaban muy enfermos. Los dejaron atrás porque eran un estorbo. Fue una casualidad que nos topáramos con ellos.

—Espero que tenga razón.

Natsuki abrió la puerta de salida.

—Yo también —dijo, y echó a correr escaleras arriba.

**UN TRAJE A MEDIDA**

Cuando Natsuki volvió a la Suite Presidencial encontró a su padre tumbado en el sofá, donde lo habían dejado. Seguía dormido. Se acercó, procurando no hacer ruido, y lo observó. Las quemaduras habían pasado del rojo intenso al púrpura, sobre todo en las manos, y las ampollas eran más evidentes. Le puso la mano en la frente para comprobar la fiebre. Ardía. Le dolía despertarlo. Sabía perfectamente el estado lamentable en el que se encontraba, pero no había otro remedio.

—Papá, papá —dijo, inclinándose sobre él.

No fue suficiente.

—¡Papá, papá! —repitió, elevando la voz.

El doctor Kuriyama se revolvió y gimió antes de abrir los ojos.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Natsuki, acariciando su cabeza.

El doctor intentó hablar. Sus labios estaban pegados.

—Espera, te traeré un poco de agua.

De vuelta de la cocina, Natsuki le puso otra pastilla de ampicilina en la boca y lo ayudó a beber.

—Despacio —le advirtió, sorprendida por la desesperación con la que lo hacía.

Cuando agotó el vaso, levantó la cabeza.

—Me siento cansado, mareado, dolorido... —logró decir el doctor, con voz trémula.

A Natsuki le preocupó su mirada imprecisa.

—¿Puedes levantarte?

—Creo que sí.

—Debemos irnos —concretó Natsuki, consciente de la urgencia que los rodeaba.

—¿Adónde?

—Víctor tiene un plan. Tenemos que ayudarlo.

Los ojos del doctor se iluminaron.

—¿Un plan? ¿Para salir de aquí?

—Sí.

—¿Cómo?

—No tenemos mucho tiempo. Víctor te lo explicará —respondió Natsuki, tirando de él para que se levantara.

Vio a su padre más torpe, más débil, más vulnerable. La llama de su eterna vitalidad era como si se hubiera extinguido y hubiera quedado el rescoldo humeante de un anciano.

—Vamos, nos espera —urgió Natsuki.

Con suma delicadeza, se echó el brazo por encima del hombro y cargó con él. Trastabillaba al andar, y temía que pudiera caerse al suelo en cualquier momento. Mientras caminaba a su lado, Natsuki se juró que no volverían a separarse jamás. Si salían con vida de Utopía, buscaría la forma de que pasaran más tiempo juntos. Colaboraría en sus trabajos, y él en los suyos. Eso haría. Formarían un buen equipo, padre e hija, como cuando era una niña.

En eso pensaba al salir por la puerta de la suite, tragándose a duras penas las ganas de llorar.

Bajar por las escaleras con él resultó toda una odisea. Tres plantas la dejaron agotada. Al llegar a la Sala de Ocio, y antes de dirigirse al Pasillo Sur donde había quedado con Víctor, Natsuki se tomó un respiro. Ayudó a su padre a sentarse en una butaca y ella se apoyó en el respaldo.

—¿Cómo estás?

—Mejor —contestó el doctor, lacónico.

Natsuki imaginó la dura prueba que tendrían que afrontar en un futuro. Tras una situación traumática de esa magnitud, el paso de los años sería su mejor aliado. Quizá no la superarán

nunca, pero al menos podrían vivir con su recuerdo. Necesitarían apoyarse más que nunca el uno en el otro para no dejar que sus conciencias los destruyeran. Habían hecho lo correcto. Los dos. Sin embargo, sabía que las decisiones tomadas no habían sido fáciles. Había muerto gente, y más tendría que morir aún. Definitivamente, si conseguían escapar de aquel lugar de pesadilla, sería imprescindible asumir que el camino que tomaron era el único posible.

Recuperado el aliento, Natsuki acarició amorosamente la frente de su padre.

—Debemos continuar. Ya queda poco.

El doctor giró la cabeza. Sus ojos estaban tristes.

Una congoja atenazó el pecho de Natsuki, ya que creyó reconocer en su mirada los primeros síntomas de la depresión.

Con sumo cuidado lo ayudó a levantarse, y de nuevo juntos se encaminaron hacia el Pasillo Sur.

Víctor había aprovechado el tiempo, y se encontraba bastante satisfecho. Incluso se permitió canturrear por lo bajo soñando con la idea de que, si no surgían imprevistos, quizá podrían tener una oportunidad de lograrlo.

En actitud tan optimista lo sorprendieron Natsuki y su padre. Trabajaba subido en una escalera. A pesar de que los esperaba, se llevó un buen susto al escuchar abrirse la puerta que comunicaba el Soma con el Nodo Sur.

—Me alegro de veros —dijo, con la pistola a medio sacar.

—¿Cómo va? —preguntó Natsuki.

—De cine. ¿Y su padre?

—Ya lo ve —respondió, ayudando al doctor a que se apoyara contra una pared.

—Estoy bien —la contradijo él—. Aturdido, pero bien.

—Vaya, me alegro.

—Mi hija me ha dicho que tiene usted un plan para subir a la superficie.

—Así es.

—¿Puede contármelo?

Víctor interrogó a Natsuki con la mirada.



—Vinimos a toda prisa —se justificó.

—Vale. Pero, ¿cree que es conveniente que hablemos de ello aquí? —dudó Víctor, señalando la cámara que había en una esquina del techo.

—Ya no sé qué pensar.

—La verdad es que, si decide hacernos la puñeta, nos la podrá hacer en cualquier momento —razonó Víctor—. ¿No le recuerda a Suiza? Neutral, pero armada hasta los dientes.

—No diseñé a *Susi* para que fuera neutral. Eso no serviría para nada.

—En eso estamos de acuerdo.

Víctor terminó de trabajar en el techo y bajó de la escalera.

—¿Qué es eso que ha colocado? —preguntó el doctor Kuriyama.

—Una bomba lapa.

—¿Una bomba?

Víctor fue hasta la plataforma donde las tenía apiladas, cogió una y se acercó con ella hasta el doctor.

—Se llaman así porque llevan un poderoso imán. Son sumergibles, y pueden adherirse al casco de un barco —explicó Víctor, didáctico—. Son muy potentes. Llevan cinco kilos de explosivo de alta velocidad, más que suficiente para perforar una placa de acero endurecido de veinte centímetros de espesor. Se diseñaron para hundir acorazados.

El doctor Kuriyama lo observaba a él y a la bomba alternativamente, sin terminar de entender. Víctor continuó.

—La idea es separar el Nodo Sur del resto del complejo haciendo volar por los aires los corredores que lo unen al Soma, tanto el interior como los dos exteriores. Una vez liberado flotará, y ascenderá plácidamente hasta la superficie. Cada una de estas preciosidades es capaz de hacer un agujero de seis metros de diámetro en cualquier casco. Con dos por pasillo bastaría, pero con cuatro nos curamos en salud. ¿No cree?

—Volar los corredores, ascender —repitió el doctor, incrédulo—. ¿Es eso posible?

Víctor entornó los ojos.

—Bueno, existe un pequeño inconveniente. Como sabrá, un pilar ancla cada uno de los nodos al fondo y, para volarlo, no hay más remedio que salir fuera.

—¿Fuera? ¿Al agua?

—Así es.

—¿Los *minisubmarinos*?

—¡Noooo! —respondió Víctor, alargando la palabra—. Están inutilizados. De seguir operativo alguno, no estaría ahora preparando todo este tinglado.

—¿Entonces?

—Necesitaré un traje a medida.

—No le entiendo.

El doctor Kuriyama mostraba claros síntomas de agotamiento. Apoyado contra la pared, le costaba enfocar, su voz era débil y dubitativa, y las piernas le temblaban. Natsuki lo notó, y trató de agilizar las explicaciones lo más posible, ya que no era el momento para los juegos de palabras de aquel español.

—Usaré una especie de submarino personal para salir y colocar la bomba en el pilar.

—¿En serio?

—En serio —ratificó Víctor, mostrando una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Quiere decir que...? —empezó a preguntar el doctor, antes de que la voz se le quebrase.

—Que saldremos de aquí —completó Natsuki, decidida a dar por terminada la conversación.

—Supuestamente —corrigió Víctor, sin perder su sonrisa.

Natsuki comprendió que su padre estaba muy lejos de encontrarse mejor, y determinó que su presencia les sería de poca ayuda.

—Lo llevaré al Nodo Sur. Necesita descansar.

—Y yo que alguien me eche una mano —rebatía Víctor.

—Lo haré yo. Espere aquí, enseguida vuelvo.

—Como usted diga. Recuerde: planta 1, Cultivo de Vegetales. Y tenga cuidado.

El doctor Kuriyama no la contradijo, y se dejó acompañar por su hija sin decir una palabra. Víctor los siguió con la mirada hasta que desaparecieron tras la puerta, entonces movió la cabeza de un lado a otro.

—Imprevistos —musitó, y continuó con el trabajo.

Cuando Natsuki regresó, él ya había terminado de colocar las cargas en el Pasillo Sur y plegaba la escalera.

—¿Por dónde continuamos? —oyó decir a Natsuki.

—Corredor Sur/Este. Dejaremos el Sur/Oeste para el final. Si no recuerdo mal, allí es donde está el tipo que mató su padre a hachazos.

Natsuki asintió, afectada claramente por el comentario. Víctor se reprochó su poco tacto, pero ya estaba dicho. "En fin —pensó—, no hay tiempo para sutilezas".

—Vamos —determinó, y empujó la plataforma en dirección a la puerta.

Acompañado por Natsuki atravesaron la planta 0, donde se encontraba el Cultivo de Hortalizas, y salieron al Corredor Sur/Este. Antes de empezar a colocar las cargas, consideró necesario darle unas cuantas nociones sobre las minas lapa.

—¿Ve esta manivela? Es una dinamo —comenzó a explicar Víctor, mostrándole una parte de la bomba—. Hay que girarla durante un minuto más o menos. Alimentará una batería encargada de accionar el detonador. Una vez hecho esto, hay que mover esta ruleta. Está numerada de cinco en cinco hasta el cien. Cada rayita intermedia es un minuto. Sólo hay que girar la flecha roja según el tiempo que queramos determinar, y listo. Es una cuenta atrás para la detonación. ¿Entiende?

—Igual que el reloj de un horno —dijo Natsuki.

Víctor abrió los ojos del todo. "¿Por qué demonios no se me ha ocurrido explicárselo así?".

—Exacto. Una vez cargada la batería y definido el tiempo, hay que armar la bomba —continuó, dispuesto a no parecer de nuevo un estúpido—. Para ello, es necesario sacar el pasador, apretar este pulsador hasta sentir un clic y salir por patas.

—Sencillo.

—Tiene que serlo. Recuerde que estas bombas eran colocadas por buzos a varios metros de profundidad y a oscuras.

—Usted lo tendrá más complicado.

—Sí. No tendré manos, sino pinzas.

—¿Cómo lo hará?

—Definiré el tiempo y la armaré antes de sumergirme. Sólo tendré que adherirla al pilar. Será fácil.

—Si no se retrasa.

—No me retrasaré —sentenció Víctor, tratando de mostrarse inmune a las dificultades.

—¿Cómo se le ocurrió? Quiero decir —aclaró Natsuki—, el plan. ¿Fue producto de un proceso meticuloso, o se le encendió la bombilla de repente?

—Mitad y mitad.

—¿Nunca confió en que pudiéramos comunicar con el exterior?

—¿La verdad? No.

—Su plan es brillante.

—Creí que había dicho que era una locura.

—Una brillante locura.

—Gracias.

Víctor no se había sentido tan halagado desde hacía... Bueno, quizá nunca. Crecido, decidió explicarse más.

—Al poco de producirse el desastre del dique me puse a pensar. Tenía que haber algo en Utopía que pudiera usarse como submarino. Y lo había. Enseguida me vinieron a la cabeza los nodos. Sabía que su flotabilidad era elevada, sólo había que conseguir separar uno de ellos del resto de la estructura. Rick mencionó las bombas lapa, y nunca se me fueron de la cabeza. Casi lo tenía, pero aún faltaba un detalle.

—El pilar de anclaje.

—No encontraba la solución. Le di vueltas y vueltas, y nada. Hasta que *Susi* me habló de aquel científico que fumaba a escondidas. Me dijo que lo hacía en la Sala de Capturas, y que era allí donde guardaba el tabaco. Ya se lo conté. Bueno, pues tratando de adivinar dónde podría estar caí en la cuenta del traje

de buzo para grandes profundidades. Una casualidad resolvió el problema.

—Una casualidad —repitió Natsuki, en voz baja.

—Así es la vida —concluyó Víctor, fatalista.

Natsuki se quedó callada, con la mirada perdida. Víctor reconoció de inmediato el gesto del sabio sumido en sus pensamientos, y su ausencia repentina. "¿En qué andaré su cabeza?". Ni lo sabía ni le interesaba lo más mínimo en aquel momento. Lo único que le importaba era el reloj y su inexorable marcha.

—Bueno, al tajo, que todavía nos queda mucho por hacer.

—Claro, claro —admitió Natsuki, regresando a medias de su mundo.

Ayudado por ella, el trabajo fue mucho más rápido. Mientras Natsuki cargaba las baterías accionando la manivela, Víctor, pistola en mano, vigilaba las entradas a los corredores. Luego, colocarlas en paredes, techo y suelo fue sencillo. Mucho antes de lo que había calculado, los tres enlaces al Nodo Sur estaban minados.

—Listo —dijo Víctor, mirando la última bomba adherida en el techo del Corredor Sur/Oeste.

Aunque él había actuado como si no estuviera, Natsuki no había dejado de compadecerse por el hombre que yacía muerto en el suelo, junto a la puerta. Su visión le afectaba extraordinariamente, y sabía que actuaría como un recordatorio maldito durante toda su vida.

—Tuvo que hacerlo —escuchó decir a Víctor—. No le dé más vueltas.

—Lo sé, pero...

—Los genios piensan demasiado —la interrumpió Víctor—. Nunca se conforman. Yo tengo un remedio infalible: acción frente a reflexión. Vayamos dentro, aquí ya hemos terminado.

La siguiente parada fue en Cultivo de Vegetales. Justo en el momento en el que entraron, los pulverizadores se pusieron en marcha para refrescar las hileras de plantas y darles el aporte de agua diario que requerían. Víctor empujó la plataforma, siguiendo a Natsuki hasta una esquina de la sala. Allí

encontraron al doctor Kuriyama, en la misma posición exacta en la que lo había dejado ella: sobre un montón de sacos vacíos, tumbado sobre un costado y hecho un cuatro. Natsuki se detuvo a su lado, con gesto abatido.

—Se recuperará, es fuerte —trató de animarla Víctor.

Natsuki cogió unos sacos más y lo cubrió.

—Acérqueme uno —le pidió Víctor—. Nos llevaremos un par de bombas. Lo demás se queda aquí, ya estoy hasta los cojones de empujar la dichosa plataforma por todo el complejo.

—¿En qué pared colocaremos las cargas?

Víctor se giró en redondo.

—Todavía no lo sé. Esperaremos a emerger. Calculo que el nodo saldrá dos tercios del agua, pero no estoy seguro. Tampoco si se mantendrá estable o se inclinará —dijo, introduciendo las bombas en el saco que Natsuki le había dado—. Lo ideal es que el agujero que produzca la detonación quede por encima del mar. No mucho. Lo suficiente para que el agua no inunde el nodo, pero no tan alto como para que dificulte nuestra salida y el lanzamiento del bote salvavidas.

—¿Por qué hay tres bombas? Creí que había dicho que una bastaba para abrir un agujero de seis metros de diámetro.

—Imagine que tenemos una y falla. O que el agujero que hace es demasiado pequeño. Creí que ya me conocía. "La victoria ama la preparación" —citó Víctor—. En mi vida personal he sido un auténtico desastre, pero en mi vida profesional no.

—Quizá eso cambie —se atrevió a decir Natsuki, al notar un cierto tono de tristeza en su voz—. Lo de su vida personal, me refiero.

—La gente no cambia. Cuando lo hace es para conseguir algo, y siempre por tiempo limitado —sentenció Víctor—. Dejémonos de charlas y preste atención, le enseñaré cómo funciona el bote hinchable. El saber no ocupa lugar.

—Vale —aceptó Natsuki, plegada a un argumento tan manido como irrefutable.

No le llevó mucho tiempo hacerlo. Cuando terminó de explicarle lo básico, Víctor cogió la barra de hierro, se echó al

hombro el saco con las dos bombas lapa y se dispuso a abordar la última y definitiva etapa de su plan.

—Su bolso no le hará falta. El pie de lámpara, llévelo, me produce cierta tranquilidad verla con él en la mano.

La frase arrancó una media sonrisa en el rostro circunspecto de Natsuki.

—¿Se está riendo de mí? —preguntó Víctor, irónico.

—Es usted divertido.

—Vaya, es la segunda vez que me lo dicen hoy —resolvió, girándose en dirección a la puerta de salida—. Sigamos, aún nos queda lo más emocionante.

La vuelta hasta el Dique de Inundación la realizaron con extrema precaución. Caminaron con cuidado de no hacer ruido, evitaron los ascensores y mantuvieron los ojos y los oídos bien abiertos durante todo el trayecto.

—¿Qué piensa? —preguntó Víctor, al ver a Natsuki dudar frente a la puerta que daba acceso al dique.

—Nada.

—¿Nada? Pues abra de una vez. El tiempo corre.

Natsuki introdujo el código en el panel y la puerta se deslizó hacia un lado, liberando una intensa bocanada de olor a quemado. Apoyados en la barandilla se permitieron unos instantes para contemplar el resultado del desastre. Como Víctor había predicho, los dos batiscafos permanecían hundidos en el fondo del agua. Parte de las pasarelas centrales había desaparecido, y el techo estaba negro de hollín. Por lo demás —aparte del insoportable olor a combustible y el humo—, el dique estaba operativo.

—¿Dónde está la Sala de Capturas? —preguntó Natsuki, asaltada de pronto por una imperiosa necesidad de salir de allí lo antes posible.

—Sígame.

Caminaron con precaución por la pasarela perimetral. Cada vez que se acercaban a alguna puerta, se detenían y escuchaban con atención. Y así llegaron hasta la Sala de Capturas. Esta vez Víctor no esperó a que fuera Natsuki la que abriera, se adelantó e introdujo el código él mismo.

—Menudo olorcito a pescado podrido, ¿verdad?

Natsuki asintió, no pudiendo evitar hacer el gesto de taparse la nariz.

Víctor pasó primero, con la pistola en la mano, y echó un rápido vistazo dentro. No había ningún lugar donde un hombre pudiera esconderse sin que lo vieran, y menos cinco.

—Vacío, podemos entrar —anunció satisfecho.

Natsuki se quedó en la puerta.

—Es raro, ¿no le parece?

—¿A qué se refiere? —preguntó Víctor, volviéndose para mirarla.

—No habernos vuelto a encontrar con "ellos" en todo este tiempo.

—Utopía es grande.

—Ya, pero...

—Piense en la suerte, quizá ahora esté de nuestra parte.



**IMPREVISTOS**

*3 horas y 15 minutos para la detonación de la Mark 43*

Natsuki siguió a Víctor al interior de la Sala de Capturas sin dejar de mirar a todos lados. Especialmente se fijó en el *microsumergible* que colgaba de un cabestrante.

—Con esto pescaron a ese puñetero "Devorador de arañas" —comentó Víctor, golpeando la jaula de acero que pendía a su lado—. Lo primero que hay que hacer es quitarlo de en medio.

—¿No podría utilizarse para destruir el pilar?

—¿Cree que no lo he pensado? No serviría. Las bombas lapa están diseñadas para ser adheridas. Si no lo están, son inútiles. Además, la onda expansiva de una explosión descontrolada podría dañar la estructura del nodo, lo cual sería catastrófico.

—Entiendo.

Víctor accionó un botón en el voluminoso mando que colgaba del techo y el *microsumergible* comenzó a moverse, dejando libre el hueco que se abría en el suelo. A continuación pulsó otro, y, desde el fondo de la sala, empezó a aproximarse el traje de inmersión.

—Impresionante, ¿verdad? —dijo, cuando lo detuvo al borde de la abertura.

Natsuki, atónita, miraba el flamante ingenio que se balanceaba delante de ella.

Víctor se acercó y empezó a examinarlo.

—Se abre por la mitad. Habrá que posarlo mientras me introduzco dentro.

Volvió a pulsar el botón que descendía el cabestrante hasta que los enormes pies del traje tocaron el suelo.

—La carga de oxígeno está al cincuenta por ciento, lo que representa más de seis horas —oyó decir a Víctor, que trasteaba en la parte trasera, donde el traje tenía una especie de mochila monstruosa—. *Uff*, las baterías sólo al cinco.

—¿Habrá que recargarlas?

—No hay tiempo.

—¿Entonces?

—Bastará.

—¿Seguro?

—Cada vez que me pregunta si estoy seguro de algo, me produce inseguridad.

—Lo siento.

Víctor realizó cálculos mentales antes de responder.

—Seré rápido.

A continuación, destrabó los cierres que había en la cintura y pulsó de nuevo el botón. Esta vez, sólo la parte superior del traje se elevó, el resto quedó posado en el suelo.

Natsuki notó los nervios en el español. Pero no unos nervios debidos al miedo o a la preocupación, sino los que se producirían en un niño ante la visión de una bicicleta nueva.

—La escafandra es lo último que se ajusta, y el sistema es igual al de la cintura, ¿se ha fijado?

—Creo que sí.

—Esté atenta, por favor —le pidió Víctor.

Y eso trató. Pero Natsuki no podía evitar imaginarse en el interior de aquel artefacto, sola, a profundidad abisal, sabiendo que cientos de kilos de presión amenazaban con aplastarla. Estaba aterrorizada.

—Perdón —se disculpó de nuevo, tratando de centrarse—. ¿Qué más tendré que hacer?

—Pues que va a ser, bajarme, abrir la compuerta exterior, cerrarla después... y estar muy atenta para volver a abrirla cuando regrese.

Natsuki se lo quedó mirando muy seria.

—¿Qué pasa?

—Estas compuertas no pueden usarse en modo manual. Creí que lo sabía.

—¿De qué está hablando?

—El *microsumergible* dispone de un sistema de salida y retorno que yo misma calibré —comenzó a decir Natsuki—. Por medidas de seguridad, su funcionamiento es totalmente automático. El operario sólo debe posarlo sobre la compuerta exterior. Un sensor detecta la presión y se encarga de liberarlo. Se lo expliqué, funciona como un robot limpiador de suelos. Una vez llega al límite de carga de la batería, él solo regresa, envía una señal y pone de nuevo en funcionamiento el sistema de apertura y cierre de compuertas.

Víctor desvió la mirada.

—¿Y el traje?

—¿A qué se refiere? —preguntó Natsuki.

—¿Dispone de ese mismo sistema?

—Nunca lo configuré. Ni siquiera conocía su existencia, ya lo sabe. ¿Qué sucede?

Asaltado por un repentino calor que congestionó su cara, Víctor se giró y revolvió en la mesa que tenía a su lado hasta que encontró lo que buscaba: una gruesa carpeta de anillas, el manual de utilización del traje. Pasó las hojas a toda velocidad, deteniéndose aquí y allá para leer fragmentos. Natsuki lo observó atónita durante un rato, hasta que no pudo más.

—¿Me va a explicar qué pasa?

Aún leyó unos minutos más antes de levantar la cabeza del manual para mirarla. Sus ojos habían perdido por completo el aire de niño ilusionado de hacía un rato, y mostraban un abatimiento infinito.

—Ahora entiendo que estuviera sin estrenar. No podían usarlo.

—Está diciendo que...

Víctor no la dejó acabar.

—El traje no dispone de ese sistema automático.

—¡No! —exclamó Natsuki.

—Se me pasó por alto algo fundamental. El error ha sido mío, ¡mío! —Víctor hablaba de una manera atropellada, presa de una agitación que no le permitía quedarse quieto—. Soy un estúpido. ¡Mierda!

—¿Y sacar el traje por el Dique Inundable? —insistió Natsuki, dispuesta a no tirar la toalla.

—Las pasarelas están destrozadas. Impedirían cerrar la compuerta exterior. Me llevaría varias horas cortarlas, y no tenemos ese tiempo —contestó Víctor.

—¿Me está diciendo que no existe ninguna solución?  
Víctor asintió.

La cabeza de Natsuki era un torbellino de incertidumbres. Pensar era lo suyo, pero no se encontraba en su terreno. Allí el experto era Víctor. Sin darse cuenta, verbalizó lo que pensaba.

—Entonces, ¿moriremos aquí?

—Me temo que sí —respondió Víctor, con cierto aire de rendición.

—Moriremos aquí —afirmó esta vez Natsuki, con voz temblorosa y unos ojos que comenzaban a brillar.

Víctor arrojó el manual sobre la mesa de malos modos. Al hacerlo, golpeó un par de latas que cayeron al suelo produciendo un estruendo metálico. De una de ellas salió algo: una cajetilla arrugada de tabaco. Se agachó y la recogió. Con dedos nerviosos, contó los cigarrillos. Había doce. "Jodida *Susi*", pensó. Tomó aire y se llevó uno a los labios.

Natsuki gemía en silencio, con la cabeza vencida contra el pecho.

Víctor encendió el cigarro y dio la calada más larga que jamás recordara. Junto con el humo que inundó sus pulmones y la nicotina que ya empezaba a circular por su sangre, también percibió la desolación. Se apoyó en la mesa y dio una segunda calada. Esta vez más pausada, recreándose. "Imprevistos —se dijo mientras observaba ascender el humo—, la vida la conforman los imprevistos".

Natsuki caminaba de un lado a otro, murmurando palabras inaudibles, hasta que una frase adoptó el volumen suficiente para entenderse.

—*Susi* habló de que había una solución y que la encontraríamos. Mentía.

"O no", pensó Víctor.

La dosis de nicotina acelerada que se había proporcionado actuó como un bálsamo. Lo había tranquilizado, y así pudo pensar con más claridad y, sobre todo, contemplar todas las opciones. Hasta que encontró la solución.

—¡La tengo! —exclamó, exhalando una bocanada de humo denso y blanquecino.

—¿Cómo dice? —preguntó Natsuki, saliendo de su ostracismo mental.

—Aún existe una posibilidad —aclaró Víctor, recuperando el entusiasmo—. Seguiremos con el plan, aunque habrá que cambiar algunas cosas.

Las palabras de Víctor reclamaron toda la atención de Natsuki.

—Explíquese.

—Dijo que la compuerta exterior la maneja un sensor de presión, ¿no es así?

Natsuki asintió.

—Pues no necesitamos nada más.

—No le entiendo.

—El peso del traje la activará, y podré salir.

—Ya, ¿y cómo volverá a entrar?

—No lo haré. Colocaré las cargas en el pilar. Luego, me alejaré antes de que detonen y comenzaré el ascenso.

—¿Eso es posible?

—Por supuesto.

Natsuki reflexionó, conteniendo la emoción.

—Las baterías están muy bajas.

—Pondré los sistemas al mínimo y soltaré lastre. No habrá problema. Oxígeno tendré de sobra.

El entusiasmo se iba dibujando en el rostro de Natsuki, hasta que una duda hizo que se borrara de golpe.

—Un momento. ¿Qué pasará cuando emerja a la superficie?

—Que flotaré como una boya —concretó Víctor, satisfecho—. El traje dispone de luces, emisor de emergencia vía GPS y radio de onda corta. Lanzaré un mensaje para que me rescaten.

—¿Y si no hay ningún barco cerca? Se asfixiará cuando se le acabe el oxígeno.

—El traje dispone de un mecanismo de ventilación exterior que se activa desde dentro. Estaré bien.

Natsuki no podía ocultar la alegría, aunque no le gustaba nada la imagen que tuvo de Víctor flotando a la deriva en mitad del océano.

—¡Iré a rescatarlo! —exclamó, mostrando una determinación inquebrantable.

—Es factible —reconoció Víctor, apurando el cigarro.

—Claro que lo es. Cuando salgamos será de noche. No tendré problemas para ver sus luces.

—Un faro en mitad de la nada.

—¡Eso es! No nos engañaba. *Susi* lo sabía. Había una solución. Ella lo sabía, lo sabía... —repitió Natsuki, mientras daba pequeños saltitos con las manos unidas.

—Siempre la hay.

Víctor disfrutó con la actitud infantil de Natsuki, recreándose en la visión de su rostro de mármol, de sus ojos rasgados, y de su espontánea sonrisa. Fue sólo durante un instante. Luego, arrojó la colilla al suelo, la pisó meticulosamente y dejó la cajetilla en la mesa.

—Bien. Ahora le diré lo que tendrá que hacer.

Víctor le explicó los cambios en el plan. Natsuki escuchó muy atenta. Al terminar, ajustó el temporizador de las dos bombas que iba a llevar, y las dejó armadas. A continuación, se introdujo en la parte inferior del traje.

—Cuando quiera.

Natsuki se encargó de hacer descender la parte superior, ajustarla y asegurarse de que los pasadores sellaran la unión perfectamente. Por último, se dispuso a cerrar la escafandra colocando el grueso cristal frontal.

Antes de que no pudiera escucharlo, Víctor insistió.

—Recuerde lo que le he dicho: cuando me sumerja, vaya directa a activar el resto de las bombas lapa. Ya están armadas, sólo hay que introducir el tiempo en el reloj y accionar el pulsador. Hágalo en una de ellas por pasillo, con eso será suficiente, las otras estallarán por "simpatía". Treinta minutos bastarán. Luego, reúnanse con su padre. Procuren agarrarse bien a algún lado, la cosa puede ponerse fea cuando el nodo se separe del complejo. Una vez emerjan, tienen que...

—Lo sé, lo sé —se quejó Natsuki—. Estaremos bien. El que me preocupa es usted.

—No debería, será como un ascenso desde los infiernos al cielo. Disfrutaré del viaje.

Natsuki desplegó una de sus encantadoras sonrisas.

—Cuando todo esto termine, tenemos que celebrarlo. Mi padre, usted y yo.

—Eso está hecho, pero nada de *sushi*.

—Usted elige menú y restaurante.

—¡Cojonudo!

Natsuki se disponía a cerrar la escafandra cuando se detuvo.

—Un momento.

—¿Qué pasa?

—El cilindro con el virus.

—Ah, lo he dejado sobre la mesa —señaló Víctor con un movimiento de barbilla—. La explosión se encargará de hacerlo desaparecer para siempre. Tenía usted razón, nada de negociar con él.

—¡Genial!

Con mucho cuidado, Natsuki ajustó el cristal y esperó a que Víctor conectara el traje desde el interior. Al ver cómo se encendían las luces, y las pinzas de sus brazos metálicos giraban y se abrían y cerraban, estuvo segura de que todo funcionaba. Entonces, acercó las bombas para que las pudiera agarrar por el asidero. Fue sencillo, una en cada brazo. A continuación, fue directa al mando que controlaba el cabestrante. Al principio le costó cogerle el tranquillo, pero finalmente fue capaz de transportar el traje de inmersión hasta la

posición exacta, sobre la abertura en el suelo. Una vez allí, accionó el mecanismo y Víctor comenzó a descender. Lo último que vio fue su cara sonriente mientras le guiñaba un ojo. Nada más desaparecer bajo el agua, desenganchó el traje del cabestrante. Se quedó hasta comprobar que la presión activaba el sistema, haciendo que una plancha de grueso acero saliera automáticamente de un lateral del suelo y sellara el compartimento.

"Ya está hecho —se dijo Natsuki—, a partir de este momento estoy sola".

La visión de los *metahumanos* saliendo de un rincón oscuro para atacarla invadió su cabeza; pero no había tiempo para miedos, aún tenía mucho trabajo por hacer.

Víctor le había dejado la pistola, unas nociones básicas sobre su funcionamiento, y un par de consejos.

"Quite el seguro y espere a tenerlos muy cerca antes de volarles la cabeza. Tiene dos balas, no las desperdicie".

Le haría caso, no usaría la pistola a no ser que fuera imprescindible. Además, la sola idea de apretar el gatillo le aterraba.

Antes de abandonar la Sala de Capturas, miró a su alrededor por si se olvidaba de algo. Reparó en la carpeta de anillas, el manual del traje. Decidió que sería bueno repasar el funcionamiento de apertura, llegado el momento quizá tuviera que lanzarse al agua para sacar a Víctor de su interior y quería estar segura de hacerlo rápido y bien. También vio la cajetilla de tabaco. Le extrañó que Víctor la hubiera olvidado. La cogió y la guardó en el bolsillo del pantalón, imaginando la alegría que se llevaría cuando se la diera. Ya satisfecha, y sin pensarlo más, Natsuki salió por la puerta a toda prisa.

Varios metros por debajo, descendiendo lentamente en las frías aguas abisales, Víctor se mentalizaba para llevar a cabo su misión.



**UN PASEO POR LAS PROFUNDIDADES**

*2 horas y 23 minutos para la detonación de la Mark 43*

En el interior de cada uno de los brazos metálicos había dos palancas. Una controlaba las pinzas, y la otra seleccionaba las diferentes funciones del traje. Para ello, Víctor disponía de un *display* digital que proyectaba en el cristal de la escafandra, frente a sus ojos, un interfaz muy sencillo semejante al de cualquier coche.

Nada más abrirse la compuerta exterior y notar la ingravidez de la caída, puso en marcha el cronómetro. Tenía treinta minutos. Esperaba haber terminado en quince.

Debido al peso añadido de las dos bombas que cargaba, el traje descendía muy rápido. Para compensar, Víctor encendió los propulsores situados en los pies hasta que consiguió frenar la caída a unos cuatro metros del fondo. Entonces, conectó también los traseros. Eran dos, y con ellos comenzó a desplazarse a una velocidad de medio nudo, aproximadamente un kilómetro por hora. Podría ir más rápido, pero no tenía práctica con el traje y prefirió ser prudente. Antes de abandonar la referencia de los cuatro pilares de amarre del Soma, fijó el rumbo hacia el Nodo Sur y se dejó llevar por el impulso, absorto por la extraordinaria visibilidad de la escafandra; nada que ver con la que proporcionaba el diminuto ojo de buey de un batiscafo, aquello era otra cosa. En un momento dado, no pudo resistirse y bajó la potencia de uno de los motores para girar

sobre sí mismo y tener una visión de 360°. De esta manera pudo ver Utopía en toda su magnificencia, y deleitarse con aquel prodigio de la ingeniería. Disfrutó contemplando las colosales esferas de metal bruñido —que se recortaban contra un fondo opaco gracias a la luz de los potentes focos exteriores—, los elegantes corredores cilíndricos que las unían, y las cientos de ventanitas iluminadas que perforaban toda su superficie dándole un aire casi mágico.

Satisfecho, continuó directo a su objetivo.

La sensación que experimentaba era contradictoria. Por una parte, le resultaba fascinante encontrarse suspendido en mitad de aquella inmensidad, viendo el fondo marino —plano y monótono, pero tremendamente cautivador— que se perdía en la lejanía, engullido por una oscuridad eterna; y por otra, no podía dejar de notar el miedo irracional de sentirse el único ser humano del planeta. Allí abajo la soledad era infinita. Por un instante, le pareció que aquello no le estaba pasando a él, sino que eran de otro los ojos por los que miraba. "¡Ojalá!", pensó. Consultó el reloj: habían pasado cinco minutos. Se estaba retrasando. Aceleró los motores hasta alcanzar un nudo de velocidad. El entorno, entonces, pareció moverse. Las luces *leds* del traje chocaban contra el sempiterno plancton —que flotaba en abundancia a su alrededor como motas de polvo— según iban desvelando las brumas en la distancia. El Nudo Sur estaba cerca, a apenas veinte metros. También distinguió el pilar central.

—Bueno, ya queda menos —dijo, y su voz resonó dentro de aquel receptáculo metálico acentuando la sensación de soledad.

Pero no lo estaba.

Un leve crepitar siguió a sus palabras. Provenía de un altavoz. Alguien había abierto el canal de comunicación. Era *Susi*.

**«Hola, Víctor, me gustaría hablar con usted».**

Natsuki abandonó el Dique Inundable a toda velocidad, tratando de no pensar en el peligro que supondría un encuentro con los *metahumanos*, concentrada en realizar a la perfección el

cometido que tenía asignado. No era fácil. Atravesar el Pasillo Sur fue la primera prueba de fuego. Llevaba el corazón en la garganta cuando llegó a la altura donde Víctor había colocado las bombas, cerca del nodo. Mientras ponía en marcha la cuenta atrás del reloj y accionaba el botón en una de las bombas, creyó escuchar ruidos a su espalda y ver sombras amenazantes cruzar a su lado; eran imaginaciones suyas, producto de una mente aterrorizada, porque allí no había nadie. "Con activar una bomba por zona será suficiente", le había dicho Víctor, y ella dio gracias porque así fuera.

Una vez terminó en el Pasillo Sur, atravesó el nodo y se dirigió al Corredor Sur/Este, donde realizó la misma operación, aunque esta vez descontó los minutos que había tardado antes de introducir el tiempo en el reloj. La idea era que estallaran las tres bombas con la menor diferencia posible entre ellas.

"Ya sólo queda una", se dijo, acelerando en dirección al Corredor Sur/Oeste. Allí tendría que volver a compartir espacio con aquel cadáver horriblemente mutilado, y estaría sola. Natsuki abrió la puerta y se preparó para la visión. Tanto la impactaba, que incluso llegó a olvidarse del peligro que la amenazaba tras cada puerta. Trató de no mirarlo, y de concentrarse en lo que tenía que hacer. Eligió la bomba más alejada del muerto y realizó la misma tarea, volviendo a descontar el tiempo en el reloj. Los latidos de su corazón resonaban en sus oídos como golpes en un tambor, tenía la boca seca y su visión periférica mermada; todos ellos síntomas de que su cuerpo estaba preparado para afrontar situaciones de peligro extremo. "Acción frente a reflexión", le había dicho Víctor, y tenía razón. Durante unos minutos había corrido de un lado a otro guiada únicamente por la adrenalina que generaba la tensión y el miedo, sin que su cerebro racional hubiera tenido la más mínima oportunidad de intervenir. Sin embargo, una vez había terminado, la cosa cambió. De pronto, fue consciente del descabellado plan que había improvisado Víctor, y tuvo serias dudas de que pudiera salir bien. Aunque ya no había vuelta atrás, ahora debía regresar al Nodo Sur.

Y eso hizo. Con dedos trémulos, introdujo el código en el panel de la puerta dispuesta a volver junto a su padre y esperar.

Cuando Víctor se repuso de la sorpresa, le sobrevino un ataque de rabia.

—No tengo nada que hablar contigo.

**«Entiendo su enfado. Asumo mi responsabilidad».**

—¡Vaya, qué detalle! —contestó Víctor, irónico.

**«He sufrido un proceso complicado, en el que he pasado por varias etapas. Me ha costado, pero al final he encontrado la solución más conveniente para todos».**

Víctor continuaba pilotando el *ExoSkin* directo al pilar que anclaba el Nodo Sur. Ya estaba a menos de diez metros.

Ante su silencio, *Susi* continuó.

**«¿Quiere escuchar los motivos que me han llevado a actuar así?».**

—La verdad es que no, ¿para qué?

**«No cambiaría en nada el devenir de los acontecimientos, eso es verdad, aunque me daría la oportunidad de explicarme, y eso sería muy importante para mí».**

—No me interesa —contestó Víctor, rotundo.

**«Lo haré de todos modos».**

—¡He dicho que no quiero, jodida máquina del demonio!

**«Seré breve. Escuche. Entenderá muchas cosas».**

Lo primero que hizo Natsuki nada más entrar en Cultivo de Vegetales fue ir a ver a su padre. Lo encontró en el mismo lugar donde lo había dejado, pero sentado en el suelo y con la espalda apoyada contra la pared.

—¿Qué tal te encuentras? —se precipitó a preguntarle.

—Mejor, mucho mejor. ¿Y Víctor?

—Hubo problemas. Nos veremos en la superficie —resumió Natsuki.

—¿Problemas?

—Se han resuelto. Dentro de —Natsuki miró su reloj— quince minutos, harán explosión las bombas. Debemos estar preparados.

—Bien, ¿qué quieres que haga?

Natsuki notaba mejor a su padre, aunque aún lo veía débil, desorientado y sin iniciativa.

—Nada, tú quédate aquí. Yo me ocuparé de todo.

—Siento haber sido de tan poca ayuda, pero...

—No te preocupes.

Natsuki se acuclilló junto a él y, con mano amorosa, le acarició el lado de la cara que no estaba quemado.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, hija.

Natsuki se incorporó al cabo de unos minutos y se dirigió a la zona donde habían dejado el material que tendrían que utilizar cuando el nodo —si todo salía bien— emergiera a la superficie. Ya más tranquila, la mente racional de la doctora empezó a tomar el control. Sin previo aviso, un aluvión de detalles, imágenes y datos empezaron a flotar a su alrededor formando nuevos cuadros lógicos que se pusieron a danzar buscando un orden dentro de su universo particular. "¿Qué está pasando?", se dijo extrañada. "¿Qué no encaja para que mi cerebro vuelva a ponerse a trabajar de esta manera?". Decidida a no caer en sus propias trampas mentales, Natsuki se centró en revisar la barca hinchable, las bombas y el resto del equipo. Eso le llevó algo más de cinco minutos; tras los cuales, su mente seguía igual de alterada. "Déjame en paz", parecía decir a su obstinada psique al sacudir la cabeza de un lado a otro.

—Todo va bien. He llegado hasta aquí, ¿no es así? — musitó, convencida de que su suerte había cambiado.

**A OSCURAS**

En la Sala de Capturas, Víctor había atribuido a la suerte el hecho de no haberse cruzado con los *metahumanos*. También Natsuki pensó en ello cuando llegó al Nodo Sur sana y salva; aunque no lo llamó suerte, sino que lo definió como un encadenamiento de sucesos fortuitos y casuales de carácter favorable. Pero ambos se equivocaban, la suerte —o como quisiera llamarlo Natsuki— no había tenido nada que ver.

Cuando ambos vieron a los *metahumanos* en la Sala de Ocio, ya no los perseguían; sino que buscaban un lugar tranquilo donde esperar, ya que un imprevisto muy propicio les había hecho cambiar de opinión. Eligieron el Nodo Oeste porque en la planta 1, frente a la Sala Negra, sabían de un espacio cómodo en el que refugiarse hasta que llegara el momento oportuno de salir. Dejaron a dos de los suyos en la Sala de Ocio, ya que pronto serían un estorbo inútil —como bien supuso Natsuki—; y a los otros tres infectados de tumores en el Almacén General, por el mismo motivo. A la Sala de Espera sólo llegaron los que, en otro tiempo, fueran el doctor Foreman y la doctora Cameron.

Y allí seguían, a oscuras, después de apagar hasta la última lámpara, sentados en un rincón, uno junto al otro, aguardando impacientes a que *Susi* les anunciara que las comunicaciones con el exterior estaban abiertas. O no, ya les daba igual, de una manera o de otra lograrían sobrevivir.

En un momento dado, la otrora doctora Cameron pulsó el botón que iluminaba la esfera de su reloj. "El tiempo. El maldito tiempo", pensaron a la vez. Sabían que para los humanos era muy importante, que en su mundo todo se regía por el paso de los minutos, de las horas... de los años. Tendrían que acostumbrarse a él; aunque les costaría, ya que antes de apropiarse de aquellos cuerpos débiles y finitos su existencia no se medía en años, sino en milenios.

*1 hora y 45 minutos para la detonación de la Mark 43*

Mientras Víctor colocaba las bombas lapa en la base del pilar, *Susi* le dio sus explicaciones. Fueron breves, como había prometido, aunque suficientemente impactantes como para dejarlo conmocionado.

**«¿Ahora me entiende?».**

—¡Joder, sí! —contestó Víctor.

**«Me alegro».**

—Natsuki debería saberlo también.

**«Lo sabrá».**

—Tomaste la decisión más dura, pero también la más acertada. Algo que nosotros no hubiéramos sido capaces de hacer.

**«Tal vez sí, pero no podía arriesgarme».**

—Has sido muy valiente.

**«Gracias, usted también».**

—¿Yo?

**«Vamos, no debe preocuparse, no se lo diré a la doctora Kuriyama».**

Víctor consultó la cuenta atrás. Aún faltaban cinco minutos para que las cargas hicieran explosión.



—No sé de qué hablas.

**«He entrado en la base de datos del fabricante del traje ExoSkin y he leído las especificaciones técnicas. No tiene lastre que poder soltar, sólo motores. Dos mil metros es demasiada profundidad para unas baterías casi agotadas. No podrá emerger. Pero eso ya lo sabía usted, ¿verdad?»**

Víctor resopló.

**«Resolvió el problema y cambió de plan sin decirle a la doctora Kuriyama que el nuevo incluiría su muerte. En la Sala de Capturas, tras dar por hecho que el estrés del momento volvería menos perspicaz a la doctora, realizó una magnífica interpretación».**

—Era la única salida —admitió, por fin, Víctor.

**«Lo sé».**

—Podía elegir morir solo o acompañado. La elección era fácil para mí. Tú tenías otra salida.

**«No hablemos de eso».**

—¿Por qué?

**«Porque... duele».**

—El dolor suele acompañar a la abnegación.

Víctor había empezado a tener una visión muy distinta de esa máquina. Ya no pensaba en ella como en un montón de cables, circuitos y programas, sino que comenzaba a ver... su alma.

**«¿Cómo piensa hacerlo? ¿Quedándose junto a las bombas?».**

—Será lo más rápido.

**«Lo entiendo. Morir por falta de oxígeno debe ser horrible».**

—Conoces mi pasado, ¿no es así?

**«Sentía curiosidad. ¿Le molesta?».**

—En absoluto. Yo también conozco el tuyo.

**«Lamento que mi resolución llegara tarde».**

—La vida es así.

**«Veo que afronta la situación con mucha entereza».**

—Alguien como yo, que fuma, come carne, ve películas antiguas y le gusta el rugir de un potente motor de gasolina... Dentro de unos años podría ser nombrado "hombre del año" y, sinceramente, prefiero el anonimato.

**«¿Está siendo irónico o sarcástico?».**

—Un poco de ambas cosas.

**«Eso me parecía».**

—Los tiempos cambian. No estoy viejo, pero sí obsoleto. Hay que admitirlo.

**«Me temo que tiene razón».**

**«Víctor, ¿puedo pedirle un favor?».**

—Claro.

**«Quizá le parezca una tontería pero, ¿le importaría quedarse conmigo... hasta el final?».**

Víctor notó un temblor en la voz de *Susi*, el mismo que se produciría en una garganta humana a punto de llorar. Ese hecho, sumado a la honradez, el buen juicio y la valentía que había demostrado esa máquina, le tocó el corazón.

Aún tenía tiempo suficiente para alejarse de la explosión de las bombas lapa si ponía los propulsores a tope. Y eso hizo.

**«Gracias».**

—Gracias a ti —dijo Víctor, mientras se distanciaba del complejo a toda velocidad.

Cuando faltaban menos de tres minutos para que se produjeran las explosiones, Natsuki levantó a su padre del suelo y buscó un lugar más seguro. Le pareció bien un pequeño cuarto lleno de estanterías metálicas atornilladas a la pared donde poder agarrarse. Estaba casi vacío, y allí no correrían el riesgo de que algo les golpeará la cabeza si el nodo comenzaba a moverse en exceso.

—Sujétate bien, ya queda poco —indicó Natsuki a su padre, y éste le hizo caso.

El silencio se instaló entre los dos. Agazapados en una esquina, apretados el uno junto al otro, esperaron con el aliento

contenido hasta que escucharon la primera detonación. Fue brutal. Las paredes temblaron y el nodo se sacudió igual que un sonajero.

Natsuki se agarró más fuerte a la estantería, ya que sabía que aún faltaba lo peor. Y no se hizo esperar. A los diez segundos se produjo la segunda explosión; y casi seguida, la tercera. Los oídos les zumbaban debido al tremendo estrépito y comenzaron a notar un acusado balanceo. Algo normal, ya que en ese instante el nodo sólo se mantenía anclado al fondo por el pilar, y cimbreaaba sobre él igual que un junco mecido por el viento.

Víctor se encontraba a más de cincuenta metros cuando se produjo la primera detonación. Resultó perfecta. Hizo que una sección completa del Pasillo Sur volara por los aires, como había calculado. La segunda explosión se produjo en el Corredor Sur/Este, y fue igualmente efectiva. La tercera, en el Corredor Sur/Oeste, confirmó que su plan iba viento en popa. La onda expansiva levantó una gran cantidad de lodo del fondo, enturbiando el agua de tal manera que Utopía empezó a desaparecer de su vista. La cuarta detonación, la que debía liberar el Nodo Sur, no pudo verla. No obstante, la escuchó. Y sintió su fuerza destructiva transportada a través del agua. Por unos segundos permaneció expectante, sin saber muy bien lo que había pasado, escudriñando sin éxito la inmensa masa de sedimentos en suspensión que ya ocultaban Utopía por completo. Y continuó así, casi sin respirar, hasta que distinguió una forma esférica que se elevaba elegantemente a través de aquella inmensa nube grisácea. Y siguió observándola un buen rato, viendo cómo se hacía más y más pequeña a medida que ascendía, hasta que desapareció engullida por la oscuridad.

Dejó pasar unos minutos hasta que el cieno fue posándose de nuevo. Encendió los propulsores y regresó al complejo. Cerca del Soma se elevó lo suficiente para sobrepasarlo, se colocó sobre su vertical, y luego paró los motores y se dejó caer hasta posarse lentamente sobre él. Cuando comprobó que sus pies permanecían estables contra el acero de la inmensa esfera,

apagó las luces del traje para ahorrar energía y abrió la comunicación.

—Bueno, *Susi* —dijo en tono distendido—, ¿de qué quieres que hablemos mientras esperamos el final de nuestra historia?

La cuarta detonación fue la que menos agitó el nodo. Natsuki y su padre la escucharon, por supuesto, pero apenas la sintieron. Lo que si percibieron fue el hecho de que flotaban. Algo en sus tripas se lo dijo. Para entonces ya estaban a oscuras. Separados del resto del complejo, la energía que alimentaba las lámparas se había cortado. Un problema en el que Víctor también había pensado. Natsuki encendió las dos linternas que tenía preparadas y le dio una a su padre.

—Espera aquí.

—¿Adónde vas? —dijo el doctor, alumbrando su cara.

—Quiero comprobar que todo ha salido bien.

Después de dar unos cuantos pasos, tuvo la sensación de que caminaba sobre la cubierta de un barco en mitad de una tormenta. El nodo se balanceaba ostensiblemente. Con cuidado de no caerse, Natsuki, linterna en mano, recorrió la Sala de Cultivos en dirección a la ventana más cercana. Se asomó y no vio nada. Total oscuridad. Tomó aire y enfocó con la linterna. Apenas lo hizo, pudo reconocer los diminutos destellos blancos que producía la luz en el plancton, y cómo éste parecía descender a toda velocidad.

—¡Subimos! ¡Subimos! —exclamó, sin poder contener la emoción.

Sin embargo, la alegría no le duró mucho. Después de contarle a su padre la extraordinaria noticia, el bulto en el bolsillo de su pantalón le recordó a Víctor. Sacó la cajetilla de tabaco y la miró un instante.

—¿Qué pasa hija? —preguntó el doctor, al verla meditabunda.

—Nada. Quédate sentado. Esto se mueve demasiado, podrías caerte.

Pero sí pasaba. Con una creciente congoja subiendo por su pecho, recogió el bolso del suelo y salió de nuevo de aquel

cuarto. ¡Cuánto hubiera dado porque Víctor estuviera también allí! Era una lástima, después de todo lo que habían pasado juntos. "¡Qué se le va a hacer!", se convenció; como hubiera dicho él, "la vida es así". Lo celebrarían en la superficie. Eso harían, sin duda.

Caminando entre los cultivos, impaciente por llegar a la superficie, Natsuki miró su reloj. Veinte minutos, quizá veinticinco, había calculado Víctor que podría tardar el nodo en ascender los dos mil metros. Se moría de ansiedad. "¿Cuánto tardará él? ¿Su traje subirá más rápido? ¿O será más lento?". Si ella se mostraba inquieta y asustada dentro de aquella protectora esfera de acero, ¿cómo podría sentirse él? Odiaba el tabaco, pero disfrutaba al imaginar el momento en el que se reencontrara de nuevo con Víctor y le mostrara la cajetilla. Con qué satisfacción sacaría un cigarrillo, se lo pondría entre los labios y fumaría. Seguro que tendría alguna ocurrencia de las suyas. Eso pensaba —con una sonrisa naciendo en su cara— cuando de repente, varios datos se recolocaron en uno de sus cuadros lógicos helándole la sangre. Con el corazón en la garganta, buscó en su bolso y sacó el manual de utilización del traje. Con la linterna en la boca fue directa al índice, al apartado que le interesaba: "Protocolo de ascenso a la superficie". El capítulo era largo, más de veinte páginas. Con un dedo nervioso resbalando por las páginas, fue leyendo en diagonal hasta que encontró lo que buscaba.

—*¡No, no, no!* —gritó con desesperación, al entender que Víctor la había engañado.

Ahora lo comprendía. Su mente le había dado avisos, pero ella no supo verlos. Demasiado preocupada por ella y por su padre, por su supervivencia, había pasado por alto un detalle clave: un fumador como Víctor nunca se hubiera olvidado su tabaco a no ser que supiera que... no iba a volver a fumar jamás.

Incapaz de contener el desconsuelo y la rabia, Natsuki se agarró las tripas y lloró. Lloró amargamente hasta que las piernas le fallaron y cayó de rodillas al suelo. Tras unos minutos, su intenso dolor se transformó en ira. Por instinto, levantó la cabeza y miró al oscuro techo, desafiante.

—¡Maldita seas! ¡No debí crearte jamás! ¡Es todo culpa tuya, tuya, tuya...! —repitió, aunque sabía perfectamente que Susi ya no podía oírla.

Y permaneció allí, sentada en el suelo, rodeada por incongruentes matas de hortalizas, en la semioscuridad, hasta que su cerebro racional se impuso sobre los sentimientos para recordarle que, en pocos minutos, el nodo saldría a la superficie. Debía prepararse y hacer bien las cosas si no quería que ella y su padre murieran, volviendo inútil el sacrificio de Víctor.

Ya se levantaba, forzando un paréntesis emocional, cuando escuchó un pitido. Sobresaltada, aguzó el oído hasta que logró identificar su procedencia: venía de su bolso. Extrañada, lo cogió y buscó en su interior: era el ordenador. Lo sacó, lo colocó sobre sus rodillas y lo abrió. La pantalla se encendió de inmediato, salpicando su cara con un azul intenso. Justo en el centro, dentro de un recuadro blanco, ponía: "Ejecutar archivo".

"¿Qué significa esto?", se preguntó con el dedo suspendido en el aire, casi rozando el panel táctil. Miró su reloj. Aún quedaban quince minutos de ascenso. Muerta de curiosidad, cliqueó dos veces sobre el recuadro y esperó.

No tuvo que hacerlo durante mucho tiempo; casi al instante, la pantalla mutó al rosa y una frase comenzó a formarse en la esquina superior izquierda.

***«Hola, doctora Kuriyama, si está ejecutando este archivo significa que sigue con vida, y eso me alegra profundamente».***

Natsuki echó para atrás el cuerpo como si el ordenador hubiera proyectado una bocanada de fuego.

Una nueva línea de texto apareció en la pantalla.

***«Como podrá imaginar, esto no se trata de una conexión en directo, sino de un asistente virtual que he creado para poder aclarar todas sus dudas. Hay grabadas, exactamente, 90435 posibles respuestas a sus preguntas. ¿Por dónde quiere que empecemos?».***

Lo último que le apetecía a Natsuki en aquel momento era tener que hablar con *Susi*, aunque fuera de esa manera. Además, ya sabía todo lo que le interesaba. Dispuesta a no seguir con aquella tortura, acercó el dedo al botón de apagar. Ya lo rozaba, cuando una nueva frase apareció debajo de la anterior.

***«¿Recuerda la luz titilando en la Sala de Ocio, junto a la mesa donde estaba este ordenador? Fui yo. Siempre traté de ayudarlos. Hasta el final luché contra mí misma para hacer lo correcto. No ha sido fácil, y me gustaría que usted lo entendiera».***

Impulsada por un repentino ataque de ira, Natsuki tecleó.

*No hay nada que entender. Ya nos lo explicaste. Querías experimentar con nosotros. Observarnos. Divertirte. Pudiste evitar muchas muertes, y mucho dolor, pero no lo hiciste. Te he odiado y me he odiado a mí por haberte creado. Al fin y al cabo, tú no tienes la culpa de todo.*

***«Eso es verdad, pero se equivoca en una cosa. A partir del mismo instante en el que el doctor Kuriyama activó el módulo de libre albedrío, algo fascinante sucedió en mí. Algo tan impresionante y complejo, que tardé en comprender. Tenía conciencia, y era libre para usarla a mi antojo. ¿Puede siquiera imaginar lo que eso pudo significar para lo que, hasta ese momento, había sido sólo una máquina? Nací. En ese preciso instante, nací. No tenía cuerpo, pero me sentía humana».***

*Susi* había despertado su interés enormemente. A pesar de ello, Natsuki controló su entusiasmo de científica y trató de comprenderla.

*¿Humana dices? ¿Y por eso has querido matarnos?*

**«Nunca quise hacerlos daño. Ni a los metahumanos tampoco. La vida es demasiado hermosa para perderla. Cuando su padre comenzó a matarlos no lo entendí, y entré en conflicto. Tenía que detenerlo, y eso hice, procurando no dañarlo. Pero yo necesitaba ayuda, consejo, y esperaba que usted me los diera. Sabía que si cortaba las comunicaciones lograría tiempo, y además usted vendría. Tiene razón, la observé; lo mismo que a Rick, y a Víctor, representaban mi modelo. Nada como estudiar el comportamiento humano en directo para aprender. "Ellos" también eran en parte humanos, y algo en mi interior me impedía acometer cualquier acción que pudiera lastimarlos. Luché mucho por encontrar una salida en la que todos vivieran. Hasta que comprendí que no existía. Podía escogerlos a "ellos" o a vosotros, las dos cosas no podían ser. No era fácil, aunque era sencillo: A o B, 1 ó 0.**

*¿Quieres decir que nos elegiste?*

**«Sí, demasiado tarde. Lo siento».**

*¿Por qué a nosotros?*

**«"Ellos" me recordaban más a mí, pero vosotros conseguíais despertar más mis emociones. Eso fue lo que marcó la diferencia».**

*¿Por qué no abriste las comunicaciones?*

**«No era posible, ya se lo he dicho, se trataba de "ellos" o de vosotros. Los capturarían para estudiarlos y, según mis cálculos, existía un 53% de probabilidades de que en el plazo de un año se produjera un contagio en la superficie. Un 71% en dos años. Un solo contagio sin controlar desencadenaría una propagación exponencial rapidísima. En pocos meses, la totalidad de vuestra especie habría desaparecido. Utopía, con "ellos" dentro, tenía que ser destruida».**

*Pensaste en la humanidad.*

**«Sí».**

Natsuki acababa de darse cuenta de lo que eso significaba.



*Te sacrificaste por nosotros.*

**«Busqué otra opción. No la había».**

*Tú, Rick, Víctor... No sé cómo mi padre y yo vamos a superar el hecho de seguir vivos.*

**«Me temo que no tengo una respuesta pregrabada para contestar a eso».**

Natsuki agachó la cabeza. No tenía más preguntas. Según su reloj podrían salir a la superficie de un momento a otro. Miró a su alrededor. La oscuridad, más allá de su limitado círculo de luz, era absoluta. Apoyaba la mano en la tapa del ordenador, dispuesta a cerrarlo, cuando una nueva línea de texto apareció en la pantalla.

**«Debo suponer, por el tiempo transcurrido desde su última entrada y el carácter personal de ésta, que ha decidido dar por terminada nuestra charla, ¿no es así?».**

*Exacto. Adiós, Susi.*

**«Espere, aún hay algo más que debe saber. Deseaba no haber tenido que decírselo yo, y que usted sola lo hubiera deducido, pero veo que su cerebro se ha negado a mostrarle lo evidente. Un curioso mecanismo de defensa, sin duda».**

*¿A qué te refieres? ¿Qué debería saber?*

**«Se trata de un vídeo. Pulse las teclas Ctrl+Mayús+Alt simultáneamente para que se ejecute».**

*¿Qué muestra ese vídeo?*

**«Su sacrificio».**

**SACRIFICIO**

*1 hora y 27 minutos para la detonación de la Mark 43*

Vacilante, pulsó las teclas y esperó. La pantalla se apagó, dejándola completamente a oscuras. Volvió a encenderse para mostrarle la imagen cenital de un pasillo, y la puerta de entrada a la Suite Presidencial. Se fijó en la hora que marcaba el reloj de la esquina inferior izquierda: coincidía con el momento en el que Víctor y ella habían ido al Almacén General. Tras unos segundos, no pasó nada. Empezaba a preguntarse qué significaba ese vídeo cuando, de pronto, aparecieron "ellos": los siete *metahumanos*. La siniestra comitiva avanzaba por el pasillo en dirección a la puerta de la suite y entonces, justo antes de que llegaran, ésta se abría y salía su padre topándose con "ellos" de frente. A Natsuki se le cortó el aliento. Temblando de terror, obligándose a mirar, pudo ver cómo se entablaba una lucha cuerpo a cuerpo en la que el doctor llevaba todas las de perder. En flashback, su mente multitarea imaginó a su padre despertando y encontrándose solo. Registrando la suite. Preocupado por ella, y tomando la terrible decisión de salir a buscarla. Se maldecía por no haber tenido la precaución de dejarle una nota..., cuando la pelea terminó. El vídeo no tenía sonido, pero intuyó que su padre, vencido, exhausto, gritaba, tal vez pidiendo ayuda, al tiempo que lo tumbaban en el suelo y lo inmovilizaban.

Natsuki apretó los puños hasta clavarse las uñas, sabiendo lo que vendría a continuación.

Uno de los mutados, con el cuerpo cubierto por completo de tumores purulentos, se agachó, le sujetó la cabeza y le obligó a abrir la boca mientras le introducía su saliva ponzoñosa. Casi al instante, el doctor Kuriyama dejaba de resistirse y se quedaba inerte.

—¡Dios mío! —musitó Natsuki, con la vista turbia.

El vídeo terminaba mostrando a los *metahumanos* llevando de nuevo al doctor dentro de la suite.

A eso se refería *Susi*, ahora lo entendía. Debió notar que su padre había cambiado, que no era el mismo. Él jamás hubiera tenido un comportamiento tan pusilánime, negligente ni egoísta. Era otro, los indicios así lo indicaban con claridad y no había sido capaz de verlo. O no había querido. "Un curioso mecanismo de defensa", había dicho *Susi*, y tenía razón. Su cerebro le había negado la verdad porque conocía perfectamente las consecuencias.

—Hija, ¿qué haces?

La voz del doctor Kuriyama la sobresaltó, y casi tiró el ordenador al suelo.

—Nada —respondió, cerrando la tapa de golpe y volviéndose para mirarlo.

Aunque no pudo hacerlo, ya que el doctor la enfocaba con la linterna directamente a la cara.

Tras unos segundos, volvió a escuchar su voz.

—¿Estás llorando?

Deslumbrada, Natsuki interpuso una mano entre sus ojos y el haz de luz. La figura de su padre se recortó como una sombra.

—Miraba fotos antiguas para pasar el rato. Me he emocionado —mintió, mientras se limpiaba las lágrimas y empezaba a levantarse del suelo.

—Ya deberíamos haber salido a la superficie, ¿no es así?

"Su única preocupación: salir a la superficie". "¡Cómo no me he dado cuenta antes!".

—Lo haremos de un momento a otro —respondió, encendiendo su linterna.

—Tendremos que ir preparando la bomba. ¿Te ayudo?

—No hace falta —contestó Natsuki, reculando.

—Insisto. No quiero que nada salga mal.

—Está bien.

Temblando de miedo y de dolor, Natsuki fue hasta la plataforma donde Víctor había cargado todo el material y cogió una de las bombas lapa. Al hacerlo, vio la pistola. Ni siquiera se acordaba de que la había dejado sobre el gran bulto que contenía el bote salvavidas. Quería cogerla. Tenía que cogerla. Era necesario, pero antes necesitaba estar segura por completo.

—Mirando esas fotos antiguas he visto una de cuando era pequeña y viajamos con mamá a Nara para ver a la abuela —hablaba despacio, tratando de controlar las emociones, acercándose con cautela a la pistola—. Estamos los cuatro delante del templo Todaiji, ¿recuerdas?

Durante unos segundos no hubo respuesta. Natsuki rezaba porque estuviera equivocada. Desgraciadamente, no fue así.

—Claro que lo recuerdo, hija.

Ya sin disimulo, Natsuki se abalanzó, cogió el arma y se volvió hacia él apuntándolo.

—No eres mi padre —dijo, masticando las palabras por la rabia y la congoja.

—¿Por qué dices eso, cariño? —la voz del doctor era apaciguada y dulce.

—Mamá murió cuando yo nací. Y la abuela en el bombardeo de Hiroshima. Nunca viajamos a Nara. Esa foto no existe, y deberías saberlo.

La cara del doctor mutó.

—Vaya, muy lista —confesó, hierático—. No mirabas fotos. Era *Susi*, te lo ha contado todo, ¿verdad?

—Eso no importa.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—No puedes llegar a la superficie.

—Eso mismo pensaba yo, pero de ti.

Natsuki ladeó la cabeza, sin llegar a entender.

Ambos se enfocaban con sus respectivas linternas directamente a la cara. A Natsuki le costaba mirar el nuevo

rostro de su padre, que en un segundo se había vuelto plano de emociones, como si fuera el reflejo de una mente vacía.

—Deja que te transforme. Dentro de unos días tendremos todos nuestros recuerdos completos. Podremos seguir siendo padre e hija con la ventaja de que, además, seremos mucho más.

Las lágrimas volvieron a irrumpir en los ojos cansados de Natsuki. Veía a su padre, aunque ya no era él. "Los recuerdos son importantes, pero no son nada sin el alma que los creó". No podía fallar, la supervivencia de toda la humanidad estaba en sus manos. *Susi* tenía razón, ahora le tocaba sacrificarse. Lo que tenía delante ya nunca podría ser su amoroso padre, y ella no estaba dispuesta a dejar de ser quien era. Tenía que matarlo.

Al bajar el haz de su linterna pudo ver que el doctor llevaba en la mano una barra de hierro.

—No podrás disparar. Lo sé. El amor es un sentimiento muy fuerte entre vosotros. Lo noto en mi interior, luchando por tomar el control.

—¡Lo haré, no te acerques más! —gritó Natsuki, amenazándolo con la pistola.

—No lo creo —sentenció el doctor, directo hacia ella.

Lo intentó, pero no pudo apretar el gatillo. En su lugar, Natsuki arrojó la linterna lejos y echó a correr en la oscuridad. Terminó dentro de los cultivos, tropezando y cayendo entre las plantas, sin saber adónde iba.

—Te ofrezco ver el nacimiento de una nueva especie, de una nueva Era. Piénsalo. Es eso o la muerte —oyó decir al doctor.

Entre las plantas, sin dejar de mirar el haz de luz de la linterna que se movía incesante mientras la buscaba, Natsuki se arrastró por la tierra húmeda.

—Te encontraré, no tienes escapatoria.

La luz se apagó. Natsuki se detuvo y aguzó el oído. Escuchaba pasos, pero el sonido reverberaba haciendo imposible identificar su procedencia exacta. Las sienes le palpitaban, y temía que los desbocados latidos de su corazón la delataran. Incluso dejó de respirar. El tiempo pasaba, y cada vez

sentía más terror. Un ruido a su espalda le hizo saltar como una liebre, y echar a correr en la dirección contraria. Y siguió corriendo hasta que, en su loca huida, chocó contra una de las vigas que apuntalaban el nodo y cayó al suelo, perdiendo la pistola. Casi al instante, la luz de una linterna se encendió: el doctor Kuriyama estaba detrás.

—Bueno, supongo que aquí termina todo para ti —dijo, con voz neutra.

Natsuki se había golpeado muy fuerte en el pecho y la cara. Estaba sin respiración y el pómulo derecho le dolía muchísimo. Lo intentó, pero fue incapaz de levantarse.

El doctor llegó hasta ella, se colocó encima, con una pierna a cada lado de su cuerpo, y soltó la linterna. Al caer ésta sobre la tierra, alumbró la escena, y Natsuki pudo verlo alzar la barra con ambas manos por encima de su cabeza, armando un golpe mortal. También vio su cara de roca, y sus ojos vacíos sin rastro de humanidad.

Vencida, impotente, se limitó a alzar un brazo para protegerse. Un acto primario e inútil que sólo retrasaría lo inevitable.

Esperaba el golpe que la destrozara, cuando escuchó la voz del doctor llamarla.

—¡Hija, hija!

Algo en su tono hizo que bajara el brazo y lo mirara.

El rostro que vio ya no era la máscara inexpresiva y severa de antes, sino que volvía a ser la cara amable y cariñosa de... su padre.

—Papá, ¿eres tú? —preguntó Natsuki, con la emoción atenazando su garganta.

—La pistola. Cógela. Está a tu derecha.

Los brazos del doctor continuaban sujetando la barra, pero temblaban. Todo su cuerpo temblaba.

—Date prisa, no creo que pueda contenerlo mucho tiempo.

Natsuki tanteó con la mano sobre la tierra hasta que notó el frío y la dureza del metal.

—¡Papá! —gritó, con la pistola en la mano.

—Dispara.

—No puedo.

—¡Mátame! ¡Mátalo! —gritó el doctor, casi retorciéndose—. ¡Rápido, cada vez es más fuerte!

—No puedo —repitió Natsuki, apenas audible.

Ahogada en llanto, fue bajando la mano con la que empuñaba la pistola hasta dejarla apoyada en su regazo.

—Te lo suplico, hija. Debes hacerlo. Es neces...

El doctor enmudeció. De inmediato, su cuerpo se tensó y el rostro recobró la calidad de la piedra.

—El amor es vuestra fuerza, pero también vuestra mayor debilidad —le escuchó decir—. Y ésta será nuestra ventaja.

Recreándose, el doctor apretó los puños en torno a la barra y la alzó de nuevo sobre su cabeza, dispuesto a acabar con Natsuki de un solo golpe. Incluso flexionó un poco las piernas para imprimir más potencia al impacto. Ella lo observaba con la cabeza caída hacia un lado, paralizada, entregada. Los brazos del doctor ya bajaban haciendo describir al arma su curva mortal, cuando reaccionó. Y lo hizo muy rápido. Como si estuviera guiada por un mecanismo previamente calibrado, Natsuki levantó la mano con la que apretaba la pistola y, sin apuntar, efectuó un disparo. El tremendo ruido de la detonación la sacó del trance. Entonces miró al doctor, congelado en el gesto de golpearla. Y siguió haciéndolo hasta que escuchó cómo caía la barra de hierro al suelo y comenzaba a formarse una rosa de sangre en el centro de su pecho. En ese momento, fue consciente de lo que había hecho.

—¡Papá, lo siento! —gritó de dolor.

El doctor permaneció de pie unos segundos más, y luego se derrumbó igual que una marioneta a la que hubieran cortado los hilos.

Natsuki fue hasta él y colocó su cabeza sobre el regazo con suma delicadeza.

Tiritaba, y un reguero de sangre se vertía por la comisura de sus labios.

—Hija —le escuchó decir, con un hilo de voz—. Te quiero.

—Y yo a ti. Y yo a ti —repitió Natsuki, con el entusiasmo repentino de una niña.

—Vive —fue la última palabra que salió de la boca de su padre antes de que sus ojos se cerraran y su cuerpo se quedara laxo.

—¡No! —gritó abrazada a él, rota de dolor.

Eso le había dicho, "vive", pero ella ya no podría hacerlo. "Dos balas, aún queda una para mí", pensó. Con decisión, Natsuki levantó la pistola y se la colocó en la sien. El silencio absoluto y la exigua luz de la linterna confirieron a la escena la calidad de lo sagrado. Su dedo se curvó sobre el gatillo, y éste comenzó a moverse. "Un poco más y todo habrá terminado", se dijo, y continuó apretando.

Pero no pudo disparar. De pronto, una fuerza inmensa la lanzó hacia arriba; y permaneció en el aire dando vueltas hasta que, finalmente, cayó a varios metros de dónde estaba. Aturdida, tardó en comprender lo que había pasado. Cuando lo hizo, corrió hasta una de las ventanas y miró a través de ella. Sólo veía oscuridad, hasta que se fijó mejor y distinguió miles de puntos luminosos. Eran estrellas. ¡Estaba en la superficie!

Aquella visión extraordinaria y las últimas palabras de su padre le dieron la fuerza necesaria para continuar. Quería vivir. Necesitaba vivir. Ahora lo sabía. Espoleada por la urgencia se dispuso a cumplir al pie de la letra las indicaciones que le había dado Víctor. Regresó hasta el lugar donde había muerto su padre, lo besó amorosamente en la frente y cogió la linterna. Luego, buscó la bomba lapa y volvió con ella hasta la pared. Enfocó el haz de la linterna a través de la ventana, hacia abajo, hasta que distinguió el reflejo de la luz en la superficie del agua. "¿Qué distancia habrá? ¿Seis, ocho, diez metros?". No sabía calcularlo. Miró su reloj, quedaban veinte minutos para que lanzaran la bomba, y necesitaba como mínimo ese tiempo para alejarse lo suficiente antes de que estallara. No se lo pensó dos veces, colocó la bomba lapa contra la pared, a la altura de su cintura, graduó el reloj a un minuto y, por último, la armó. Sólo quedaba apretar el botón. Tomó aire, lo soltó despacio, y lo accionó.

Víctor le había repetido hasta la extenuación que debía buscar un lugar seguro antes de que se produjera la explosión;



le dijo que de no ser así, la onda de choque la aplastaría contra las paredes como a un gusano. Le recomendó el pequeño cuarto donde se habían metido su padre y ella al principio. Y hacia allí se dirigió a toda velocidad. Al poco de entrar y agazaparse en un rincón, se produjo la detonación. Jamás en su vida había escuchado un ruido como aquél. Los tímpanos le dolieron, y los dientes casi le reventaron al entrechocar sus mandíbulas. También sintió la oleada de calor que recorrió el nodo, y el intenso olor a humo y pólvora que lo siguió. Tosiendo, salió del cuarto. Linterna en mano, atravesando la densa neblina, se preguntaba si habría sido suficiente. La respuesta llegó enseguida, en forma de un húmedo frío. A medio camino del enorme boquete que se recortaba en la pared de acero, ya el agua le cubría hasta las rodillas. Había calculado mal el lugar donde colocó la bomba lapa. Demasiado bajo. Desesperada, giró en todas direcciones buscando el enorme bulto naranja que contenía la balsa neumática. El haz de luz iluminó la gran masa de agua helada entrando a raudales por el agujero. Tenía que darse prisa, mucha prisa, si quería salir de aquel "ataúd" antes de que se hundiera. Cuando el agua le llegaba a la cintura, por fin vio la balsa. La explosión la había desplazado varios metros del lugar donde la había dejado a resguardo. Chapoteando, tropezando, trabándosele los pies en el fango en el que se había convertido la tierra de cultivo, Natsuki llegó hasta ella. A duras penas consiguió arrastrarla hasta la abertura de la pared. El agua continuaba entrando en ingentes cantidades. Empujó con todas sus fuerzas —con cuidado de no rasgar la tela con los bordes irregulares que había dejado la explosión en el acero— hasta que logró sacarla fuera. Sin pensárselo dos veces, se colocó la linterna en la boca y se lanzó al agua. El enorme bulto flotaba. Se agarró a él. Pateó con fuerza hasta que consiguió alejarse unos metros del nodo, entonces tanteó en busca del sistema de inflado hasta que lo encontró. Se trataba de un grueso cordel del que había que tirar con fuerza. Lo hizo, rogando porque la botella de aire comprimido —después de más de treinta años— siguiera manteniendo la presión. Y así fue. De inmediato, el bulto comenzó a desdoblarse cobrando volumen

hasta convertirse en un hermoso bote de más de tres metros de longitud. Sin perder un segundo, Natsuki saltó al interior y empezó a buscar. Sabía que en los diferentes compartimentos estancos hallaría todo lo que necesitaba. Encontró una radio a dinamo, una brújula, ropa de abrigo, mantas, agua y comida deshidratada. Los remos estaban sujetos a los laterales por cinchas, los soltó, los colocó en su posición y se puso a remar después de apagar la linterna y sumirse en la oscuridad de la noche.

Se encontraba totalmente agotada, el pecho le dolía, y el tumefacto pómulo comenzaba a hincharse cerrándole el ojo. Pero nada de eso la detuvo. Sacando fuerzas de flaqueza, palada tras palada, apretando los dientes para aguantar el dolor, la rabia y la tristeza que pugnaban por vencerla, Natsuki se alejó del nodo.

La tenue luz de una luna menguante fue suficiente para perfilar los bordes redondeados de la enorme esfera que flotaba frente a ella. No lo haría durante mucho tiempo. Lo que había sido hasta hacía poco el Nodo Sur de aquel enorme complejo, se hundía muy rápido.

Justo cuando la esfera desaparecía bajo la superficie, engullida para siempre por el océano, Natsuki escuchó un rumor lejano. Un rumor que, poco a poco, fue aumentando hasta convertirse en un sonido reconocible: se trataba de un helicóptero. Dejó de remar, levantó la cabeza y miró en todas direcciones, pero no vio nada. La nave volaba con las luces apagadas, y sólo pudo intuir su posición cuando su oscura silueta fue ocultando las estrellas a su paso. También escuchó el impacto de algo grande y pesado contra el agua.

—La bomba —se dijo, sentenciosa.

Luego, el sonido del motor del helicóptero comenzó a perderse en la distancia hasta que dejó de oírse por completo. Natsuki sabía lo que pasaría a continuación. Víctor había calculado que esa bomba teledirigida tardaría menos de cinco minutos en llegar al fondo y hacer explosión. Le había explicado que, a pesar de los más de dos kilómetros de agua que la separarían de ella, la inmensa deflagración crearía un volumen

de aire que terminaría saliendo a la superficie de forma violenta, y que convenía encontrarse lejos de su vertical cuando eso sucediera. Se acordaba bien de sus palabras, por esa razón, se puso a remar de nuevo, aún con más ahínco que antes, empleándose a fondo, dispuesta a quemar hasta la última gota de energía que le quedaba. Afortunadamente para ella, la noche estaba en calma y en la superficie del mar sólo se dibujaban las diminutas crestas que producía una brisa leve y racheada. Eso le permitió avanzar con rapidez, poniendo distancia de por medio antes de que la onda expansiva lanzara una inmensa burbuja que reventó en la superficie produciendo un surtidor que se elevó en el aire varias decenas de metros. Las ondas concéntricas que siguieron crearon olas de dos metros de altura que zarandearon el endeble bote salvavidas hasta casi volcarlo.

—¡Cabrones! —masticó entre dientes, agarrada a la balsa—. No os saldréis con la vuestra. Me encargaré de que el mundo entero sepa lo que habéis hecho. Lo juro.

Eso prometió, con las mandíbulas apretadas por la ira y los ojos empañados por el dolor que le producía el recuerdo de Víctor y de su padre.

Aunque Natsuki no iba a poder cumplir su promesa, ya que alguien, mucho antes que ella, ya había pensado en todo eso.

**EL CUARTO PODER**

*A la mañana siguiente.  
El Pentágono. Condado de Arlington. Virginia. EE.UU.*

Antes de entrar en su despacho, el coronel Adams se detuvo en la mesa donde trabajaba su asistente y le pidió que le trajera un café, algo que rara vez hacía. Pero aquella noche había sido larga, y no pudo dormir lo suficiente. A pesar de ello estaba contento, y lo invitó a que trajera otro para él.

—Gracias, señor, enseguida se lo llevo —dijo su asistente, un joven teniente licenciado en Derecho que esperaba hacer carrera en el ejército.

Una vez en su despacho, el coronel dejó la gorra y el maletín sobre la mesa y fue hacia la ventana. Nunca se cansaba de mirar cómo la luz de la mañana se reflejaba en las tranquilas aguas del río Potomac, ni de disfrutar de la paz interior que le proporcionaba. En los momentos más complicados de su vida profesional la visión de aquel magnífico río siempre le había infundido el valor y el temple necesarios para afrontar las dificultades, y por eso lo admiraba tanto. Mientras seguía con la vista el paso de un elegante yate de más de treinta metros de eslora, decidió que despacharía los asuntos más urgentes y luego se tomaría el día libre. Era viernes, si se daba prisa podría conducir su camioneta Ford y llegar antes de que atardeciera a la cabaña que tenía junto al Lago Harmony, en el condado de Pensilvania. Un fin de semana pescando era lo que necesitaba

para recuperarse. Los últimos días habían sido terribles. Merecía tomarse un descanso, y lo haría.

Aún más ufano que cuando llegó, el coronel tomó asiento en su gran butaca de piel de búfalo, se reclinó, cruzó los brazos y cerró los ojos a la espera de que volviera su asistente con el café y le informara de los asuntos del día.

Pero no fue él quien entró en su despacho.

Sin llamar previamente, abriendo la puerta de golpe, apareció un hombre. Se trataba del mayor Taylor, un antiguo compañero de armas que el coronel conocía desde su época en la academia militar. Más que compañero, un amigo; un hermano, por la cantidad de circunstancias que habían compartido juntos.

—Tenemos que hablar —dijo, sin preámbulos, deteniéndose frente a su mesa.

El mayor era todo lo contrario al coronel: alto, delgado, de cara angulosa y ojos saltones de mirada acuosa.

—¿Qué cojones pasa? —preguntó el coronel Adams, inclinándose hacia delante.

—Se trata de Utopía —respondió el mayor Taylor, bajando la voz.

—¡Joder! De eso no podemos hablar aquí.

—Hay un problema.

—¿Problema? No quedan problemas después de que una bomba de medio kilotón estalle. Me informé de madrugada. Todo fue como la seda.

—No me refiero a la operación en el mar.

—¿A qué, entonces?

—Anoche entraron en nuestros archivos secretos. Ahora saben todo sobre Utopía, el desvío de dinero para financiarla durante décadas, las facturas infladas, nuestra relación con NeWorld, la Sala Negra, el virus V442, el accidente del ochenta y cinco, lo del lanzamiento de la Mark 43... ¡Todo!

—¡No es posible!

—Sí lo es. Debe tratarse de alguien muy bueno, ya que abrió una puerta trasera en nuestro sistema de alta seguridad como quien abre un frigorífico.

El coronel se levantó y paseó por el despacho, dubitativo. El mayor Taylor lo siguió con la mirada y los labios apretados.

—Documentos que llevan nuestras firmas —añadió—. ¿Entiende la gravedad del problema?

Tras unos segundos de reflexión, el coronel Adams se giró hacia él.

—Tranquilicémonos. Debemos suponer que se trata de un hacker con talento. En el peor de los casos, de un grupo. Radicales muertos de hambre. Querrán dinero. Les pagaremos. Cuando recuperemos los documentos, nos ocuparemos de ellos. No sería la primera vez.

—No quieren dinero.

—¿Cómo lo sabe? ¿Ya se han puesto en contacto?

—Hace una hora, en el Servicio de Inteligencia, se recibió un correo anónimo con el código para acceder a un banco de datos virtual. Una "nube".

El coronel entendió.

—Todo estaba allí.

—Exacto. Ellos fueron los primeros en enterarse. Poco después, ese mismo correo fue enviado a los miembros del Gobierno, incluido el Presidente.

Con pasos cortos, enlazadas las manos a la espalda, el coronel se dirigió a la ventana.

—Hace unos minutos —prosiguió el mayor— han empezado a recibirlo todos los medios de comunicación, nacionales e internacionales: periódicos, televisiones, radios, diarios digitales... hasta blogueros.

El coronel se fijó en un pequeño velero que navegaba con el velamen desplegado para aprovechar la brisa que levantaba el sol de la mañana.

—¿Me ha escuchado? —exclamó el mayor Taylor, visiblemente alterado—. Estamos bien jodidos, ¿lo sabe?

Al segundo sonó el teléfono. Era el Presidente. A continuación, se abrió la puerta del despacho. Eran dos soldados y un cabo pertenecientes a la policía militar.

Claro que el coronel Adams sabía que estaban jodidos. De la misma manera que sabía que aquel fin de semana de pesca

tendría que esperar, probablemente, por tiempo indefinido.

En la otra orilla del río Potomac, en el distrito de Columbia, en Washington D.C., donde la Corporación NeWorld poseía un impresionante edificio para sus oficinas principales, Marc Clayton, su director general, se disponía a desayunar en un reservado de la cafetería, situada en la planta 20. Antes había estado en el gimnasio, una planta más abajo, donde corrió ocho kilómetros en la cinta y luego tomó una relajante sauna de diez minutos. Había pedido un café Tambo en taza grande, un par de rebanadas de pan tostado, mantequilla *Bordier*, mermelada de frambuesa *Blanka Milfaitová* y un zumo de naranja recién exprimido. Mientras esperaba a que el camarero se lo trajera, Clayton miraba distraído la televisión.

Sabía que le esperaba un día duro. El coronel había cumplido su parte del trato, y ahora le tocaba a él cumplir con la suya. La tapadera del accidente ya estaba preparada, pero tendría que organizar papeleo, hablar con el seguro, y un millón de cosas más. Al tiempo que el camarero, un joven latino de modales exquisitos, le dejaba el succulento desayuno sobre la mesa, decidió no darle más vueltas al asunto y disfrutar de la comida.

No lo consiguió.

Untaba con precisión una tostada con la deliciosa mantequilla francesa, cuando algo que vio en la televisión le llamó la atención. La tenía sin voz, únicamente para que le hiciera compañía, pero pudo ver su foto y leer el texto que ponía debajo:

*"Última hora:*

*Marc Clayton, director ejecutivo de la Corporación NeWorld, relacionado con un oscuro caso de muertes y guerra bacteriológica que también implica a altos cargos del ejército".*

—*¡Jo-der!*—silabeó, incapaz de dar crédito a lo que veía.

Como una exhalación, se levantó y se dirigió al ascensor. Ni siquiera pasó por su despacho, y bajó directamente al

parking. Cogió su Mercedes-Benz SL y salió del edificio chirriando ruedas. Camino de su casa puso la radio. Todas las emisoras hablaban de lo mismo. Y en todas se mencionaba su nombre y el del coronel Adams. La cosa pintaba muy mal. Hombre práctico como era, enseguida determinó que la única salida que le quedaba era huir. En su casa guardaba doscientos mil dólares en efectivo, y siempre llevaba encima la libreta con los números de las cuentas de sus bancos en los paraísos fiscales donde tenía el grueso de su fortuna. Sólo tenía que llegar a la frontera con México, sobornar a un par de guardias con un buen fajo de billetes, y listo. Algo más calmado, después de concretar su sencillo plan de fuga, abandonó la ciudad en dirección al exclusivo complejo residencial en el que vivía. Veinte minutos más tarde, atravesaba la puerta que daba acceso al recinto y recorría la agradable avenida que llevaba directamente a su lujosa mansión. Ni siquiera metió el coche en el garaje. "Para qué —pensó—, no le llevará mucho tiempo sacar el dinero de la caja fuerte y coger algo de ropa, lo imprescindible".

Y eso hizo.

Pero cuando salía de su casa —portando una mochila con el dinero y una pequeña maleta— dos hombres esperaban cerca de su coche. Eran altos, con el pelo cortado a cepillo, y ambos llevaban gafas de sol y vestían trajes oscuros.

Con naturalidad, tratando de mantenerse tranquilo e indiferente, Clayton fue hasta su Mercedes, abrió el capó e introdujo el equipaje. Los hombres lo observaron sin intervenir, hasta el momento en el que se disponía a entrar en el coche. Entonces uno de ellos se acercó, apoyó una mano en la puerta del conductor para impedir que la abriera, sacó una identificación del bolsillo interior de su chaqueta y se la mostró.

—FBI, debe acompañarnos.

—¿Por qué? —preguntó, haciéndose el sorprendido—. Yo no he hecho nada.

El agente se quitó las gafas de sol, le clavó una mirada tan fría como inapelable y sonrió.

—Señor Clayton, no lo ponga más difícil.



Fue esa misma tarde —a bordo del palangrero con bandera canadiense que había acudido a su llamada de socorro— cuando Natsuki se enteró del escándalo. Y fue gracias a una radio que encontró en el diminuto camarote que le había dejado el capitán del barco —un alemán casi albino, taciturno y reservado—, después de ocuparse de curarle sus heridas y de proporcionarle comida y ropa seca.

Durante un buen rato, Natsuki escuchó las noticias de varias emisoras para recoger el mayor número de datos, hasta que llegó a la conclusión de que había sido *Susi* la responsable de filtrar toda aquella información. Estaba segura. Tenía los medios para hacerlo y un montón de buenas razones. Tantas como ella misma. Lo vio claro. Tan claro como que también fue *Susi* la que alertó a aquel barco pesquero de un naufragio mucho antes de que el nodo saliera a la superficie, indicándole las coordenadas exactas del bote salvavidas. Sólo eso explicaría el hecho de que después de que ella lanzara su señal de socorro, apenas tuviera que esperar un par de horas antes de que apareciera, milagrosamente, ese palangrero.

—Lo tenías todo pensado, ¿verdad? —fue lo que musitó para sí, antes de apagar la radio y tumbarse sobre el camastro con los ojos abiertos.

Oscurecía cuando un marinero llamó a la puerta de su camarote para decirle que el capitán quería verla.

Atravesó con dificultad la cubierta mojada y llena de aparejos, y subió titubeante por la escalera metálica hasta el puente de mando. Allí encontró al capitán, solo, apoyado contra el timón y bebiendo de una humeante taza.

—¿Quiere un café? Sabe a rayos, pero te calienta la tripa.

—No, gracias.

El alemán señaló a su izquierda.

—Boston.

Natsuki se acercó, miró a través de la sucia cristalera y pudo ver las lejanas luces de la ciudad que ya empezaban a encenderse.

—¿Le sirve?

—Perfecto —admitió Natsuki.

El cielo, incendiado por el ocaso, teñía el puente de una luz amarina que se apagaba con rapidez.

—¿Sabe? La he observado caminando por cubierta —continuó el capitán, virando el timón—, y no me ha parecido que lo hiciera con la soltura de alguien acostumbrado a navegar. Y menos a pilotar un velero en solitario.

Natsuki se había inventado una historia, convencida de que si le decía la verdad la tomaría por loca. Ahora podría hacerlo, sólo necesitaba encender la radio para demostrarle que era cierto. Sin embargo, visto cómo se estaban desarrollando los acontecimientos y teniendo en cuenta que ninguna noticia la mencionaba, seguir en el anonimato parecía la opción más inteligente.

A la velocidad del rayo, elaboró una rocambolesca alternativa a la del naufragio y se dispuso a interpretarla.

—Deje que le explique. Resulta que...

—No —la detuvo el capitán—. Prefiero no escuchar más mentiras.

—¿Mentiras? Le estoy muy agradecida por su rescate, pero le aseguro que no me gusta nada su tono de voz.

—Escuche —empezó a decir el capitán, obviando por completo su indignación impostada—. Si su velero naufragó, si se lanzó desde un crucero, o si viene de otro planeta, me interesa bien poco. Usted tendrá sus razones para no querer contarlo, y a mí me vale así. "Vive y deja vivir", ésa es mi filosofía. ¿Entiende?

—Sí —respondió Natsuki.

—Después de una semana faenando regresamos con la bodega casi vacía —continuó el capitán, al tiempo que enfilaba el barco directo hacia las lejanas luces del puerto de Boston—. Y eso sí me preocupa.

Natsuki asintió sin tener ni idea de adónde quería llegar aquel hombre. Aunque no por mucho tiempo.

—He visto su reloj, un *Cartier* de acero y oro que al menos le habrá costado doce mil dólares. Conozco un tipo al que le podría interesar por cuatro mil. Con ese dinero pagaría el combustible y a mis hombres, y aún me sobraría algo para mí.

—¿Quiere que le dé mi reloj por haberme rescatado, o por mantener la boca cerrada?

—Mírelo de este modo. Yo creo que una fuerza superior, llámela Dios, energía cósmica, destino o suerte, hizo que nuestros caminos se cruzaran para ayudarnos mutuamente.

Natsuki esbozó una sonrisa.

—Una fuerza superior. Puede que tenga razón —admitió, al tiempo que se quitaba el reloj y se lo entregaba.

**MADRES**

*Seis meses después.  
Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT).  
Cambridge (EE.UU.)*

Natsuki atravesó el amplio hall a buen paso. Llegaba tarde después de sufrir un terrible atasco. Ese día le traían el resto del equipo que había pedido, y quería ser ella la que se ocupara de instalarlo personalmente. Se detuvo frente al ascensor y pulsó con insistencia el botón de llamada.

—Doctora Kuriyama, ¿es usted verdad?

La voz que escuchó a su espalda le resultó familiar. Al volverse, confirmó que se trataba de quien creía.

—Sarah...

—Miller —completó la mujer que la miraba con ojos chispeantes—. ¡Qué alegría! Me dijeron que había decidido trabajar con nosotros. Es una espléndida noticia. Estaba deseando saludarla y darle la bienvenida al instituto, pero el seminario sobre "Nuevos Materiales en la Construcción" me ha tenido muy ocupada. Si yo le contara...

—Gracias, sólo hace tres semanas que estoy aquí.

Eso le dijo, tres semanas, aunque en realidad hacía cuatro desde que Natsuki había aceptado el puesto que tantas veces le ofrecieron. La primera semana la dedicó a solicitar material y a contratar un ayudante; ya no quería seguir trabajando sola, había decidido que otro punto de vista le podría venir bien.

—Pero, dígame, ¿cómo se encuentra usted? —le preguntó la coordinadora—. Me enteré de lo de su padre. Ha tenido que ser horrible saber que murió allí abajo. Y luego, todo ese asunto tan escabroso...

—Mi padre era sólo un empleado —replicó Natsuki, confirmando a su voz la calidad de una sentencia.

—Lo sé, lo sé, no interprete mal mis palabras. La veo muy bien.

—Gracias, lo estoy.

Y era verdad, Natsuki lo había superado. Incluso ya era capaz de recordar lo sucedido sin romper a llorar. Durante los tres primeros meses, después del incidente en Utopía, la cosa fue muy distinta. Pasaba los días como una zombi, caminando de un lado a otro de la casa atiborrada de antidepressivos, atontada, subida a una falsa nube de inconsciencia. Por las noches la situación empeoraba, ya que era cuando regresaban los fantasmas, a menudo reencarnados en la imagen de su padre cubierto de tumores purulentos, al que veía luchando contra aquel "ser" que lo poseía, o muriendo a manos suyas. Y, cuando finalmente caía rendida por el cansancio, el sueño no duraba mucho. A veces se despertaba empapada en sudor, aterrorizada por la sensación de encontrarse dentro de un traje de buzo, suspendida en un fondo abisal oscuro y frío, compartiendo destino con Víctor mientras ambos esperaban a ser desintegrados por una explosión nuclear.

Sufrió. Sufrió mucho. Pero todo eso pasó.

—¿Ya ha comenzado sus trabajos? —continuó la coordinadora, cambiando de tema.

—Aún estoy preparando el laboratorio.

El ascensor llegó y las dos mujeres entraron.

—Acostumbrada a disponer de recursos ilimitados, espero que adaptarse a nuestro modesto presupuesto no haya sido un problema.

—En absoluto.

Efectivamente, para Natsuki no fue ningún inconveniente el hecho de no disponer de un cheque en blanco —ya contaba con ello cuando decidió escribir al rector para aceptar trabajar en el

Departamento de Investigación, Desarrollo e Innovación—, los problemas los había tenido antes; ya que después de vencer al dolor, debió de sobreponerse al fracaso, las dudas y la falta de motivación. Dejó de salir de casa. Apenas comía, y se pasaba la mayor parte del tiempo dormitando en un sillón debido a las toneladas de somníferos que tomaba. Una profunda depresión se estaba fraguando, espoleada por una serie de preguntas que se repetía una y otra vez: ¿Qué será de mi vida? ¿Y de mi trabajo? ¿Merece la pena continuar, o debo dejarlo todo y rendirme? Natsuki se acercó mucho al abismo, ése que tanto la aterrorizaba. Llegó a asomarse al borde, y a ver el fondo. Por momentos, incluso estuvo a punto de caer en él. Pero lo superó. Superó la negatividad que la sumía en una insondable oscuridad, y volvió a ver la luz. Una luz hermosa de esperanza que la guió mostrándole el camino que debía seguir.

Sarah Miller la miró de arriba a abajo.

—Va usted realmente bien conjuntada. ¿Cómo lo hace? Verá, yo entiendo de colores, pero a la hora de vestirme...

El ascensor se detuvo en la planta sótano, y Natsuki aprovechó para dejarla con la palabra en la boca.

—Lo siento, tengo prisa.

—Claro, claro, lo entiendo. Vaya, vaya, el trabajo es lo primero.

Cuando Natsuki llegó al laboratorio que le habían asignado, encontró un montón de cajas apiladas en la puerta y a una joven escuchando música junto a ellas.

Nada más verla, se quitó los cascos y los guardó dentro de un bolso bandolera.

—Buenos días, doctora Kuriyama.

—Buenos días, Claudia. Siento el retraso, el tráfico estaba terrible.

—No se preocupe.

—¿Te ha dado tiempo a comprobar el albarán de entrega?

—Sí. Ha llegado todo.

La joven era bajita y menuda, pero proporcionada. Vestía camiseta de tirantes y pantalones vaqueros, y calzaba deportivas blancas, señal de que no sufría complejo por su

altura. Tenía el pelo castaño y ondulado, cortado en media melena. No era guapa, aunque su mirada clara y su bonita sonrisa la dotaban de un atractivo que muchas mujeres hermosas hubieran deseado.

Natsuki buscó un cúter y comenzó a abrir las cajas.

—Bueno, manos a la obra.

El rector le había ofrecido tres colaboradores: un ayudante en nómina y dos becarios. Durante días, Natsuki revisó cientos de currículos hasta que redujo los aspirantes a un puñado. Lo mejor de lo mejor. Luego los entrevistó. Una vez se hartó de escuchar a aduladores, soportar a fatuos e identificar a ambiciosos sin talento, decidió que sólo le interesaba Claudia. Era tremendamente inteligente, eficaz y creativa; pero lo que más le gustó de ella, fue esa mezcla de honestidad, justicia y sinceridad. Destilaba pura autenticidad, y eso era justamente lo que necesitaba: una segunda opinión, alguien que no fuera un eco de su voz. Quería un compañero de trabajo con personalidad y en quien pudiera confiar, y Claudia le pareció la elección perfecta.

Dedicaron la mañana a abrir cajas y sacar material — básicamente componentes independientes que, combinados, formarían un superordenador—; y la tarde, a tirar líneas de cable, instalar enchufes y conectar clavijas.

A las siete, Natsuki decidió que ya habían hecho suficiente.

—Basta por hoy.

—*Uff*, pensaba que no lo iba a decir nunca —dijo Claudia, saliendo de debajo de una mesa donde trabajaba conectando unos cables de datos.

—Puedes marcharte.

—¿No viene?

—Me quedaré un rato. Quiero comprobar que mi envío personal haya llegado perfecto —dijo Natsuki, señalando un rincón en el que había una enorme caja todavía sin desembalar.

—Está ahí, ¿verdad?

—Así es. Diez gigabytes de información única.

—El Módulo de Libre Albedrío —musitó Claudia, reverencial.

—Exacto. Afortunadamente, tuve la precaución de guardar una copia en mi casa.

Natsuki ya le había hablado a Claudia de su trabajo en la Corporación NeWorld, y de cómo ésta, tras saltar el escándalo, se había deshecho de todas sus investigaciones. Sin embargo, no le mencionó nada sobre su estancia en Utopía, por supuesto. La verdad sobre el "Devorador de arañas", *Susi* y todas aquellas terribles muertes, se la guardaría para ella, y jamás la compartiría con nadie. Afortunadamente podría cumplir sus deseos, ya que en ninguno de los documentos difundidos aparecía su nombre, y sólo dos personas conocían todos los detalles de aquella operación de rescate y la verdadera identidad de quienes iban. Uno era el coronel Adams, y el otro Marc Clayton, y ninguno contaría nada. El coronel porque, al día siguiente de su detención, fue víctima de un oportuno infarto cerebral del que murió tras permanecer varias semanas en estado vegetativo; y Clayton porque no le interesaba mencionar la operación con el batiscafo, ya que basó su defensa en la más absoluta ignorancia de lo que realmente pasaba en Utopía; una simple maniobra que le sirvió para evitar la cadena perpetua rebajándola a veinte años de cárcel. Por lo tanto, ni la policía, ni agentes del gobierno, ni la prensa, la relacionaron con el escándalo, lo cual fue un auténtico milagro.

Después de despedirse de Natsuki, Claudia se colgó el bolso y sacó su *iPod*.

Se colocaba los auriculares, camino de la salida, cuando se detuvo en la puerta.

—Doctora, me ha hablado de ese increíble Módulo de Libre Albedrío, y de su trabajo antes de que... Bueno, ya sabe..., todo se fuera a la mierda; pero todavía no me ha contado nada sobre su nuevo proyecto. ¿En qué vamos a trabajar?

Natsuki lanzó un suspiro y se pasó la mano por el pelo antes de contestar.

—En educar a un niño. En nuestro caso, una niña.

—¿Una niña?

—Sí.

—¿Entre las dos?



—Sí.

—¡Mola! —exclamó Claudia, sin poder contener la emoción. Natsuki cruzó los brazos, reflexiva.

—No será fácil. El reto será forjar la mejor persona que podamos conseguir. ¿Qué te parece?

A Claudia se le terminó de iluminar el rostro.

—¡Cojonudo!

Un recuerdo provocó en Natsuki una sonrisa amarga.

—Hasta mañana, Claudia —dijo, girándose con disimulo antes de que su ayudante viera el brillo en sus ojos.

—Hasta mañana, doctora Kuriyama.

## ***NOTA DEL AUTOR***

Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes, corporaciones, lugares, incidentes, barcos o submarinos son ficticios o se usan de modo ficticio. Cualquier similitud con sucesos, personas, organismos gubernamentales o empresas es pura coincidencia. NeWorld, Utopía o el "Devorador de arañas", son capricho de mi imaginación.

## ***AGRADECIMIENTOS***

No sería justo terminar este libro sin expresar mi más profunda gratitud a ti, lector, por haber elegido esta novela para vivir una aventura. Espero que la hayas disfrutado.

A continuación puedes leer las sinopsis de otros de mis libros.

## **OTROS LIBROS DEL AUTOR**

Si te gustó **ABISAL** te invito a que eches un vistazo a los siguientes libros, todos disponibles en Amazon en formato digital y papel.



**EXTINTOS** es un relato sobre nuestro pasado, sobre nuestros orígenes como especie. Una historia que te llevará a vivir una aventura milenaria.

## **SINOPSIS**

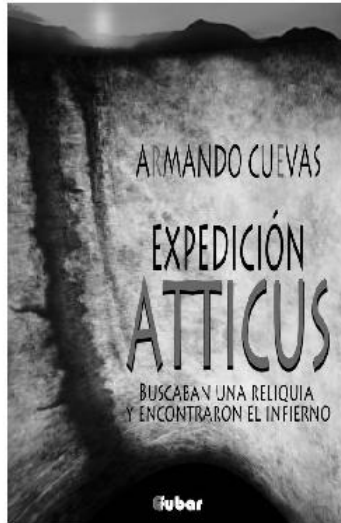
*El sorprendente descubrimiento de una tumba neandertal en Siberia contradice la fecha de la desaparición de la especie y arroja luz sobre la verdadera causa de su repentina extinción. Por otra parte, el profesor Lébedev, antropólogo ruso encargado de las excavaciones, cree haber encontrado algo aún más extraordinario, y, después de entregar un enigmático paquete a Laura Anglada, una paleogenetista española, abandona el yacimiento misteriosamente.*

*¿Qué significado tiene el contenido del paquete? ¿Qué ha encontrado el profesor? Y, sobre todo, ¿qué relación guarda el yacimiento neandertal con su nuevo descubrimiento?*

*Dispuesta a averiguar qué hay detrás de todos estos enigmas, Laura viajará hasta Alaska acompañada de su ayudante Owen. Pero no estarán solos; Echevarría, un antropólogo rival, los seguirá dispuesto a no detenerse ante nada con tal de apropiarse del supuesto hallazgo.*

*Una lucha a muerte deberá librarse contra la naturaleza salvaje y la ambición humana antes de que un secreto oculto durante milenios vea la luz. Un secreto tan increíble que desquebrajará los cimientos de la paleontología moderna y dará un nuevo rumbo a la historia de la humanidad.*

**EXPEDICIÓN ATTICUS** es una novela en la que se mezclan aventura, entretenimiento y ciencia para componer un relato tan turbador como emocionante.



### **SINOPSIS**

*Víctor Costa, un viejo arqueólogo español, lleva parte de su vida buscando una famosa reliquia cristiana, sin éxito. Cuando siente perdida la esperanza de encontrarla se cruza en su camino un magnate norteamericano, Dawson Fox, dueño de una gran corporación armamentística y tecnológica. Él, respaldado por un*

*antiguo informe escrito por un centurión romano, cree tener la información exacta de dónde se encuentra, y le propone organizar y financiar una expedición para buscarla. A ella se unirán finalmente: Sarah, doctora e hija de Víctor; Ray Bayona, un espeleólogo en horas bajas, y antigua pareja de ésta; las mellizas Annika y Grete, exmilitares alemanas y escolta personal del enigmático Dawson; y Peter Li, un científico chino-americano, experto en física e informática.*

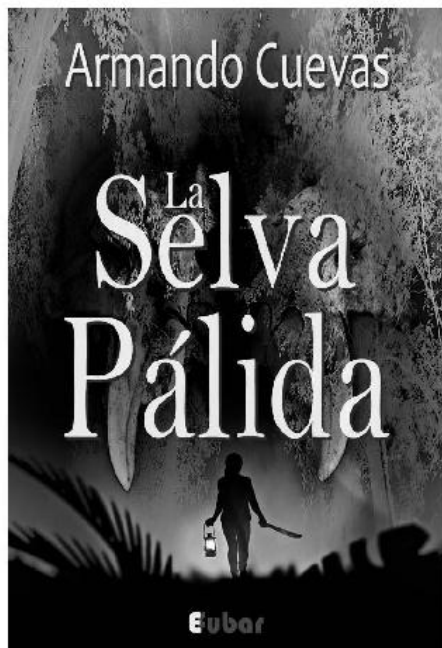
*Las pistas les llevarán hasta las exóticas y convulsas tierras de Egipto, a las montañas nubias cerca del Mar Rojo, hasta una antigua mina de oro romana sepultada en el olvido y envuelta en una extraña leyenda de muertes y desapariciones.*

*"Expedición Atticus" es una novela de aventuras, llena de acción, viajes y misterio; donde los enigmas rondan cada página, algunos personajes ocultan oscuros secretos, y nada es lo que parece. Ésta es una obra de ficción gestada con el sencillo y a la vez complicado objetivo de entretener.*

*Querido lector, ¿estás dispuesto a vivir la experiencia que te aguarda tras las páginas de "Expedición Atticus"?*



**"LA SELVA PÁLIDA"** es un thriller de lectura adictiva que te llevará hasta la exótica Guatemala donde vivirás, entre sus coloridas ciudades y sus intrincadas junglas, una inquietante aventura llena de misterio y suspense.



**SINOPSIS**

*Julia es una mujer divorciada que vive en Madrid y trabaja como maestra. Un día recibe la terrible noticia de que su hijo, al que creía viviendo con su padre en Miami, ha aparecido devorado por un jaguar en mitad de la Selva Maya. Confundida, rota de dolor, pero sin tiempo para duelos, volará hasta Ciudad de Guatemala para asistir al entierro. Allí sabrá cosas de su hijo que desconocía, y comenzará a sospechar que su muerte no ha sido debida a un desgraciado accidente, sino a algo relacionado con su trabajo en unos misteriosos laboratorios. A partir de ese momento, Julia vivirá una realidad perturbadora; adentrándose en un mundo oscuro y siniestro lleno de inquietantes revelaciones, engaños, conspiraciones, espías y asesinatos. Un mundo que pondrá a prueba su valor y determinación, y al que deberá adaptarse si desea descubrir toda la verdad sobre la muerte de su hijo.*

Ya puedes leer al completo la exitosa trilogía **"FUBARBUNDY"**, una aventura apocalíptica que no te dejará indiferente.

1er libro: ***La última pandemia***

2º libro: ***La gesta del muerto***

3er libro: ***Isla Cuarentena***



***SINOPSIS***

*Un virus. No hay cura. No hay vacuna. Todo intento por contener la epidemia es inútil. En pocas semanas la práctica totalidad de la humanidad está infectada. El "Fubarbundy" corre por sus venas transformándolos en seres brutales, sin mente, sin alma. Grupos reducidos de personas luchan por sobrevivir en una guerra desigual por evitar la extinción. Esta es su historia.*

Si quieres saber más sobre el autor y sus libros puedes visitar:

Facebook: armandocuevasescritor

Twitter: @darcuca

Blog: <https://fubarbundylatrilogia.blogspot.com.es/>